



Lorena
Concepción

Cuando
te
salve

Finalista
del
Premio
Chic

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

CUANDO TE SALVE

Lorena Concepción

Principal Chic



CUANDO TE SALVE

V.1: octubre, 2018

© Lorena Concepción, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-33-1

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

CUANDO TE SALVE

Cuando pierda el miedo a amar encontrará su salvación

Colette es una joven decidida que no se rinde hasta conseguir lo que quiere.

Tras la muerte de su padre, decide volver a la casa familiar para reparar la relación con su madre. Allí conocerá a Lachlan, un hombre solitario y con el corazón roto que intenta superar un pasado que lo atormenta.

Colette intentará salvar a Lachlan de sus demonios, pero ¿podrá hacer frente al terrible secreto que el joven esconde?

Obra finalista del I Premio Chic de novela romántica

*Dedicado a mi madre.
Siempre estás ahí cuando te necesito y te quiero muchísimo.*

Capítulo 1

Colette

Colette Dubois estaba demasiado desanimada. Bueno, eso era el eufemismo del siglo. La verdad era que estaba bien jodida. La semana anterior había sido horrible: la habían echado del trabajo porque su jefa, la gran Matilda Swartz, la decoradora de interiores más prestigiosa de toda la ciudad, creía que había vendido sus propuestas para un cliente muy importante a la competencia. Colette era incapaz de hacer una cosa así y, si Matilda fuera una persona un poco más cercana, lo habría sabido. Para ella no existían las medias tintas, todo era blanco o negro y, en esta ocasión, para Colette, había sido negro. No había querido escuchar ni siquiera su testimonio, había creído sin dudarlo a su ayudante, que quería desde el principio su puesto de diseñadora de interiores, para el cual no estaba cualificada en absoluto. Colette era una de sus mejores empleadas y hacía su trabajo mejor que nadie. Sus clientes la adoraban y no creía que encontrar un nuevo trabajo fuera a convertirse en un gran problema, pero... Matilda se había encargado de que nadie volviera a contratarla y ya estaba harta de que la trataran como si fuera la peor escoria, más aún cuando ella no había hecho nada malo.

Pero ahí no acababan las desgracias. Su padre había muerto unos días después de que la echaran del trabajo. Desde luego, estaba pasando por una mala racha, de eso no cabía duda. Se sentía vacía, sola y devastada, y no se

veía capaz soportar ningún reverso más. Su padre, Jeff Dubois, había estado bien de salud, por lo menos hasta donde ella sabía, por eso fue un gran mazazo que la pilló totalmente desprevenida. No acababa de creerse que algo así pudiera pasarle a ella, pero... había sucedido y estaba hundida. Un conductor temerario lo había investido e hizo que su coche volcara de tal manera que no se pudo hacer nada para salvarlo. Una gran tragedia, le habían dicho. «Una gran y absoluta putada», pensó con un nudo en la garganta.

Colette nunca había tenido buena relación con sus padres. Cuando cumplió los dieciocho años, se fue a vivir lejos de ellos y se veían ocasionalmente. Siempre habían sido unos padres muy distantes. Los quería, pero no eran de esas familias que se veían en las fechas señaladas o que se llamaban cada cierto tiempo. Llevaba sin ver a sus padres por lo menos un par de meses y tampoco supo nada de ellos desde la última vez que se vieron. No obstante, le dolía la muerte de su padre. Ella siempre quiso que su relación fuera más cercana, de familia y no de auténticos desconocidos, pero nunca lo había conseguido y, al parecer, ya no tendría oportunidad de remediarlo. Eso era lo que más le dolía.

Cuando su madre la llamó para comunicarle la noticia, se sorprendió por la llamada y, después, cuando le dijo lo que había sucedido... Dios, se le cayó el alma a los pies. Escuchar el llanto de su madre la destrozó todavía más. Beatrice Larue era una mujer de piedra, siempre correcta y elegante. Y, cuando Colette la escuchó llorar, supo que no podía dejarla sola. Su madre le confesó que la necesitaba a su lado, y ese había sido el mayor acercamiento por parte de Beatrice hacia ella que jamás hubiera presenciado, por lo que en ese instante decidió que se iría a vivir con su madre una temporada. Ambas lo necesitaban, eran la única familia que tenían.

Así pues, después del funeral, de organizar las ceremonias pertinentes y de arreglar todo el papeleo, decidieron irse a la casa de campo que tenían sus padres a las afueras de la ciudad para pasar un tiempo juntas. Sin embargo, antes de marcharse, había quedado con... No sabía cómo llamarle... ¿un amigo con derecho a roce? No eran muy amigos. De hecho, eran pocas las ocasiones en las que quedaba con Axel para hablar. Bueno, pocas era mucho decir, puesto que nunca habían quedado para hablar, pero Colette estaba un poco pillada por él. Sabía que no era el hombre de su vida, ni mucho menos, y su relación era estrictamente sexual, aunque, con el tiempo, había llegado a

pensar que sentía algo más por él ¿Quizá cariño? No lo tenía claro. Pero lo que sí sabía era que jamás tendría una relación sentimental con él. Ni siquiera le había contado que su padre había muerto. Axel podía ser el tío con los abdominales más marcados de la ciudad, pero en realidad era un capullo con poco cerebro que no le aportaba nada. Muy en el fondo, lo sabía, como también era consciente de que su relación con él no iba a ningún sitio. No obstante, no había querido cambiar su situación por... Sinceramente, no sabía por qué. En esos momentos, lo veía claro: a sus veintiséis años, necesitaba a alguien a su lado, alguien que la quisiera y compartiera con ella su vida, no un tío que estuviera allí ocasionalmente para echar un polvo. Eso le había funcionado hasta ahora, pero era momento de hacer cambios en su vida.

Había quedado con él en una cafetería, pues estaba segura de que, si se veían en casa de alguno de los dos, aquello iba a acabar en sexo de despedida o lo que fuera y no quería volver a caer en sus redes. Lo encontró sentado de espaldas a la puerta. Colette se detuvo en la entrada de la cafetería, se echó la larga melena rubia hacia atrás, se acomodó el bolso en el hombro e inspiró. «Vamos allá», se dijo para darse ánimos, y empezó a caminar hacia allí.

—Ey, nena —la saludó Axel mientras se levantaba para darle un beso en los labios. Colette pensó que debía apartarse, mas no pudo reaccionar a tiempo.

—Hola —contestó ella después del rápido beso, y se sentó frente a él.

Axel era un hombre muy atractivo y plenamente consciente. Colette no era ilusa y sabía de primera mano que él se veía con otras chicas. De hecho, ella también lo había intentado, pero no le iba demasiado lo de tener diferentes relaciones a la vez. Además, su trabajo requería demasiado tiempo y no le dejaba pensar en su vida personal. Quizá por eso seguía con él, porque le permitía centrarse en su profesión, algo que no habría podido hacer si hubiera tenido una relación de verdad. Sin embargo, esas semanas había tenido tiempo para reflexionar y eso no era lo que quería. Ella no era así y no deseaba una relación de ese estilo en su vida. Anhelaba un hombre que estuviera comprometido con ella al cien por cien, que solo la mirara a ella, que solo la quisiera a ella, que solo la tocara a ella.

Las pocas veces que había intentado hablar de eso con Axel, él le había dicho que las cosas eran así, o las tomaba o las dejaba, y ella había sido una auténtica idiota al aceptar esos términos. Aunque en ese momento le resultase

cómodo, no debió de conformarse con esa relación desde el principio. Así que iba a aprovechar que se marchaba para deshacerse de gente como él y poner orden en su vida.

—Estás preciosa. —Le sonrió pícaramente con esos ojos azules como el cielo mientras se revolvía los rizos de color negro.

—Muchas gracias. —Se sonrojó sin poder evitarlo.

Entonces, apareció el camarero y les tomó nota. Colette carraspeó y se frotó las manos contra los tejanos con nerviosismo bajo la mesa. No había pensado muy bien cómo iba a decírselo, ni siquiera estaba segura de si a él le importaría.

—¿Qué tal el día? —Se dio un puñetazo mentalmente por hacer una pregunta tan estúpida.

—Bien, como siempre. —Axel se encogió de hombros. Parecía incómodo; no paraba de mover el pie y sacudía toda la mesa. No quería estar allí. Bien, ella tampoco—. ¿Y tú? —preguntó por cortesía.

—Bueno, va... —Intentó sonreír, pero esbozó una mueca incómoda. Dios, ¿cuándo se había vuelto todo tan frío? Pese a que no eran amigos, habían compartido momentos íntimos. Aunque, bien pensado, quizá siempre había sido así. Cada vez tenía más claro que estaba haciendo lo correcto.

El camarero apareció con sus bebidas: un café con leche para ella y un refresco para él. Cuando el hombre se retiró, Axel miró fijamente su bebida. Colette supo que tenía que decirlo ya y que cada uno siguiera su camino.

—Te he dicho de quedar aquí porque quería hablar contigo. Ya sé que lo nuestro no va en serio, pero... supongo que tengo que decirte esto. —Él la miró, intrigado. Al menos ahora había captado algo de su atención.

—Dispara —instó Axel mientras le daba un sorbo a su refresco.

—Vale. Solo quería decirte que no podemos seguir viéndonos. Me voy de la ciudad un tiempo.

—Ah, vale —dijo él como si le acabara de decir que iba a pedir un donut. «¡Será idiota! Al menos podría mostrarse algo más afectado». En cierta manera, sabía que no le importaría, pero ¿esta indiferencia?

—¿Vale? ¿Ya está? —No logró contenerse. Él suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Qué quieres que diga? ¿Que echaré de menos nuestros

polvos? Dios, todas las tías sois iguales. —Se reclinó en la silla con los brazos cruzados.

—¡Y tú eres un gilipollas! —Se puso en pie y le lanzó el café hirviendo a los pantalones. «¡Que se joda!».

—¡Joder, Colette! ¡Está ardiendo! —Se levantó de golpe, tirando la silla al suelo e intentando separar los pantalones de sus partes. Todos los clientes del local los miraban—. ¡Estás loca! ¿Qué coño te pasa?

—Tú eres lo que me pasa, idiota. He perdido el tiempo contigo. Dios, qué tonta he sido. Espero que todo te vaya muy bien, ¡cretino! —Cogió sus cosas y se marchó de allí con la cabeza bien alta.

Sabía que había sido borde con él, pero había esperado que Axel sintiera por lo menos un poco de cariño hacia ella. Sin embargo, esa indiferencia... Dios, la ponía furiosa y se sentía humillada. Esa relación estaba abocada al fracaso desde el primer momento en que ella aceptó lo que él le ofrecía. Se había conformado con eso porque, en aquella época, su trabajo lo era todo para ella y no quería perder el tiempo en relaciones, pero las cosas habían cambiado. Ahora deseaba a alguien que se preocupara por ella, no quería estar sola para siempre. Además, el sexo con Axel comenzaba a aburrirla. Necesitaba a alguien que le diera algo más, que la hiciera sentir.

Al salir de la cafetería, respiró hondo. A decir verdad, se había quitado un peso de encima. Se aferraba a Axel por miedo a la soledad, lo admitía, pero no lo necesitaba, ya no. Siempre lo había achacado a que sus padres eran muy distantes con ella y a que estaba falta de cariño; además, no tenía hermanos ni otros familiares. Sus amigos eran estupendos, pero ella necesitaba algo más profundo. No obstante, estaría bien. Al día siguiente empezaría una vida nueva, buscaría un nuevo trabajo fuera de la ciudad y arreglaría la relación con su madre. No es que de repente fuera a convertirse en la madre del año, pero sabía que la quería, así que ese era su objetivo. Si algo le había enseñado la muerte de su padre era que uno no sabe cuánto tiempo tiene con las personas que le importan, por lo que Colette se prometió a sí misma no tener más relaciones sin sentido.

Al llegar a casa, se dio una ducha larga, como si así fuera a borrar todos los recuerdos de Axel y su nefasta relación. La ducha era el lugar donde mejor reflexionaba y, para no pensar más en ese cretino, recordó algunos momentos especiales que compartió con su padre. Recordó la vez que le trajo

una muñeca tras un largo viaje de negocios; era preciosa e inmediatamente se convirtió en su favorita. Otro de sus recuerdos preferidos era de cuando se graduó en la universidad y su padre pronunció las mejores palabras que jamás podría haberle dicho: «Estoy muy orgulloso de ti, Colette. Te quiero, hija». Nunca más volvió a escuchar esas palabras de afecto. Aunque sabía que sus padres la querían, no solían expresar sus sentimientos. Lloró por no haberle podido decir que ella también lo quería. Le hubiera gustado pasar más tiempo con él y conocerlo mejor, y la entristecía sobremanera no haberlo hecho. Se prometió a sí misma que no le pasaría lo mismo con su madre.

Cuando salió de la ducha, después de derramar todas las lágrimas que no había soltado hasta ese momento por su padre, se envolvió en una toalla color turquesa y se miró al espejo.

Unos ojos azules le devolvieron la mirada; estaban rojos por el llanto, pero a su corazón le había sentado bien llorar y desahogarse. Se cepilló el pelo rubio y se lo secó. Aquellos instantes encerrada en el baño le sirvieron para poner en orden sus pensamientos y sentimientos. Se sintió extrañamente aliviada y liberada, aunque con una tristeza en el corazón que tardaría en irse, ya que siempre se arrepentiría de no haber intentado limar asperezas con su padre.

Tras ponerse un pijama cómodo que consistía en una sudadera negra y unos pantalones anchos y largos de dormir, acabó de hacer las maletas y preparó lo que necesitaría para su estancia en la casa de campo. No sabía cuánto tiempo se quedaría allí, pero ahora nada la retenía en la ciudad, así que no le importaba si no regresaba. Su vecina y amiga, Rachelle, estaría pendiente de su correo y le enviaría las cartas importantes que le llegaran. Eso le recordó que le tenía que devolver las llaves de su piso, puesto que hacía dos días se las tuvo que pedir a Rachelle porque se las había olvidado dentro y todavía no se las había devuelto.

Se calzó las zapatillas y salió al rellano después de coger las llaves para devolvérselas por si tenía que entrar en caso de emergencia. Vivía puerta con puerta con Rachelle, que compartía piso con su novio Andrew, en la tercera y última planta de un bloque de apartamentos. Se conocieron allí cuando ella se mudó tras acabar la universidad hacía cuatro años.

Rachelle abrió la puerta y la recibió con una sonrisa.

—¿Vienes a despedirte ya? —La abrazó sin esperar respuesta. Rachelle

era tres años mayor que ella aunque no lo aparentara. Eran polos opuestos: Rachelle tenía el pelo negro y los ojos de un precioso color chocolate, ella era rubia y de ojos azules. Lo que sí compartían eran las caderas anchas y la predilección por el chocolate.

—Sí, mañana iré pronto a recoger a mi madre y después nos iremos. —Le devolvió el abrazo.

—Te voy a echar mucho de menos... —La estrechó con más fuerza y Colette rio.

—No me voy a la otra punta del mundo, solo estaré a un par de horas. — Le sonrió mientras se separaba un poco. No era muy dada a las muestras de afecto y Rachelle lo sabía, así que su amiga no se lo tomó a mal.

—Ya lo sé, pero no será lo mismo... ¿Que haré sin ti y sin nuestros viernes locos? —se quejó mientras hacía un puchero.

—Puedes seguir haciéndolo con Andrew —bromeó.

—Sigue sin ser lo mismo...

—Qué exagerada eres. Mira el lado bueno: podéis venir un fin de semana a la casa de campo, vacaciones gratis. —La animó.

—Pues me has convencido, te tomo la palabra. — Rachelle rio y Colette se unió a ella—. Por cierto, ¿has dejado ya al cabrón ese?

—Por una vez, voy a dejar que lo llames así. Y sí, he roto con él, aunque ni siquiera estábamos saliendo y tampoco es que le importara. —Suspiró. No quería pensar en el bochorno que había sentido en la cafetería—. Y sí —se avanzó antes de que su amiga le reprochara nada—, ya sé que siempre me lo decías y yo ya lo sabía, pero aun así... jode.

—Ya lo sé, es un cabrón. Me alegro de que te hayas deshecho de él. — Rachelle la abrazó y ella se dejó consolar—. Te mereces a alguien mucho mejor.

—Le he tirado el café ardiendo en la entrepierna. —Soltó una carcajada al recordar la cara de Axel. En aquel momento había estado muy cabreada, pero ahora era incluso gracioso.

—¿En serio? —Rachelle se echó a reír. Colette asintió con una sonrisa en los labios—. Pues se lo tenía bien merecido. ¡Que se joda!

—¿A quién estáis poniendo verde ya? —Andrew salió al rellano y abrazó a su novia por la espalda.

Rachelle y Andrew estaban comprometidos y Colette se alegraba mucho por ellos. La boda sería pronto, ese mismo verano; quedaban unos pocos meses. Inconscientemente, observó sus manos entrelazadas: hacían muy buena pareja y se veía a leguas que se querían mucho.

Colette sabía que nunca conseguiría estar así con alguien. Sus relaciones habían sido más bien frías, sin muchas muestras de afecto. El novio más serio que había tenido la dejó porque no era muy cariñosa, pero Colette no podía remediarlo: no sabía hacerlo de otra manera. Por eso, había optado por tener relaciones puramente sexuales, aunque, al parecer, esas tampoco se le daban bien.

Pusieron al tanto a Andrew de su ruptura, por llamarlo de alguna forma, con Axel. Luego, se despidieron y quedaron en verse pronto.

De nuevo en la soledad de su piso, Colette se preparó algo rápido de cenar con lo que quedaba en la nevera y, luego, se fue a dormir.

Capítulo 2

Colette

El despertador del móvil sonó por toda la habitación y despertó a Colette de un tormentoso sueño. Cogió el teléfono, apagó la alarma y, luego, volvió a taparse con las sábanas y a cerrar los ojos. Últimamente no dormía bien. Estaba estresada por el trabajo que no tenía y preocupada por el porvenir, además de la tristeza que sentía por la pérdida de su padre y por no haber podido despedirse de él. Esa noche se había despertado varias veces entre lágrimas, pero era la última vez que se permitía llorar.

Respiró hondo y se levantó lentamente para ir al baño. Su reflejo era el de una mujer con ojeras; parecía triste. Se dio dos palmadas en las mejillas y se lavó la cara.

—Ahora mejor. —Intentó sonreírse a sí misma en el espejo—. La verdad es que no. ¿A quién pretendo engañar? Parezco un muerto viviente. —Suspiró.

Después de vestirse con unos tejanos ajustados y un jersey grueso, pues en la casa de campo hacía más frío que en la ciudad, se puso sus botas marrones y desayunó unas galletas y un café, lo que le quedaba allí. El resto de comida se la llevaría Rachelle. Recogió lo que le quedaba y fue a por las maletas para ir a buscar a su madre en su coche.

No habían hablado de qué iba a hacer su madre con la casa de la ciudad, si la vendería y se iría a vivir a la del campo o al revés. A su padre le gustaba tomarse un respiro de los negocios y la ciudad, pero su madre no trabajaba, así que podía vivir en cualquiera de las dos viviendas, no necesitaban las dos

casas. El dinero no era problema: el patrimonio de la familia Larue era grande y, como su madre había sido la única heredera, tenían dinero de sobra. Además, Jeff Dubois nunca dejó de trabajar. Se dedicaba a la bolsa y era un bróker muy solicitado; los años y la experiencia le habían hecho ganar muchos millones. Aun así, Colette jamás les había pedido dinero a sus padres excepto cuando empezó los estudios. No obstante, su madre le ingresaba unos cuantos miles de euros al mes para que pudiera vivir cómodamente. No lo gastaba todo, obviamente, ni derrochaba el dinero. De vez en cuando se daba algún capricho, no era tonta, pero la mayoría de ese dinero financiaba sus cursos, pues siempre intentaba mejorar como profesional. A Colette no le gustaba llamar la atención ni ser ostentosa, quería una vida tranquila y trabajar de lo que le gustaba.

En media hora, llegó a la gran mansión de los Dubois-Larue, donde su madre la esperaba en la gran puerta de madera de la entrada. La última vez que estuvo allí, su padre todavía vivía. Un escalofrío la recorrió. No sabía si alguna vez sería capaz de volver a entrar en esa casa sin derramar alguna lágrima.

Beatrice bajó los escalones con suma elegancia; si había algo que definiera a su madre, era eso. Habían compartido el mismo color de pelo, aunque ahora Beatrice lo llevaba completamente blanco y recogido en un elegante moño. Iba vestida con un traje de chaqueta y pantalón de color marfil, el cual seguramente costaba más que su piso. Su expresión, como siempre, era inescrutable, aunque su mirada verde tenía un deje de tristeza. A pesar de tener cincuenta y cinco años, seguía igual de hermosa que cuando era joven. Detrás de ella estaba el señor Johnson, quien se ocupaba de los quehaceres de la casa desde hacía muchos años. Tendría la misma edad de su padre, unos sesenta, aunque no los aparentaba. Cargaba con las maletas de su madre, que seguramente pesaban una tonelada.

Colette salió del coche para ayudarlo, no sin antes darle un beso en la mejilla a su madre y preguntarle educadamente cómo se encontraba.

—Deje que lo ayude, señor Johnson. —Lo interceptó en mitad de la escalera y cogió una de las maletas que llevaba en la mano. El pobre hombre sostenía tres: una en cada mano y otra colgada del hombro.

—No se preocupe, señorita. Gracias. —Rechazó su ayuda y siguió bajando.

Colette bajó tras él y abrió el maletero para que pudiera depositar dentro las pertenencias de su madre.

—Muchas gracias, señor Johnson —dijo su madre desde la puerta del copiloto.

—Es un placer, señora. Espero que tengan una agradable estancia —les deseó el señor Johnson mientras abría la puerta para que Beatrice entrara.

—Sabe que también es su casa. Si lo desea, puede venir con nosotras —le dijo su madre con una sonrisa.

Estaba claro que todos sentían que el señor Johnson era parte de la familia. Colette sabía que había tenido una gran amistad con su padre.

—Tengo asuntos que resolver, pero, en cuanto me sea posible, iré a ver cómo se encuentran. —Le devolvió la sonrisa.

El señor Johnson había dejado de trabajar para su familia hacía unos meses. No obstante, aunque Colette no sabía por qué, había acudido a ayudarlas en cuanto se enteró de la muerte de su padre.

—Le estaremos esperando —dijo Colette.

Cuando se despidieron del señor Johnson, emprendieron el viaje hacia la casa de campo. Colette tenía muy buenos recuerdos de ese lugar, sobre todo en verano, cuando su padre tenía más tiempo. Normalmente estaba encerrado en su despacho, pero allí era diferente. Colette tenía ganas de ir con su madre y recordar cosas de Jeff juntas.

Su madre carraspeó.

—Me alegro de pasar tiempo contigo, Colette —dijo para su sorpresa.

—Yo también, mamá. —Y era verdad, pues tenía la sensación de que Beatrice era una completa extraña.

—Tu padre... Tu padre siempre me decía que tendríamos que habernos visto más. —Sonrió con cariño—. Pero siempre estábamos ocupados. Supongo que nunca hemos sido una familia muy unida.

¿Su madre, Beatrice Larue, le estaba abriendo su corazón? ¿Exponiendo sus sentimientos? Esto era un acontecimiento sin precedentes. La muerte de Jeff la había afectado mucho. Colette nunca la había visto expresar ningún tipo de emoción, siempre era muy hermética.

—Supongo. Me habría gustado que lo fuéramos.

—Ahora ya no importa... —Beatrice intentó esconder una lágrima que le

había resbalado por el rostro girando la cabeza hacia la ventanilla. Colette no supo qué hacer, si alargó la mano y consolarla o decirle algo.

Optó por el silencio. Supuso que ese viaje era algo bueno para ambas y que, en cierta manera, lo hacían por su padre. Seguro que se alegraría allí donde estuviera de que hicieran eso juntas. No pudo retener las lágrimas y se las limpió enseguida. Su madre alargó la mano y le dio una palmadita en el hombro. Algo era algo.

No hablaron mucho durante el resto del viaje, solo discutieron algunas cuestiones triviales como cuáles eran sus planes con respecto al trabajo, si iba a buscar uno o si se tomaría un descanso. Colette le dijo que buscaría, pero sin prisa, pues su objetivo era pasar más tiempo con ella, cosa que pareció tranquilizar a su madre. A pesar de ser una mujer firme y poco cariñosa, Colette entendía perfectamente que Beatrice no quisiera estar sola en esos momentos. No sabía muy bien cómo era la relación entre sus padres ya que, aunque siempre supuso que se querían, nunca habían mostrado mucho afecto.

Como solo hicieron un par de paradas, no tardaron en llegar a la gran finca. La casa de campo era gigante y tenía un extenso jardín. La vivienda estaba alejada de otras que había por la zona y el pueblo más cercano estaba a quince minutos en coche. Hacía tiempo que Colette no iba allí, pero sabía que sus padres organizaban fiestas y demás actos con sus amigos ricachones cada cierto tiempo.

Entró por el camino de tierra decorado con preciosas flores. Su madre se encargaba de que la casa siempre estuviera cuidada y acondicionada para sus escapadas. Había jardineros y gente que se ocupaba de la limpieza que acudían regularmente para mantenerlo todo en orden. Llegó a la verja de hierro forjado que tanto la emocionaba cuando era pequeña, pues significaba que era verano y que le esperaban buenos ratos en la piscina, en las pistas de tenis y en su gran habitación. Suspiró al recordar lo feliz que había sido en aquella casa, antes de ser consciente de que lo que quería realmente eran unos padres más cariñosos y no tan superficiales, con sus fiestas y toda esa gente parecida a ellos.

Salió del coche y abrió la verja. La última vez que estuvo allí fue cuando celebraron el cumpleaños de su padre el año anterior. Beatrice había invitado a mucha gente de la alta sociedad y Colette fue a pasar el fin de semana. Era

injusto cómo podía cambiar la vida en tan poco tiempo. Suspiró, volvió al coche para moverlo hacia adelante y, después, cerró la verja. Condujo por el camino de grava un poco empinado hasta llegar a una zona más plana al lado de la entrada.

La casa era muy bonita, de ladrillo visto y dos plantas, con un porche delantero con una puerta de madera enorme y detalles de hierro forjado. En el tejado a dos aguas y de color grisáceo había tres ventanas en forma de triángulo; la de la derecha daba a su habitación.

Ambas bajaron del coche y Colette cogió su maleta y dos de su madre; Beatrice agarró la restante. Mientras caminaban hacia la entrada, Colette advirtió que su madre vacilaba, seguramente porque recordaba los momentos con Jeff. Como llevaba gafas de sol, no vio su expresión, pero mucho se temía que su madre tenía lágrimas en los ojos que no derramaría.

En cuanto Beatrice fue consciente de la mirada de su hija, volvió a ponerse en marcha.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Colette.

—Claro —contestó secamente.

Colette asintió, sin saber qué hacer para que su madre se abriera a ella. Al no haber tenido una relación estrecha, no era capaz de descifrar lo que pensaba Beatrice Larue en esos momentos.

Cuando entraron en la vivienda, el olor a flores que siempre asociaba con aquella casa inundó sus fosas nasales. No había nadie, pero se habían ocupado de dejarlo todo listo y limpio para ellas. La planta de abajo era espaciosa y luminosa, con espacios abiertos. El comedor y la cocina estaban separados por una barra americana de madera oscura. Toda la zona de salón, cocina y comedor estaba decorada con tonos blancos y piedra gris. Dejaron los abrigo y los bolsos en el armario de la entrada y, sin decir nada, Colette acompañó a su madre a su cuarto. Las dos habitaciones estaban en la segunda planta, a la cual se accedía por unas escaleras enormes que había junto a la entrada.

Al entrar, Colette se dio cuenta de lo poco que había estado en aquella estancia. Todo era elegante y sobrio, y no había ninguna foto de ella o de sus padres. Era una habitación sacada directamente de una de esas revistas de moda. Lo observó todo con detenimiento. Los armarios de madera, la colcha blanca con cojines azules, el cabezal de madera blanca a juego con el resto de

muebles... Todo parecía perfecto.

—Deja eso ahí, Colette, muchas gracias. Puedes irte —la despachó su madre sin mirarla, tratándola como si fuera la chica de los recados y no su hija.

Eso le dolió y un pedacito de su corazón se rompió por el tono tan distante que había usado. No obstante, Colette pensó que Beatrice necesitaba estar sola; se encontraba en un cuarto que había compartido durante toda su vida con su marido y, ahora, él ya no estaba. Suponía que necesitaba tiempo para procesarlo. Ella también lo echaba de menos, pero comprendía que no era lo mismo para su madre, que vivía con él a todas horas.

—Vale, mamá. Si necesitas algo, estaré por aquí —se obligó a decir con un tono neutro, que no expresara el dolor que sentía por dentro.

Su madre asintió mientras abría las cortinas y Colette salió de la habitación. Tenía la sensación de que había retrocedido diez pasos con su madre. Cerró la puerta y no pudo evitar que algunas lágrimas se le acumularan en los ojos. Beatrice acababa de perder a su marido, quizá su gran amor, pero ella había perdido a su padre, su ejemplo a seguir, y necesitaba el consuelo de su madre, algo que sabía que no iba a conseguir.

Fue a su cuarto dejando escapar un sollozo y, cuando entró y cerró la puerta, no pudo contener el torrente de lágrimas que se derramaron por sus mejillas. Empezaba a ser muy consciente de que su padre no volvería. Se tumbó en la cama y lloró hasta quedarse dormida por el cansancio.

Cuando despertó, se sentía más cansada que esa mañana. Se sentó lentamente en la cama y observó su habitación. Era pasado mediodía, a juzgar por el sol que entraba por la ventana. Se levantó y se acercó a esta, donde todavía se erguía la estantería que guardaba muchos de sus libros favoritos. Los inspeccionó. Tenía libros de todos los géneros menos de terror; era demasiado miedica como para leerlos, lo admitía. Pasó los dedos por los lomos y se detuvo en uno de los últimos que le había regalado su padre cuando era adolescente. Alguna vez, cuando volvía de algún viaje de negocios, le traía un libro que pensaba que podría gustarle, y siempre acertaba. En esa ocasión, le había traído una recopilación de poemas de amor,

que devoró el mismo día que se lo regaló durante el viaje hacia la casa de campo. Por eso lo había dejado allí, porque era su lugar favorito. Su casa en la ciudad estaba bien, le gustaba, pero esta vivienda en el campo la hacía feliz. Abrazó el libro como si así pudiera abrazar a su padre una última vez y, después, mientras volvía a dejarlo en la estantería, Colette decidió que lo releería esa noche.

Se dio una ducha para despejar la mente y bajó a comer algo; estaba hambrienta. Se le encogió el corazón al pasar por delante de la habitación de sus padres. Desconocía si su madre seguía allí encerrada o habría salido. Dudó entre seguir andando o llamar a la puerta y preguntarle a su madre si se encontraba bien. Finalmente, decidió pasar de largo. Por mucho que se preocupara por ella, su madre se negaría a hablar, así que, ¿para qué intentarlo?

Entró en la gran cocina de diseño y examinó los armarios en busca de chocolate; el dulce la ayudaba a pensar y a calmarse. Quizá debería empezar a hacer ejercicio en lugar de comer, porque últimamente no se estaba cuidando mucho. Encontró un paquete de galletas, pero no eran de chocolate, así que las volvió a dejar y decidió hacerse algo más sano. Optó por un sándwich de pavo. «Malditos remordimientos...». Fue hacia la sala de estar, donde se encontró de cara con su madre, que miró el bocadillo que llevaba en la mano con reprobación.

—Esta noche llamaré a la cocinera. Debes comer más sano, Colette.

—Ya lo sé, mamá.

Por lo visto, había heredado el talento de su madre para la cocina, es decir, ninguno. Jamás la había visto cocinar. Al menos ella había aprendido algo durante los años que había vivido sola, incluso Rachelle le había enseñado algunos platos.

—Colette... —la llamó con preocupación.

—¿Sí? —Se giró para mirarla, con la esperanza de que su madre quisiera decirle algo sobre cómo se sentía.

—¿Vas a ir a algún sitio? —preguntó finalmente tras unos segundos de silencio.

—A ninguno en especial. Iba a salir a caminar, pero puedo quedarme y hacemos algo juntas si lo prefieres.

—No, no, da igual, ve a caminar. Nos vemos en la cena. —Se bebió el

vaso de agua que tenía en la mano y salió de la cocina en dirección a la biblioteca, que estaba al otro lado del pasillo, sin dejarle decir nada más.

Colette se quedó allí plantada pensando en qué demonios había pasado. ¿Había intentado su madre hablar con ella o solo eran sus ganas de que eso ocurriera? ¿Tan necesitada estaba del amor de su madre? «Eso parece...», pensó.

—Dios, soy patética. No sé por qué espero que algo cambie entre nosotras después de tantos años —suspiró, con lágrimas en los ojos.

Capítulo 3

Colette

Salió de la finca para pasear a pesar de que el jardín era lo bastante grande como para perderse. Tenía que aceptar que la muerte de su padre no significaba que su madre fuera a convertirse en una persona más cariñosa y accesible. Estaban allí juntas, sí, pero eso tampoco quería decir que Beatrice pensara igual que ella en lo referente a los motivos de esas «vacaciones». Colette pensó que sería una buena manera de hacerse compañía y de acercarse, pues la horrible experiencia de perder a un ser querido era una especie de señal para pasar más tiempo juntas. Sin embargo, eso era lo que había pensado ella; no tenía ni la menor idea de lo que pasaba por la cabeza de Beatrice Larue.

Decidió caminar hasta el pueblo para averiguar si podría encontrar algún trabajo mínimamente relacionado con lo suyo. No sabía cuánto tiempo iba a quedarse, pero necesitaba hacer algo para no volverse loca en esa gran casa. Seguramente, su madre no estaría de acuerdo; no obstante, si no quería pasar tiempo con ella, que era para lo que Colette había venido... No pensaba quedarse de brazos cruzados viendo la vida pasar.

No prestó atención a dónde se dirigía y, de repente, se vio en un camino de tierra marcado por neumáticos. Miró hacia atrás y no reconoció el sendero: se había perdido. «Mierda». Decidió que lo mejor era volver sobre sus pasos, pero, al darse la vuelta, se encontró con perro enorme. Era un pastor alemán que la miraba fijamente, parado en medio del camino. Se quedó quieta; los

perros no la asustaban, pero no conocía al animal y, por lo que parecía, no tenía dueño. Miró a ambos lados y no oyó ni vio a nadie, así que decidió ir por el lado contrario. Quizá el camino llevaba a algún sitio desde donde podría ir al pueblo.

Cuando comenzó a caminar, escuchó al perro seguirla. No debía correr, eso lo sabía, aunque ganas no le faltaban. Empezaba a asustarla. Aceleró el paso y cada cierto tiempo miraba hacia atrás: el perro la seguía de cerca. Quizá solo era un pobre perrito abandonado que buscaba compañía; sin embargo, no se atrevió a acercarse. Nunca la habían mordido ni atacado, pero sí que conocía a personas cuyos propios perros se habían vuelto en su contra y no quería tentar a la suerte.

De repente, oyó un silbido y se dio la vuelta para observar al perro, que levantó las orejas y comenzó a correr hacia ella. Colette se asustó y trastabilló hacia atrás, tropezando con una piedra. Intentó recobrar el equilibrio, pero no le sirvió de nada: resbaló por una pequeña pendiente que había al lado del camino. La caída no fue para tanto; aun así, le dolía el pie y estaba llena de barro. Unos días atrás había llovido y la buena suerte había querido que cayera en un charco de barro apestoso. «Genial», pensó mientras miraba hacia el camino de arriba.

El perro bajó la pendiente. Colette intentó levantarse deprisa, pero resbaló con el fangoso suelo una vez más. El perro ladró fuerte y ella cerró los ojos y se cubrió el rostro, a la espera de recibir el mordisco que seguiría a ese ladrido. No obstante, el perro le lamió la mano. El corazón le latía a mil por hora y estaba tan asustada que no oyó que alguien se acercaba.

—¡Nasha! —gritaron. Entonces, el perro volvió a ladrar y, esta vez, Colette no sintió miedo—. ¿Qué coño haces...? —El desconocido se detuvo a mitad de frase al verla.

—Ho... hola —dijo Colette completamente avergonzada—. ¿Es su perro?

—Sí, es mi perra. ¿Está usted bien?

—Mmm... No sabría decirle.

Comenzó a reírse. Tal vez demasiado histéricamente, pero entre el miedo que había sentido antes, la caída, estar llena de barro y la perrita que, al parecer, solo estaba cuidando de ella, se sentía ridícula.

El desconocido descendió hasta ellas y acarició la cabeza de la perrita, que movía la cola feliz.

—Buena chica —dijo y, después, la miró a ella—. ¿Puede levantarse?

—Sí, creo que sí.

Cuando estuvo un poco más tranquila, apreció que el desconocido era tremendamente atractivo. El hombre le tendió una mano grande y fuerte, que ella aceptó gustosa con tal de no caerse una vez más en el asqueroso charco de barro. Al erguirse, sintió una punzada de dolor en el pie y se tambaleó. Él le rodeó la cintura con la otra mano y la atrajo hacia él.

—Le... Le voy a ensuciar... —Se sintió estúpida y avergonzada.

—No se preocupe por una tontería como la ropa. ¿Puede caminar? —dijo con una voz muy grave y *sexy*. «¿*Sexy*? Ay, dios, ¿desde cuándo pienso que las voces pueden ser *sexys*?», se sonrojó Colette, sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Eh, sí, perdón, sí, puedo caminar —farfulló mientras se soltaba de su agarre, aunque no se estaba mal entre sus brazos.

—¿Puedo preguntarle cómo ha acabado aquí?

Colette se atrevió a mirarlo a los ojos. Estaba muy avergonzada, pero seguía teniendo educación. El hombre le estaba sonriendo y... Oh, dios, ¡qué sonrisa!

—Pues, en realidad, ha sido culpa suya —respondió medio en broma.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —Arqueó una ceja y se cruzó de brazos. Colette no pudo evitar admirar lo fibrosos y musculosos que parecían a través de ese jersey fino de color gris de manga larga.

Carraspeó y volvió a clavar la mirada en sus ojos; eran preciosos, de un color verde azulado muy bonito. Su cabello corto y ondulado era pelirrojo, igual que su espesa barba. Colette pensó que parecía un modelo sacado de una revista de moda de leñadores macizos. Bueno, no sabía si existían ese tipo de revistas, pero, si fuera así, él saldría en la portada. Solo le faltaba la camisa a cuadros. Calculó que tendría un par de años más que ella.

—Pues resulta que, cuando usted ha llamado a su perrita, ella ha empezado a correr hacia mí y me he asustado, he tropezado y el resto es historia —refunfuñó, fingiendo estar enfadada.

—Mmm... Ya veo —murmuró mientras se frotaba la barba—. Pues sí, parece que tengo la culpa—. «Ahora es cuando se disculpa y me invita a tomar algo», pensó Colette—. Lo siento mucho, espero que le vaya bien —dijo, se dio la vuelta y comenzó a subir hacia el camino. Colette se quedó allí

plantada, sin saber qué decir exactamente.

—¡Espere! ¡Al menos podría ayudarme a subir! —gritó.

—Por supuesto, perdone. —El hombre le tendió una mano y Colette no tuvo más remedio que aceptarla. Cuando iba a apoyar el pie para impulsarse hacia arriba, él tiró de ella y la subió como si no pesara nada. La perrita ascendió tras ella.

—Gra... gracias.

—No hay de qué. Que tenga un buen día —se despidió de nuevo.

Colette estaba un poco desconcertada. No estaba acostumbrada a que los hombres no le hicieran caso. A ver, sabía que no era una modelo, pero era atractiva y siempre había conseguido al chico que quería. Que ese hombre no le hubiera lanzado ni una mirada insinuadora la trastocaba un poco. ¿Tan poco atractiva le parecía? Porque ella pensaba que él era el hombre más guapo con el que había tenido el placer de encontrarse.

—¡Espere! —chilló una vez más al tiempo que daba un paso hacia él.

—¿Sí? —El desconocido se giró y la miró impaciente, como si quisiera huir de ahí. ¿Tan molesta le resultaba?

—Yo, eh... me he perdido. —Confesó finalmente—. Creo que he venido de ahí, pero... no estoy segura.

El hombre resopló, como si le hubiera pedido tantos favores que se hubiese convertido en una molestia. «¡Será idiota! ¿Tanto le cuesta ayudarme?», pensó Colette, cabreada por la falta de empatía de ese hombre.

—Da igual, encontraré el camino yo sola. Gracias por lo de antes —espetó enfadada, se dio la vuelta y empezó a caminar. Notó una ligera molestia en el pie, pero la ignoró.

De repente, sintió que le agarraba la muñeca para detenerla.

—Perdone, no quería parecer borde. La ayudaré a volver. ¿Dónde se aloja? —preguntó a su espalda.

—No es necesario, gracias.

—No quiero que se asuste de nuevo y acabe metida en un pozo o algo peor —bromeó.

Colette puso los ojos en blanco y resopló para evitar reír.

—Vivo en una de las casas de campo de la urbanización, la 108.

Él silbó en respuesta.

—Esas casas son espectaculares.

—Sí, la mayoría fueron construidas por el mismo constructor... No importa —se interrumpió Colette al darse cuenta de que iba a darle una charla a un total desconocido.

Él le rodeó la cintura con el brazo sin previo aviso y la obligó a apoyarse en él. Era muy alto, rondaba el metro noventa.

—¿Qué...? ¿Qué hace? —farfulló Colette; no sabía qué hacer con las manos.

—He visto que cojeaba y he pensado que podría usarme de muleta. —Se encogió de hombros.

—Ah, vaya, gracias.

Hacía un momento estaba resoplando por tener que ayudarla y, ahora, se comportaba como un auténtico caballero. ¿Qué le sucedía a ese hombre?

—Vamos, agárrese. No sea tímida.

—No soy tímida —refunfuñó Colette, y él emitió una risa que la atravesó de arriba abajo.

Poco a poco, lo agarró de la cintura como él hacía y sintió los duros músculos bajo el jersey.

Comenzaron a caminar y Colette pensó que, visto desde fuera, parecerían una pareja paseando por el campo, algo que no podía distar más de la realidad. No tenía ni idea de quién era ese hombre y, aun así, había permitido que la abrazara cuando ella no toleraba mucho los abrazos, ni siquiera los de Rachelle. No es que le molestaran, sino que no sabía cómo gestionar el contacto con otras personas, la hacía sentir incómoda.

Sin embargo, ese hombre no la incomodaba para nada, más bien todo lo contrario: su contacto era tranquilizador. Su aroma la invadió; olía a madera y a hierba fresca, un olor maravilloso.

—¿Vive por aquí? —preguntó Colette para romper el silencio.

—Sí.

«Vale... No es muy hablador».

—Por cierto, soy Colette. Puedes tratarme de tú, creo que tenemos más o menos la misma edad. —Rio.

—Genial.

«¿Y ahora qué le pasa? ¿Es capaz de abrazarme, pero no de mantener una

conversación civilizada?»).

—¿Vive por aquí cerca? —Siguió tratándolo de usted, pues ni siquiera le había dicho su nombre.

—Sí. El camino por el que te has caído lleva a mi casa.

«¡Bien, más de una palabra!», pensó con ironía. Aunque tampoco se le ocurrió qué decir a continuación. De repente, reconoció el camino. Su casa no quedaba lejos así que, para evitar otro silencio incómodo y esa situación un tanto rara, se separó de él.

—Ya sé dónde estoy, mi casa no está lejos. Muchas gracias por todo, ya puedo seguir yo sola —dijo con una sonrisa.

—¿Está segura? No me importa acompañarla.

—Sí, sí, no se preocupe. Muchas gracias por su ayuda.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó de ese hombre tan atractivo. La perrita que los había estado siguiendo de cerca corrió hacia ella y se puso a su lado. Colette se detuvo y le acarició la cabeza.

—Muchas gracias a ti también, bonita —susurró a la perrita, que le lamó la mano en contestación. Era un perro muy inteligente.

—Nasha, vámonos, no molestes a la señorita —llamó a su perrita con tono serio. Su voz le ponía la piel de gallina; nunca había escuchado una voz tan atrayente y potente.

Colette observó como él daba media vuelta y comenzaba a caminar en dirección opuesta; Nasha lo siguió. No pudo evitar observar que el hombre tenía un buen trasero. Sonrió al percatarse de que jamás se había fijado en eso, pero es que todo en ese hombre parecía atraerla. Era realmente guapo y muy seguro de sí mismo, algo que la volvía loca. «Oh, dios mío, ¿qué pensamientos son esos? Ni siquiera le intereso y lo más probable es que no vuelva a verlo. Madre mía, estoy fatal», se reprochó mientras ponía rumbo a su casa.

Cuando llegó, su madre la miró como si hubiera aparecido con un elefante y Colette se miró en el espejo del recibidor. Tenía un aspecto deplorable: estaba cubierta de barro y despeinada. Comenzó a reírse de sí misma. Tenía barro por toda la cara, las manos y la ropa. Aun así, ese hombre no se había reído de ella ni se había inmutado al tocarla y mancharse.

—¿Qué te ha pasado, Colette? —exclamó su madre, espantada.

—Me he caído. —Siguió riendo—. Me voy a la ducha.

—Sí, será lo mejor. Ten cuidado, no manches nada.

Colette puso los ojos en blanco y no contestó. Todavía sentía una ligera molestia en el pie, pero se le pasaría después de un baño de agua caliente.

Capítulo 4

Colette

Después de una cena bastante silenciosa con su madre, Colette se retiró pronto a su cuarto. Beatrice le había preguntado por su excursión y cómo había acabado llena de barro, y ella se lo contó sin nombrar al atractivo hombre. No es que quisiera ocultárselo a su madre, más bien quería evitar una reprimenda por parte de Beatrice, que estaba obsesionada con la imagen de la familia. Así que sí, quería escondérselo a su madre, quien ya le había preguntado si la había visto alguien.

La molestia del pie ya casi había desaparecido. Mientras se bañaba, se dio cuenta de que tenía un par de arañazos en las piernas y en las palmas de las manos, pero no era nada grave. Después de prepararse para acostarse, cogió el libro de poemas que le había regalado su padre y se metió en la cama. No pudo evitar estrechar contra su pecho ese libro tan especial para ella, era como si la conectara con su padre. Abrazó el libro y suspiró. No le apetecía volver a pensar en lo sola que se sentía, así que sus pensamientos viajaron hasta aquel hombre misterioso; le habría gustado al menos saber su nombre. De todas formas, daba igual, porque lo más probable era que no volviera a verlo.

Abrió el libro de poemas dispuesta a no darle muchas vueltas a su encuentro con ese hombre y leyó:

TÁRTARO Y ELÍSEO

*Sus abrazos dolían como los suaves azotes del deseo:
traición.*

*Sus labios tentadores me asfixiaban con amor:
perdón.*

*Sus ojos reflejaban contradicción:
infierno y paraíso.
Tártaro y Elíseo.*

Colette se quedó pensativa, cerró el libro y volvió a abrazarlo.

—El amor... —suspiró reflexiva, mirando al techo blanco.

Estaba convencida de que el amor no estaba hecho para ella. Sus relaciones siempre habían fracasado o, como esta última, eran prácticamente inexistentes. Jamás había experimentado que el corazón se te partiera en mil pedazos porque la persona que amabas te había dejado, o la sensación de que te iba a estallar el pecho por el amor que sentías por alguien. Quería a sus padres, pero no era lo mismo.

Leyó otro poema:

LENTAMENTE AL AMOR

*Tu alma parte de mi sería,
tu vida mi causa para seguir respirando.
Me aterra perderte en esta noche sombría.
Si partes con el alba
moriré lentamente,
tan lentamente...*

Colette jamás había estado enamorada ni había sentido el amor de su familia. Siempre la habían apoyado y sabía que la querían, pero no solían demostrarlo. Ella tampoco, lo admitía, y eso la había asustado algunas veces. El amor era para ella algo que nunca podría conseguir, algo que no entendía, y, a la vez, era algo que anhelaba sentir.

—Dios, este libro me pone demasiado filosófica. —Se rio de sí misma mientras dejaba el libro en la mesita de noche.

No tardó mucho en caer rendida.

Dos días después de llegar a aquella casa, no había hecho ningún avance en la relación con su madre. Más bien parecía que se rehuían mutuamente. Claramente, esa no era la intención de Colette, pero empezaba a pensar que era la de su madre.

Durante esos dos días, no había hecho mucho: leer, pasear por la finca y poco más. El día anterior había ido al pueblo, esta vez en coche, para buscar alguna forma de evadirse. Necesitaba encontrar un trabajo o la estancia en esa casa acabaría por ahogarla. Todos sus planes con respecto a esas «vacaciones» estaban saliendo fatal. No progresaba nada con su madre; le había preguntado un millón de veces si quería acompañarla a hacer cualquier cosa y su respuesta siempre era que estaba cansada o que tenía que hacer recados. ¿Qué clase de recados tenía que hacer que no podía contar con ella? Empezaba a pensar que más que hacerle compañía a Beatrice, la estaba molestando.

Colette estaba a punto de bajar a desayunar cuando pasó por delante del despacho de su padre. Había pasado por ahí infinidad de veces desde que habían llegado, pero no se había atrevido a entrar. Se detuvo delante de la puerta de madera y agarró el pomo; luego, la abrió. Dio un paso hacia adelante y entró en el cuarto. El olor a su padre le impregnó las fosas nasales. Lo echaba mucho de menos; siempre olía a café y a puros, aunque él no fumaba o lo hacía en contadas ocasiones.

Nadie lo había tocado desde la última vez que su padre estuvo allí, exceptuando el personal de limpieza. Sus papeles y facturas seguían esparcidos sobre el gran escritorio de madera, junto a una pluma que ella misma le había regalado en su último cumpleaños. La silla negra seguía perfectamente colocada tras el escritorio y Colette no quiso tocarla. Cogió la estilográfica y se sentó en un pequeño sofá al lado de una estantería repleta de libros de economía y otras disciplinas que a ella no le interesaban, pero que volvían loco a su padre. Con una mano, acarició el sofá negro de piel, en el que se había sentado tantas veces para hacer los deberes cuando era niña o para leer de adolescente mientras su padre trabajaba. Se quedó absorta mirando la pluma y recordando la contenida sonrisa que le dedicó cuando

abrió el regalo. A su padre le encantaban las estilográficas, por lo que esta pluma de edición limitada lo hizo tremendamente feliz.

—Estuvo presumiendo de su regalo durante días —dijo su madre desde la puerta, sobresaltándola.

—Mamá...

—No quería asustarte. —Le sonrió con una mirada triste.

—No pasa nada —replicó mientras Beatrice tomaba asiento a su lado.

—A Jeff le encantaban las plumas, siempre llevaba alguna encima. — Colette tendió la estilográfica a su madre: sentía que lo necesitaba. Beatrice la cogió y la acarició. Se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Casi todas las fotografías que tengo de papá son vestido de traje, con una pluma sobresaliendo de su bolsillo. —Esbozó una sonrisa.

—¿Te he contado alguna vez que nos conocimos gracias a una? —Colette negó con la cabeza—. Por eso empezó a coleccionarlas. —Su madre sonrió con nostalgia.

—¿Qué pasó? —preguntó cuando su madre se quedó callada.

—Yo le regalé su primera pluma. —Lloró, y Colette sintió que se le partía el alma, pero no supo qué hacer—. Llovía y el chico con el que había quedado me dejó plantada. Era su cumpleaños, así que le había comprado una pluma. —Vaciló, como si quisiera añadir algo más, pero negó con la cabeza y, después, siguió hablando—. Estaba muy cabreada y salí del establecimiento donde habíamos quedado, una cafetería en el centro. Detuve a la primera persona con la que me crucé y le di el regalo. Era tu padre. Me vio alterada y me invitó a un té. —Sonrió, perdida en su recuerdo—. Insistió en que me llevara el regalo, pero yo no lo quería y tampoco podía devolverlo, así que se lo quedó. Hablamos toda la tarde y, con el tiempo, nos dimos cuenta de que éramos los adecuados el uno para el otro.

A Colette no se le escapó que no había dicho que se habían enamorado. Siempre había sabido que sus padres no estaban enamorados; se querían, sí, pero no se amaban, o eso había sospechado hasta ahora, cuando su madre se lo había confesado. Jamás les había escuchado decir «Te quiero», ni siquiera a ella. Aun así, le gustó escuchar cómo se habían conocido. Eso le hacía pensar que la relación de sus padres no era tan fría.

—Mamá... No lo sabía, me ha encantado escuchar vuestra historia —dijo de todo corazón.

—Sé que no he sido la mejor madre y estos días he estado un poco distante contigo, más de lo normal, pero quiero que sepas que te quiero, Colette, y, aunque me duele mirarte, eres mi vida y siento ser una madre poco cariñosa —confesó Beatrice con lágrimas en los ojos y cogiéndole las manos.

Colette no comprendía por qué había dicho que le dolía mirarla. ¿Quizá le recordaba a su padre? Nunca le habían dicho que se pareciera a ninguno de sus progenitores.

—Oh, mamá... Ya sé que me quieres, y yo a vosotros, y entiendo que esto es muy duro para ti, pero para mí también lo es. Solo quería un poco más de tiempo con él, conoceros mejor a los dos. Esto que me has dicho... Lo necesitaba, gracias.

Para sorpresa de Colette, Beatrice la abrazó con fuerza, tanta que Colette pensó que ese abrazo valía por cada uno de los que no le había dado.

—Me siento mejor —afirmó su madre sonriendo.

—Yo también —convino.

—Deberíamos hacerlo más, a Jeff le hubiera gustado.

Colette le sonrió y Beatrice se levantó, recuperó la compostura y se alisó el traje de falda y chaqueta.

—Toma, quédatala, es lo que él hubiera querido —dijo Beatrice mientras le tendía la pluma.

—Pero...

—Cógela, Colette.

Ella asintió y se llevó la pluma al pecho; luego, le dedicó una sonrisa a su madre. Beatrice salió del despacho y Colette no tardó en seguirla. Cerró la puerta y sintió que, aunque solo fuera durante unos segundos, había conectado con su madre. Quizá esta escapada no estaba siendo tan desastrosa como pensaba.

Estaba feliz. Había descubierto cómo se habían conocido sus padres y había abrazado a su madre, algo que no ocurría desde que era una niña. Después de desayunar, salió al patio trasero, donde había unas hamacas junto a la piscina y una zona de barbacoa. No sabía dónde se había metido su madre; no la había vuelto a ver desde que había salido del despacho de su padre.

Al pasar por esa zona, se le ocurrió que, un día de esos, podía invitar a

Rachelle y Andrew para hacer una pequeña barbacoa como las que solían hacer en alguna de las fiestas con los amigos más íntimos. Consideró sentarse en una hamaca y leer algo, pero quería pensar y caminar la ayudaba a hacerlo. Así que decidió dar un paseo por los alrededores. Buscó a su madre para decirle que salía por si necesitaba algo y la encontró acostada en su cuarto. No quiso molestarla.

Colette pensó que era extraño que su madre durmiera a aquellas horas; Beatrice era una mujer madrugadora y con una agenda apretada con amistades y un sinfín de actos que organizar. Entendía que hubiera dejado un poco de lado todo eso; no obstante, también le parecía un poco extraño. «Quizá no ha pasado buena noche o no se encuentra bien», pensó. Esperaba que no fuera algo más grave, pues tampoco la había visto comer.

Colette se preocupó. Tras escuchar el modo en que su madre había hablado de su padre, entendía lo mucho que él significaba para ella y comprendía perfectamente que estuviera deprimida por perder al hombre de su vida. La obligaría a comer más y a hacer cosas juntas porque no quería que cayera en una depresión. En esos instantes, pensó que Beatrice no quería apartarla de su lado. Simplemente estaba triste y, si ella le recordaba a Jeff, era probable que mirarla le hiciera más daño. Aun así, no se rendiría con su madre.

Salió de casa y comenzó a andar, aunque no en dirección al lugar por donde se había caído y perdido el otro día. Intentó pensar en cosas para animar a su madre, quizá una cena de chicas con sus amigas; sin embargo, esas señoras nunca le habían caído especialmente bien a Colette. No eran malas mujeres, pero sí un poco interesadas. Tal vez debería llamar al señor Johnson.

Un ruido entre los matorrales la alertó y la sacó de sus pensamientos. Había estado tan absorta en ellos que ni siquiera se había dado cuenta de hacia dónde se dirigía: estaba en medio del bosque. Escuchaba un coche a lo lejos, por lo que no se había desviado tanto del camino principal.

Otro crujido entre los arbustos le hizo dar un respingo y se le aceleró el corazón. ¿Podría haber algún animal salvaje? Observó con atención y creyó ver a alguien.

—Ho... ¿Hola? —preguntó acercándose sigilosamente.

De repente, lo que creyó que era un hombre se abalanzó sobre ella y la

empujó. Colette perdió el equilibrio y cayó al suelo de culo mientras el desconocido salía corriendo. Emitió un grito de dolor cuando se clavó una piedra en las lumbares. Con el corazón latiéndole en los oídos, intentó reconocer quién la había empujado, pero no veía nada.

—Qué raro. ¿Quién demonios era? ¡Ay! Que daño... —Se frotó la espalda y trató de levantarse, pero le dolía mucho. ¿Es que cada vez que salía de paseo tenía que acabar en el maldito suelo?

Todo había pasado muy rápido y no entendía qué demonios había sucedido. ¿Quién la había empujado y qué hacía allí escondido? ¿La estaba siguiendo? Ante ese pensamiento, se le aceleró el corazón por el miedo y miró alarmada a todos lados. ¿Por qué iban a seguirla? No obstante, cuando volvió a escuchar algo detrás de ella, sintió cómo un torrente de pánico le recorría las venas. Alguien o algo se acercaba por el camino. Colette intentó levantarse del suelo apresuradamente, pero notó un pinchazo en la espalda.

—¡Joder! —se quejó, asustada, y miró hacia donde el desconocido que la había empujado se había ido.

Pero el sonido provenía de detrás de ella.

Capítulo 5

Colette

Escuchó un perro ladrar y se puso rígida hasta que Nasha se plantó delante de ella, moviendo la cola. Se tranquilizó al ver que era ella y no cualquier otro perro que pudiera atacarla, o peor, el hombre que la había tirado al suelo. Levantó la mano y le acarició la cabeza después de que el animal le diera un golpecito con la pata. Colette rio por lo cariñosa que era y eso le hizo olvidar el momento de tensión y miedo que había vivido momentos antes.

—¿Siempre voy a encontrarla en el suelo? —preguntó una voz potente y dura a su espalda con un deje de diversión. Esa voz tan *sexy* era inconfundible y todo su cuerpo reaccionó ante ella aunque no debiera.

—Parece que soy bastante patosa —contestó sin mirarlo. Por raro que fuera, su presencia la tranquilizó y la hizo sonrojarse a la vez.

En unos segundos, el hombre imponente del otro día estaba frente a ella, erguido cuan alto era y mirándola con esos ojos del color del mar de las islas del Caribe, ese pelo cobrizo oscuro y esa barba abundante que le daba un aire fiero y salvaje. El corazón se le aceleró de manera errática. ¿Por qué demonios tenía que parecerle tan atractivo?

—¿Se encuentra bien? —inquirió mientras le tendía la mano.

—Sí, más o menos. Me he clavado una piedra en las lumbares al caerme y me duele un poco. —No pudo contener su lengua. Algo en su mirada la incitaba a decirle todo lo que él pedía.

—Pues será mejor que la lleve —se ofreció y, sin esperar respuesta, se

agachó a su lado y la cogió en brazos como si no pesara nada.

—Oh, no hace falta —farfulló con apuro y totalmente desprevenida por ese contacto. Sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso al notar sus duros músculos agarrándola y haciéndola sentir pequeña y protegida. Después del miedo que había pasado, estar con él, aunque fuera un desconocido, la consolaba en cierta manera.

—No se preocupe. ¿Le duele?

—Eh... No, así no. Gracias, pero de verdad que...

—No es ninguna molestia —la interrumpió mientras le lanzaba tal mirada que Colette no se atrevió a contrariarlo.

Tanto su voz como sus ojos hacían que le hormigueara el cuerpo, sobre todo en las zonas más sensibles. ¿Cómo era capaz de hacerla sentir de esa forma aquel desconocido? Por muy atractivo que fuera, jamás un hombre la había excitado así. Le rodeó los hombros con los brazos y quiso hundir la cabeza en el hueco de su cuello poderoso y viril. Su olor a madera de montaña y a dulce la inundó.

Colette cayó en la cuenta de que tenía que hacer algo para distraerse y dejar de mirarlo como una acosadora.

—E... eres muy alto. —Fue lo primero que se le ocurrió y se quiso dar de tortas por la tontería que acababa de decir.

Él soltó una especie de carcajada y comenzó a caminar.

—¿Ah, sí? —se interesó con la vista clavada al frente. Al menos no la consideraba una inepta social.

—Sí.

—¿Me vas a contar por qué estabas en el suelo, Colette? —preguntó. La mujer se sorprendió de que se acordara de su nombre y de que, al parecer, ya no la tratara de usted.

—¿Ya me tuteas? —interrogó a riesgo de parecer más tonta todavía.

—No tiene mucho sentido. Como bien dijiste el otro día, somos casi de la misma edad y creo que llevarte en brazos es razón suficiente como para llamarte por tu nombre —señaló sin cambiar su gesto.

Colette rio, pues tenía razón. Ella encontraba una tontería que, en pleno siglo XXI, dos personas se trataran de usted cuando tenían casi la misma edad y, en ese contexto, no lo había hecho nunca, la verdad.

—Sí, es un poco absurdo, pero no me has dicho cómo te llamas.

—Lachlan.

—Encantada, Lachlan. —Sonrió. Colette pensó que el nombre le venía como anillo al dedo; era un nombre con fuerza.

La joven estaba tan distraída que había dado por sentado que la llevaría a su casa, pero pronto se dio cuenta de que no era así.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa, si te parece bien. —Se detuvo en medio del camino y la miró intensamente.

Después de lo que le había sucedido unos minutos antes de que Lachlan llegara, tendría que desconfiar de él; sin embargo, no lo hacía.

—Mientras no sea para hacer cosas raras... —bromeó Colette, y enseguida advirtió que callada estaba más guapa—. Quiero decir, perdón, me parece bien —añadió ruborizada y con la mirada fija en su regazo.

Lachlan sonrió.

—No era mi intención hacer cosas raras. —Soltó una carcajada—. Tengo una pomada para aliviar el dolor. Yo la uso y va muy bien.

—Lo siento. A veces suelto bromas inapropiadas —susurró Colette.

—No te preocupes. Si yo fuera tú, también pensaría que quiero acostarme contigo. —¿Y no lo quería? Porque ella sí. Era un hombre atractivo, fuerte y alto, y que la hubiera ayudado una vez más sin pedir nada a cambio le daba puntos extra. La pregunta le abrasó la lengua, pero apretó la mandíbula y no dijo nada—. Será mejor que te lleve a tu casa —sugirió él tras mirarla fijamente.

—No, está bien. En casa no tengo nada para aliviar el dolor. Seguro que tu pomada será mejor que nada.

—Vale —convino con el rostro inexpresivo. Ese hombre era todo un enigma para ella y eso lo hacía más excitante.

Hicieron el resto del camino en silencio. Colette no sabía qué pensar de Lachlan; era un hombre amable, de eso no cabía duda, puesto que la había ayudado las dos veces que la había encontrado en el suelo. No obstante, también parecía una persona distante e inaccesible y Colette estaba decidida a conocer al hombre que había llamado su atención desde el primer instante en que lo había visto.

Llegaron a una pequeña casa de campo al final del sendero donde se había caído el primer día. Nasha corrió hacia la vivienda y desapareció por detrás de esta. El lugar era muy bonito y estaba cuidado, con una valla de madera que la rodeaba y un pequeño jardín de tierra con flores de varios tipos y árboles pequeños. La fachada era de piedra y tanto las puertas como las ventanas estaban hechas de madera. Era precioso.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Colette, maravillada.

—No es como las casas que hay por aquí —comentó algo avergonzado.

—No, no, es preciosa. Me encanta, de verdad. —Lo último que quería era ofenderlo. Además, realmente le parecía una casa con mucho carácter y acogedora.

Él asintió con seriedad mientras avanzaba en dirección a la entrada principal. En cierta manera, Colette no se alegró de llegar, puesto que de un momento a otro la soltaría y no quería dejar de sentir esos maravillosos brazos a su alrededor ni su calor. Era agradable.

—¿Crees que puedes ponerte de pie sin que te duela la espalda? —preguntó al llegar a la entrada.

—Cre... creo que sí —balbuceó; no se había dado un gran golpe.

Lo cierto era que no había vuelto a sentir dolor durante todo el trayecto. Seguramente el pinchazo se debiera a que había caído sobre la piedra, pero había estado tan concentrada en Lachlan y en sus pensamientos que no se percató de si le dolía o no.

Lachlan la depositó suavemente en el suelo de piedra y la apretó contra su pecho sin dejar de mirarla a los ojos. Sus cuerpos estaban muy pegados y Colette sintió que su corazón se aceleraba y que la respiración se le entrecortaba. Ese hombre tenía un efecto en ella que no era normal.

—¿Te duele? —inquirió, y la sacó de su ensoñación, perdida en su mirada azul con motas verdes.

—¿Qué? Ah, no, estoy bien. Parece que el dolor ha remitido. —Esbozó una sonrisa.

—Bien —se limitó a responder, y dio un paso hacia atrás para alejarse de ella.

Un poco más y Colette se cae de bruces al verse privada tan repentinamente de la sujeción de Lachlan. Mientras él abría la puerta, ella miró a su alrededor. Era una casita de piedra bastante apartada de las demás y

muy diferente a las casas de lujo que había en la zona, como, por ejemplo, la suya.

Él aguantó la puerta abierta y la invitó a entrar. Sentía una ligera molestia al caminar. No obstante, ya no era el pinchazo de antes, así que no dijo nada.

El interior de la casa no disentía mucho del exterior. Era de estilo campestre, de piedra y madera, y parecía muy acogedora y bonita a la vez que masculina. Tenía una única planta con una cocina y un comedor, y un pasillo que seguramente llevaba a las habitaciones y al baño. La mayoría de muebles eran de madera y Colette, como profesional de la decoración que era, se fijó en algunos elementos que le parecían de gran calidad; no se asemejaban a los típicos muebles comprados. Por ejemplo, se apreciaba una gran destreza artesanal en la gran mesa de comedor y las sillas; estaban hechas con mucha maestría. Sin darse cuenta, se acercó a una de las sillas y pasó una mano por el respaldar, maravillada por su excelente calidad. Era un objeto único, pues cada una de las cuatro sillas presentaban una decoración distinta en los respaldos.

—Puedes sentarte en el sofá o donde quieras, voy a por la pomada — informó Lachlan a su espalda.

Colette se giró hacia él y asintió, pero él ya había desaparecido por el pasillo. Decidió preguntarle después por el ebanista que había elaborado tales piezas. La mesa también mostraba un trabajo minucioso, decorada con una gran rosa tallada en el centro. Después, se dirigió al sofá, frente al cual había una mesita de café de la misma calidad que la del comedor.

Lachlan

No tardó en encontrar lo que buscaba en el armario del baño: la pomada para aliviar el dolor que él mismo usaba en sus manos cuando llevaba demasiado tiempo trabajando sin parar. No sabía qué demonios le había llevado a traer a Colette a su casa; estaba claro que era una niña pija que estaba veraneando. Era lo que abundaba en la zona: pijos de vacaciones. Nunca le había gustado

esa faceta del pueblo, pero había heredado ese terreno de su tío y, en ese momento, había querido estar lo más lejos posible de la ciudad. Allí vivía apartado y tranquilo, solo.

Lachlan anhelaba la soledad de su casa, con la única compañía de su perra. Por eso no sabía qué demonios le había pasado por la cabeza al traer allí a Colette. Esa rubia de ojos azules lo había cautivado desde el maldito momento en que la vio en el suelo la primera vez, cubierta de barro. Era preciosa, con sus curvas y sus labios llenos. Lo excitaba; sin embargo, no quería tener nada que ver con ella. Las mujeres eran peligrosas para él y, hasta ahora, se había mantenido alejado de ellas a excepción de algún que otro encuentro sexual. Nada de sentimientos, eso era lo que había decidido hacía tres años y le iba bien. No quería volver a pensar en aquellos años tormentosos de su vida, pero tampoco podía olvidarlos si no quería caer en el mismo error. Y Colette era peligrosa, pues deseaba saber cosas de ella, cosa que hacía tiempo que no le ocurría.

Salió del baño y, mientras la observaba acariciar la rosa que había tallado en el centro de la mesita de café, no pudo evitar desear ser él quien recibiera esas caricias. Su cuerpo reaccionaba ante ella. El movimiento de sus pequeños dedos sobre la rosa lo llevaban a pensar en cómo sería si acariciara la parte más sensible de su cuerpo, en cómo ascenderían y descenderían sus manos por su miembro mientras se lo llevaba a la boca.

Lachlan apretó la mandíbula y casi gruñó; no podía dejarse llevar por esos deseos. ¡Joder! Tenía que deshacerse de ella inmediatamente. Había pensado que no volverían a verse después de la otra vez, pero allí estaba, y llevarla a su casa en brazos había sido un tormento. Cada respiración de ella y cada ráfaga de viento que le traía su aroma a algodón de azúcar lo habían puesto enfermo. Probablemente se estaba volviendo loco porque había tenido unas tremendas ganas de besarle el cuello, de saborearla. Respiró hondo y se ajustó los pantalones sobre la erección antes de carraspear para que la voz no lo delatara. Nunca antes ninguna mujer lo había hecho reaccionar así con tan solo oler su perfume o, simplemente, observarla acariciar una de sus obras.

Colette se giró hacia él y le dedicó una sonrisa que detuvo su mundo. ¡Joder! Era preciosa y no podía estar más tiempo cerca de ella si no quería que las cosas salieran tan terriblemente mal como la última vez que había dejado que una mujer formara parte de su vida.

—Tengo la pomada —dijo con el tono de voz más frío que fue capaz de emplear.

—Gracias, pero ya no me duele.

—Antes has hecho una mueca al comenzar a andar —señaló él. Se había dado cuenta de su expresión al entrar en casa.

—Es solo una pequeña molestia.

Se puso de pie frente a ella y le tendió la pomada para que se la aplicara, aunque su mente ya cavilaba qué se sentiría al acariciarla. Colette lo observó fijamente y sus ojos azules como el cielo lo hipnotizaron. Parecía un ángel. Pero no, no iba a caer otra vez en lo mismo. No podía permitirlo ahora que las cosas le iban bien.

—¿Puedes volver sola a casa? —preguntó en una clara invitación para que se marchara.

—Sí, sí, no te preocupes. Muchas gracias por todo —respondió ella mientras se levantaba y quedaba a escasos centímetros de él. Su olor a algodón de azúcar volvió a invadirlo y quiso saborearlo en su cuerpo, beber de ella hasta que solo fuera capaz de gritar su nombre.

Algo que nunca sucedería.

—Vale, ya sabes dónde está la puerta —espetó enfadado consigo mismo; ella no tenía culpa de nada. Se dio la vuelta y salió por el patio trasero hacia su taller, o esa era su intención.

—¡Espera! —lo detuvo ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta antes de irme?

—Claro —contestó con el mismo tono frío.

Percibía que ella también se había enfadado. Bien. Estaba siendo un capullo a propósito para asegurarse de no volver a verla.

—El ebanista que ha elaborado estos muebles... ¿Podrías darme su contacto?

—¿Por qué? —preguntó, curioso. ¿Le habían gustado sus piezas?

—Porque me parecen realmente exquisitas, fabricadas con mucha maestría —respondió ella, y que Colette hablara así de su trabajo lo excitó todavía más.

—¿Entiendes de ebanistería?

—Soy decoradora de interiores. No conozco el proceso, pero entiendo lo

suficiente como para advertir que son grandes piezas.

—Pues lo siento, no puedo darte el contacto.

—¿En serio? —Estaba enfadada. Lachlan sonrió para sus adentros—. ¡Si tan mal te caigo, puedes quedarte tu puñetera pomada! —Le gritó y, acto seguido, le lanzó el bote al pecho. Podría haber sido peor.

Lachlan la miró, perplejo. No se esperaba que una niña pija como ella perdiera los papeles de esa manera, pero estaba claro que Colette no era tan simple como esa etiqueta.

—Ay, dios, lo siento. Ha sido un impulso. —Dio unos pasos hacia él y se detuvo a unos metros, con las manos en la boca—. Lo siento.

De repente, una carcajada surgió desde lo más profundo del alma de Lachlan: aquella chica estaba loca. En un instante, estaba cabreada y le tiraba cosas y, al otro, le pedía perdón como una niña buena.

—Me alegra saber que te divierte que te tiren cosas —murmuró ella con una pequeña sonrisa en sus preciosos y carnosos labios de color fresa.

Capítulo 6

Colette

No entendía a ese hombre. Un momento era amable y tierno y, al otro, era un borde y un estúpido. Le había sacado de sus casillas que no quisiera darle el nombre del ebanista que había elaborado los muebles de su casa, ya que era lógico que lo conociera. Había perdido los papeles, algo no muy propio de ella, pero es que se había enamorado del trabajo de ese profesional y le gustaría comprarle un par de piezas. Y, para qué engañarse, se había cabreado por la actitud fría de Lachlan.

—Mejor me marchó —dijo.

No quería dar su brazo a torcer con lo del ebanista. No obstante, tampoco quería molestar al hombre que la había ayudado, aunque parecía que su presencia fuera una molestia.

Odiaba sentirse atraída por él; estaba claro que el pelirrojo no sentía lo mismo por ella. Pero era muy atractivo, alto y fuerte, y madre mía, su voz era *sexy* a rabiar, y cuando se reía... Colette pensó que iba a deshacerse como mantequilla en el microondas.

—Hacía mucho que no me reía así —comentó él casi sin pensarlo y, rápidamente, su semblante volvió a ser serio y frío. Carraspeó—. Es decir, sí, mejor vete ya, antes de que se haga más tarde.

Eso era una excusa, pues apenas era mediodía, pero igualmente tenía que volver para comer con su madre. No quería dejarla tanto tiempo sola.

—Vale, me voy. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de entrada,

pero, al salir, se acordó del tipo que la había perseguido. Un escalofrío la recorrió. No sabía si estaría esperándola por ahí o, quizá, era todo producto de su imaginación y, en realidad, el hombre se había tropezado con ella.

Colette no sabía qué pensar. A su espalda, oyó que alguien silbaba: Lachlan había salido tras ella y no se había dado cuenta. De repente, Nasha vino corriendo alertada por el silbido y se sentó delante de los pies de su dueño.

—Acompáñala a casa. Si sucede algo, ven a buscarme —ordenó a la perra. Colette lo miró, anonadada. ¿De verdad Nasha lo entendía? Respondiendo a su pregunta, la perra ladró en señal de asentimiento—. Por si te caes otra vez. —Le guiñó un ojo y Colette se ruborizó—. Y toma.

Lachlan le tendió la pomada.

—Gracias, pero no hace falta que finjas que te preocupas por mí —espetó mientras le quitaba la pomada de las manos y se ponía en marcha.

Nasha no tardó en llegar a su altura. Colette miró a la perrita y le acarició la cabeza.

—Menos mal que no te pareces al borde de tu dueño —dijo, sonriendo.

—¡Eh, que todavía puedo oírte! —gritó el hombre con una sonrisa.

Colette no se giró, pero sabía que esa sonrisa había desaparecido rápidamente. Empezaba a entender que Lachlan escondía algo que lo obligaba a mostrarse tan frío con ella. De lo contrario, no tenía explicación que se preocupara por ella y, al rato, se comportara como un idiota.

Miró la pomada que sostenía en la mano y sonrió: ya tenía una excusa para venir y sonsacarle quién era el ebanista de los muebles.

Pronto llegó a casa sin incidentes. Durante todo el trayecto estuvo pendiente de cada arbusto y movimiento, por si volvía a ver al hombre que la había empujado. Como Nasha no se mostraba inquieta, Colette se calmó y disfrutó del resto del paseo. Cuando llegó a la entrada de la verja, acarició a Nasha y le dijo que volviera a casa. Colette nunca había tenido mascotas; su madre jamás lo había permitido, pero le encantaban los animales. Atravesó la verja y, mientras subía por la rampa de la entrada, vio un coche que no era el suyo. ¿Tenían visita?

Esperaba que no fuera alguna de las amigas de su madre. Esas mujeres estiradas e interesadas la sacaban de quicio con sus chillidos, sus atuendos caros y su forma de exhibirse y de presumir de todo lo que poseían. Cuando

entró en casa, escuchó voces que provenían del salón y, por suerte, no era ninguna de ellas: era el señor Johnson.

—Oh, Colette, por fin has llegado. ¿Dónde estabas? —preguntó su madre, visiblemente más animada que esa mañana.

Fue la primera en verla, puesto que estaba sentada en el sofá de cara a la entrada. El señor Johnson se giró y se levantó para recibirla con una sonrisa.

—Por ahí, dando una vuelta. Me alegro de verle, señor Johnson. —Colette le sonrió con amabilidad.

—Siento haberme presentado así, pero quería cerciorarme de que ambas estaban bien —explicó con gentileza.

—Usted siempre es más que bienvenido, Alfred —intervino Beatrice.

¿Su madre llamaba por su nombre al señor Johnson? Eso sí que era novedad. El hombre tenía buena planta; era alto y de constitución fuerte y, aunque rondaba los sesenta años, se conservaba muy bien. De su pelo negro asomaban algunas canas, al igual que de su cuidada barba, y siempre vestía de manera elegante.

—Muchas gracias, Beatrice. —El hombre le devolvió la sonrisa.

—Te estábamos esperando para comer, Colette. Vamos, antes de que se enfríe la deliciosa comida que nos ha preparado Marla.

—Sí, estoy hambrienta. —Colette soltó una carcajada. Hasta ahora no había reparado en que estaba famélica.

Colette se disculpó y fue al baño a refrescarse y a dejar la pomada; después de comer se bañaría y se la aplicaría. Al volver a casa, le había dolido un poco al caminar, pero era soportable.

Los tres se sentaron en la gran mesa del comedor, donde los esperaba la deliciosa comida. Su madre y el señor Johnson fueron quienes llevaron la conversación mientras comían, Colette solo intervenía cuando se dirigían directamente a ella. Se había quedado pensativa al ver que ambos se llamaban por el nombre de pila cuando nunca antes lo habían hecho. Además, su madre se mostraba muy abierta y cariñosa con él. Entendía que le tuviera cariño, ya que Johnson llevaba muchos años en la familia. Aun así, Colette se percató de que la actitud de su madre había cambiado.

—Y bien, ¿nos vas a decir dónde has estado esta mañana, Colette? —preguntó Beatrice.

—Ya te lo he dicho, mamá. Por ahí, dando una vuelta.

—Últimamente estás mucho rato fuera cuando vas a pasear. Tú nunca has sido de caminar mucho.

—Me hace sentir mejor —contestó sin más.

—¿Y por qué has vuelto a venir con los pantalones manchados?

¿A qué venía ese interrogatorio? Beatrice nunca se había interesado por lo que ella hacía o dejaba de hacer. ¿Querría demostrarle algo al señor Johnson? Pero ¿el qué? ¿Que era una madre responsable y cariñosa que se preocupaba por su hija? Colette respiró hondo, pues no quería parecer una borde. Además, quizá lo único que quería su madre era saber cosas de ella, acercarse.

—Por nada en especial. Soy una torpe y me he tropezado otra vez. Fin de la historia de mi torpeza monumental —explicó, avergonzada por tener que admitirlo—. Al menos esta vez no ha sido por culpa de un perro.

—Oh, dios mío, Colette. Sabiendo que hay un perro peligroso ahí fuera, ¿has vuelto a salir? —exclamó su madre; parecía realmente preocupada.

—No era peligroso. Es una perrita muy inteligente y cariñosa. —Sonrió al recordar a Nasha.

—Ya sabes qué opino de los animales. Pueden volverse locos de un momento a otro, ¿verdad, Alfred?

—No tiene por qué, Beatrice. Depende del animal, las circunstancias y los dueños. —Alfred echó una mano a Colette y le dirigió una sonrisa, que ella le devolvió.

—Pues a mí no me gustan.

—Bueno, creo que voy a retirarme —dijo Colette poniéndose en pie—. ¿Va a quedarse, señor Johnson? —preguntó.

—Sí, su madre me ha invitado a quedarme unos días. Y por favor, llámame Alfred.

—Genial, entonces nos veremos más tarde. Y hecho. —Le guiñó un ojo y, después de recoger algunos platos, se retiró.

Tras darse un relajante baño, se aplicó la pomada de Lachlan y su mente no pudo evitar imaginar cómo sería que esas manos fuertes y grandes la tocaran. Colette pensó en lo mucho que ese hombre la atraía; jamás le había sucedido algo así. Había tenido cuelgues por chicos cuando era más joven,

pero esto era diferente. Deseaba a ese hombre y quería que él también la deseara. Y lo que era más importante, anhelaba conocerlo.

No sabía cuándo ni cómo, pero conseguiría que cayera rendido a sus pies y le sonsacaría quién era el maldito ebanista que le había hecho los muebles. Pensó en su actitud hacia ella; había sido muy amable, pero, en su casa, se había mostrado frío. «Quizá es que es muy reservado. O simplemente no le gusta la gente, por eso vive allí, casi aislado», pensó. Lachlan era un auténtico misterio y quería desvelarlo entero.

Al día siguiente, pasó tiempo con su madre y Alfred, que parecía que ayudaba a que Beatrice estuviera más animada y receptiva con ella. Colette no se había dado cuenta de lo importante que era el señor Johnson para su madre. Con él podía hablar de Jeff; se notaba que ambos lo querían mucho y Colette estuvo encantada de estar con ellos y escuchar historias de cuando los tres eran jóvenes.

Al parecer, Alfred era amigo de Jeff desde la adolescencia. Colette no se imaginaba a su padre de ninguna otra forma que no fuera el señor elegante y de negocios que conocía. Al no ser una familia muy habladora, la joven no tenía ni idea de la faceta gamberra de su perfecto padre y escuchar a su madre reír al saber de todas esas anécdotas y verla feliz le gustó mucho. Beatrice también contó cómo conoció a Alfred e incluso habló de su educación y de cómo esta había afectado a su papel de madre con Colette. Para cuando acabó ese día tan especial, Colette se sintió más cerca de su madre.

Ahora entendía mejor algunas de las actitudes de sus padres. Jamás había dudado de que la querían; sin embargo, no ofrecían muchas muestras de cariño y eso era lo que Colette echaba en falta. Un beso de buenas noches, un «Te quiero» antes de que la niñera la llevara al colegio, o un abrazo cuando se sentía triste o cuando había tenido una pesadilla. A medida que se hacía mayor, más lo comprendía, pero de pequeña solo veía que a los otros niños los llevaban al colegio sus madres y no una desconocida, o que las fiestas de cumpleaños de sus amigos eran para pasarlo bien y no un alarde del dinero de la familia. A veces, Colette creía que eran demasiado fríos, ella incluida. Pero nadie era perfecto y, aunque las cosas fueran así, se querían.

—¿En qué piensas, Colette? —preguntó su madre mientras estaban tumbadas en las hamacas del jardín leyendo cada una un libro.

Era un momento que jamás habían compartido. Colette empezaba a comprenderla y, sobre todo, a conocerla mejor, y eso le llenaba el corazón.

No se había dado cuenta de que el libro descansaba sobre su regazo y hacía rato que no leía.

—En nada en particular y en todo en general. —Rio.

—Sé que nunca hemos estado muy unidas, pero quiero que eso cambie y que sepas que puedes contarme cualquier cosa —dijo mientras la miraba a través de las enormes gafas de sol.

—Muchas gracias, mamá. Yo también quiero que eso cambie. —Le sonrió —. Pensaba en eso precisamente, en cómo somos.

—Siempre me he dicho que debería ser una madre más cariñosa, pero...

—No, mamá, cada uno es como es. Yo tampoco lo soy.

—¿Qué piensas de Alfred? —inquirió, para su sorpresa.

—Pues... me parece un gran hombre.

—Sí que lo es, ¿verdad? Se preocupa por nosotras —comentó, y volvió la vista al frente, sin mirar nada en concreto.

—Sí. Desde que está aquí, se te ve más animada —dejó caer Colette.

—¿A mí? Bueno, es que Alfred es un gran apoyo. —Colette observó que su madre se ponía algo nerviosa y sonrió. Había pocas cosas que despojaban a Beatrice Larue de su máscara de frialdad y elegancia.

—Me alegro de que haya venido entonces.

Su madre le sonrió y volvió a concentrarse en su libro. Colette hizo lo propio, aunque no fue capaz de prestarle mucha atención. Su mente le daba vueltas a la posibilidad de que su madre sintiera algo más profundo por Alfred de lo que quería admitir. No obstante, no sabía si eso le parecía bien con la muerte de su padre tan reciente.

—Por cierto, me ha llamado Helena y me ha dicho que está buscando una decoradora para su casa de campo, la que está cerca del lago, ¿te acuerdas? —preguntó su madre.

Colette recordaba a Helena. Era una mujer muy parecida a su madre, aunque morena, muy elegante y un poco borde; vale, muy borde. A pesar de eso, siempre le había parecido la más sincera de todo su grupo. Estaba

divorciada desde hacía muchos años y vivía a lo grande de su fortuna. Recordaba las grandes fiestas que montaba en su casa del lago. Era inmensa, más grande que la suya, de tres pisos y con habitaciones de todos los tamaños. Parecía un laberinto, pero el jardín era precioso, muy grande y bien cuidado. Ella era más de interiores; sin embargo, podía hacerle una fantástica terraza para sus fiestas.

—Sí, me acuerdo. Es una casa gigantesca —dijo Colette.

—Pues le he hablado de ti y quiere conocerte como profesional, que le enseñes algunos de tus trabajos. Me preguntó porque en la ciudad ha escuchado que eres la mejor.

—¿En serio? Pues me encantaría concertar una reunión con ella y saber qué es lo que busca —exclamó, entusiasmada por hacer algo. Tenía ganas de trabajar en un gran proyecto y sabía que Helena iba a ser exigente, e incluso molesta, con sus peticiones, pero le apetecía un reto.

—Genial, pues ya se lo diré.

—Muchas gracias, mamá.

—Yo no he hecho nada, ha sido tu talento.

Su corazón se llenó de calidez al oír esas palabras. Nunca había escuchado algo parecido de la boca de su madre, nunca le había dicho que estaba orgullosa de ella o que le gustara lo más mínimo su trabajo. Quizá esas palabras no eran mucho, pero, para ella, lo eran todo.

Era la primera vez que Colette daba las gracias porque su madre tuviera esas amistades tan estiradas y repelentes. Esa casa era una gran oportunidad, pues por allí pasaba mucha gente importante. Si por algo era conocida Helena era por sus amistades de gran poder adquisitivo e influencia. Un proyecto así podría abrirle muchas puertas y hacerla ascender algún peldaño en su profesión.

Capítulo 7

Colette

Ya había pasado casi una semana desde que Lachlan le dio la pomada y lo cierto era que no la había vuelto a usar. Estaba claro que solo fue un dolor momentáneo y quería devolvérsela. Además, estaba a punto de firmar el contrato con Helena y necesitaba saber quién era el artista de los muebles para poder incluirlos en las remodelaciones.

Había quedado con Helena al día siguiente para acabar de redactar el contrato y hablar de los planes que tenía en mente para la nueva decoración. Ya le había mostrado algunos de sus trabajos y la mujer se había enamorado de ellos, según le había dicho. Cuando habló con ella, le pareció un terremoto de mujer: elegante y sofisticada pero con un toque de locura. La había juzgado mal. Helena le caía bien y creía que trabajar con ella no iba a ser un gran problema, como había pensado al principio.

Colette se estaba vistiendo para ir a casa de Lachlan; esperaba que presentarse por sorpresa no fuera un inconveniente, pero no tenía forma de avisarlo. Fingiría que había ido a dar una vuelta y que, ya que estaba por allí, no le costaba nada acercarse a devolverle la pomada. Se puso unos tejanos ajustados y sus botas de montaña junto con un jersey de color azul que realizaba sus ojos. Se pintó los labios de un tono rosa y se puso un poco de rímel, nada del otro mundo. Se dejó el pelo rubio suelto y ondulado.

—Lista —murmuró.

No iba ni muy arreglada ni muy informal. Esperaba sonsacarle a Lachlan

lo del ebanista y averiguar si tenía alguna posibilidad con ese hombre tan misterioso. Por lo general, no era caprichosa, pero cuando deseaba una cosa de verdad, iba a por ella hasta el final, y Lachlan era lo que quería en esos momentos.

Colette cogió su pequeña mochila gris y salió de casa. Cuando llevaba unos cuantos metros recorridos, un sentimiento extraño se apoderó de ella. Se sentía observada, cosa rara porque allí no había nadie más, que ella viera. Recordó el episodio del otro día y su corazón se aceleró y pensó que salir sola no había sido muy buena idea. Sin embargo, Colette Dubois no era una cobarde, así que respiró hondo y comenzó a caminar más rápido con la esperanza de encontrarse con Nasha en mitad del camino, o mejor, con Lachlan.

—Tranquila Colette, son imaginaciones tuyas, aquí no hay nadie... — murmuró para sí misma.

Podría haber cogido el coche para ir a casa de Lachlan si no se lo hubiera llevado su madre para hacer algunos recados con Alfred; sin embargo, estaba claro que la suerte no estaba de su lado. No le importaba caminar, pero, en esos momentos, se arrepentía. Colette miró hacia todos lados y no vio nada, aunque la sensación de intranquilidad no desaparecía.

Cuando vio la casa de Lachlan al final del sendero, aceleró el paso y prácticamente echó a correr. Habían sido los quince minutos más largos de su vida. El corazón iba a estallarle y el mero hecho de pensar que tendría que volver más tarde la aterrorizaba. Sabía que estaba siendo un poco paranoica, que no pasaba nada y que esto era resultado del encuentro tan extraño del otro día con aquel desconocido que la tiró al suelo. Sabía que nadie la estaba persiguiendo, ¿para qué querrían hacerlo?

Mientras daba los últimos pasos que le quedaban para llegar a la puerta de la casa de Lachlan, intentó tranquilizarse y respirar hondo. No obstante, sintió que alguien tiraba de ella de repente y que la agarraban del cuello. Colette chilló y pataleó; había dado clases de kárate cuando era niña y todavía recordaba un par de cosas. Le propinó un codazo en el abdomen a su atacante, que inmediatamente la soltó con un grito de dolor. Colette corrió hacia la puerta y empezó a aporrearla y a llamar a Lachlan, pero allí no había nadie.

Miró hacia atrás y vio cómo su atacante se recomponía y la insultaba.

Tenía el rostro cubierto e iba vestido de camuflaje. Aquello parecía surrealista. El hombre era alto y corpulento; a juzgar por su constitución, era mayor que ella, pero no estaba del todo segura. Colette sintió que el miedo recorría sus venas. No obstante, intentó pensar algo con rapidez. Corrió hacia la parte trasera de la casa, hacia donde había visto desaparecer a Nasha, con la esperanza de que, si estaba, asustara a su atacante.

Mientras corría sacó su teléfono del bolsillo. Sin cobertura.

—¡Mierda! —Entró en pánico.

Cuando llegó a la parte trasera miró hacia atrás, pero ya no había nadie. ¿Se habría ido?

—¿Colette? —preguntó Lachlan al tiempo que salía de una especie de cobertizo con el semblante serio y la voz teñida de alarma—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Se acercó a ella rápidamente. Seguramente tenía el horror dibujado en la cara y, cuando lo vio, ni siquiera lo pensó: se lanzó a sus brazos.

Lachlan la envolvió con su enorme cuerpo e inmediatamente se sintió mejor. Sin embargo, no podía relajarse: su atacante podría estar cerca todavía.

—Yo... cuando venía... me han atacado —logró decir.

—¿Qué? Joder, ¿estás bien? Colette, mírame —exigió mientras le agarraba la cara con sus grandes manos para que lo mirara—. ¿Estás bien? —volvió a preguntar.

Ella asintió con la mirada clavada en esos ojos tan bonitos del color del mar, que en esos momentos transmitían determinación y seguridad.

—No sé si seguirá por aquí. Tenemos que llamar a la policía —sugirió ella.

—Iré a echar un vistazo —dijo Lachlan mientras observaba los alrededores.

—¡No! No... —«...quiero estar sola», acabó la frase en su mente—. Puede ser peligroso.

—No te preocupes. Entra en el cobertizo y enciérrate, no te pasará nada. ¡Nasha, quédate con ella! —ordenó a la perra, que estaba tras ellos.

—Ten cuidado —le pidió Colette mientras el hombre la acompañaba a la entrada del cobertizo.

—Solo entraré en casa para avisar a la policía, no te preocupes —dijo serio y muy seguro de sí mismo.

Colette cerró la puerta y esperó que su atacante no estuviera rondando por allí. Solo de pensar que podría tener un arma o algo y herir a Lachlan se le retorcían las entrañas.

Lachlan

Estaba furioso. Sabía que había habido varios robos en la zona. Era lógico al tratarse de una urbanización, por lo general, de casas de campo de gente rica, separadas por hectáreas de bosque y vacías la mayor parte del año. No obstante, jamás había escuchado que hubieran hecho daño a nadie. ¿Por qué demonios habían atacado a Colette? Y tan cerca de su casa. Si no hubiera estado en esos momentos... No quería ni pensarlo.

Tras comprobar que tanto la puerta de la entrada como la trasera estaban cerradas, señal de que no habían querido entrar a robar, se preocupó todavía más. Quizá habían sido unos simples ladrones que habían visto la oportunidad de atracar a una niña pija.

Llamó a la policía local, la cual se encontraba en otra casa que habían allanado esa misma tarde. Así pues, tardarían un rato en venir y, visto lo visto, no iban a poder hacer nada para encontrarlo porque, para cuando llegaran, el atacante ya estaría muy lejos. «¡Joder!». Volvió a cerrar toda la casa y regresó al cobertizo. No quería dejarla mucho tiempo sola, ya que estaba aterrorizada.

—Colette, abre. Soy yo —gruñó, más cabreado de lo que pretendía.

Escuchó cómo se abría el cerrojo y ella abrió la puerta poco a poco. La perra salió corriendo, como si ya hubiera acabado todas sus tareas y fuera la hora del recreo.

—¿Todo bien? —preguntó, con esos ojos azules acuosos. Era preciosa.

—Todo bien. La policía tardará en llegar, han robado en una casa —explicó mientras entraba y cerraba la puerta tras él—. ¿Estás bien? —inquirió de nuevo.

Le hormigueaban las manos. Quería volver a tocar la suave piel de sus mejillas y sus labios parecían muy sedosos y exquisitos. Carraspeó.

—Sí, no me ha hecho nada —respondió apartando la mirada—. Siento haberme presentado así. Dios, he pasado tanto miedo...

—Me imagino. ¿Quieres agua? —ofreció para tener las manos y la mente ocupadas.

—Sí, gracias.

Lachlan se dirigió al fondo del cobertizo, donde tenía una nevera con algunas bebidas para cuando pasaba mucho tiempo trabajando.

—Siéntate, *aingeal*.

—¿Significa ángel? —curioseó ella sonriendo mientras se dejaba caer en una silla que había hecho él mismo hacía una eternidad. Había sido un experimento, pero no quería deshacerse de ella.

Aunque la vio sonreír, también notó que no dejaba de temblar y se le partió el corazón.

—¿Sabes irlandés? —preguntó mientras se acercaba y le tendía una botella de agua.

Colette la abrió con dedos temblorosos y bebió sin dejar de mirarlo. Sus ojos eran hipnotizadores y ella parecía un ángel recién caído del cielo para torturarlo. Se apoyó en la mesa que estaba acabando de fabricar, frente a ella.

—No, pero sé inglés. Además, soy un genio de los idiomas —bromeó ella.

Lachlan no lo dudaba. Estaba seguro de que Colette hablaba unos cuantos idiomas y que había estudiado en las mejores instituciones, como correspondía a la gente de su clase. Aunque sonara un poco anticuado, era así: los ricos siempre tenían más facilidades para todo y había un gran abismo que los separaba.

—Entonces, ¿de dónde eres? —preguntó ella.

—De aquí. Mi padre era irlandés y mi madre de aquí.

—Oh, qué interesante. —Le sonrió.

No quería seguir hablando de su vida, así que cambió de tema.

—¿Que ha pasado antes, Colette?

Le volvió a cambiar la cara y el color que había recuperado pareció desaparecer de repente. Se odió por ser un completo idiota y hacerla sentir

mal, pero necesitaba saber qué demonios había ocurrido. Colette inspiró profundamente y él se sintió peor. Quería abrazarla y consolarla, pero no se movió. No podía hacerlo si quería mantenerse alejado de esa beldad rubia.

—Venía hacia aquí y, cuando he salido de casa, he notado que alguien me observaba. Pensé que eran imaginaciones mías porque el otro día me pasó algo y... Bueno, me estaban siguiendo, supongo, aunque no sé por qué...

—Espera. ¿Qué pasó el otro día? —la interrumpió y se cruzó de brazos para contener las ganas que tenía de tocarla y estrecharla otra vez contra su pecho.

—¿Recuerdas cuando me encontraste en el suelo el segundo día? Pues me caí porque había alguien escondido detrás de un arbusto que se abalanzó sobre mí y me empujó.

—¡Joder! ¿Por qué no me lo contaste? —Se cabreó. Sabía que apenas se conocían y que ella no tenía por qué contarle absolutamente nada, pero eso... ¡Joder, podrían haberla herido!

—No pensé que fuera nada. Sin embargo, después de lo de hoy... Ya no estoy tan segura.

—Entonces, ¿te han seguido hasta mi casa y te han atacado? —preguntó, consciente de que sonaba muy brusco.

—Sí. Me ha cogido por detrás, pero me he soltado. Entonces, he corrido hacia aquí y has salido tú.

—¡Joder, en mis narices! —exclamó mientras se paseaba, sin alejarse demasiado de Colette.

—No pasa nada. Estoy bien, de verdad. —Se acercó a él y Lachlan sintió su pequeña mano sobre el antebrazo.

«¡Mierda!». Se giró hacia ella y sus miradas chocaron. La deseaba, mucho. Olía a algodón de azúcar y parecía un maldito ángel. Sin poder evitarlo, acarició su pequeña mejilla de color crema con la mano.

La vio tragar saliva y observó cómo sus ojos le gritaban que ella también reaccionaba a su contacto. Colette lo deseaba y su miembro reaccionó ante eso. Dio un paso más hacia ella, que tuvo que alzar el rostro para no perder el contacto visual. Notó cómo se le aceleraba la respiración, igual que a él, y cómo sus bocas y sus cuerpos se acercaban más y más.

Colette era como un faro en mitad de la noche para un alma perdida como la suya. Lo atraía con la promesa de agua, comida y un lugar acogedor para

quedarse. Contemplar cómo abría sus carnosos labios, esperando los suyos, hizo que soltara un gruñido de pura excitación. Deseaba besarla, deseaba su cuerpo, pero... eso traería consecuencias catastróficas. Sabía que Colette no era una mujer cualquiera.

—Vas a matarme si no me besas —pronunció Colette con una voz tan dulce que pensó que su erección iba a explotar en sus pantalones. ¿Cómo podía afectarle tanto una mujer?

—No debería hacerlo —susurró muy cerca de sus labios.

Y no debía por muchas buenas razones, aunque en ese instante no era capaz de pensar con claridad. Tenía que apartarse de ella, pues no podía salir nada bueno de eso.

—Yo creo que sí —lo provocó, pegándose más a él. Sus cuerpos estaban juntos, muy juntos, pero no lo suficiente.

—¡Joder! —gruñó él, plenamente consciente del pequeño y suave cuerpo de Colette contra el suyo.

—Eso luego.

Colette sonrió mientras lo cogía por la camiseta y lo atraía hacia ella para después posar los labios sobre los suyos.

Lachlan la devoró. No dudó ni un segundo más en cuanto sus labios colisionaron. La agarró de la nuca y la apretó lo máximo posible contra él. Deslizó la mano que tenía libre hasta la curva de su espalda para presionarla contra su cuerpo y Colette gimió; él se notaba cada vez más duro contra su bajo vientre. Sus lenguas se entrelazaron y Lachlan la saboreó. Dios, Colette era suave, dulce y tremendamente *sexy*; jamás había deseado a ninguna mujer con tanta intensidad, ni siquiera a...

—¡No! —Se apartó de Colette tan bruscamente que por poco ella se cae. Hizo el amago de ayudarla a recuperar el equilibrio, pero se detuvo.

Había estado con otras mujeres después de ella, pero habían sido relaciones sin ataduras, solo sexo. Sin embargo, tenía la certeza de que Colette era distinta. No podría usarla de esa manera, no quería hacerlo. Ella no iba a ser fácil de olvidar. Ni siquiera había podido dejar de pensar en ella desde la última vez que la vio alejarse de su casa.

—Lachlan, yo... —empezó a decir Colette; estaba confundida y sonrojada.

Deseó volver a hundirse en esos labios con sabor a miel. No obstante,

antes de que hiciera algún movimiento que lo llevara a la perdición, empezaron a sonar unas sirenas de fondo. La policía había llegado. «Salvado por la campana», pensó.

—Saldré fuera —espetó sin mirarla con un tono frío, consciente de que estaba siendo un auténtico capullo.

Colette

Colette se quedó estupefacta. ¿Qué acababa de pasar? Parecía que él la deseaba tanto como ella a él, la había devorado con sus labios. ¡Dios, había sido el mejor beso de su vida! Necesitaba más, no había sido suficiente. Su cuerpo entero deseaba su calor, su tacto; la había excitado muchísimo. Ese hombre era definitivamente lo que quería, pero, después de su abrupta separación, la había dejado helada. ¿Por qué se había apartado así de ella? ¿Qué demonios le ocurría? Se sentía como una completa idiota, rechazada y avergonzada. Cualquiera diría que lo había obligado. «¡Será idiota! ¿Tan poco atractiva me ve? ¡Pues que le jodan! ¡Será muy guapo y me pondrá mucho, pero es un gilipollas!», pensó. La vehemencia con la que se había separado de ella le había herido el orgullo.

Maldijo en voz baja. Se sentía estúpida por haberse lanzado así a sus brazos; quería que la tierra se la tragara en ese preciso momento para no salir jamás.

Se quedó dentro del cobertizo durante unos minutos; no quería verle la cara. Dios, se iba a morir de la vergüenza. No obstante, no podía quedarse allí para siempre y, si la policía estaba fuera, era la oportunidad perfecta para no tener que hablar con Lachlan a solas. Se iría a casa y no lo vería nunca más.

Capítulo 8

Colette

Cuando Colette se calmó y salió del cobertizo, Lachlan ya le había contado a la policía todo lo necesario. Había un par de agentes; uno era un señor de poco más de cincuenta años y el otro tendría unos treinta. El más mayor le explicó que Lachlan los había puesto al corriente y que no podían hacer gran cosa si ella no les daba ninguna pista de quién era el hombre que la había atacado.

—Lo lamentamos mucho, señorita Dubois —se disculpó el hombre en tono conciliador.

—No pasa nada. —Pero ella estaba intranquila. No sabía quién demonios la había atacado ni por qué, o si volvería hacerlo.

—Sí que pasa. Tienen que ponerle vigilancia, no puede ir sola. La han atacado dos veces en las últimas semanas —replicó Lachlan, cabreado.

—Entendemos que esté preocupado por su novia, pero no podemos hacer nada hasta que no tengamos nada más concreto—explicó el agente y, después, miró a Colette—. Por si acaso, vaya siempre acompañada.

—No es mi novia ni mi responsabilidad. Deberían ocuparse ustedes —espetó Lachlan, furioso.

Aquello le dolió a Colette. ¿Cómo podía decir una cosa tan hiriente después de haberse cabreado hacía un rato porque la habían atacado en sus narices? Ese hombre era un pozo de contradicciones y la estaba volviendo loca.

—No necesito que nadie cuide de mí. Descuide, agente, iré con cuidado —refunfuñó Colette—. Y, como no tengo nada que hacer aquí, me marcho a mi casa.

Comenzó a caminar hacia el bosque y, aunque la asustaba la idea de que volvieran a atacarla, no pensaba demostrarlo.

—¡Joder! —Escuchó maldecir a Lachlan.

—Espere, señorita Dubois —le pidió el agente Carter, el más joven de los dos—. Nosotros la llevaremos.

—Muchas gracias. Al menos hay alguien con corazón por aquí —dijo con un tono envenenado mientras miraba directamente a Lachlan.

Él no apartó la mirada, pero tampoco dijo nada. Después, sus ojos se desviaron hacia el agente Carter y Colette pareció atisbar una pizca de animosidad.

Sin despedirse de Lachlan, se montó en el coche patrulla y, tras cruzar unas palabras con el pelirrojo, ambos policías hicieron lo mismo.

No tardaron mucho en dejarla en casa gracias a las indicaciones que ella les dio. Cuando se dispuso a salir, el agente Carter ya le estaba abriendo la puerta.

—Muchas gracias —dijo Colette con amabilidad.

—No hay de qué. Si necesita cualquier cosa, aquí tiene mi número personal. Estaré encantado de ayudarla. —Le tendió una tarjeta de visita y le guiñó un ojo descaradamente.

Colette la cogió con una sonrisa. Estaba claro que el agente Carter estaba interesado en algo más que en su seguridad.

—Lo haré. Muchas gracias. —No iba a hacerlo. Era guapo, pero su atractivo era tan corriente que no la atraía. Parecía un poco chulo y de esos ya había tenido muchos en su vida.

Se despidió de los agentes y entró en casa. Estaba a punto de anochecer y no había ni rastro de Beatrice ni de Alfred. Comprobó el móvil y vio que tenía una llamada perdida de su madre. La llamó al instante, preocupada.

—Colette, querida —saludó su madre en cuanto descolgó el teléfono.

—Mamá, ¿me has llamado? ¿Dónde estáis?

—Estamos en el pueblo de al lado, nos quedaremos por aquí a cenar. He llamado a Marla para que te haga la cena.

—Ah, vale, gracias. Nos vemos luego, pasadlo bien —le deseó sin mucho ánimo.

—Gracias, cariño. Adiós. —Y colgó.

Beatrice Larue era la madre del año. Colette la odió un poco por dejarla sola en esos momentos y por no notar que le pasaba algo, pero tampoco podía culparla por salir un día y disfrutar. Lo había pasado fatal con la muerte de su padre y todavía sufría; no se merecía eso. Pero ella tampoco. La habían atacado dos veces, el hombre que la había cautivado la acababa de rechazar y necesitaba estar con alguien para no sentirse sola y abandonada. También echaba de menos a su padre. Cada vez que pasaba por delante de su despacho, creía que iba a aparecer por la puerta. Se derrumbó en el sofá y lloró, asustada y desamparada.

—Vamos, Colette, que no tienes quince años —se dijo a sí misma mientras se incorporaba en el sofá y se secaba las lágrimas.

No cenó nada. Se dio una ducha caliente y se puso a leer el libro de poesía para intentar olvidar todo lo ocurrido durante el día.

CORAZÓN DESAMPARADO

*Me rehúye, me aleja de su lado,
es un corazón desamparado;
no puedo más que intentarlo.
Su corazón está herido,
es un corazón abandonado.
Deseo llegar hasta él, pero duele,
es un corazón inhabitado;
no puedo más que intentarlo.*

Ese poema le atravesó el corazón y le hizo recordar el momento en que su mirada se había encontrado con la de Lachlan e, instantes después, se había separado de ella. No quería pensar en eso, así que siguió leyendo, pero fue peor.

SUS LABIOS

Sus labios me tocan, me deshago como hielo en el fuego. Sus manos me

acarician, me fundo con su calor. Es como estar en medio de un fulgor que se refleja gracias a los rayos de luna que colapsan en el espejo. Me consume, me quema, me abrasa, no me deja respirar una vez me traspasa.

Esos poemas reflejaban muy bien cómo se sentía con respecto a Lachlan. No podía decir que moriría sin su amor ni nada por el estilo, pero había percibido su deseo y el latido de su corazón. La deseaba tanto como ella a él. Entonces, ¿por qué la había apartado de esa manera? ¿Tenía el corazón herido, como en el poema?

Cerró el libro e intentó dormir y olvidarse del tema. Por la mañana tenía que reunirse con Helena para su proyecto, así que necesitaba estar despejada y descansada.

Tardó mucho en dormirse.

La reunión con Helena fue muy intensa, pero Colette salió contenta; tenían gustos parecidos y habían hecho pruebas de color y buscado muebles, suelos y demás para las habitaciones, el salón, la cocina y los baños, que era lo que Helena quería modernizar principalmente. Esa misma tarde esbozaría unos cuantos diseños de cómo iba a quedar el salón con los colores que quería emplear y el tipo de mobiliario. No dejaba de pensar en la mesa que había visto en casa de Lachlan y en lo bien que quedaría una más grande en el salón de Helena para cuando organizara sus grandes fiestas.

Mientras le daba vueltas a la cabeza de camino a casa, cayó en la cuenta de que había mucha madera y herramientas en el cobertizo de Lachlan. Había estado tan asustada y, después, ensimismada con él, que no se había percatado hasta ese momento. ¡Lachlan era el ebanista que había fabricado esas mesas!

Deseó ir a su casa y encargarle una, pero no tenía intención de volver a verlo. Debía olvidarse de él; la había rechazado y no pensaba volver a pasar por lo mismo. Además, Lachlan tampoco quiso decirle que él era el autor de esos muebles.

—¡Será idiota! —exclamó mientras golpeaba el volante del coche. Ese hombre la sacaba de sus casillas y la intrigaba a partes iguales. Lo deseaba, era tremendamente atractivo, pero también un auténtico capullo.

No quería tener nada que ver con hombres tan complicados. Lo que necesitaba era concentrarse en su nuevo proyecto, por el cual iba a conseguir una buena suma de dinero que invertiría en crear su propia empresa.

Cuando llegó a su casa, se instaló en el comedor con el portátil para trabajar en diferentes diseños para el salón, que presentaría a Helena en un par de días. Volvía a estar sola: su madre y Alfred habían quedado con unos amigos de ella. Beatrice le había contado esa mañana que quería organizar un gran acto benéfico en honor a su padre y estaba haciendo vida social para que fuera lo más concurrido posible. Colette le había dicho que se ocuparía de diseñar la planta baja y el jardín para la celebración; siempre se encargaba de eso cuando no tenía mucho trabajo. Esta vez, aunque estaba bastante ocupada con el proyecto de Helena, quería hacerlo por su padre.

Después de pasar toda la tarde trabajando, se sentía agarrutada y cansada. Se estiró en la silla y el estómago le rugió; no se había acordado de comer. Solía sucederle cuando estaba emocionada por un proyecto y hacía tiempo que no se sentía tan realizada y orgullosa de algo como el boceto que acababa de dibujar. Estaba segura de que a Helena le encantaría lo que había esbozado para la nueva ubicación y el nuevo diseño de su salón.

Colette necesitaba salir de casa y despejarse un poco; no quería estar encerrada y sola después de todo lo que había pasado. Deseó que Rachelle y Andrew vivieran más cerca. Los echaba de menos y tenía muchas ganas de volver a verlos; estaba segura de que ellos sabrían cómo animarla.

De entre los papeles de encima de la mesa cayó una tarjeta y, al agacharse para recogerla, vio que era la que le dio el agente Carter. Se le ocurrió llamarlo e invitarlo a cenar para agradecerle que la hubiera acompañado a casa el otro día. No era un gran plan, pero, si no quería pasar otra noche sola, tendría que conformarse. Además, el hombre no tuvo reparos en hacer notar su interés en ella. Así pues, marcó el número antes de poder arrepentirse y se sentó en el sofá.

—¿Sí? —contestaron cuando Colette se disponía a colgar. Ya pensaba que no se lo iba a coger.

—Hola. ¿Agente Carter? —preguntó Colette.

—¿Quién lo pregunta? —respondió bruscamente. No parecía el agente amable de la otra vez, pero todos tenemos días malos.

—Soy Colette Dubois. El otro día...

—Ah, sí, señorita Dubois. Qué sorpresa recibir su llamada. —Su voz adquirió un tono más jovial y amistoso, más parecido al del hombre que había conocido.

—Siento molestarle. ¿Es un mal momento?

—No, por favor. Hablar con usted es lo mejor que me ha pasado en todo el día —respondió zalamero—. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Está bien?

—Sí, sí, solo le llamaba para ver si estaba libre esta noche —dijo Colette, directa, aunque un poco avergonzada. Sabía que, si lo hubiera pensado mejor, no lo habría hecho, pero no le quedaba más remedio si quería salir.

—Lo estoy. ¿Qué propone, señorita Dubois? —inquirió el agente Carter, adulador.

—Solo una cena, señor Carter —sugirió ella, sonriendo—. Y por favor, llámame Colette.

—Acepto la cena, Colette, será un placer. Puedes llamarme Brad. —Percibió su sonrisa.

—Genial, Brad.

—¿Te paso a buscar en una hora?

—Perfecto.

—Estoy impaciente por verte, Colette —dijo en tono seductor.

Colette no supo qué decir. Le parecía un hombre amable, pero tenía el interés puesto en otra persona y no quería nada con Brad. Empezaba a arrepentirse de haberlo llamado.

—Nos vemos en un rato, Brad. —Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Hasta luego.

Colette resopló en cuanto colgó. Confiaba en que Brad no pensara que entre ellos fuera a haber nada más que una simple amistad, pero ella solita se lo había buscado. Brad parecía de ese tipo de hombres que no tenían amigas, sino «amigas» y, a juzgar por la forma en la que le guiñó el ojo, estaba bastante claro cómo se sentía respecto a ella: le atraía.

—¿Por qué no puede ser Lachlan quien muestre sus sentimientos tan abiertamente? —se quejó en voz alta—. Dios, Colette, olvídate de él —se reprochó a sí misma.

A pesar de todo, se arregló para salir a cenar con el agente. Se puso uno de sus vestidos ajustados de color verde esmeralda, que realzaba sus ojos. Era de manga larga y le llegaba hasta las rodillas, con algo de vuelo y un escote bastante pronunciado. Era sencillo, pero sofisticado. Lo acompañó con unas sandalias de tacón negro a conjunto con el bolso de mano. Se hizo un moño elegante, dejándose unos cuantos mechones sueltos y ondulados que le enmarcaban la cara. No se maquilló mucho: un poco de rímel, colorete y unos labios rojo intenso.

Se miró en el espejo de cuerpo entero de su habitación y quedó satisfecha con el resultado. Estaba muy atractiva y que no estuviera interesada en Brad no quería decir que, al final de la noche, no fuera a cambiar de opinión. Quizá era un hombre realmente interesante y con las cosas claras, y no un chulo que se tiraba todo lo que se movía. A veces, las apariencias engañaban.

El timbre sonó de repente y Colette bajó a abrir. Ni siquiera se molestó en comprobar de quién se trataba, porque ya era la hora a la que había quedado con Brad. Recibió al invitado con la mejor de sus sonrisas, que enseguida se transformó en una expresión de sorpresa al ver quién había detrás de la puerta.

—¿Lachlan? —preguntó, atónita.

—Vaya, estás preciosa —dijo sin poder contenerse, con esa voz tan *sexy* que provocó que el cuerpo de Colette se calentara. Saber que la encontraba preciosa hizo que su corazón latiera con fuerza y que su sexo respondiera a la ardiente mirada del hombre, que la recorría de arriba abajo.

Colette carraspeó y él volvió a mirarla a los ojos. Entonces, Nasha salió de detrás de él y se acercó para que ella la acariciara.

—Hola, bonita. —Sonrió a la perrita mientras se ponía a su altura y le hacía carantoñas. Después, se irguió y contempló esos ojos verdes con motas azules, que resplandecían a la luz de la luna. Se le cortó la respiración—. ¿Qué haces aquí? —exigió, más borde de lo que pretendía, aunque Lachlan no se merecía menos después de haberla rechazado de aquella manera.

—¿Tienes un momento? —preguntó con seriedad.

—Solo unos minutos, pasad.

Se apartó un poco para que entraran. Cuando Lachlan pasó por su lado, Colette percibió su aroma a madera y a hierba fresca. Le flaquearon las rodillas y agarró con fuerza el pomo mientras cerraba la puerta. ¿Cómo era

posible que ese hombre provocara una reacción tan intensa en ella?

Se dirigieron al salón y Colette lo invitó a sentarse. Estaba guapísimo, con el pelo pelirrojo alborotado de una forma muy *sexy* y un jersey gris remangado que dejaba a la vista sus fuertes y venosos antebrazos. Observar sus grandes manos la excitó. Pensar en cómo la habían acariciado, aunque solo hubieran sido unos segundos... «Concéntrate, Colette», se reprochó.

—Solo quería saber si estabas bien —explicó él mientras ella tomaba asiento en la butaca de enfrente; no estaba segura de poder contenerse si se sentaba a su lado.

—Estoy bien. No ha vuelto a pasar nada extraño —dijo, intentando mostrarse serena.

—Bien, genial, me alegro —contestó Lachlan algo nervioso; eso la hizo sonreír. Ver a un hombre tan alto, fuerte, gruñón y atractivo en esa tesitura le hizo gracia.

—¿Querías algo más? —preguntó, poniéndose seria. No quería pensar cosas que no eran. Él no estaba interesado en ella. Solo había venido porque era un buen hombre y estaba preocupado, nada más.

—No, eso era todo —respondió mientras se levantaba—. Está claro que tienes planes, así que no te molestaré más.

«Ojalá esos planes fueran contigo», pensó Colette al tiempo que se ponía en pie. Se dirigieron hacia la puerta y, cuando estaban en el pasillo, el timbre sonó. A Colette le dio un vuelco el corazón. Por alguna razón, que Lachlan y Brad se encontraran la ponía nerviosa, aunque no había motivos. Se había besado con el pelirrojo, sí, pero entre ellos no iba a suceder nada más; él se había encargado de dejarlo muy claro. Así pues, Colette podía hacer lo que le diera la gana.

Colette se adelantó para abrir la puerta y allí estaba Brad, con su sonrisa de ligón.

—Buenas noches, preciosa. Dios, estás espectacular —la halagó mientras la agarraba de la cintura y la atraía hacia su cuerpo para darle un beso en la mejilla, peligrosamente cerca de los labios.

—Mu... muchas gracias. —Hizo una mueca de nerviosismo; no sabía qué hacer con las manos.

Tras ella, Lachlan carraspeó para que Brad se percatara de su presencia. Colette lo sentía tras ella, como una gran montaña.

—Anda, pero si tenemos aquí al solitario —dijo Brad en broma, o eso quiso creer Colette mientras se deshacía del agarre del hombre y se colocaba al lado de Lachlan inconscientemente.

—Agente Carter —respondió Lachlan con un tono frío y peligroso. La animosidad entre esos dos hombres era palpable. Ya la había percibido el otro día, pero no le había dado más importancia.

—¿Nos vamos, nena? —preguntó Brad ignorando a Lachlan, algo difícil de hacer porque ocupaba todo el ancho de la puerta.

—Eh, sí, voy a por el bolso.

Colette corrió hacia el comedor, donde había dejado la chaqueta y el bolso, pero, mientras cogía sus cosas, oyó cómo se cerraba la puerta delantera y escuchó unos pasos fuertes y decididos que se acercaban a ella.

Capítulo 9

Lachlan apareció frente a ella en un par de zancadas.

—¿Se puede saber por qué has quedado con él? —espetó, enfadado.

—¿Qué? —Colette se quedó atónita ¿A qué venía esa pregunta cuando había sido él quien la había rechazado de una manera tan humillante? Empezó a cabrearse.

—¿No sabes lo que quiere de ti? ¡Es un capullo! —gritó mientras se paseaba de aquí para allá y se pasaba las manos por el pelo. Era un gesto muy habitual en él.

—Uno: ¿a ti qué coño te importa? Dos: no te intereso una mierda. Y tres: no estoy ciega —se encaró a él, levantando un dedo cada vez que decía un número.

—Me preocupo por ti, ¡joder!

—Pues no hace falta. Ya soy mayorcita y podía cuidar de mí misma antes de que aparecieras —espetó, y cruzó los brazos sobre el pecho. La mirada de Lachlan se desvió hacia este y se sintió poderosa; sabía que la deseaba, pero no entendía por qué la rechazaba—. ¿Sabes qué? Da igual. No te debo nada, así que márchate de mi casa, Lachlan.

Él soltó un gruñido y, al instante, la tenía entre sus brazos y la besaba con tanta intensidad que se mareó. Se agarró a sus bíceps y le devolvió el apasionado beso; no podía resistirse a él. Se le aceleró el corazón y su cuerpo reaccionó como solo hacía con ese hombre. Gimió contra sus labios cuando él profundizó el beso e introdujo la lengua en su boca. Lachlan la estrechó más contra su pecho y pegó sus cuerpos hasta que no quedó espacio entre ellos.

Colette sintió la excitación del hombre en su bajo vientre y ella se excitó más. Lo deseaba.

No obstante, debía detenerlo. Tenía una cita con otro hombre que la estaba esperando mientras ella besaba a Lachlan. Además, ¿qué se había creído? ¿Que podía tomarla cuando quisiera? ¿En qué lo diferenciaba eso de Brad? Era un estúpido. Colette posó las manos en su pecho para apartarlo y, aunque al principio aplicó poca fuerza, acabó por darle un golpe. Lachlan se separó, pero no la soltó del todo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó, enfadada.

—Un beso.

—Hasta ahí llego, gracias. ¿Por qué me has besado?

—No lo sé. Me apetecía. —Se alejó de ella y Colette necesitó apoyarse en algo para no caerse. Perder su contacto la aturdió tanto como sentirlo.

—¿Te apetecía? ¡Eres un idiota! —Cogió lo que había venido a buscar y se dispuso a salir del comedor. Sin embargo, él la agarró del brazo.

—Espera, Colette. ¡Joder! Lo siento, ¿vale? Me gustas, pero no estoy seguro de poder darte lo que quieres. —Aquellas palabras provocaron que su corazón saltara de alegría y que, a la vez, se detuviera.

—¿Qué crees que quiero?

—No lo sé —contestó con sinceridad.

—¿Por eso me rechazaste el otro día? ¿Por qué creías que esperaba algo más de ti? —preguntó con los ojos clavados en él. El timbre sonó—. Ya da igual. Tengo que irme.

—Colette...

—Mira, el otro día me hiciste daño hablándome y rechazándome así. Fuiste un gilipollas y, si iba a suceder algo entre nosotros esa tarde, ya nunca lo sabremos, así que me voy. Gracias por venir y preocuparte por mí, pero estoy bien. Cierra la puerta cuando te vayas —dijo antes de soltarse de su agarre, muy a su pesar, y dirigirse hacia la puerta.

Que Lachlan no quisiera nada más que sexo con ella la decepcionaba un poco. Vale, mucho. No obstante, agradecía que hubiera sido sincero, porque ella sí que quería algo más. «Así que todo solucionado, ¿no?», se preguntó a sí misma, no muy convencida.

—¿Todo bien, nena? —interrogó Brad en cuanto abrió la puerta.

—Sí, vámonos. —Sonrió a duras penas.

Desde el coche, vio que Lachlan salía de su casa en compañía de Nasha. Parecía enfadado, pero eso a ella no debería importarle.

Lachlan

—¡Mierda! ¡Joder! —maldijo en voz alta mientras daba una patada a la rueda de su camioneta.

¿Por qué demonios le importaba tanto esa chica y no podía dejar de pensar en ella? Y, sobre todo, ¿por qué lo cabreaba tanto el hecho de que se fuera con otro cuando había sido él quien la había rechazado?

Ya daba igual, como ella había dicho. Era mejor así. Colette sería más feliz si no se relacionaba con alguien como él, con alguien tan roto, aunque el cabrón de Carter tampoco era una buena opción. Lachlan sintió la necesidad de emborracharse, como un monstruo que acechaba en las sombras y le ardía en las entrañas. Deseaba beber hasta que su mente se quedara en blanco y no pudiera pensar en nada más que no fuera seguir bebiendo una botella tras otra. Hacía tiempo que no le sucedía y eso lo asustaba. Todo ese asunto con Colette se le había ido de las manos; la deseaba demasiado y, aun así, no podía tenerla. Estaba mejor solo, no iba a cometer el mismo error dos veces.

Agarró con fuerza el volante y se dirigió al único sitio donde se sentía a salvo de su adicción, donde encontraría a la única persona que lo entendía.

Colette

Estuvo inquieta durante toda la cena, porque tenía la cabeza en otro lugar. No podía dejar de pensar en Lachlan y en lo que había sucedido en su casa. Brad era agradable, pero, como imaginaba, solo tenía ojos para él mismo; ni

siquiera se había dado cuenta de que no le estaba haciendo mucho caso. Pasaron casi toda la velada hablando de él y el hombre apenas se interesó por ella. En otras circunstancias le habría molestado, pero en ese momento agradecía que no se cansara de hablar de lo maravilloso que era.

—¿De qué conoces a Lachlan? —preguntó Brad de repente, sacándola de su ensoñación.

—¿Qué? Ah, en realidad no lo conozco. Nos hemos cruzado un par de veces. —Y no era mentira, aunque las cosas parecían muy complicadas entre ellos.

—Ya, es un tío raro —comentó en un tono despectivo.

—¿Ah, sí? —inquirió, curiosa.

—Sí. La gente habla y... Bueno, corren rumores muy extraños. No es normal que viva allí solo sin relacionarse con nadie.

No, no lo era. Aun así, a ella le parecía un buen hombre; siempre había sido amable con ella, a excepción de las ocasiones en las que la había tratado con frialdad.

—¿Qué rumores? —se interesó Colette, intrigada.

—Bueno, la mayoría son habladurías, pero se dice que es un asesino y que vive apartado para esconder los cadáveres. —Brad se rio con malicia y a Colette se le encogió el corazón. ¿Cómo podían pensar eso de Lachlan?—. Yo no creo que sea un asesino, pero sí un tipo raro. Lo conocí al poco de mudarse aquí y, desde entonces, su aspecto ha mejorado mucho. Tuvimos un encontronazo hace tiempo. Creo que estaba metido en algo relacionado con las drogas.

—¿Drogas? ¿Crees que es un traficante o algo así? —preguntó Colette, entre asustada y preocupada por él.

—No hay pruebas que lo inculpen, así que no lo sé. No puedo decirte mucho más, pero ve con cuidado con él —advirtió con un gesto sombrío—. En fin, dejemos de hablar del tipo duro de las montañas y hablemos de nosotros. ¿Te apetece venir a mi casa? —preguntó en tono sugerente.

Colette no quería dejar el tema. Se había quedado muy intrigada por el misterio que envolvía a Lachlan, porque era obvio que ocultaba algo; ya lo sabía antes de que Brad le contara los rumores. No creía que Lachlan fuera un traficante de drogas y mucho menos un asesino, pero el tono que había usado Brad la había preocupado.

Con respecto a la pregunta de Brad, no le apetecía nada acabar la fiesta en su casa y menos aún que pensara que quería acostarse con él, así que se inventó una excusa.

—No me encuentro muy bien, me duele la cabeza... —Sonrió, haciéndose la tonta. Eso siempre funcionaba—. ¿Lo dejamos para otra ocasión?

—¿En serio? Está bien, pero me debes otra cita. —Le dedicó un guiño y Colette tuvo la imperiosa necesidad de poner los ojos en blanco. En cambio, sonrió.

Salieron del elegante restaurante. Era uno de los mejores que había en la zona, acorde con la gente que veraneaba por allí, y la comida estaba deliciosa; Colette estaba impresionada de que Brad hubiera decidido ir allí.

Se dirigieron al coche dando un paseo en la fría noche. Colette sintió un escalofrío y se abrazó a sí misma. Entonces, Brad se acercó a ella y la rodeó con el brazo. La joven no tuvo más remedio que aceptar su abrazo. Era agradable, pero no le hacía sentir nada.

—¿Mejor? —preguntó Brad, y Colette lo miró y sonrió.

—Sí, gracias —se obligó a decir.

Solo estaban ellos en la calle, por lo que, cuando una puerta se abrió al otro lado de la acera, ambos miraron hacia allí. Colette se quedó de piedra al ver quién salía del portal: Lachlan con una morena despampanante, por lo que podía apreciar desde donde estaba. La pareja se abrazó y algo se removió en su interior. ¿Por eso no quería nada con ella? ¿Tenía novia?

—Vaya... Así que el tío raro no es tan raro, después de todo. Tiene novia —rio Brad.

Colette era incapaz de articular palabra. En su casa, la había besado y le había confesado que le gustaba. ¿Y justo después había ido a ver a su novia? ¡Será idiota! Se moría de ganas de ir allí y cantarle las cuarenta, pero en realidad no había nada entre ellos y Lachlan podía hacer lo que quisiera.

Tras ellos salieron más personas, pero Colette no podía apartar los ojos de Lachlan; parecía muy relajado mientras hablaba con esa chica.

—¿Nena? —Colette escuchó que Brad la llamaba; sin embargo, su cuerpo no reaccionaba. La agarró del mentón y le giró la cara para que lo mirara.

—Lo siento, me he quedado embobada. —Rio para quitarle importancia—. Vamos.

Lachlan

Se sentía observado. Después de despedirse de algunos compañeros de penurias, se giró y su mirada se posó en Colette. Era de noche y estaba de espaldas, abrazada al capullo de Brad, pero era ella. Estaba seguro de que lo había visto salir de la reunión.

Una furia incontrolable lo invadió al pensar que se iban juntos a casa y que, seguramente, Colette acabaría en la cama de ese idiota que se tiraba todo lo que se movía. Colette se merecía algo mejor que eso, pero él tampoco podía ofrecérselo, lo que lo convertía en un hipócrita.

—¿Esa es la chica? —preguntó Adela con una sonrisa en los labios mientras observaba el camino por donde había desaparecido Colette—. Si no cambias el chip, la perderás, cariño. Y, a juzgar por tu mirada de cabreo, no puedes negar que te importa.

—¡Joder! Pues claro que me importa. ¿Por qué crees que he venido después de tanto tiempo? Se me está yendo de las manos otra vez —comentó apesadumbrado mientras comenzaban a caminar en dirección contraria.

—No digas eso. Te lo he dicho muchas veces: eres fuerte. Esta siempre será tu casa, pero no nos necesitas. Tienes que perder el miedo a las mujeres, porque lo que pasó con tu ex no volverá a ocurrir. Debes aprender a controlarlo y sé que puedes hacerlo —lo animó ella antes de darle un golpe cariñoso en el hombro.

—No tengo tanta confianza en mí como la tienes tú. No quiero volver a esa vida.

—No lo harás. Es una decisión que puedes tomar ahora y sé que elegirás bien.

—Yo no lo tengo tan claro. A la primera de cambio he sentido la necesidad de beber, es una locura. ¡Hace dos días que la conozco!

—Tienes miedo. Esa mujer te asusta y culpas a tu adicción, pero el problema no es la bebida, sino tus sentimientos, Lachlan. Por eso bebes, para

no sentir. Cuando comprendas tus propios sentimientos y los aceptes, dejarás de sentir la necesidad de evadirte.

—Genial. ¿Ya ha acabado la psicóloga de analizarme? —bromeó para quitarle un poco de tensión a la conversación. Funcionó, porque Adela sonrió.

—Di lo que quieras, pero es la verdad.

—¡Maldita sea! Ya lo sé. —No lo admitiría en voz alta, pero le daba pavor el rechazo y no ser aceptado.

Cuando su ex lo abandonó, creyó que no había futuro posible, así que se dio a la bebida para no pensar y lo perdió todo. Aquella mujer le arruinó la vida durante mucho tiempo, aunque su problema venía de antes. Se volvió alcohólico y entró en un círculo vicioso del que no podía ni quería salir. Entonces era joven y, ahora, veía las cosas de otra manera. No obstante, el miedo a recaer siempre estaba presente.

—No todas las personas somos iguales y, precisamente por eso, las relaciones tampoco lo son. Mírame a mí: llevo tres años felizmente casada y que sean muchos más. —Sonrió feliz.

—Ya lo sé. Es solo que no necesito que nadie me complique la vida y Colette...

—...puede calar muy hondo en tu corazón, ¿no? —lo interrumpió Adela antes de detenerse delante de su coche.

—No lo sé —admitió, pasándose la mano por el pelo y suspirando.

—Pues aclárate. Pon en orden tus ideas y piensa que la bebida no es la solución. Tienes que afrontar tus sentimientos, ¿vale? Y si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Lachlan la abrazó. Adela había sido su salvación y siempre le estaría agradecido.

—Muchas gracias.

—Cuídate, grandullón —dijo. Después, se metió en el coche y se marchó.

Lachlan se quedó pensativo, parado en medio de la calle oscura. Le gustaba Colette. Con solo escuchar su voz, su cuerpo se encendía. Era preciosa, como un ángel, pero, para él, representaba una tentación demasiado grande. No sabía afrontar las situaciones dolorosas y recordó lo fácil que le había resultado caer en una vida que lo había convertido en un despojo humano al que solo le importaba seguir bebiendo. No quería eso otra vez, no

iba a permitir que nadie le hiciera recaer y una relación, fuera del tipo que fuera, comportaba problemas. Era un cobarde, lo sabía, pero, en ese instante, decidió que no intentaría nada con Colette. No podía hacerlo, porque no se lo merecía y estaba mejor solo. Además, ella ya tenía al idiota de Brad.

Llegó a su camioneta y puso rumbo a su casa. Intentó tranquilizarse mientras conducía, concentrado en la carretera, pero se sentía destrozado. Quería beber y deseaba a Colette en su cama, debajo y encima de él. Ansiaba besar esos labios que lo habían llevado al cielo en unos instantes, sentir su cuerpo menudo contra el suyo.

—¡Joder! —Golpeó con fuerza el volante. Respiró hondo varias veces.

Cuando por fin llegó a su casa, no pudo dormir, así que se encerró en su taller hasta que amaneció.

Capítulo 10

Colette

Llevaba tres días preparando diseños, llamando a fabricantes de muebles y visitando tiendas de decoración con Helena para el proyecto. Brad la había llamado un par de veces, pero parecía que se había dado por vencido al llevarse siempre negativas por parte de Colette. Cuando la trajo a casa la otra noche, la pilló desprevenida, la besó e incluso la manoseó antes de que ella pudiera apartarse. Tras haber visto a Lachlan, no le apetecía estar con nadie, y mucho menos con Brad, que empezaba a ponerse pesado. Si bien antes le había parecido algo guapo, ahora ya no tenía ningún interés.

En quien no podía dejar de pensar era en Lachlan abrazado a esa morena. Quería verlo una vez más. Había rememorado su último beso tantas veces que no aguantaba más. Necesitaba su contacto, sentir sus brazos a su alrededor. Sin embargo, tenía novia y debía olvidarse de él.

—Colette, ¿cómo llevas el proyecto de Helena? —preguntó su madre mientras comían con Alfred en el salón.

—Ah, bien, bien. En unas semanas ya habré terminado con la planta principal. Todo está quedando precioso. La verdad es que sí necesitaba un cambio de estilo —explicó.

—Genial. Entonces, ¿cuándo podrás empezar a organizar nuestro acto benéfico?

—¿Cuándo tienes previsto celebrarlo?

—Pues dentro de un par de meses, como mucho.

—Vale. Si quieres podemos comenzar a mirar cosas juntas. Si no tienes nada que hacer, el domingo podemos elegir una gama de colores y, a partir de ahí, comenzaremos a trabajar —le propuso a su madre.

—Me encantaría. Gracias, Colette.

—No tienes nada que agradecer, mamá. —La sonrisa que le dedicó a Beatrice no era del todo sincera; su madre le había hablado como si fuera una desconocida.

—Si necesitáis cualquier cosa, estaré encantado de ayudaros —ofreció Alfred, animado y tan amable como siempre.

A ver, no quería parecer borde ni nada; estaba encantado de que hubiera venido para apoyar a su madre, pero ¿hasta cuándo pensaba quedarse? Desde que Alfred había llegado, daba la sensación de que Beatrice solo quería estar con él y, si antes ya pasaban poco tiempo juntas, ahora todavía menos.

Colette se sentía sola. Se estaba planteando hacer una escapada a la ciudad para ver a Rachelle y Andrew. Necesitaba que sus amigos la abrazaran y contarles todo lo que había sucedido con Lachlan. No obstante, estaba muy ocupada con el proyecto de Helena. Decidió que esa noche llamaría a Rachelle; habían estado en contacto por mensajes, pero en ningún momento había nombrado a Lachlan.

Después de comer, volvió al trabajo. Tenía que ir a casa de Helena y tomar algunas medidas para unos muebles que habían pedido especialmente para ella. Cada vez que pensaba en muebles, le venía a la cabeza la preciosa mesa de Lachlan. La quería. Sabía que quedaría espectacular y estaba dispuesta a ofrecerle lo que hiciera falta; Helena no había puesto límite de presupuesto. Le había dado vueltas a la idea de hacerle una visita e intentar convencerlo, pero le daba apuro. Después de cómo se habían despedido la última vez, no le parecía muy apropiado presentarse en su casa para hacerle un encargo que seguramente no iba a aceptar.

Cuando llegó a casa de Helena, ella la estaba esperando en la entrada. Era un mujer sumamente amable y elegante. Llevaba el cabello negro muy corto, realzando así sus ojos azules oscuros, y era alta y delgada. Era preciosa.

—¡Querida! Te estaba esperando. Tengo que marcharme, pero no quería irme sin saludarte. —Se acercó a ella para darle dos de besos.

—No tendrías que haberte molestado, Helena. —Sonrió.

—No es molestia. ¿Quedamos mañana y me cuentas cómo va todo? Tengo

algo de prisa.

—Claro, no te preocupes. Nos vemos mañana.

—Perfecto. Te adoro. —Le lanzó un beso en el aire, se montó en su descapotable rojo y salió escopeteada.

Colette entró en la casa sonriendo por las ocurrencias de su jefa. De repente, volvió a tener la sensación de que la observaban. Ocurría lo mismo cada vez que estaba sola en la vivienda. Aunque no le había sucedido nada desde la última vez que la atacaron en casa de Lachlan, esa sensación la había embargado varias veces, por lo que estaba inquieta y preocupada. No obstante, seguía sin decírselo a nadie. ¿A quién se lo iba a contar? ¿A Brad? Eso ya no era una opción. Además, la policía no iba a hacer nada solo porque ella tuviera la impresión de que la observaban.

Intentó no pensar mucho en ello mientras hacía su trabajo, pero estuvo atenta a cualquier ruido que se oyera en aquella casa, por si acaso. El corazón le latía con fuerza y recordó los robos que se habían cometido últimamente en la zona. «Vamos, Colette, no te tortures así...», se dijo al tiempo que cogía las medidas para una vitrina de cristal que Helena quería poner en el salón. Colette le había aconsejado que fuera una vitrina con historia; buscaría en algún anticuario una que se hubiese restaurado y que aportara un toque *vintage* y moderno a la vez, nada demasiado *kitsch*. Le había propuesto a Helena un estilo entre antiguo y moderno, con colores vivos y madera, y a ella le había encantado el concepto: «lo viejo hecho nuevo», así lo había llamado ella. Colette conocía una tienda perfecta para encontrar una vitrina así.

Cuando acabó de coger las medidas que necesitaba, fue a la cocina a por un vaso de agua; tenía la garganta seca. Estaba oscureciendo y el corazón le iba a mil por hora. Empezó a oír crujidos y ruidos extraños, pero no sabía si eran fruto de su imaginación o si realmente los estaba escuchando.

Decidió que lo mejor era dejarlo por ese día; quizá estaba agotada. Nerviosa, recogió las notas que había tomado, el metro y su bolso antes de salir y dirigirse hacia su coche. Se sintió observada de nuevo y le pareció ver una sombra tras unos árboles. El corazón le latía desbocado y, por un momento, creyó que le iba a dar un ataque. Buscó las llaves del coche en su bolso atropelladamente y se le cayeron las cosas al suelo; no atinaba a encontrarlas.

—¡Joder! —Miró hacia atrás y la sombra seguía ahí. Lo más probable era

que fuese un producto de su imaginación, pero el miedo ya había arraigado en su cuerpo y las lágrimas resbalaban por sus mejillas; estaba aterrorizada.

Mientras recogía las cosas que se le habían caído, escuchó una rama crujir: alguien se le estaba acercando. Encontró las llaves, abrió el coche apresuradamente y huyó de allí sin saber bien lo que estaba pasando. Le temblaba todo el cuerpo.

Estaba segura de que había visto a alguien detrás de ella.

Las lágrimas no cesaban de caer y el miedo no remitía. No quería ir a casa y volver a estar sola porque su madre y Alfred estaban ocupados con cenas sociales. Lo único que se le ocurría era acudir a un sitio público, pero allí tampoco estaría a salvo y ni de broma iba a llamar a Brad.

Sin saber cómo, llegó a casa de Lachlan y detuvo el motor, pero permaneció dentro del coche. Las luces de la casa estaban encendidas, lo que indicaba que estaba allí, pero Colette no era capaz de moverse. No podía presentarse en su casa llorando y asustada. No tenía sentido que hubiera acudido a él. De repente, un golpe en la ventanilla la asustó y dio un respingo en su asiento; se temió lo peor. Había una sombra fuera, una sombra enorme que solo podía ser él.

—¿Colette? —preguntó Lachlan.

Entonces, se echó a llorar, pero esta vez de puro alivio. Ya no estaba sola.

Seguramente Lachlan la escuchó sollozar, porque abrió la puerta de golpe y las luces interiores del coche se encendieron y le iluminaron el rostro. Colette intentó disimular el llanto, pero le resultó imposible.

—Colette, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien? —interrogó él mientras le desabrochaba el cinturón y la cogía en brazos.

Ella se aferró a sus hombros, llorando con más intensidad que antes y hundiendo el rostro en su cuello. Inhaló su aroma para intentar tranquilizarse. Lachlan la llevó a su casa y, cuando entraron, se sentó en el sofá con ella encima. Colette agradeció que no la soltara, se sentía segura entre sus brazos.

—*Aingeal*, por favor, dime qué ha pasado —susurró a la vez que le acariciaba el pelo y la espalda.

—Yo... Perdona por presentarme así. Lo siento mucho...

—No pasa nada. ¿Qué ha sucedido? —insistió, realmente preocupado.

—Estoy bien, es que... estaba sola en casa de Helena porque estoy redecorando algunas de las habitaciones y durante toda la tarde he sentido que alguien me observaba. Al salir de casa, la sensación se ha intensificado y he visto una sombra. Pensé que eran cosas mías, pero estaba allí, Lachlan. Había alguien. —Sollozó una vez más y él la abrazó con fuerza en un intento de reconfortarla.

—Está bien, no pasa nada. Aquí estás a salvo, *aingeal*.

Colette se calmó poco a poco gracias a las caricias y a las palabras tranquilizadoras de Lachlan; se sentía protegida y segura entre sus brazos. Cuando empezó a ser consciente de su proximidad, el corazón le latió con fuerza.

Sus grandes y fuertes brazos la envolvían en un abrazo protector. Colette apoyó la mejilla contra su duro y ancho pecho mientras el hombre le acariciaba la espalda y, al instante, sintió cómo su cuerpo se calentaba de golpe y cómo él se tensaba. Sus miradas se encontraron y Colette advirtió que sus ojos verdes con motas azules abandonaban los suyos y se posaban sus labios. Inconscientemente, se los mordió. Debajo de ella, Lachlan se tensó todavía más y Colette notó cómo su miembro reaccionaba a su cercanía. Lo vio tragar saliva y carraspear.

—Voy... Voy a prepararte algo de beber —dijo y, de inmediato, se levantó con ella en brazos y la dejó cuidadosamente en el sofá.

—Gra... gracias —susurró, ruborizada.

Lachlan

Se apresuró a prepararle una bebida caliente para que se tranquilizara. En parte, había sido una excusa para no tumbarla sobre el sofá y hacerle el amor allí mismo apasionadamente. Cuando vio que alguien se detenía delante de su casa, salió enseguida para ver quién demonios era, pero jamás habría imaginado que pudiera ser Colette después de cómo habían ido las cosas en su casa la última vez. Al verla llorar, algo dentro de él se rompió y no dudó ni

un segundo en cogerla y sacarla del coche. Había decidido olvidarse de ella pero, al parecer, era incapaz. Colette había acudido en busca de su consuelo y no podía negarse. Es más, una parte de él se alegraba de que lo hubiera hecho, aunque la parte de él que estaba asustada por los sentimientos que ella le despertaba no se alegraba tanto.

Dirigió la mirada hacia el sofá, donde la había dejado: era preciosa. Allí, en su casa, parecía estar a gusto y eso le agradaba. Cuando acabó de preparar la infusión, respiró hondo y volvió junto a ella. Tenía que concentrarse en lo importante y no pensar con su miembro. Iba a ser difícil.

—¿Estás mejor? —preguntó mientras le tenía la bebida.

Ella asintió y lo miró agradecida con esos ojos del color del cielo.

—Sí, muchas gracias. —Su voz, suave como el algodón, hizo que su pantalón le apretara en una zona en particular. «¡Joder!»—. Disculpa las molestias, pero no sabía dónde ir y...

—¿Y Brad? —la interrumpió mientras se sentaba a su lado. No dejaba de pensar en cómo se abrazaban la otra noche, en lo cabreado que estaba, y su voz sonó más dura de lo que pretendía.

—La cosa no salió bien —respondió, y le dio un sorbo a la infusión.

—No puedo decir que lo sienta... —Se encogió de hombros con honestidad.

—Gracias por tu sinceridad —refunfuñó ella con ironía, algo muy propio de la Colette que conocía.

Lachlan le dedicó una breve media sonrisa a la vez que se reclinaba en el sofá y apoyaba los brazos en el respaldo.

—No me cae bien, ya te lo dije.

—Sí, y veo que es recíproco, por lo que me contó.

Cualquier cosa que ese idiota hubiera dicho a Colette era mentira pero, en esos momentos, eso no era lo que le preocupaba.

—Entonces, con esta ya son tres las veces en las que te pasa algo así... Creo que aquí hay algo más que hechos aislados.

Aquellos ataques y que la estuvieran vigilando iban más allá de los robos en las casas: alguien estaba yendo a por Colette.

—Pero ¿quién podría querer hacerme daño? No le he hecho nada a nadie... —dijo, alarmada.

Lachlan tuvo la imperiosa necesidad de acunarla de nuevo.

—No tienes por qué haber hecho nada. Tu familia tiene dinero, quizá es eso lo que buscan —sugirió.

—¿Dinero? ¿Y qué hago? La policía no puede ayudarme hasta que no haya alguna pista que seguir. ¿Tiene que sucederme algo más grave para que hagan algo? ¡Es injusto!

Vio cómo las lágrimas se agolpaban en sus preciosos ojos y decidió que iba a protegerla. No la dejaría sola.

—No te preocupes, no te pasará nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Es cuestión de tiempo si realmente soy su objetivo. Yo...

Estaba asustada, y Dios sabía que él también. No quería que le ocurriera nada malo a Colette. Si le sucedía algo... No. No iba a pasarle nada porque él no lo permitiría.

Capítulo 11

Colette

Estaba muy asustada. Si lo que decía Lachlan era verdad e iban tras ella, ¿cómo iba a impedir que le hicieran algo? Era cuestión de tiempo que la atacaran de nuevo. ¿Y si esa vez no tenía tanta suerte como las anteriores? Sin embargo, no entendía por qué ella. Su familia tenía dinero, pero no era la única persona rica de la zona; debía de haber otra razón. No saber a qué demonios se enfrentaba le provocaba un tremendo pavor.

—No permitiré que te ocurra nada, *aingeal* —afirmó Lachlan mientras le alzaba el mentón para que sus miradas se encontraran. Colette percibió que lo decía muy en serio y el corazón le dio un vuelco, tanto por sus palabras como por la manera en que se dirigía a ella.

Lachlan comenzó a recorrerle el rostro con los dedos y ella cerró los ojos, empapándose de su fuerza y de su protección. De repente, él se movió y la envolvió entre sus fuertes brazos para atraerla hacia su pecho duro y musculoso. El pulso de Colette se disparó al sentirlo tan cerca. Era un hombre imponente y atractivo, y tenía un efecto en ella que la desarmaba.

Su cuerpo hormigueó ante su calor y se abrazó a él; quería quedarse allí para siempre, pero... ¿Qué pensaría su novia de todo eso? ¿Le habría contado que se habían besado? Ese pensamiento hizo que un dolor agudo se instalara en su pecho e inmediatamente se separó de él.

—Gracias por todo, pero creo que a tu novia no le gustará mucho que me digas esas cosas —repuso, dolida.

—¿Qué? —preguntó, atónito.

—Os vi la otra noche... —Colette vio cómo la mirada de Lachlan cambiaba cuando cayó en la cuenta del momento al que se refería.

—Adela no es mi novia, está casada. —Soltó una carcajada.

—Entonces, ¿qué hacías tan tarde con ella saliendo de un portal? —interrogó sin pensar mucho.

—No es de tu incumbencia —espetó con un tono frío mientras se alejaba de ella. Siempre era igual: un paso adelante y tres hacia atrás.

—Tienes razón —convino al tiempo que se ponía en pie. Tenía que marcharse de allí, había sido un error ir a casa de Lachlan. Siempre que se veían acababa herida. ¿Por qué se torturaba a sí misma yendo a buscarlo? Ese hombre la estaba volviendo loca.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta con las piernas temblorosas. No quería irse, estaba asustada, pero tampoco quería quedarse con él si iba a destrozarla con esa frialdad que tanto contradecía sus acciones.

—¿Dónde crees que vas? —oyó decir a aquella voz grave, que le provocó un cosquilleo en el bajo vientre.

—No es de tu incumbencia —repitió ella, cabreada.

—¡Joder, Colette! Lo siento si te he molestado, no era mi intención, pero hay cosas que prefiero guardarme para mí.

La joven suspiró. En realidad, estaba en su derecho de no contarle nada, pero era el tono que había usado lo que la mosqueaba. No entendía esos cambios de humor.

—No hace falta que te preocupes por mí o que te molestes en fingirlo. No estamos juntos, no nos debemos nada, así que mejor nos olvidamos del tema. No tendría que haber venido, lo siento —dijo con la intención de abrir la puerta, pero Lachlan puso la mano sobre la madera para impedir que saliera.

—Que quede claro que yo no finjo nada. Si te he dicho que me preocupo por ti, es porque es así. No sé por qué has venido aquí, pero no ha sido ningún error. Te he prometido que no iba a dejar que te ocurriera nada y eso voy hacer —le aseguró mientras se pegaba contra su espalda.

Colette se ruborizó ante sus palabras y su cercanía. Ese hombre la desarmaba por completo. Se sentía atraída por él de una forma que jamás había experimentado antes. Le flaquearon las piernas cuando Lachlan le rodeó

la cintura con el brazo libre y la atrajo más hacia su poderoso cuerpo. Colette sintió un cosquilleo en el estómago y se apoyó contra su pecho. Notó el ardor entre sus piernas cuando él inspiró el aroma de su pelo.

—Hueles tan dulce —gruñó antes de recorrerle cuello con los labios.

Colette no pudo evitar gemir.

—Lachlan... —susurró sin saber qué otra cosa hacer o decir.

—Mira lo que me haces, Colette. —Presionó su miembro contra sus nalgas y la joven se humedeció todavía más—. No necesitaba esto... ¡Joder! No quería nada de esto, pero aquí estás y no puedo alejarme de ti.

Le besó el cuello de tal manera que un escalofrío le atravesó todo el cuerpo. Necesitaba besarlo, así que se giró entre sus brazos y no tuvo que esperar ni un segundo a que los labios de Lachlan se posaran sobre los suyos. Ese hombre no besaba, arrasaba. La devoraba de una forma que la hacía sentirse tan mareada y deseada que creía que iba a llegar al orgasmo con solo sus besos.

Sus lenguas se encontraron y Colette levantó los brazos para enredar los dedos en sus mechones pelirrojos. Lachlan gruñó, la alzó para que envolviera las piernas alrededor de su cintura y la apoyó contra la puerta mientras le estrujaba las nalgas con las manos para presionar su erección contra su sexo. Colette estalló en llamas al sentir su miembro duro y vigoroso rozar su parte más sensible. Ambos gimieron en la boca del otro, perdidos en el placer que ardía en sus cuerpos.

—La... Lachlan...

Colette se percató de que, si seguían así, dejaría que él la poseyera hasta caer rendida, pero su corazón no soportaría que la rechazara de nuevo. Aun así, quería correr el riesgo. Lo deseaba tan febrilmente que no quería pensar en sentimientos. Lachlan le hacía perder el control.

—¡Joder! Colette, pídemelo que pare, por favor —imploró, desesperado, mientras le depositaba pequeños besos en los labios que por poco la hacen desfallecer.

—No puedo. Te deseo desde el primer momento en que te vi. Y te necesito. Por favor, no te alejes de mí otra vez. Por favor... —suplicó ella.

Lachlan soltó un rugido y la llevó a su habitación, donde la tendió sobre la cama y la desnudó con impaciencia. En unos segundos, la dejó en ropa interior.

Colette advirtió que la observaba con deseo y tormento. Vio cómo pasaban infinidad de pensamientos por su mente. Así que, antes de que volviera a alejarse, alzó los brazos para invitarlo a tumbarse sobre ella.

—Te necesito, Lachlan. No pienses, solo siénteme... —susurró.

Colette empezaba a sospechar que había algo detrás de su rechazo y de sus comentarios hostiles, porque sabía que la deseaba. Algo asustaba a Lachlan y lo hacía actuar de un modo muy distante.

—¡Joder! —maldijo antes de quitarse la camiseta con brusquedad y dejar a la vista su cuerpo duro y cuidado. Colette quiso acariciar cada músculo de ese dios del Olimpo.

Lachlan no dudó en tumbarse sobre ella, entre sus piernas separadas. Colette le agarró la cara con las manos y lo besó apasionadamente. El hombre le devolvió el beso y la devoró como solo él sabía hacerlo. Le encantaba cómo lo hacía. La besaba como si quisiera entregarle el cielo a través de sus labios. Colette advirtió que se apartaba de su boca para besarle el cuello y descendía hasta sus pechos. Le arrancó el sujetador de un tirón y devoró sus pezones erectos. El cuerpo de Colette estalló en llamas ante ese gesto de pasión. Él la deseaba igual que ella a él y eso la excitó sobremanera. La lengua de Lachlan rozando sus pechos era una tortura. Gimió y arqueó la espalda, cosa que provocó que sus sexos se rozaran deliciosamente.

—Eres tan bonita... Dios, tus pechos son preciosos, Colette —gruño él, y ella se encendió todavía más.

Le acarició el pecho con una mano áspera y callosa, y Colette le tiró del pelo para acercarlo mientras gemía. Necesitaba alivio. La boca de Lachlan bajó por su vientre y depositó un suave beso sobre su monte de Venus, cubierto todavía por sus braguitas negras. Sin poder evitarlo, Colette se retorció, gimoteando.

—Por favor...

—Estoy deseando probar si eres igual de dulce ahí abajo, *aingeal* —murmuró después de darle un dulce beso en el interior del muslo.

Colette gimió, presa del tormento que le causaba Lachlan al no proporcionarle placer donde más lo necesitaba. Se dedicó a repartirle besos desde el tobillo hasta el muslo y, después, volvió a besarla en los labios. Ella aprovechó para bajar la mano y desabrocharle el pantalón; luego, le acarició el grueso y erecto miembro. Él gruñó cuando sintió sus manos alrededor suyo.

La dejó hacer unos segundos y, después, la detuvo.

—No. Quiero correrme dentro de ti, *aingeal* —susurró mientras le sujetaba las manos por encima de la cabeza y volvía a besarla con frenesí.

Lachlan presionó uno de sus fuertes muslos contra su entrepierna y Colette se frotó contra él. Jamás había estado tan excitada, ninguno de los amantes que había tenido la habían hecho sentirse así.

—¿Quieres correrte en mi pierna, Colette? —le ronroneó al oído con voz rota y grave.

Ella no supo qué decir, solo sabía que necesitaba alivio. Tras gemir su nombre, Lachlan pegó más su cuerpo al de ella y comenzó a moverse. Los pezones de Colette se frotaban contra su pecho mientras su miembro presionaba el muslo de la mujer, cuyo sexo se rozaba contra la pierna de él. Le ardió todo el cuerpo y no pudo evitar gritar su nombre al llegar al orgasmo.

—Eres preciosa. Otra vez, *aingeal*. Córrete de nuevo para mí —gruñó en su oído.

Colette no tuvo tiempo para recuperarse: Lachlan le dio un apasionado beso en los labios y, después, descendió hasta su sexo. Se deshizo de sus braguitas empapadas de un tirón y la devoró con apetito voraz. Colette se tiró del pelo y gritó de puro éxtasis; todavía no se había recuperado del anterior orgasmo y ya estaba a punto de tener otro.

Lachlan la lamió entera y, después, dedicó especial atención a su clítoris, que palpitaba como si tuviera vida propia. Lo chupó, lo succionó y volvió a chupar. Ya no podía pensar, era toda cuerpo y solo podía sentir sus caricias.

De repente, Lachlan tanteó su entrada con los dedos, se empapó bien de sus fluidos y la penetró. Colette gritó de puro placer. Ese hombre no podía ser de este mundo y el gozo que le proporcionaba tampoco.

—Dios mío, Lachlan. Te necesito dentro, por favor... —gimió.

—¡Joder, Colette! Yo también necesito estar dentro de ti, pero antes quiero ver cómo te corres una vez más —gruñó, volvió a atacar su clítoris con maestría y Colette se rindió de nuevo al orgasmo.

Gritó, perdida en ese placer, se aferró al cabello de Lachlan y lo presionó más contra su sexo. Su cuerpo tembló mientras se dejaba llevar entre sus brazos. Cuando fue capaz de abrir los ojos, estos conectaron con los de él, que la observaban con una pasión que jamás había visto. En ese instante, su

mirada azul y verde parecía más intensa.

—Joder, eres preciosa. Ahora voy a hacerte mía —dijo al tiempo que se separaba y acababa de quitarse los pantalones.

Colette no pudo apartar los ojos de su miembro, grueso y erecto, que latía en busca de atención. Lachlan registró un cajón y sacó un preservativo. Era impresionante; parecía un gigante fuerte, musculoso y atractivo preparado para conquistarla. «Y con un buen culo», pensó sonriendo.

—¿Tan feliz te hace mirarme? —preguntó él con una sonrisa de medio lado.

—Sí. Tengo que admitir que me gusta bastante. —Soltó una risita, sonrojada, mientras se apoyaba en los codos—. Pero que no se te suba a la cabeza. ¿No ibas a hacerme tuya? —lo provocó Colette, deseosa de sentirlo en su interior. Si había experimentado todo ese placer sin que la hubiera penetrado, no podía esperar a tenerlo dentro.

Lachlan gruñó, excitado por la provocación, y se colocó el preservativo con rapidez para luego tumbarse sobre ella. Se fundieron en un beso ardiente, entrelazando sus lenguas, mientras su miembro le rozaba el sexo. Colette se sintió arder de nuevo.

—Necesito follarte. No te haces a la idea de lo mucho que me pones —gimió él en sus labios.

Colette gimió y arqueó la espalda.

—Sí, fóllame —suplicó.

Lachlan le separó más las piernas y la penetró. Colette se volvió loca; era grande y la llenaba por completo. Su cuerpo lo necesitaba. No se había dado cuenta hasta ese preciso momento, pero era así: le pertenecía.

—¿Estás bien, *aingeal*? —preguntó, tenso—. Mírame, Colette.

—Estoy bien. No pares.

—No podría. ¡Joder! Estás tan caliente y húmeda... Me aprietas que da gusto —gruñó penetrándola.

Lachlan impuso un ritmo frenético en sus embestidas que Colette siguió con ganas. La joven tenía la sensación de que su cuerpo ardía por dentro y un placer demoledor le hacía perder el juicio. Se abrazó a su espalda ancha y fuerte y le rodeó la cintura con las piernas para sentirlo más hondo. Colette se retorció y, cuando su cuerpo empezó a temblar, Lachlan le acarició el clítoris

con una de sus grandes manos y la hizo estallar con un estremecimiento de placer. Él no dejó de embestirla ni aminoró el ritmo hasta que alcanzó el orgasmo.

Cuando sus cuerpos agitados por el desenfreno comenzaron a relajarse, Lachlan le besó la frente y la desarmó más que con todo el sexo que acababan de tener.

—Eres preciosa —susurró contra sus labios, donde depositó un dulce beso antes de salir de su interior y deshacerse del preservativo.

Colette estaba agotada después de tres orgasmos devastadores, así que, cuando Lachlan volvió a meterse en la cama, la tumbó sobre su cuerpo y los arropó con las mantas, cayó en un sueño profundo.

Capítulo 12

Lachlan

Lachlan notó que Colette se quedaba dormida sobre él. Era preciosa y necesitaba sentirla un poco más cerca. No era un sueño; esa mujer con curvas, de pelo rubio y ojos azules era perfecta y suya, al menos en esos momentos. Colette lo había vuelto loco de pasión. Su mera presencia lo excitaba y acostarse con ella había sido espectacular, en gran parte por la conexión que había entre ellos. Era una mujer preciosa, sí, pero lo que más le gustaba de ella era su forma de mirarlo, como si fuera perfecto. Sin embargo, él no era nada de eso y, cuanto antes lo supiera y más alejada se mantuviera de él, mejor para ambos. Aquello no podía volver a pasar.

La observó dormir plácidamente encima de él; le gustaba estar así. Colette era una mujer muy cabezota y fuerte, pero estaba asustada y había acudido a él. De todas las personas que podrían haberla ayudado, porque seguro que conocía a muchas, había ido a su casa, y eso lo halagaba y asustaba a partes iguales. No podía dejarla sola, pero le aterrorizaba lo que le hacía sentir. No podía permitir que se colara más en su interior si no quería perder su vida de nuevo. Ya había perdido el rumbo por una mujer y no estaba dispuesto a hundirse en la mierda por otra.

Colette

Despertó bien entrada la noche, a juzgar por la oscuridad del cielo. Se había quedado dormida sobre Lachlan después de aquel maravilloso asalto, pero ahora él no estaba allí, cosa que la defraudó un poco. Se levantó de la cama, se cubrió con una sábana y fue en busca de su teléfono móvil, que guardaba en el bolsillo de sus pantalones, para ver qué hora era. Vio en la pantalla que eran las doce y media y que tenía infinidad de llamadas de su madre. Se alegró de que su madre mostrara algo de preocupación por ella. Le envió un mensaje para informarle de que estaba con un conocido, que se le había hecho tarde y que estaría en casa en unos quince minutos.

No esperó a que su madre contestara y se vistió intentando hacer el menor ruido posible. Su ropa interior estaba rasgada e inservible y, al verla, Colette esbozó una leve sonrisa. Nada le habría gustado más que pasar la noche con Lachlan, pero era obvio, a juzgar por su ausencia en la cama, que él no pensaba lo mismo. Desde el primer momento, sabía que solo estaba interesado en ella físicamente; de hecho, Colette también buscaba lo mismo al principio. No obstante, había empezado a sentir cosas por ese hombre y su ausencia después de lo que habían compartido hacía unas horas la hería profundamente.

Salió de la habitación y todo estaba a oscuras. No conocía la casa lo bastante como para saber hacia dónde tenía que ir, así que encendió la linterna del móvil y se preguntó por el paradero de Lachlan. ¿La había dejado sola en su casa? ¿A dónde habría ido a esas horas? Estaba tan concentrada en no hacer ruido por si se encontraba allí que no vio el pequeño escalón que separaba el pasillo del comedor y se dio de bruces contra el suelo.

—¿Colette? —interrogó Lachlan desde algún punto de la estancia.

De repente, una tenue luz que provenía de una lamparita que había al lado del sofá iluminó la habitación y Lachlan se incorporó sobre los cojines.

—Lo siento, no quería despertarte —se disculpó, avergonzada al verse en esa tesitura.

—¡Joder! ¿Se puede saber a dónde ibas? —Se acercó a ella y, antes de que Colette pudiera ponerse en pie, la cogió en brazos y la llevó al sofá—. ¿Estás bien?

—Eh... sí. No quiero causarte más molestias, así que me voy a mi casa.

—Ni hablar. Tú no te vas —afirmó mientras se erguía cuan alto era y cruzaba los musculosos brazos sobre su pecho descubierto.

—¿Qué? ¿Y tú quién demonios eres para decirme lo que tengo y no tengo que hacer? —espetó enfada al tiempo que se levantaba.

—Soy el tío con el que te has acostado y que ha prometido protegerte. Largarte en mitad de la noche cuando hay gente que va detrás de ti para vete tú a saber qué no es muy inteligente.

Vale, eso no lo había pensado. Sin embargo, no la estarían esperando en la puerta de su casa a esas horas de la noche... ¿o sí? ¿Qué sabía ella de delincuentes? Aun así, a pesar de que Lachlan tuviera razón, no pensaba dársela.

—Me voy porque el tío con el que me he acostado, como tú dices, me ha dejado sola en su cama para dormir en el sofá. A eso lo llamo yo un desplante y no quiero estar donde no se me quiere.

—¡Joder, Colette! —Se pasó los dedos por el pelo y empezó a dar vueltas como un perro enjaulado—. Es complicado. Puedes quedarte el tiempo que haga falta porque aquí estarás a salvo, pero no me pidas más.

—¿Que no te pida más? ¡Haberlo pensado antes de empotrarme contra la puerta para impedir que me fuera y follarme como si el mundo fuera a acabarse! —gritó, cabreada.

Lachlan quiso sonreír al escuchar esas palabras de la boca de Colette. A veces parecía una niña pija y estirada y, otras, sacaba ese fuego que había en su interior que lo encendía como si ardiera en el infierno; seguramente lo haría pronto. Aun así, seguía cabreado.

—Te he pedido que me parases. Has sido tú la que ha querido continuar, así que ambos tenemos la culpa de lo que ha pasado.

—Dios, eres insufrible. —Se le anegaron los ojos en lágrimas—. Ojalá no hubiera venido aquí.

—Colette...

Se sentía un auténtico capullo, por lo que dio un paso hacia ella para cogerla del brazo, pero Colette se apartó de él con el corazón roto.

—No, no vuelvas a tocarme. Olvida que existo —dijo, entre cabreada y dolida, antes de salir corriendo.

Lachlan

Se quedó paralizado. ¿Que olvidara que existía? ¿Cómo coño iba a hacerlo si había invadido su cuerpo y su mente? Era un idiota, se había pasado con ella. Tendría que haber sido más comprensivo, pero su miedo a sentir le hacía perder el norte y reaccionar de aquella manera. Quizá era mejor así. Sin embargo, no podía evitar preocuparse por ella; necesitaba saber que llegaba sana y salva a su casa.

Se calzó rápidamente las botas y se dirigió hacia su camioneta: iría tras Colette para cerciorarse de que nadie la seguía.

No tardó mucho en alcanzarla. Colette conducía despacio, porque la visibilidad era prácticamente nula por la noche y era peligroso para alguien que no conocía la carretera.

Colette

Observó cómo una camioneta enorme se acercaba a gran velocidad. Lo primero que pensó fue que la habían estado esperando en casa de Lachlan y que ahora la estaban siguiendo. No obstante, después de lanzar unas cuantas miradas por el retrovisor, advirtió que se trataba del coche del pelirrojo. Suspiró, en parte aliviada, pero también se puso nerviosa. ¿La estaba siguiendo para continuar con la conversación? ¿O realmente estaba preocupado por ella y la estaba acompañando para que no le pasara nada?

Si lo hacía por esto último, no podría soportarlo. Sin embargo, cuando llegó a su casa, entró y vio que se marchaba, su corazón se detuvo: sí que la había seguido para asegurarse de que llegaba bien. ¿Por qué? ¿Por qué era tan atento con ella y, luego, la destrozaba con sus palabras? Hacía tiempo que sabía que escondía algo; que le dijera que era complicado había confirmado sus sospechas. Pero ¿qué le ocurría? ¿Qué lo hacía comportarse de esa manera?

Tras darse una ducha por la mañana, Colette se sintió con más fuerzas para enfrentarse a un nuevo día. No había dormido mucho, porque el olor de Lachlan impregnaba su cuerpo y no dejaba de recordarle sus poderosas caricias. Por suerte, su madre ya estaba dormida para cuando llegó y no tuvo que dar explicaciones sobre por qué había vuelto tan tarde ni por qué había ignorado las llamadas. Parecía una adolescente de nuevo.

Se puso unos pantalones negros ajustados, una camisa blanca de flores y sus tacones. Tenía que ir a mirar muebles para la casa de Helena y hacer otros encargos. Aunque estaba un poco asustada, no pensaba dejar de vivir por miedo. Además, ese proyecto era importante para ella y no iba a abandonarlo.

Cuando bajó a desayunar, se encontró con su madre y Alfred. Últimamente parecían muy unidos.

—Buenos días —saludó, interrumpiendo la conversación que mantenían con una sonrisa en los labios.

En cuanto Beatrice advirtió su presencia, se separó de Alfred y se puso su máscara de perfección. ¿Por qué con él actuaba con naturalidad y con ella no? Colette volvió a sentirse sola, pero mantuvo el rostro inexpresivo.

—Buenos días, querida. ¿Dónde estuviste anoche?

—Madre, no hace falta que te hagas la preocupada —soltó sin querer mientras se preparaba unas tostadas, aunque no tenía mucho apetito.

—Colette, soy tu madre y, lo creas o no, me preocupo por ti —respondió un poco enfadada.

«Bueno, al menos no es indiferencia», pensó.

—Estuve con un conocido.

—¿Con ese policía? —preguntó su madre, sonriente.

¿Cómo demonios se había enterado? Se ruborizó.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Las noticias vuelan, querida. Me alegro de que hayas encontrado a alguien de su posición. El agente Carter tiene muy buena reputación y es de buena familia. —Su madre sonrió, satisfecha. Eso era lo único que le importaba: su posición y reputación. Por eso se había enterado, seguro que

conocía a su familia.

—Pues que no vuelen tanto porque entre Brad y yo no hay nada. Salimos a cenar y punto. Dudo mucho que repita. —Intentó sacar esas ideas fantasiosas de la cabeza de su madre.

—Deberías poner un poco más de tu parte, Colette. El agente Carter es perfecto para ti —repuso, como si su hija hubiera dicho algo horrible.

—Beatrice, deja que tome sus propias decisiones. Si Colette cree que el agente Carter no es bueno para ella, sus razones tendrá —intervino Alfred por primera vez.

Su madre suspiró, derrotada, y no dijo nada. Colette se quedó estupefacta. ¿Cómo había conseguido ese hombre que Beatrice Larue se rindiera con tanta facilidad?

—De todas maneras, organizaré una comida con los Carter —añadió su madre como si nada.

Colette se moría de ganas de estampar la taza que tenía en la mano contra el suelo. En cambio, puso los ojos en blanco.

—Madre, deja que sea yo quien decida. No te metas en mi vida —espetó, cabreada, y se marchó de allí.

No entendía a su madre. ¿Por qué se empeñaba en buscarle pareja? Siempre lo había hecho, desde que era jovencita, y a ella le había tocado soportar una infinidad de niños insufribles. Cuando se fue de casa, su madre dejó de hacerlo, pero parecía que ahora volvía a buscarle un marido adecuado. ¿Por qué no se centraba en su propia vida y la dejaba en paz? Era desquiciante.

Tras hablar con el encargado que fabricaría algunos muebles exclusivos para las habitaciones de Helena y establecer lo que ella quería y lo que él podía ofrecerle, volvió a casa. Tenía que ayudar a su madre a montar el acto de beneficencia en honor a su padre. No le apetecía mucho estar con Beatrice después de lo de esa mañana, pero no podía retrasarlo más.

Cuando llegó al cruce que la llevaba a casa de Lachlan, detuvo el coche y se permitió pensar en todo lo que había sucedido la noche anterior. Sus

mejillas se tiñeron de rojo al recordar cómo la había tocado, lamido y besado por todo el cuerpo. Que estúpida había sido al creer que significaba algo más que sexo para él. Colette suspiró. En el fondo, sabía que los problemas de Lachlan iban más allá. Estaba completamente segura de que no solo la deseaba, sino que también sentía una especie de cariño hacia ella; lo había demostrado infinidad de veces preocupándose por ella. Ese hombre la tenía tremendamente intrigada y ávida de sus caricias.

El lugar donde más segura se sentía era en casa de Lachlan, a su lado. Se había pasado el día mirando hacia todos lados por si veía algo extraño, pendiente de si alguien se acercaba a ella más de la cuenta o de si alguien la observaba. Respiró hondo y volvió a poner el coche en marcha antes de que Lachlan pudiera aparecer por allí.

Tenía ganas de verlo, de averiguar por qué se comportaba de esa manera, de saber si lo que habían compartido la noche anterior lo había afectado tanto como a ella... Pero no quería engañarse a sí misma. Le había dicho que se olvidara de ella y seguramente ya lo había hecho.

Por la tarde, después de planear con su madre uno de los mayores acontecimientos que iban a tener lugar en esa casa, se disponía a irse a la ducha y descansar cuando su madre la detuvo.

—Colette, el sábado vendrán a comer los Carter. Sé que no quieres que me inmiscuya en tu vida, pero acude a la comida, por favor. —«Mierda, una encerrona».

—No me dejas otra opción —resopló, hastiada.

—No te lo tomes a mal. De verdad que me parece una familia encantadora.

—Muy bien, mamá. ¿Puedo irme ya? Estoy cansada.

—¿No vas a cenar? Alfred nos está preparando algo. —Sonrió mientras miraba hacia la cocina.

—No tengo hambre. Buenas noches —dijo sin esperar a que su madre respondiera.

La verdad era que se encontraba muy mal: tenía un dolor de cabeza espantoso.

Capítulo 13

Colette

Al día siguiente, estaba como nueva. Solo necesitaba descansar para que el dolor de cabeza remitiera y todo dejara de darle vueltas. Aunque le costó dormirse, no se despertó en toda la noche. Ese día, Colette se levantó más pronto de lo normal; no quería encontrarse con su madre y tener que lidiar de nuevo con sus sugerencias sobre cómo llevar su vida amorosa. Ya se la estaba complicando ella solita, no necesitaba la ayuda de nadie. Se arregló para ir a desayunar con Helena y hablar sobre el proyecto. Había recibido un mensaje suyo nada más despertarse. Al parecer, tenía que comentarle algunos cambios que quería hacer en la habitación principal.

Se vistió de manera informal, con unos tejanos oscuros y un jersey fino de color gris; después, se calzó sus deportivas y se recogió el cabello rubio en una coleta alta. No se esmeró mucho con el maquillaje: un poco de rímel y brillo en los labios.

Salió de casa y se dirigió a su coche; por lo visto, su madre y Alfred seguían durmiendo. Colette respiró aliviada. Se sentó en el asiento del conductor y escuchó el pitido que indicaba que le había llegado un mensaje. Comprobó el teléfono y vio que era de Brad. La joven se sorprendió, porque no había vuelto a intentar nada con ella desde que le había dado tantas negativas después de aquella cena. Sin embargo, ahora que iban a volver a verse en la comida que Beatrice había organizado con sus padres, se vio obligada a contestar.

Brad quería verla antes del sábado. Colette se quedó pensativa unos minutos, con el móvil en la mano. Si quería evitar una comida un tanto incómoda, tendría que aceptar. Sin embargo, cabía la posibilidad de que se llevara una impresión equivocada si accedía a verle.

Al final, optó por hacer lo correcto, como su madre le había inculcado. Además, si quería olvidarse de Lachlan, Brad podría ser una solución. Era un poco egocéntrico, pero también había tenido detalles bonitos con ella; quizá solo tenía que conocerlo un poco mejor. Así pues, le dijo que estaba libre al día siguiente; no porque tuviera algún plan especial esa misma noche, sino porque necesitaba tiempo para mentalizarse. No sabía qué decirle para no crear un ambiente tenso y que no creyera que quería algo más que una simple amistad. Al menos de momento.

Llegó a casa de Helena sobre las diez de la mañana. La mujer ya la estaba esperando. Colette se había acercado al pueblo y había comprado unos cruasanes recién hechos; eran su perdición. Desayunaron juntas mientras charlaban de trivialidades y, después, comentaron los diseños que Colette había preparado e hicieron los cambios pertinentes.

—Ay, querida, me encanta cómo está quedando todo. En cuanto acabes, quiero montar una gran fiesta de inauguración —dijo Helena sonriendo.

—Muchas gracias, Helena. Tu casa ya era maravillosa, así que decorarla no está resultando nada difícil. —Colette soltó una carcajada.

—Me ha dicho tu madre que estáis organizando una fiesta benéfica en honor a tu padre. Siento mucho lo que le ocurrió. Fue horrible —comentó Helena con tristeza.

—Sí... Gracias.

Colette no quería pensar en eso ahora. A medida que pasaban los días, se iba haciendo más a la idea de que su padre no volvería. Sin embargo, todavía sufría su pérdida y se arrepentía de no haberse esforzado en pasar más tiempo con él.

—Lo siento, querida, no quería entristecerte. Hablemos de algo más alegre. Se comenta que hay algo entre el agente Carter y tú...

¿En serio? ¿Se comenta? ¿O lo comentaba su madre? ¿Es que no tenían otra cosa que hacer en ese pueblo? Aunque no era de extrañar que se propagaran esos rumores, puesto que todo el mundo conocía a Brad porque era policía. Además, su familia era una de las más acaudaladas de la zona,

que no era poco.

—Qué va. Solo somos amigos.

—Ay, querida. Si yo tuviera tu edad, no dudaría en enganchar a Brad — repuso mientras sonreía y le guiñaba un ojo.

Colette le devolvió la sonrisa sin saber muy bien qué responder. Solo tenía pensamientos para Lachlan y, en esos momentos, no estaba interesada en nadie más. Tenía que admitir que Brad era muy guapo, pero no era de su estilo.

Se levantaron para despedirse. Helena tenía que ocuparse de unos asuntos y ella debía supervisar todo lo referente al proyecto. Cuando entraron al comedor desde la terraza, Colette no pudo evitar fijarse en el espacio que había dejado para la mesa de salón. Estaba decidida a poner una de las creaciones de Lachlan; eran preciosas y sabía que quedarían estupendamente allí. Por desgracia, no tendría oportunidad de pedírsela, ya no, aunque se tratara de algo profesional. No podía plantarse en su casa después de decirle que se olvidara de ella porque entonces sería él quien le diera la patada.

Tras despedirse de Helena, Colette se quedó para supervisar que montaran bien los muebles en las habitaciones donde ya habían pintado las paredes y pulido los suelos. También revisó las obras que estaban haciendo los albañiles en el baño principal y cambió su ordenador algunos de los diseños como le había pedido Helena para hacerse una idea de cómo iban a quedar.

Entre unas cosas y otras, estuvo todo el día en la casa resolviendo problemas y, cuando quiso darse cuenta, ya no quedaba nadie. Había estado tan centrada en su trabajo que no se había acordado de que la última vez que se había quedado allí sola la habían estado observando. Empezó a inquietarse, así que recogió sus cosas y cerró con llave al salir. La única luz que había encendida iluminaba las escaleras que llevaban a la entrada, donde había aparcado horas antes.

De repente, se quedó paralizada al ver que había otro vehículo aparcado al lado de su coche. Se le aceleró el corazón. ¿La estaban esperando? Allí, en medio de la nada, no tendría ninguna oportunidad de escapar. Observó fijamente el vehículo desde lo alto de las escaleras y vio que era más grande que un coche. Entonces, su corazón empezó a latir con más fuerza todavía. ¿Podía ser la camioneta de Lachlan. ¿Qué hacía allí?

Bajó las escaleras muy lentamente, mirando a su alrededor. Estaba oscuro, así que no veía si había alguien cerca o dentro del vehículo. Intentó hacer el menor ruido posible mientras sostenía el teléfono en la mano con el número de emergencias marcado por si acaso. Tenía el corazón dividido entre el miedo y la emoción porque fuera Lachlan quien la estuviera esperando. Le temblaba todo el cuerpo y notaba un nudo en la garganta. Le aterrorizaba no saber si era realmente él. ¿Estaba siendo una inconsciente? Seguramente sí.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para confirmar que era una camioneta, pisó una rama y reveló su presencia. Se había convertido en la protagonista tonta de las películas de miedo, aquella a la que le gritaban que no fuera a mirar y, aun así, iba. La adrenalina le recorrió el cuerpo y quiso salir huyendo de allí, pero ya era tarde: una sombra enorme salió de detrás de la camioneta y caminó hacia ella. Colette se quedó paralizada y temblando de miedo. Había sido muy imprudente.

—¿Qui... quién anda ahí? —preguntó con voz temblorosa y asustada, intentando aparentar una tranquilidad que no sentía.

¿Y si no era él? Dios, había sido una estúpida. Esa camioneta podría ser de cualquiera y, además, no veía nada. Tendría que haberse metido en su coche sin mirar atrás. ¿Por qué era tan estúpida?

—Colette, soy yo —dijo una voz profunda y ronca que conocía bien.

—¿Lachlan? —interrogó mientras suspiraba de alivio.

—No quería asustarte —replicó cuando llegó a su lado, aunque se quedó a cierta distancia.

—¿Qué...? ¿Qué demonios haces aquí?

—Estaba preocupado por ti y como me dijiste que trabajabas en esta casa... Sé que no quieres saber nada de mí, pero necesitaba comprobar que estabas bien.

El corazón de Colette se detuvo. Se había preocupado por ella y había ido hasta allí. ¿Por qué hacía algo así si después la trataba con frialdad?

—Me comentaste que fue aquí donde te sentiste observada por una sombra, así que... —continuó hablando al ver que ella no decía nada.

—¿Por qué? —La pregunta escapó de sus labios.

—Por qué, ¿qué?

Colette atisbó la sonrisa de medio lado dibujada en su rostro iluminado

por la luna.

—Da igual, olvídalo —refunfuñó mientras le daba la espalda y se dirigía a su coche, con el corazón martilleándole en el pecho.

—Colette, nunca quise hacerte daño.

Colette se detuvo e inspiró profundamente. Tenía que acabar con aquello. No sabía por qué actuaba así, pero no podía seguir soportando sus desplantes, por más que él se preocupara por su seguridad.

—Todo va bien. Buenas noches, Lachlan —dijo a modo de despedida. No quería decirle adiós, pero se negaba a hacerse daño a ella misma. No estaban en el mismo punto.

—Colette... —la llamó como si fuera a añadir algo más, pero se limitó a carraspear. Colette quiso que él luchara por ella, que intentara demostrarle de verdad que ella no había sido una más, pero estaba claro que prefería perderla—. Buenas noches, *aingeal* —dijo en un susurro que le rompió el alma.

Era una despedida, lo sabía, por lo que no pudo evitar que las lágrimas anegaran sus ojos.

Lachlan

«¡Mierda!». No pretendía que lo viera. Su intención había sido inspeccionar el lugar y cerciorarse de que no había nadie que pudiera herirla. No lo admitiría en voz alta, pero Colette era importante para él y, aunque sabía que debía mantenerse alejado de ella por el bien de ambos, no podía. Había planeado cuidarla en la distancia, pero, en el fondo, quería volver a oírla, sentirla entre sus brazos y besarla. Dios, echaba de menos el roce de su piel contra la suya. ¡Joder! Sus palabras habían sonado a despedida y lo estaba volviendo loco.

Si dejarla marchar era lo correcto, ¿por qué tenía la sensación de que le habían arrancado una parte del alma? Ella se la había llevado. La observó subirse al coche y alejarse de allí sin mirar atrás ni una sola vez. «Debería

hacer lo mismo».

Colette

El día siguiente no fue muy diferente al anterior. Sin embargo, se ponía más y más nerviosa conforme llegaba la hora de encontrarse con Brad; no era un nerviosismo motivado por las ganas de verle, sino por la incertidumbre. Las palabras de Lachlan resonaban en su cabeza sin parar: «Buenas noches, *aingeal*». Incluso creía que había soñado con ellas. Era una despedida y le había partido el corazón. Jamás se había quedado tan prendada de un hombre. Sabía que era más que un encaprichamiento, pero, si tan importante era aquello por lo que Lachlan se mantenía alejado de ella, ¿quién era ella para contradecirlo?

Esa tarde lo había vuelto a ver en casa de Helena, vigilando los alrededores. ¿Por qué lo hacía? Sabía que le importaba, pero, entonces, ¿por qué no quería intentarlo? No tenía sentido. Una parte de ella deseó que la siguiera hasta casa, se quedara, la viera salir con Brad y tuviera el mismo ataque de celos que la otra vez. No obstante, no lo había vuelto a ver después de salir de casa de Helena. Ni siquiera se había acercado a ella.

Colette no quería pensar más en él, aunque resultaría difícil ignorarlo si iba a estar revoloteando a su alrededor para protegerla. Que tuvieran que cuidar de ella le provocaba un malestar continuo. ¿Por qué la vigilaban? Todavía no tenía ninguna respuesta. Quizá debería investigar sobre el tema, averiguar si habían secuestrado a personas adineradas por la zona o era un caso aislado. Decidió que iba a aprovechar la cena con Brad para sonsacarle información.

Se puso un vestido negro ajustado y con vuelo en la cintura, acompañado de unas sandalias de tacón del mismo color. Se rizó el cabello y se maquilló un poco, nada desmesurado. Escuchó el timbre desde su habitación y el corazón le dio un brinco; no porque tuviera ganas de ver a Brad, sino porque su madre estaba en casa y no quería que se hiciera una idea equivocada al verlo. Se apresuró a bajar las escaleras, pero la suerte no estaba de su parte:

llegó a tiempo para ver cómo Brad saludaba a Beatrice con amabilidad. «¡Mierda!», pensó.

—Me alegro mucho de que paséis tiempo juntos. Hacéis muy buena pareja —le dijo Beatrice a Brad con una sonrisa.

Entonces, los ojos del hombre se posaron en Colette y esbozó una sonrisa, satisfecho por lo que veía.

—Tiene una hija preciosa, señora Larue —comentó, sin apartar la mirada de Colette, y le tendió una mano.

Colette se sentía demasiado observada. Era evidente que a Brad le gustaba, al menos físicamente, pero no estaba segura de si debía sentirse halagada o no. Le tomó la mano, más por educación que por gusto, y él tiró de ella para acercarla y darle un beso en la mejilla.

—Bueno, os dejo ya. Espero que tengáis una maravillosa velada, parejita —dijo Beatrice mientras se alejaba.

—¿Estás lista? —preguntó Brad.

Colette asintió. El hombre la agarró de la cintura y la guio hacia la salida, sin soltarla en ningún momento.

Capítulo 14

Colette

La llevó a un restaurante igual de refinado que la vez anterior. Al parecer, Brad tenía buen gusto, cosa que no la extrañaba por la familia de la que procedía. Los Carter, según había estado investigando, residían en ese pueblo desde hacía muchos años y eran conocidos por las grandes aportaciones que hacían al municipio y alrededores. Por esa razón, Colette se preguntaba qué fue lo que empujó a Brad a convertirse en policía; la última vez que quedaron no había salido el tema, a pesar de que no había parado de hablar de sí mismo. Ahora que lo pensaba, Colette se daba cuenta de que solo le había contado cosas superficiales.

Después de cenar, Colette le preguntó por los robos y secuestros en la zona, pero Brad solo le dijo lo que ya sabía: habían allanado viviendas, pero nunca habían atacado a nadie.

—No te preocupes, conmigo estarás a salvo —dijo con una sonrisa petulante.

Colette contuvo una carcajada. No porque no confiara en su trabajo ni en su habilidad, sino porque a él, en realidad, no le importaba su seguridad. En ningún momento le había preguntado si la habían vuelto a atacar o si había notado que la seguían.

Como no tenía nada que decir, hizo una mueca con los labios.

—Entonces, ¿no ha habido secuestros o cosas por el estilo?

—Nada.

—Ah, vale... —Eso no la tranquilizaba en absoluto. Su problema no había desaparecido y, además, eso significaba que se trataba de algo personal. Aquello la aterrorizaba.

—Tengo la sensación de que, si nuestros padres no hubieran quedado para comer, no habrías aceptado salir conmigo —comentó Brad. Aunque sonreía, la escrutaba con la mirada.

Aquellas palabras la sacaron de su ensoñación. Su acompañante ni siquiera se había dado cuenta de lo asustada que estaba por lo que acababa de descubrir, pero ella tampoco pensaba decírselo.

—Yo... Bueno, es que he estado muy ocupada con el trabajo y la organización de la fiesta benéfica de mi madre. —Intentó ser educada y no le dijo la verdad: que no estaba interesada en él.

—Pues yo creo que hay algo más —replicó mientras se cruzaba de brazos y se recostaba en la silla.

Colette se ruborizó. Brad podía ser egocéntrico y poco considerado, pero tenía que darle la razón en eso. ¿Qué debía hacer? ¿Decirle la verdad? Tenía que ser sincera.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que no estoy interesada en ti de una forma romántica. Me caes bien, pero no creo que lo nuestro funcionara.

—Ay. —Se llevó una mano al pecho para simular que sus palabras le habían herido el corazón—. Me matas, preciosa, pero no te preocupes, yo tampoco busco una relación. —Sonrió y Colette contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. Ya conocía la reputación de Brad.

—No quería decir eso...

—Te gusto, ¿no? Físicamente, quiero decir. ¿Por qué no divertirnos? —sugirió tan tranquilo, como si no le estuviera proponiendo sexo sin ataduras.

—Te encuentro atractivo, pero no eres mi tipo —contestó con aspereza.

—Qué pena —dijo mientras le daba un repaso de arriba abajo a pesar de estar sentados.

No le gustó nada esa mirada.

—Espero que eso no sea un problema para el sábado. No quiero que sea incómodo ni nada.

—Tranquila, sé comportarme —replicó con desdén.

Empezaba a creer que era un idiota. Si en algún momento había pensado

que tenía que conocerlo mejor, ahora se daba por servida.

—Gracias por la cena. ¿Nos vamos? —preguntó algo brusca, pero con educación.

—Claro. Para qué perder el tiempo —murmuró él mientras se levantaba.

Colette tuvo ganas de coger el plato y lanzárselo a la cabeza. Pero ¿de qué iba ese tío? No quería compartir ni un segundo más de su vida con él, así que, cuando salieron del restaurante, Colette lamentó no haber traído su propio coche. No pensaba ir con Brad a ninguna parte. Comenzó a caminar en dirección contraria al aparcamiento, hacia la parada de un autobús que la dejaba cerca de la urbanización donde vivía. Quizá tuviera suerte y también pasara algún taxi.

—¿Se puede saber a dónde vas? —gritó Brad en cuanto se dio cuenta de que Colette no iba tras él.

—A mi casa —contestó con aspereza, sin girarse ni detenerse.

—Colette, es tarde. Vamos, te llevo —gruñó, enfadado.

—¿No has dicho que no querías perder el tiempo? Pues anda, ve a por alguna que te caliente la cama. ¡Idiota! —le reprendió mientras se giraba hacia él, pero no se dio cuenta de que Brad la había alcanzado y estaba a escasos centímetros de ella.

Sus ojos se encontraron y él sonrió de medio lado.

—Ya entiendo lo que pasa —afirmó el hombre. Colette arqueó una ceja; no sabía a qué se refería—. No me van estos juegos. Nunca he tenido que perseguir a una chica y...

Colette lo interrumpió antes de que acabara la frase.

—No sigas por ahí. No estoy... —Entonces, él la calló con un beso.

Colette se sorprendió al sentir sus labios; no se lo esperaba. En cuanto pudo reaccionar, lo empujó para apartarlo, pero Brad la agarró de la cintura y tiró de ella hacia su pecho. Intentó separarse con todas sus fuerzas, pero él la estrechó con más ahínco.

Lo único que se le ocurrió fue morderle.

—¡Joder! ¿Se puede saber a qué ha venido eso? —exclamó, cabreado. La soltó y se llevó una mano a la boca para limpiarse la sangre.

—¡A que eres un gilipollas! —espetó, furiosa, y se dirigió a grandes zancadas hacia la parada de autobús.

—¡Pues que te den, estrecha! —oyó que le gritaba.

Colette se sintió fatal. Había sido una estúpida por creer que Brad podría llegar a gustarle o por intentar ser educada con él; desde luego, el capullo no se lo merecía. Había quedado con él para que la comida del sábado no fuera tan incómoda, pero, después de aquello, iba a ser mucho más que desagradable. No quería volver a verlo.

Esperaba que circulara algún autobús a esas horas, porque, cuando llegó a la parada, no pasaban taxis y no tenía el número de ninguna compañía. De repente, fue consciente de que estaba sola en la calle. No había nadie y su sexto sentido se activó. Miró a su alrededor, pero no vio nada sospechoso. No obstante, su corazón latía desbocado por el miedo a que aquellos que la vigilaban salieran de alguna parte y la secuestraran, mataran o pusieran en práctica cualquier idea macabra que tuvieran en mente para ella.

Por suerte, el último autobús de la noche apareció al final de la calle y Colette suspiró, aliviada. Subió y quiso asegurarse de que aquel autobús la dejaba en la urbanización. La respuesta del conductor fue afirmativa.

Media hora después, el autobús se detuvo no muy lejos de su casa, casi al inicio de la urbanización, rodeada de vegetación y muy mal iluminada. Vaciló antes de bajar y el hombre carraspeó, mirándola con apremio. No tuvo más remedio que abandonar la seguridad del autobús y empezar a andar.

Estaba a unos diez minutos de su casa, que no era mucho, pero tenía el corazón en un puño porque sabía que la habían vigilando y que la habían atacado incluso a plena luz del día. Cuando por fin vislumbró su casa a lo lejos, sintió alivio, pero le duró poco: una sombra se movió delante de ella. Colette se detuvo al instante, conteniendo la respiración por miedo a ser descubierta; algo totalmente estúpido, porque, fuera quien fuese, la miraba directamente.

La sombra dio un paso hacia ella y la luz de una farola cercana lo iluminó. Aunque llevaba la cara tapada, Colette reconoció aquella figura masculina: era el hombre que la empujó la primera vez y, seguramente, quien la había atacado en casa de Lachlan.

—Por fin... —murmuró con un tono de voz siniestro.

Un escalofrío de puro terror recorrió el cuerpo de Colette. Algo brilló en la mano derecha del hombre y, cuando se fijó, advirtió que se trataba de un cuchillo enorme.

Retrocedió unos pasos, pero las piernas le temblaban tanto que perdió el equilibrio. Buscó su teléfono para llamar a la policía, pero su atacante vio sus intenciones y le pateó el brazo. Un dolor agudo le estalló en el hombro derecho. Apretó la mandíbula con fuerza y reprimió el dolor. Era inútil gritar, nadie la oiría; el vecino más cercano estaba muy lejos. Su única solución era correr por la carretera hasta que alguien pasara por allí.

Necesitaba distraerlo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Dinero?

El hombre rio con amargura.

—Venganza —espetó, mordaz, antes de abalanzarse sobre ella.

Colette intentó patalear y retorcerse para quitárselo de encima, pero él le puso el cuchillo en el cuello y la inmovilizó.

—Vas a pagar por lo que me ha pasado, zorra.

Le habló tan cerca de la cara que Colette percibió su aliento putrefacto mezclado con alcohol. Tenía los ojos idos y no parecía muy cuerdo.

—Yo no le he hecho nada. ¡Suélteme! —suplicó mirándole a los ojos para intentar convencerlo. No resultó.

—Te mataré, pero primero voy a disfrutar un poco de ti. —Rio con malicia—. No te muevas o te corto la garganta aquí y ahora.

Estaban al lado de la carretera, por lo que su única salvación era que alguien pasara por allí. El miedo le atenazaba el cuerpo y sentía el latido frenético de su corazón en los oídos. Estaba a merced de ese ser despreciable. No sabía quién era. Como las otras veces, no le veía la cara, pero tampoco reconocía su voz, así que no era alguien que conociera. Seguramente se estaba equivocando de persona, pero estaba segura de que no iba a atender a razones.

De repente, notó cómo le subía el vestido con la mano libre, sin apartarle el cuchillo del cuello. Colette se negaba a mostrar debilidad.

—Te vas a arrepentir de esto —espetó con todo el valor que pudo reunir, aunque por dentro estaba muriendo lentamente de miedo y repulsión.

Movió la pierna en un intento de apartar la mano del hombre, pero él apretó el cuchillo contra la garganta y Colette sintió cómo la cortaba.

—Quieta —amenazó.

Entonces escuchó unos ladridos que provenían del otro lado del camino y

que se acercaban a toda prisa. Colette reconoció a Nasha, que corrió ferozmente y se abalanzó contra el hombre. Este la soltó para deshacerse del perro.

—¡Maldito perro!

Intentó acuchillar al animal, pero Nasha era más rápida que él y le mordió la mano con la que sostenía el cuchillo, obligándolo a soltarlo. El hombre dio una patada a Nasha, que se había vuelto a lanzar sobre él antes de que pudiera recuperar el arma. Entonces, el hombre sacó una pistola y apuntó a la perra, que lloraba de dolor en el suelo. La adrenalina y el odio hacia ese hombre por haber hecho daño a un animalito tan bueno recorrieron el cuerpo de Colette.

—¡No! —gritó mientras lo empujaba y caía al suelo sobre el hombre, que maldijo de todas las formas posibles.

Su agresor le dio un puñetazo en el estómago para deshacerse de ella y echó a correr, malherido. Colette se quedó en el suelo en posición fetal recuperando la respiración, con la esperanza de que remitiera el dolor agudo que sentía en el abdomen. A pesar del dolor, necesitaba asegurarse de que la perrita estaba bien. No tuvo que moverse, Nasha se acercó ella y le lamió la cara. Colette suspiró aliviada al ver que no estaba herida y le acarició la cabeza.

—Buena chica, muchas gracias —susurró mientras se agarraba el vientre con la otra mano y tosía.

La perrita se estiró a su lado, esperando a que se recuperara, y Colette comenzó a llorar desconsoladamente. Sabía que no podía quedarse allí, pero le dolían mucho el abdomen y el hombro.

Deseó ser más fuerte o haber usado mejor la cabeza para no acabar en esa situación.

No fue consciente de que un coche se había detenido a escasos metros de donde se encontraban ellas hasta que no escuchó unas pisadas fuertes y firmes que se acercaban a toda prisa. Nasha movió la cola y se puso en pie.

—¿Colette? Dios mío, ¡Colette! —gritó Lachlan antes de arrodillarse frente a ella. Se le veía muy preocupado.

—Estamos bien —respondió con un hilo de voz mientras intentaba incorporarse. No quería que Lachlan la viera tan vulnerable y desaliñada.

Tosió al tiempo que Lachlan la cogía en brazos para sentarla en su regazo y abrazarla. Colette se sintió en el paraíso y se dejó mimar. No pudo evitar

llorar todavía más.

—¿Qué ha ocurrido? Estás sangrando. ¡Joder! —Le levantó el mentón para observar un hilo de sangre que le resbalaba por la garganta. No era un corte profundo, solo un rasguño, pero escocía.

—Me ha atacado. Iba caminando y me estaba esperando...

—¿Has venido andando? ¿Sola? ¡Joder, Colette! ¿Tanto te cuesta ser un poco precavida? —la interrumpió, cabreado.

—Sé que ha sido una tontería, pero no tenía otra opción. —No quería contarle que había vuelto a salir con Brad y la cosa había ido tan mal que había decidido volver sola a casa.

—¿Sabes quién ha sido? —preguntó con tono severo y preocupado a la vez mientras la estrechaba con fuerza contra su pecho y miraba a su alrededor para buscar al culpable.

Colette se aferró a él, envuelta en la seguridad que le brindaba. Lachlan secó las lágrimas que todavía le corrían por las mejillas y ella negó con la cabeza.

—Dijo que quería venganza, pero no sé quién es. No entiendo por qué quiere hacerme daño.

—¡Joder! Está bien, *aingeal*. No se saldrá con la suya —prometió con los ojos clavados en los suyos y, después, le dio un suave beso en la frente. Colette se derritió con ese gesto; Lachlan estaba realmente preocupado por ella—. Y Nasha, ¿qué hace aquí?

—Vino a protegerme. Mordió al hombre y, gracias a eso, pude librarme de él. Me ha salvado la vida —explicó Colette mientras le dedicaba una sonrisa al animal.

—Esta es mi chica —dijo Lachlan, acariciando a la perra—. ¿Puedes ponerte en pie? —preguntó.

Colette asintió, aunque lo último que quería era separarse de Lachlan. No tuvo que hacer ningún esfuerzo, él la levantó como si no pesara nada.

—¿El cuchillo es de ese cabrón? —inquirió al verlo en el suelo.

Colette volvió a asentir mientras Lachlan la llevaba hasta su camioneta y la depositaba en el asiento con cuidado. Ella no protestó. Nasha se sentó en la parte de atrás, como si cuidara de ella.

Después, escuchó cómo Lachlan rebuscaba en el maletero y sacaba una

bolsa de plástico, donde metió el cuchillo. Lo dejó atrás y se subió al vehículo.

—Mañana por la mañana iremos a la policía —dijo con un tono serio.

—Claro —contestó ella mientras Lachlan arrancaba el coche.

—Pasaré a buscarte a primera hora —añadió.

¿Qué? ¿Iba a dejarla en su casa? A ver, era lógico. No había nada entre ellos y, después de lo que había sucedido la última vez que estuvo en casa de él, era de esperar. Aun así, estaba un poco desilusionada.

—Gracias.

—No me las des. Si hubiera estado más atento, no te habría ocurrido nada.

—¡Esto no es culpa tuya! —exclamó, preocupada por que se sintiera culpable por algo que no tenía nada que ver con él.

—Sí que lo es. Me prometí que te protegería y no lo he cumplido. ¿Te duele el hombro? —preguntó de repente.

El corazón le latía con fuerza al oír sus palabras. ¿Es que no se escuchaba? ¿Cómo era capaz de decirle algo así después de haberla rechazado tantas veces? No tenía sentido.

—Me duele un poco, pero estoy bien —respondió, consciente de que no había dejado de frotárselo.

—Te llevaré al médico también.

—No tienes que hacer todo eso por mí. No hace falta, no somos... —No quería decirlo porque sonaba muy borde después de todo lo que estaba haciendo por ella. No obstante, era la verdad: entre ellos no había nada.

—No le des vueltas. Lo hago porque quiero y ya está —contestó con brusquedad.

Hacía unos minutos que se habían detenido delante de su casa, pero Colette no quería perder la sensación de seguridad que la embargaba cuando estaba con él. Y no tenía derecho a pedirle que la acompañara a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió y agarró la maneta con la mano, pero, cuando abrió la puerta, Lachlan estiró el brazo y la cerró de nuevo.

—Te vienes a mi casa —dijo. No era una pregunta y eso tendría que haberla molestado, pero no fue así.

Arrancó el coche de nuevo sin esperar respuesta. Ella tampoco se la iba a

dar.

Capítulo 15

Lachlan

Creyó que le iba a dar un ataque al corazón cuando vio que era Colette quien estaba tirada en el suelo. Jamás había tenido tanto miedo, por lo que fue incapaz de dejarla sola. Tenía que llevarla a su casa, con él, para asegurarse de que estuviera bien.

Todavía no le había preguntado por qué demonios iba sola por ahí en mitad de la noche ni de dónde venía. Quería que se calmara antes y, ya puestos, quería calmarse él también. Tenían que solucionar esa situación. No podía vigilarla las veinticuatro horas del día para que no volviera a pasarle algo así. Si Nasha no se hubiera escapado de casa, quizá habría encontrado a Colette muerta en la carretera. Apretó con fuerza el volante e intentó no pensar en lo que hubiera podido ocurrir, sino en que estaba sana y salva a su lado.

Pensaba que protestaría cuando le dijera que la llevaba a su casa, pero no había sido así. Eso significaba que estaba más afectada de lo que quería admitir, así que se alegró de haber tomado esa decisión. No pensaba dejarla en su casa muerta de miedo. Además, él también estaría más tranquilo si estaba cerca para poder protegerla.

Hicieron el trayecto en silencio y no tardaron en llegar. Deseaba que Colette olvidara lo sucedido y se sintiera a salvo; tenía que hacer algo para disipar el miedo que seguramente la atenazaba. Se adelantó a ella y, antes de que pudiera poner un pie en el suelo, llegó a su lado y la cogió en brazos. No

quería que tropezara y se hiciera más daño todavía; era de noche y la única luz que había era la del porche. Colette lo miró y le dedicó una sonrisa tan dulce que pensó que podría vivir solo de esos gestos y ser el hombre más feliz del mundo.

—Estoy bien —aseguró ella mientras hundía la cara en el hueco de su cuello y se abrazaba a él.

Lachlan reaccionó a ese delicioso acercamiento. Colette lo volvía loco y su cuerpo era totalmente consciente de ella, de su calor, de su suavidad, de sus curvas perfectas... El aroma a algodón de azúcar lo invadió cuando le besó la coronilla. Tras ellos, Nasha echó a correr hacia la parte trasera de la casa. Lachlan cerró la camioneta y llevó a Colette hacia la entrada. Había dicho que estaba bien, pero temblaba en sus brazos y, a pesar de que seguramente le dolía el hombro izquierdo, se aferraba a él con fuerza.

Instintivamente, Lachlan la apretó más contra su cuerpo.

—¿Puedes coger las llaves de mi bolsillo derecho? —le pidió. No quería soltarla.

—Puedes dejarme en el suelo —dijo con un hilo de voz.

—No quiero, todavía no —contestó más serio de lo que pretendía.

Colette asintió, ruborizada. «Es preciosa», pensó Lachlan; se moría de ganas de volver a probar sus labios suaves y mullidos. La joven alargó la mano derecha hasta el bolsillo del pantalón, peligrosamente cerca de su erección, que no había podido contener al tomarla en brazos. Rebuscó en el interior y Lachlan apretó la mandíbula con fuerza para evitar que se le escapara un rugido de satisfacción. Era un capullo por excitarse cuando ella estaba sufriendo, pero era superior a él: Colette lo atraía demasiado.

Cuando sacó la mano de su bolsillo, la respiración de ambos estaba acelerada. Era evidente que Colette había notado su excitación.

—Las tengo —dijo a la vez que alzaba el rostro para que sus miradas se encontraran.

—Bien —susurró Lachlan, sin perder detalle de sus ojos azules ensombrecidos por la oscuridad y el deseo, de sus mejillas sonrojadas por la excitación, de la clara y pecaminosa invitación de sus labios entreabiertos...

Estaba tan ensimismado con su belleza que Colette lo pilló desprevenido cuando alzó más el rostro y lo besó. Un beso tierno y tembloroso que lo hizo estremecerse. Se quedó quieto, dejando que fuera ella quien lo besara, quien

lo explorara. Qué placentera agonía. Ella no se merecía a alguien como él. Si supiera quién era en realidad, no haría eso, no se acercaría a él.

—Basta, Colette. —Se apartó con firmeza de sus celestiales labios y la miró con dureza y frialdad. O lo intentó.

—No me rechaces otra vez. No lo soportaré, Lachlan —murmuró con lágrimas en los ojos.

Se sintió como un auténtico gilipollas, pero lo hacía por su bien. Él no se encontraba en su mejor momento y ella estaba asustada, por lo que no podía hacerle eso.

—No sabes lo que dices. No me conoces.

—Pues ábrete a mí —suplicó ella mientras le acariciaba el duro mentón.

No, no podía decírselo. Lo menospreciaría; la gente lo hacía y ella no sería la excepción. Cuando las personas se enteraban de su adicción, se compadecían de él y, al final, lo abandonaban. Había aprendido la lección hacía mucho tiempo y no quería pasar por lo mismo con Colette. No podría soportarlo con ella.

—No —contestó, tajante, mientras le arrebatava las llaves y abría la puerta, con ella todavía en brazos.

A pesar de haberla tratado con frialdad, Colette era la única persona que había llegado a importarle algo y quería aferrarse a eso un poco más.

La mujer se revolvió.

—¡Suéltame! —gritó.

—Basta. Te harás más daño en el brazo —advirtió él.

—Pues suéltame. No quiero estar contigo, no quiero estar aquí —sollozó.

A Lachlan se le partió el alma. ¿Tanto deseaba que la dejara entrar en su mierda de vida? ¿De verdad sentía algo más que simple deseo por él? Nunca había dudado de ella. Colette era como un libro abierto: dulce y sincera.

—Está bien, te dejaré en el sofá. Quédate quieta.

Ella dejó de forcejear, pero escondió el rostro en su pecho mientras sollozaba y se aferraba a él.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con voz amortiguada.

—Porque me importas y no quiero ver cómo me menosprecias —contestó con sinceridad mientras se sentaba en el sofá con ella en el regazo. No era capaz de soltarla.

Ella lo miró con esos preciosos ojos de ángel bañados en lágrimas.

—Nunca te despreciaría, Lachlan. Jamás —proclamó, convencida.

Se le escapó una risa amarga por la incredulidad.

—Lo harías. Todos lo hacen.

—Yo no soy todos. ¿Tan poco confías en mí?

—A penas te conozco —dijo para intentar alejarla, no porque pensara así; en realidad, los momentos que habían compartido estaban grabados en su piel. Su comentario había surtido efecto: ella lo miraba dolida—. ¿De dónde venías, caminando sola en mitad de la noche? —Cambió radicalmente de tema.

—No es de tu incumbencia —replicó mientras se levantaba de su regazo como si quemara. Él no se lo impidió.

—Bien. Iré a por el botiquín, no soporto ver la sangre en tu cuello —dijo, y desapareció por el pasillo.

Colette

Instintivamente, se llevó la mano al cuello y lo acarició. Le escocía un poco, pero ya no sangraba. Tenía ganas de vomitar, le dolía el abdomen y se sentía como una idiota por haberse lanzado de nuevo a los brazos de Lachlan para que él la rechazara. Otra vez. Era demasiado vergonzoso. Aun así, se sentía muy atraída por él y no había podido evitar besarlo al ver que se preocupaba tanto por ella.

Se levantó del sofá, se acercó a la ventana, perdida en sus pensamientos, y se abrazó a sí misma.

Aunque sabía que la deseaba, estaba convencida de que no quería nada más. Era lo único que explicaba su reticencia a estar con ella. A juzgar por sus palabras, dedujo que algo en su interior lo asustaba, pero eso no hacía que su rechazo doliera menos.

—Colette. —Lachlan la sobresaltó mientras observaba a Nasha a través de la ventana. Si el animal no hubiera aparecido antes, no sabía qué habría

sido de ella.

—Puedo curarme sola, gracias —refunfuñó con la mano extendida, a la espera de que le diera el botiquín, pero no lo hizo.

—Siéntate —exigió señalando una de las preciosas sillas que él mismo había fabricado.

Ella se cruzó de brazos; no iba a ceder tan fácilmente. Tenía el orgullo herido.

—No quiero. —En cuanto pronunció esas palabras, se percató de lo infantil que habían sonado.

Lachlan le dedicó una sonrisa torcida que no hizo más que acentuar su belleza. Era un hombre muy atractivo, con unas facciones masculinas muy marcadas. Su cabello pelirrojo corto y ondulado y esos ojos azules con motas verdes harían perder la cabeza a cualquiera. Su pecho amplio y poderoso, sus duros músculos, sus brazos fuertes y vigorosos... Colette sintió un fuego en su interior que no fue capaz de extinguir. Recordó el momento en que le había buscado las llaves en los bolsillo y cómo había rozado ligeramente su erección.

Su mirada la estaba abrasando.

—Si no te sientas y dejas que te cure, voy a tener que obligarte, *aingeal*. —Sonó peligroso y provocador.

—No puedes obligarme, Lachlan.

—No me tientes, Colette. Haz lo que te digo y, después, podrás hacer lo que te dé la gana.

—Eres un idiota, ¿lo sabías? —replicó ella, resignada, mientras se sentaba en la silla.

—Sí —convino, y le alzó el mentón con delicadeza para ver la herida.

Tras curarle el corte, se separó de ella y Colette no pudo contener más las palabras que se agolpaban en su garganta.

—¿No te gusto?

Dios, sonaba patética. «Genial, Colette, pierde la poca dignidad que te quedaba», se reprochó.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya has visto cómo estaba cuando te he pedido las llaves.

—Desear y gustar no son lo mismo —susurró, sonrojada.

—¡Joder! —Se arrodilló frente a ella y le puso las manos en las piernas —. No puedo dejar de pensar en ti, Colette. Estar cerca de ti sin poder tocarte es una agonía. Me muero por hacerte mía, por sentir cómo tiembles cuando te doy placer, por ver esa sonrisa tuya que me da la vida. No deseo otra cosa que que me mires con esos ojos de ángel y me hagas creer que soy merecedor de esa mirada. Así que no pienses ni por un segundo que no me gustas.

Los ojos de Lachlan brillaban con determinación y Colette creyó que le iba a estallar el corazón. Aquella era la mayor declaración de amor que le habían hecho jamás. Nadie le había dicho algo tan bonito que la conmoviera de esa manera. Alzó las manos de su regazo y le agarró el rostro. Notó su barba entre los dedos y, después, se arrodilló lentamente frente a él y juntó sus frentes. Lachlan cerró los ojos, como si su contacto fuera doloroso.

—Pero nada de eso importa. No cambia quién soy —añadió mientras se apartaba y se ponía en pie, dejándola en el suelo frío.

—Claro que importa —susurró, sin saber qué decir o hacer. No podía acercarse a él si Lachlan no ponía de su parte.

—No lo hagas más difícil, *aingeal*. No voy a cambiar de parecer.

«¡Será cabezota!», pensó Colette, cabreada.

—¿Es que te da igual lo que yo sienta? —preguntó al tiempo que se llevaba una mano al corazón.

—¡Por supuesto que no! Pero esto es lo mejor para los dos —contestó con vehemencia.

—Muy bien —se rindió Colette.

Se apoyó en la silla para levantarse. Lachlan dio un paso y le tendió una mano, pero ella rechazó su ayuda.

—Ve a descansar. Puedes dormir en mi cama. Mañana iremos a la policía —espetó Lachlan, con ese tono frío de nuevo, mientras entraba en la cocina y la dejaba sola en el salón.

Colette clavó la mirada en su espalda, con el corazón en un puño. No lo admitiría en voz alta, pero se estaba enamorado de ese hombre que la atormentaba con sus sentimientos contradictorios.

—Me gustaría darme una ducha primero —dijo ella en voz baja; sabía que la escucharía.

—Estás en tu casa —respondió sin girarse ni mirarla—. Puedes coger lo

que quieras de mi armario.

—Gracias.

Colette estaba hecha un lío. Lachlan era el hombre perfecto para ella. Era fuerte de carácter y físicamente, amable, protector, muy atractivo... y se deseaban. Sin embargo, tenía algunos fantasmas de su pasado que lo acechaban y Colette no sabía cómo ayudarlo a librarse de ellos.

Cuando entró en la habitación de Lachlan, un aluvión de recuerdos de la única noche que había pasado allí invadieron su mente. El hombre le había hecho el amor con pasión y Colette se había sentido amada y deseada en sus brazos. Quería más. Ansiaba levantarse cada mañana a su lado, que le dedicara una de esas sonrisas maravillosas que pocas veces había visto en su rostro. Deseaba verlo feliz junto a ella, en esa casa o donde fuera.

Suspiró mientras contemplaba la cama y, después, se dirigió al armario para coger alguna de sus camisetas para dormir. Su olor flotaba por todas partes. Un aroma a madera y a hierba fresca mezclado con algo que solo le pertenecía a él.

Fantaseó con la idea de que interrumpiría su baño y la tomaría allí mismo, pero se llevó una decepción. Cuando se acostó, esperaba que su deseo de estar con ella fuera mayor que sus tormentos y que entrara en la habitación, aunque solo fuera para abrazarla, pero eso tampoco ocurrió.

Capítulo 16

Lachlan

Agarró el fregadero con tanta fuerza que creyó que se rompería la mano. La necesidad de beber lo consumía, como un monstruo del pasado. Se moría por una copa de lo que fuera, pero que estuviera bien cargada de alcohol. Permaneció en la cocina hasta que oyó a Colette salir del baño y escuchó cómo se metía en su cama, con su ropa. Eso lo excitaba. Le gustaba que ella estuviera allí, pero tenía miedo de sucumbir. No había ni una gota de alcohol en aquella casa, pero no le resultaría difícil conducir hasta el supermercado veinticuatro horas y coger cualquier mierda que saciara esa aguda molestia que sentía en el estómago.

Era culpa suya. Tendría que haber impedido que Colette entrara en su vida. Desde el momento en que la vio, cubierta de barro y tirada en el suelo, con esos ojos azules que parecían venir del cielo, supo que iba a ser un problema para él. Llegados a ese punto, no podía abandonarla a su suerte cuando habían intentado matarla. Saber eso le daba más ganas de beber. Quería olvidar la angustia que había sentido al verla en la carretera, ensangrentada. Deseaba deshacerse del dolor que le provocaba su intenso deseo y la culpa por hacerla sufrir con su actitud, aunque lo hiciera para salvarla de sí mismo.

Necesidad y dolor, temor y deseo, amor y salvación. Todos esos sentimientos se arremolinaban en su interior.

Necesitaba tomar el aire, así que salió de la cocina como si lo persiguiera

el mismísimo diablo. Entró en su taller y empezó a martillar y a serrar. Hacía cualquier cosa que lo distrajera de esa necesidad creciente que lo aterrorizaba. No quería volver al círculo vicioso que lo había consumido en el pasado. No podía caer tan bajo de nuevo.

Acabó destruyendo la pieza que tanto trabajo le había costado fabricar.

Colette

Despertó muy temprano, aunque, en realidad, no había dormido casi nada. A juzgar por la luz que entraba por la ventana, el sol apenas había salido, por lo que debían de ser las seis de la mañana. ¿Estaría Lachlan despierto? Se hizo un ovillo, se envolvió en las mantas y enterró el rostro en su almohada. Inspiró su aroma, como había hecho alguna que otra vez durante la noche. Sabía que estaba siendo patética, pero era muy frustrante tener cerca al hombre que deseaba y que él la apartara por algo que no quería contarle.

Por mucho que lo habían intentado, eran incapaces de mantenerse alejados. Siempre volvían a los brazos del otro. ¿O se engañaba a sí misma? No, se sentían atraídos. Además, Lachlan no quería dejarla sola y ella no deseaba estarlo. ¿Hacía todo aquello por lástima? Su rostro se tiñó de rojo por la vergüenza. Si era así... «Madre mía, soy patética, lanzándome a sus brazos una y otra vez», pensó, abochornada. Le había dicho que la deseaba y le gustaba, pero quizá había sido mentira. No sabía qué creer y no dejaba de darle vueltas a su declaración.

Se sonrojó todavía más, se le aceleró el corazón y se le dibujó una sonrisita en el rostro, pero pronto se desvaneció. ¿Por qué creía que no era merecedor de su mirada? ¿De verdad no podía dejar de pensar en ella? Porque su actitud distante indicaba otra cosa. Estaba hecha un lío.

Se levantó, dispuesta a afrontar un nuevo día. Si se quedaba un minuto más en esa cama, se volvería loca. Solo llevaba su camiseta gris oscuro, que le llegaba por los muslos. Su ropa seguía en el baño.

Supuso que Lachlan estaría durmiendo en el sofá, como la vez anterior,

por lo que inspiró profundamente antes de entrar al salón. Estaba nerviosa, tenía las manos frías por culpa de los nervios y no sabía cómo actuar ni qué decir. ¿Debía fingir que anoche no había ocurrido nada?

La casa estaba en completo silencio. Solo se escuchaban sus pasos contra el suelo frío de madera. ¿Estaría durmiendo?

«¡Vamos, Colette, no seas cobarde!», se reprendió. Sin embargo, no vio ningún indicio de que hubiera dormido allí. El sofá estaba igual que la noche anterior cuando fue a ducharse; no había ninguna manta ni nada. ¿Se había ido? ¿Tanto la aborrecía que se había ido de su propia casa? El corazón de Colette se aceleró. Quizá le había pasado algo...

Salió por la puerta trasera y echó una ojeada a los alrededores, buscándolo. Nasha apareció delante de ella moviendo la cola. Colette le acarició la cabeza y, como si la perrita pudiera entenderla, le preguntó:

—¿Dónde está Lachlan? —La perra se dirigió al cobertizo y se sentó en la puerta—. Buena chica. Aquel animal era extraordinario. Solo le faltaba hablar.

Su cuerpo temblaba de nerviosismo y el corazón le retumbaba en los oídos. ¿Qué iba a decirle? Agarró el pomo y abrió la puerta lentamente. Se quedó paralizada al ver el interior: estaba todo destrozado. Las estanterías, las herramientas, la mesa que estaba construyendo... Todo destruido.

Lo buscó desesperadamente y lo encontró en el suelo, sentado contra una pared y con el rostro hundido entre las rodillas. Colette contuvo la respiración: iba sin camiseta y tenía cortes en los brazos y, muy posiblemente, en las manos. Era lógico después de haber roto los vidrios y la madera.

Corrió hacia él, con cuidado de no pisar los trozos que había esparcidos por el suelo para que no se le clavaran en los pies. Se arrodilló delante de él, con el corazón en un puño, pero no se atrevió a tocarlo.

—¿Lachlan? Dime algo, por favor —suplicó. Las manos le hormigueaban por las ganas de tocarlo.

Lachlan levantó la cabeza y clavó su mirada cansada y derrotada en ella; todavía era el hombre más atractivo del mundo. Sus ojos azules y verdes estaban enrojecidos por el cansancio. Sintió su dolor y tuvo la sensación de que necesitaba algo. Quizá que lo despojaran del gran peso que cargaba sobre los hombros o que alguien lo sacara de esa oscuridad a la que él mismo se aferraba.

Lachlan la cogió por la nuca y, sin previo aviso, la besó. No fue un beso dulce y lento, sino uno cargado de dolor y frustración, agresivo y seductor. Colette gimió y él se separó, como si le hubiera hecho daño.

—Lo siento mucho... —se disculpó con voz ronca.

Colette se sentó entre sus rodillas y lo abrazó, sumergiéndose en su calor. Lachlan tardó unos segundos en reaccionar, como si no se creyera que lo estuviera abrazando o que mereciera ni un ápice de amor. Después, le rodeó la cintura con sus fuertes y musculosos brazos. No entendía lo que pasaba por su cabeza, pero quería hacerle saber que estaba allí para apoyarlo. No lo abandonaría.

Lachlan hundió el rostro en el cabello de Colette e inspiró profundamente, como si su olor lo calmara.

—No sé qué te ocurre ni voy a obligarte a que me lo cuentes porque es evidente que te resulta difícil, pero, sea lo que sea, no pienso separarme de ti. Al menos, no por eso. —Porque si le pedía que desapareciera de su vida, no dudaría en hacerlo.

Lachlan no dijo nada y, en cierta manera, eso la defraudó un poco, ya que esperaba que se abriera a ella de una vez por todas. Sin embargo, resultaba obvio que, fuera lo que fuese, era demasiado duro para él.

Se abrazaron durante un buen rato. Colette no sabía cuánto tiempo llevaban así, pero advirtió que Lachlan se había tranquilizado y había caído en un sueño profundo, agotado. Colette no tardó en seguirle.

Colette despertó envuelta en las sábanas. Volvía a estar en la cama de Lachlan, sola. ¿Había sido un sueño? No. Todavía sentía la caricia de sus labios, el calor de su abrazo y el dolor que emanaba de su cuerpo. Se incorporó y se quedó con la mirada perdida en la pared. De repente, la puerta se abrió y Lachlan entró con una bandeja.

—Buenos días —la saludó con el rostro inexpresivo—. Te he traído algo de desayunar.

—Ah. Muchísimas gracias, pero no hacía falta.

—Claro que sí —contestó con brusquedad.

Colette lo miró de arriba a abajo. Se había duchado y tenía el precioso pelo pelirrojo brillante y mojado. Llevaba unos pantalones de chándal grises y el ancho pecho maravillosamente desnudo, exhibiendo sus músculos. Las heridas que había visto antes habían desaparecido, excepto en los nudillos, que seguían rojos y pelados. Sus ojos se desviaron hacia la uve de su bajo vientre. Era tan atractivo que parecía un sueño.

Sus miradas se encontraron y Colette se sonrojó: Lachlan se había dado cuenta del repaso que acababa de darle. Dejó la bandeja en la cama y se sentó a su lado. Entonces, el estómago de Colette rugió en medio del silencio. Se llevó las manos al vientre, muerta de vergüenza, y Lachlan soltó una carcajada. Colette se sintió algo aliviada al escucharla.

—Dios... ¡No te rías! —reprendió alegremente mientras le daba un golpe en el hombro.

Lachlan rio todavía más mientras se tumbaba en la cama.

—Lo siento. —Sonrió de esa forma tan poco habitual en él y el corazón de Colette dio un vuelco.

—Es culpa tuya por traerme cruasanes de chocolate. Son mi perdición —dijo sonrojada y con la mirada clavada en la bandeja.

—Asumo toda la responsabilidad —bromeó mientras se estiraba y miraba al techo.

—¿Qué hora es? —preguntó, y cogió un delicioso cruasán.

—Las nueve pasadas. En cuanto termines, iremos a comisaría.

—Mmm... —convino mientras masticaba.

—¿Cómo tienes el hombro? ¿Te sigue doliendo? —se interesó sin mirarla.

—Pues, si te digo la verdad, ni me acordaba. —Se echó a reír—. Ya no me duele. Supongo que fue por el golpe. —Suspiró al recordar el ataque, agitada.

De repente, una mano grande y caliente se posó sobre la suya. Lachlan la estaba mirando y ella le sonrió para tranquilizarlo.

—No volverá a pasarte nada —prometió.

Sin embargo, Colette había visto la determinación en la mirada de su atacante. Parecía decidido a cumplir su amenaza y no atendería a razones. Estaba completamente segura de que no lo conocía, pero el hombre tenía intención de hacerle daño.

—Claro... —se obligó a contestar.

Cayeron en un silencio cómodo mientras jugueteaban con los dedos del otro. Colette se había hecho adicta a su contacto y no quería soltarlo; él parecía sentir lo mismo.

—Siento que hayas tenido que verme así esta mañana —dijo Lachlan de repente.

Colette alzó la cabeza para mirarlo.

—No tienes que disculparte por nada. Yo... No sé qué te sucedió, pero...

—¿Sabes qué me apetece hacer? —la interrumpió de golpe.

Colette negó con la cabeza. Sospechaba que le había preguntado eso para cambiar de tema. Lachlan se incorporó tras soltarle la mano, apartó la bandeja y levantó el brazo para acariciarle la mejilla.

—Me apetece besarte hasta que nuestras respiraciones se fundan en una sola —le susurró al oído mientras le pasaba el pulgar por los labios.

Colette alzó la mirada al tiempo que un placentero escalofrío le recorría el cuerpo y su corazón bombeaba con fuerza. Si era una estrategia para distraerla, funcionaba. No entendía los cambios de humor tan bruscos de ese hombre, pero el Lachlan jugueteón le gustaba.

—¿Solo besarme? —preguntó, burlona.

Él le dedicó una sonrisa de medio lado que la humedeció al instante.

—¿Me dejarías hacer algo más? —inquirió con la voz ronca, y Colette reprimió un gemido.

—Si te lo ganas, sí... —Sonrió ella. Los labios le hormigueaban, a la espera de recibir el contacto que tanto deseaban.

Lachlan era un hombre tan sumamente complicado... Quería entenderlo y que él se abriera a ella. Además, tenía la sensación de que estaba actuando de esa manera para que Colette se centrara en él y no pensara en que habían estado a punto de matarla.

—Estás preciosa con solo mi camiseta —susurró sobre sus labios antes de apoderarse de ellos.

Ese beso fue más suave que el de esa mañana, pero igual de apasionado. Colette separó los labios y Lachlan jugueteó con su lengua. Un calor abrasador recorrió el cuerpo de Colette, que ansiaba las caricias del hombre. Necesitaba tocarlo, así que alzó la mano y acarició su cuello fuerte; se

regocijó cuando él tembló bajo su tacto. Lachlan la agarró de las rodillas y la tumbó sobre él. En esa posición, Colette sentía su miembro duro presionando contra sus braguitas.

Gimieron en la boca del otro.

—Tenemos que irnos —dijo Lachlan después de romper el beso.

Colette se sintió avergonzada por la frialdad de sus palabras. Esos cambios de humor la estaban volviendo loca.

—¿Podrías intentar no hacer eso?

—¿El qué?

—Cambiar tanto de parecer. Me besas y me dices cosas como las de antes y, justo después, me tratas con frialdad. No hay quien te entienda —refunfuñó Colette, cabreada.

Intentó bajarse de su regazo, pero Lachlan la agarró por la cintura y la retuvo. Le ardió la piel al notar su calor.

—No quiero hacerte daño, pero es mejor que te mantengas alejada de mí. Por desgracia, a veces lo olvido.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —preguntó con los ojos clavados en él. Lachlan le devolvió una mirada igual de intensa.

—Intentaré que no vuelva a ocurrir —murmuró Lachlan con voz ronca y grave.

—Genial —espetó Colette con ironía.

Se soltó bruscamente de su agarre y, esta vez, él no la detuvo. ¿Por qué se esforzaba tanto en alejarla? ¿Qué demonios ocultaba? ¿Qué le hacía actuar de esa forma?

Capítulo 17

Colette

Pasaron toda la mañana en comisaría para dar parte de lo que había sucedido. Por suerte, Brad no estaba de servicio. No le apetecía encontrárselo y tener que lidiar con ese idiota de nuevo. Lachlan permaneció a su lado durante todo el proceso, cosa que agradeció mucho. Recordar el suceso de la noche anterior y pensar en cómo podría haber terminado le provocaba escalofríos. Los agentes les amonestaron por mover objetos de la escena y por no haber informado inmediatamente del ataque, pues eso reducía las posibilidades de encontrar al culpable. No obstante, Colette no sabía cuánto tiempo había pasado desde que recibió el puñetazo y cayó al suelo hasta que Lachlan apareció, por lo seguramente el hombre ya estaba lejos cuando él llegó.

Les prometieron que harían todo lo posible por capturar a ese hombre y extraer las huellas del cuchillo que había usado para atacarla. Sin embargo, no podían hacer mucho más, porque no contaban con los medios suficientes para ponerle vigilancia a Colette. Así pues, le sugirieron que estuviera atenta, que no corriera riesgos innecesarios y que los avisara de inmediato si había algún indicio de peligro.

Antes de irse a casa, ya por la tarde, Colette fue al baño. Al salir, se dio de bruces con Brad e inmediatamente le puso mala cara.

—¿Qué haces aquí? ¿Ahora me acosas? —se burló de ella el muy imbécil.

—Eres idiota. Déjame pasar.

Le dio un empujón en el hombro, pero él le bloqueó el camino y la arrinconó contra la pared.

—Eres una impertinente y una mojigata —espetó a un palmo de su rostro.

Colette sintió la imperiosa necesidad de partirle la cara.

—Y tú eres un cabrón asqueroso —replicó, cabreada y sin amedrentarse. No pensaba permitir que un idiota como él la intimidara.

—Aléjate de ella. —La voz grave y fuerte de Lachlan sonó detrás del agente.

Brad se tensó, pero no se movió ni un ápice.

—¿O qué? —rebatió sin dejar de mirarla.

—O te apartaré yo.

—¿Estás amenazando a un policía, hombre del bosque? —Esbozó una sonrisa petulante que revolvió el estómago de Colette.

Si no quería que Lachlan se metiera en problemas, tenía que ponerle fin a aquello en ese momento.

—Apártate.

Lo empujó con fuerza, se escabulló por su lado y se puso al lado de Lachlan, que parecía a punto de iniciar una guerra.

—No vuelvas a acercarte a ella —amenazó Lachlan mientras le rodeaba la cintura con uno de sus fuertes brazos.

—¿Ya le has contado lo bien que nos lo pasamos anoche? —contestó Brad con sorna. «El muy idiota...»—. A tu madre no le va a gustar que andes con gente como él, un don nadie que vive en el bosque como un ermitaño loco.

Colette notó cómo Lachlan se tensaba y la apretaba con más fuerza. No creía que le importaran los insultos de Brad, pero algo que había dicho lo había molestado. Aun así, a ella sí le cabreaba que lo llamara don nadie y loco. Si las miradas mataran, Brad estaría muerto.

—No metas a mi madre en esto y, para que te enteres, yo salgo con quien me da la gana. Además, Lachlan es el mejor hombre que he conocido en mi vida y tú no le llegas ni a la suela de los zapatos —espetó, furiosa.

—Siento decírtelo, pero no puedes elegir. Al final, serás mía. Y estoy seguro de que cambiarás de opinión sobre este desperdicio humano cuando sepas la verdad. —Soltó una carcajada, como si se tratara del villano más cruel de una película de terror, y se marchó, dejándolos con la palabra en la

boca.

Lachlan temblaba de la impotencia y la rabia, Colette lo percibía en cada poro de su piel. Allí no podía enfrentarse a Brad ni defenderse ante sus insultos y acusaciones porque tenía las de perder. Colette entendía cómo se sentía y odiaba a Brad por haber dicho esas cosas tan repugnantes del hombre que la había ayudado tantas veces sin pedir nada a cambio.

No se sorprendió al oír que escondía un secreto del que se avergonzaba. Sin embargo, el hecho de que la policía estuviera al tanto no auguraba nada bueno. ¿Quién era Lachlan en realidad? ¿Qué ocultaba?

¿Y qué demonios quería decir con que ella no podía elegir y que al final sería suya? ¡Estaba loco si pensaba que iba a ganarse su afecto después de todo lo que le había hecho!

—Lachlan —intentó llamar su atención porque él miraba fijamente el pasillo por donde Brad había desaparecido.

—Te llevo a casa —dijo con aspereza antes de soltarla y dirigirse hacia la salida.

Colette tembló: el Lachlan distante había aparecido de nuevo.

El viaje a su casa fue silencioso y un tanto incómodo. Colette quería hacerle un montón de preguntas que sabía que no deseaba ni tenía intención de responder. Cuando Lachlan detuvo el coche en la entrada de su casa, se giró hacia él.

—Sé que no quieres escuchar esto, pero Brad es un capullo y no me creo nada de lo que ha dicho. —No obtuvo ninguna respuesta por su parte—. Lachlan, yo...

Lachlan

—Tú nada, Colette. Bájate de mi camioneta. El tío tiene razón, esto que estamos haciendo es un error —espetó mientras agarraba con fuerza el volante para contener las ganas de cogerla y no soltarla jamás.

—¡No empieces otra vez! ¡Brad no puede estar más equivocado! Te

conozco y sé que no eres nada de lo que ha dicho. Eres bueno y atento, me has protegido y cuidado sin pedir nada a cambio... Por favor, no dejes que ese idiota nos separe —imploró con lágrimas en los ojos.

Tenía que acabar con todo aquello en ese preciso momento. Brad era un gilipollas, pero tenía razón: era un despojo humano, un adicto que había perdido la cabeza en el pasado y que todavía estaba intentando recuperarla. Colette no se merecía un tipo así, aunque tampoco uno como Brad.

Lachlan cometió el error de mirarla.

—No llores... —suplicó y le acarició la mejilla; no podía evitar tocarla.

Esa mujer era su debilidad, tenía tanta fe en él... Pero estaba convencido de que lo abandonaría y aborrecería cuando se enterara de cómo era en realidad. No soportaría ver la repugnancia en sus ojos de ángel.

—No lo haré si me prometes que no piensas que ese idiota tiene razón con respecto a ti. Eres perfecto tal y como eres, Lachlan.

Él soltó una risa amarga.

—Estoy muy lejos de la perfección, *aingeal*.

—No para mí.

—Eso lo dices porque no me conoces. —No quería emplear ese tono que ella tanto odiaba, pero no podía remediarlo.

—Pues cuéntamelo todo —rogó Colette mientras se levantaba y se sentaba en su regazo, de cara a él. Lachlan se lo permitió; deseaba y necesitaba tenerla cerca—. Cuéntamelo... —repitió, y lo besó bajo la oreja.

Su cuerpo reaccionó de inmediato a esa caricia. Después, los labios de Colette bajaron por su cuello.

—Estás jugando sucio, *aingeal*. —La agarró de las caderas para inmovilizarla, pero ella se apretó más a él. Su cuerpo ardió por el deseo de hacerla suya. ¡Joder! La necesitaba, pero, si supiera la verdad, lo rechazaría —. Colette, para...

Ella ignoró su petición y lo besó en los labios. De repente, su fuerza de voluntad se hizo añicos.

Hundió las manos en sus muslos y le subió el vestido, acariciando cada trozo de piel que quedaba a su alcance. La besó con pasión, como sabía que le gustaba; no se dejó ningún rincón por lamer, saborear o morder. Tenía la piel de gallina y no paraba de emitir ruiditos que lo ponían más y más duro.

Colette se mecía contra él, pidiéndole a gritos con el cuerpo que la hiciera suya, pero no lo haría. La llevaría al éxtasis y se marcharía. No la merecía. Colette encontraría a alguien mucho mejor que él, alguien de su posición.

Metió la mano entre sus muslos y la acarició por encima de la ropa interior. La imaginó en su cama, con su ropa e impregnada de su olor, mientras la hacía suya. Colette gimió y se agarró con fuerza a sus hombros; después, sus manos bajaron por su cuerpo y su deseo por tenerla aumentó. Llegó hasta su miembro y lo acarició por encima de los pantalones. Lachlan sintió que iba a explotar, así que le apartó la mano.

—Esto es para ti —susurró.

—Pero también tiene que ser para ti —replicó.

Lo miraba con esos ojos azules encendidos por el deseo y llenos de determinación. Era preciosa e increíblemente honesta. Era un auténtico ángel, su *aingeal*.

—Lo es. Hacerte disfrutar es mi mayor placer.

Ella lo besó mientras él le apartaba las braguitas para acariciar su humedad; siempre estaba preparada para él, caliente y húmeda. Acarició su clítoris inflamado, lo apretó entre sus dedos y arrancó un grito ahogado de Colette. Ella le mordió la mandíbula y se abrazó a él. Notó que los pantalones le apretaban todavía más.

Lachlan la acarició en círculos y Colette tembló de placer entre sus brazos. Cuando estaba a punto de correrse, hundió sus dedos en ella y Colette gritó su nombre. Lachlan nunca podría borrar ese momento de su mente: sus labios entreabiertos y su rostro sonrojado, su sexo apretándole los dedos, su humedad resbalando por su mano, su voz llamándolo... Era preciosa. Dejó sus dedos quietos unos segundos mientras le masajeaba los pechos con la otra mano. Colette gimoteó.

—No te muevas o no dejaré que te corras —susurró con el rostro enterrado en su cuello y, después, depositó un suave beso donde su pulso latía desbocado por él.

—Dios, Lachlan. Me moriré...

—No lo harás, *aingeal*. Yo te sostengo.

Le bajó el vestido por los brazos y le levantó el sujetador para llevarse un pezón a la boca. Lo lamió y mordisqueó mientras Colette se revolvía, inquieta. Fue entonces cuando le rozó el clítoris con el pulgar, luego, empezó

a mover los dedos a un ritmo rápido y constante.

—Córrete en mi mano, *aingeal* —susurró antes de lamerle el pezón. Se moría de ganas de penetrarla con el miembro y sentir cómo se contraía a su alrededor, pero no iba a hacerlo.

Colette se corrió y su grito resonó dentro del coche al tiempo que se aferraba a sus hombros con fuerza. Después, ella lo apartó de su pecho para besarlo con frenesí mientras sus dedos seguían dentro de ella. Lachlan podía sentir su calor y su humedad.

Sus ojos se encontraron con los de él cuando retiró la mano. Colette gimió entre el placer y el vacío que había dejado en su interior.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, y ella le sonrió.

—Perfectamente —contestó mientras se acomodaba para abrazarlo. El corazón le latía al mismo ritmo desenfrenado que el de ella.

Colette enterró el rostro en su cuello y le dio un beso; su ternura lo conmovía. ¿Qué coño había hecho él para merecerla? La estrechó con fuerza contra su pecho y le acarició el pelo y la espalda.

—No quiero irme a casa —declaró Colette tras permanecer unos minutos en silencio.

A Lachlan se le escapó una sonrisa.

—Ni yo quiero dejarte ir —contestó con sinceridad, y se arrepintió al momento. No podía decir esas cosas si tenía que dejarla marchar.

—¿En qué situación nos deja eso? —preguntó Colette mientras jugaba con el cuello de su jersey y le provocaba un delicioso y placentero cosquilleo. Su miembro todavía palpitaba por ella y esas caricias no ayudaban en absoluto.

«¡Mierda!», maldijo para sus adentros. Tenía que pensar en algo que la alejara de él enseguida. No era capaz de dejarla ir, así que tendría que hacer que lo despreciara.

—¿Quedaste con él anoche? —interrogó de repente. No se le había pasado cuando el desgraciado de Brad se lo había restregado por la cara.

Colette alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—No es lo que crees —dijo mientras se ponía bien el vestido y el sujetador.

—¿Y qué creo? —espetó con su tono frío.

—Solo quedamos porque mi madre ha organizado una comida con su

familia el sábado y no quería que fuera incómodo, ya que le había estado dando largas desde que tuvimos aquella cita. Aunque, visto lo visto, ahora será todavía peor. Es un auténtico capullo —exclamó, enfadada.

Lachlan se cabreó porque Brad fuera bienvenido en su casa y él no. Ellos pertenecían al mismo mundo mientras que él era algo totalmente opuesto. También lo aterrizzaba que el idiota le hiciera daño y él no estuviera presente para impedirlo.

—Tu madre quiere... ¿juntaros? —preguntó con el corazón en un puño. Si así era, ¿qué podía hacer él? Nada, porque ella no le pertenecía.

—Creo que sí, pero me da igual. Ya le dejé claro que no estoy interesada.

Lo miró con una intensidad que reflejaba la sinceridad que había en sus palabras, aunque poco importaba: él no era suficiente para ella y nunca lo sería.

—No me importa, pero ten cuidado —dijo antes de alzarla y dejarla en el asiento del copiloto.

—¿En serio, Lachlan? Dios, estoy muy harta de tus idas y venidas. ¿Sabes qué? ¡Qué te den! No pienso permitir que me tomes el pelo —escupió cabreada. Acabó de arreglarse el vestido, salió del coche y cerró de un portazo.

Él no hizo nada por detenerla.

Capítulo 18

Colette

Estaba furiosa. Cuando parecía que daba un paso adelante con Lachlan, retrocedía cien. No lo soportaba; su frialdad y los secretos que escondía la ponían de los nervios. Quería estar con ella, pero decía que no la merecía y la apartaba de su lado. Le llevaba el desayuno a la cama y tonteaba con ella para luego mostrarse frío y distante. ¡No había quién lo entendiera! Todo él era una contradicción y no sabía cuánto tiempo aguantaría esa situación. Lachlan le gustaba muchísimo y era consciente de que algo lo atormentaba, pero, si no se lo contaba o intentaba superarlo, ella no podía hacer más.

Cuando subió la rampa y llegó a la puerta, miró hacia atrás con la esperanza de que hubiera salido de la camioneta para ir en su busca y disculparse. Se sintió estúpida. Estaba claro que a Lachlan no le importaba tanto como él a ella. Habían pasado muchas cosas entre ellos en un breve período de tiempo, pero, ahora que lo pensaba, Colette se daba cuenta de que Lachlan habría desaparecido de su vida si no la hubieran atacado.

Reprimió las lágrimas que se le acumulaban en los ojos por su corazón roto y entró en casa bajo la atenta mirada del pelirrojo. En cuanto cerró la puerta, su madre se le echó encima.

—¡Dios mío, Colette! —Beatrice la abrazó—. No sabes lo preocupados que estábamos por ti —dijo antes de separarse y volver a ser la madre correcta de siempre—. ¿Dónde estabas?

Al principio, Colette se sorprendió por la preocupación de su madre.

Entonces cayó en la cuenta de que no había hablado con ella desde el día anterior.

—¿Has pasado la noche con Brad? —preguntó, un poco molesta.

—Yo... Eh...

—Beatrice, Colette ya es mayorcita para hacer lo que quiera —dijo Alfred, tan conciliador como siempre.

—Sí, es adulta, y por eso debería saber lo importante que el decoro si no quiere que todo el mundo la tache de lo que no es. Menos mal que Brad es un caballero y no dirá nada —espetó su madre, enfadada.

Colette reprimió el impulso de arquear una ceja e informarle de la inexistente caballerosidad de ese idiota, pero se mordió la lengua. Solo quería estar sola.

—Siento haberte preocupado, madre —se disculpó con la voz impregnada de ironía. Tenía la sensación de que Beatrice estaba más preocupada por las apariencias que por su hija.

—Que no se vuelva a repetir. Todo el mundo habla de vuestra relación, pero no hay por qué ofrecerles más chismes. Al menos, espera a que sea oficial.

¿Su relación? ¿Qué demonios? ¿Quién estaba propagando esos rumores sobre una posible relación con Brad? Y, al instante, lo supo. Era su madre. Estaba tan empeñada en que Brad era el candidato ideal para ella que dejaba caer cosas sobre ellos durante las cenas y comidas a las que acudía para invitar a gente su gala benéfica.

—No hay nada entre Brad y yo, y nunca lo habrá, así que ve quitándotelo de la cabeza —gruñó enfadada, y se fue a su habitación dejando a Beatrice con la palabra en la boca.

No tenía ganas de discutir ni de preocuparse por las habladurías del círculo social de su madre. Necesitaba una amiga y echaba muchísimo de menos a Rachelle. Quería marcharse de allí, volver a la ciudad y olvidarse de todo aquello, pero no podía. Si se iba, quizá la persona que la perseguía haría daño a sus amigos. Además, estaba el proyecto de Helena y, aunque en esos momentos no quería pensarlo, se había comprometido con su madre a ayudarla a organizar la gala benéfica en honor su padre. Si se quedaba, lo hacía por él.

Miró la pantalla del móvil, con el número de Rachelle marcado. Se habían

estado mandado mensajes desde que se marchó, pero solo hablaban de trivialidades y no le había contado nada de Lachlan ni de los ataques; no quería preocuparla. Deseaba llamarla para saber su opinión sobre el hombre que le hacía perder la razón, pero también le daba vergüenza expresar sus sentimientos. Era una tontería y Rachelle se enfadaría si se enteraba, pero la habían educado así. Estaba acostumbrada a reprimir los sentimientos, como si decir lo que uno siente estuviera mal, aunque con Lachlan le resultaba imposible. Siempre había sido honesta con él, desde el principio.

Finalmente, decidió llamarla. Seguro que podía darle un buen consejo.

—¡Dichosos los oídos! —dijo Rachelle riendo y, al instante, Colette esbozó una sonrisa.

—Lo mismo digo. ¿No me dijiste que sacarías tiempo para llamarme? —bromeó.

—Te echo de menos. Los dos tenemos muchas ganas de verte. —Colette se imaginaba a Rachelle haciendo un puchero.

—Y yo a vosotros, ni te lo imaginas —convino con tristeza mientras se apoyaba en el cabezal de la cama y estiraba las piernas—. A lo mejor me veis más pronto de lo que pensáis.

—¿Qué? ¿Y eso? —preguntó su amiga, preocupada—. ¿Va todo bien con tu madre? —Rachelle estaba al tanto de su relación con sus padres, por lo que no le sorprendió que dedujera por dónde iban los tiros.

—Sí y no.

—¿Qué pasa? ¡Cuéntamelo o iré hasta allí a tirarte de la lengua! —Su amiga la conocía muy bien y sabía que no era de las que contaban sus problemas ni pedían ayuda.

—No es nada. Es que mi madre... Bueno, ya te he ido contando. No estamos haciendo muchos progresos en nuestra relación y menos ahora que pasamos más tiempo separadas que juntas.

—Vaya... ¿Crees que es por Alfred?

—No, no, él es estupendo. Pero creo que mi madre prefiere estar con él que conmigo. Me da la sensación de que antes, como estaba sola y solo me tenía a mí, estaba más dispuesta a que pasáramos tiempo juntas, pero ahora que está él...

—¿Has hablado con ella?

—No. Ahora soy yo la que no quiere pasar tiempo con ella.

—Entonces, hay algo más, ¿verdad?

«¡Maldita sea! ¿Tan obvio es? Bueno, lo cierto es que la he llamado para eso», pensó.

—Últimamente, está empeñada en que salga con un chico...

—Espera, espera, espera. ¿Has dicho chico? ¡Eso no me lo habías contado! —la interrumpió, medio enfadada.

—No te enfades. Me daba vergüenza contarte algo así por mensaje...

—¡Madre mía! —Ya la veía poniendo los ojos en blanco—. Tú y tu manía de avergonzarte de los sentimientos. A ver, sigue hablando.

Colette se rio.

—El caso es que este chico, Brad, es un idiota, pero sus padres se mueven por los mismos círculos que los míos. O sea, que es de buena familia.

—Pero ¿en qué siglo está esa urbanización? ¿En el xvii? ¿No podéis mezclaros con el resto de los mortales o qué? —bromeó Rachelle.

Y la verdad era que no iba muy desencaminada. Su madre siempre le había sugerido que podía buscarle un marido de buena familia, de una que estuviera dentro de su círculo social.

—Sí, es un poco de la vieja escuela...

—Bueno, ¿y qué pasa con el tal Brad?

—Pues que es un auténtico idiota, un creído y un egocéntrico. Salí con él cuando no conocía el plan de mi madre y no es feo, pero ahora que he visto su auténtica personalidad... No puedo, es insufrible. —Colette suspiró al recordar el incidente en comisaría, cómo había menospreciado a Lachlan e intentado intimidarla.

—Vale, ahora te diría que los que se pelean se desean, pero, por tu forma de hablar, intuyo que va más allá de un par de discusiones.

—Sí. Después de nuestro último encontronazo en comisaría, no quiero ni imaginar cómo será la comida de mañana.

—¿Cómo? ¿Comisaría? ¿Qué hacías en comisaría? —preguntó Rachelle, alarmada.

«Mierda, soy tonta», pensó Colette.

—Eh... Bueno, es que es policía y me acerqué para hablar con él e intentar que las cosas no fueran tan incómodas, pero no resultó. —Se sintió

fatal por mentirle a su amiga, pero no quería preocuparla con lo de los ataques.

—Pues vaya panorama, entonces... ¿Y qué hizo?

«Joder, tendría que haber sabido que Rachelle insistiría».

—Ser un idiota e intentar intimidarme diciendo que mi madre quería que estuviéramos juntos y que es lo que va a pasar.

—¡Menudo gilipollas! ¿Quién se ha creído? —Rachelle se había cabreado.

—Por suerte, Lachlan estaba allí y me lo quitó de encima.

—Cariño, si se pasa de la raya... —empezó a decir, angustiada.

—No, no. Tranquila, sé cuidarme.

—Vale, pero ten cuidado —exigió, preocupada—. ¿Y quién es Lachlan? —preguntó entonces, curiosa.

—Es... un amigo, supongo. Todavía no tengo muy claro qué somos. — Suspiró al recordar cómo se habían despedido hacía tan solo unos minutos.

—Uy, eso suena a problemas amorosos. —Rachelle rio con alegría.

Alguna que otra vez había intentado emparejarla con algún amigo de Andrew para que dejara a Axel, pero nunca había salido bien.

—Alguno que otro...

Y Colette le contó todo lo que había sucedido con Lachlan. Por supuesto, se guardó las partes en las que había sido atacada. Rachelle la obligó a contarle las cosas que no se atrevía decir.

—Vaya, parece que te importa mucho ¡Ay, que mi niña se ha enamorado! —gritó, feliz, y la dejó sorda del oído derecho.

—Shhh, no es verdad. Me gusta y ya está —insistió Colette.

—Sí, claro, y yo nací ayer. Cariño, que nos conocemos. Pero, por lo que me has contado, diría que tiene miedo al compromiso. No quiero que te hagan daño y, aunque parece que también siente algo fuerte por ti, tiene que ser él quien decida abrirse a ti.

—Ya. De todas formas, no creo que vuelva a acercarse a mí. Le he mandado a la mierda.

—Bien hecho. Por muy buen tío que sea, no tiene derecho a marearte así y, si tiene un problema, que se aclare primero.

Sabía que Rachelle lo decía con buena intención; era su amiga y se

preocupaba por ella. Sin embargo, por alguna razón, no le gustaba que dijera esas cosas de Lachlan; ella no lo conocía. Además, su problema no era con el compromiso, sino algo de su pasado que lo atormentaba.

—¿Estás bien, Colette? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí, sí. Es solo que...

—Que te gusta mucho. Estás enamorada de verdad.

Colette se ruborizó. Hablar de eso le daba mucha vergüenza, pero Rachelle tenía razón. Lachlan le importaba muchísimo y nunca había sentido eso por nadie.

Intentó desviar la conversación hacia ella y Andrew. Quedaron en que, cuando estuviera organizado el evento benéfico de Beatrice en honor a Jeff, ambos irían a pasar el fin de semana. Luego, las dos amigas se despidieron; Colette se sentía un poco mejor después de hablar con Rachelle.

Se tumbó en la cama, soltó un gran suspiro y vio el libro de poemas en su mesita. Lo cogió y lo abrió por una página al azar:

ÚLTIMA VEZ

Esta es la última vez...

La última vez que tocaré las yemas de tus dedos.

La última vez que oleré tu perfume.

La última vez que mis ojos hablarán con los tuyos.

La última vez que alcanzaré el cielo contigo.

Esta es la última vez...

Si pudiera volver a la primera vez, evitaría todo esto.

Pero, entonces, no habría habido nunca una vez.

El maldito poema le hizo pensar en Lachlan al instante. ¿Se arrepentía de haber conocido a Lachlan? ¿Volvería al inicio de su historia para evitar todo lo que había sucedido entre ellos? No. En el fondo, sabía que era un buen hombre, por mucho que sus acciones la volvieran loca. No obstante, su corazón no aguantaría mucho más.

Llegó el sábado y, con este, la comida que había organizado Beatrice con la familia Carter. Colette no quería levantarse de la cama. Hacía tiempo que su madre no la requería para ese tipo de formalidades. Cuando vivía sola, podía negarse a ir y su madre tenía aceptarlo, pero, al estar viviendo en la casa de campo, era diferente.

Colette pensó en huir pronto de allí alegando que tenía que hacer algunas compras para la casa de Helena, lo cual no era mentira, porque quería acabar la reforma en una semana. No quedaba gran cosa por hacer; ya habían pintado las habitaciones y tirado algunas paredes, por lo que solo quedaba montar los muebles a medida y la vitrina. También quedaba por llenar el hueco que había dejado en el comedor para una de las mesas que fabricaba Lachlan, pero, al final, tendría que comprar otra.

Colette suspiró mientras se vestía. No quería ni pensar en lo que supondría para ella estar en la misma habitación que Brad y fingir que todo iba bien cuando, en realidad, no lo soportaba. Tampoco podía dejar de pensar en Lachlan y en cómo habían acabado las cosas; ni siquiera había hecho el intento de ir tras ella y disculparse. Le preocupaba que ese último orgasmo hubiera sido su modo de despedirse. Sabía que Lachlan la alejaba de su lado por algún motivo, aunque, en el fondo, quería estar con ella. Se lo había demostrado infinidad de veces. Tenía que hacer algo al respecto, pero no quería volver a ser la que acudiera a él. Esta vez, se lo iba a poner un poco difícil con la esperanza de que se diera cuenta de que estaba cometiendo un error al dejarla marchar. No obstante, sospechaba que era demasiado cabezota y que eso no iba a suceder.

En realidad, no tenía ni idea de cómo proceder. Quería estar con él, conocerlo y ser feliz a su lado, pero era muy frustrante chocar contra un muro constantemente. ¿Que debía hacer?

Se arregló como si fuera a visitar a la mismísima reina, con un traje de chaqueta y pantalón de color blanco azulado y un moño recogido con algunos mechones rubios enmarcándole la cara. Además, utilizó un maquillaje sutil pero que le realzaba la mirada. Luego, bajó al salón junto a su madre y Alfred para esperar a la familia Carter. Su atuendo era muy parecido al que solía llevar su madre y no le gustaba nada. No obstante, era el indicado para esa clase de eventos.

Beatrice lucía un precioso vestido blanco holgado con un chal verde claro

que hacía juego con su pelo grisáceo y sus ojos verde apagado. Llevaba el pelo recogido en un elegante moño parecido al suyo. Colette se vio reflejada en su madre; probablemente sería así de mayor.

Colette miró a Beatrice y a Alfred. El hombre vestía un traje negro con corbata; iba muy elegante. Juntos parecían la pareja perfecta. Alfred le caía bien porque siempre había cuidado de su familia, pero parecía que estaba ocupando el lugar de su padre y eso empezaba a incomodarla. Sabía que era un gran apoyo para su madre, pero ella también hubiera podido serlo si le hubiera dejado. No es que estuviera celosa de él... Bueno, quizá un poco sí, pero es que Beatrice pasaba más tiempo con Alfred que con su propia hija.

—Espero que te comportes, Colette. Los Carter son muy importantes en este pueblo y van a hacer una gran donación para el evento benéfico de tu padre —advirtió mientras la miraba con dureza.

—No tengo cinco años, madre. Sé comportarme. Quien debería aprender modales es Brad, no yo —espetó sin darse cuenta.

—Ni sé ni quiero saber por qué os habéis peleado, pero arréglalo.

¿En serio? Su madre se había vuelto loca de remate. ¿Ahora se creía con derecho a manejarla como si fuera su títere? Pues lo tenía claro. Nunca lo había sido y no iba a empezar a serlo ahora.

—No pienso arreglar nada con ese impresentable. Pondré buena cara por papá y por el evento en su nombre, pero es la última vez que hago esto. En cuanto se celebre la gala, me marcharé a mi casa —dijo antes de salir al jardín y dejarla con la palabra en la boca. Necesitaba serenarse.

Las lágrimas pugnaban por derramarse en cuanto traspasó los grandes ventanales. Estaba harta de esa situación. Ella solo había querido pasar más tiempo con su madre, estrechar lazos ahora que solo se tenían la una a la otra y ser el apoyo que ella necesitaba, pero no había conseguido nada de eso. Sentía que se alejaba cada vez más de ella y que no hacía ningún esfuerzo por ser mejor madre y afianzar su relación. Entonces, ¿por qué seguía allí? Solo había ido para superar el duelo juntas, pero, visto lo visto, no necesitaba su apoyo.

El problema era que ella sí necesitaba a su madre. Beatrice nunca se había mostrado cariñosa ni se había comportado como las otras madres, lo tenía asumido. Aun así, había pensado que la muerte de su padre las uniría. Se equivocaba. En el fondo lo sabía, desde el primer día que llegaron, e incluso

antes. Estaba harta de verse en segundo plano. Además, el único que la hacía sentirse especial también le hacía pensar que no era suficiente, así que lo mejor era volver a su casa, donde todo iría bien. O eso esperaba.

—¿Estas bien? —preguntó Alfred, sacándola de su ensoñación.

Colette se limpió rápidamente las lágrimas silenciosas que habían resbalado por sus mejillas sin darse cuenta.

—Sí, sí, perfectamente. —Intentó sonreír sin éxito.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero tu madre te quiere mucho. Es solo que no sabe demostrártelo —comentó el hombre mientras se ponía a su lado y se apoyaba en la barandilla, contemplando las preciosas vistas.

Colette cogió aire.

—No sé qué decir. Me cuesta creerlo —confesó con tristeza. A pesar de todo, ese hombre le inspiraba confianza.

—Tiene miedo de perderte. Dale tiempo. —Esas palabras la asombraron más que si le hubiera dicho que había visto un unicornio en el jardín.

—¿Miedo de perderme? —Rio con amargura—. Lo dudo. De ser así, no me apartaría de su lado.

—No sabe cómo gestionar la situación y se aleja de ti por miedo a hacer las cosas mal. Hazme caso: tu madre te quiere mucho, Colette.

—Gracias, Alfred, pero no hace falta que me hagas sentir mejor. Conozco a mi madre.

—Pequeña, no lo hago para hacerte sentir mejor, es la verdad. Ven aquí.

Sin esperar respuesta, la abrazó. Al principio, fue algo raro e incómodo. Nunca había cruzado esa línea entre empleado y habitante de la casa. Era alguien a quien tenía aprecio, pero que siempre se mantenía a distancia. Sin embargo, poco a poco empezó a sentirse bien, reconfortada. Necesitaba ese abrazo. Se aferró a Alfred y lloró, dejándose llevar por todas las emociones que la embargaban: tristeza porque se sentía sola, angustia porque su madre no la quisiera, esperanza por que aquellas palabras fueran ciertas. Se sentía arropada por ese hombre que le transmitía algo que su padre nunca había sido capaz de darle: calidez y amor paternal.

—No estés triste. Tu madre te quiere y yo siempre estaré aquí para lo que necesites. Eres... como la hija que nunca tuve. —Colette se percató de que Alfred se estaba emocionando, al igual que ella—. Venga, entremos antes de

que me eche a llorar.

Sonrió mientras le limpiaba las lágrimas y Colette le devolvió a la sonrisa.

—Gracias. —Y lo dijo de todo corazón. Un simple abrazo de ese hombre la había hecho sentir mucho mejor.

Capítulo 19

Colette

Fue la comida más incómoda de su vida. Los padres de Brad eran encantadores, ellos no eran el problema, pero el idiota de su hijo no paraba de lanzarle miradas poco amistosas. Colette no entendía qué pretendía conseguir con eso, pero no la intimidaba para nada. Se mantuvo callada para no llamar mucho la atención y se limitó a contestar las preguntas que le hacían. No quería decir algo que Brad pudiera usar en su contra.

—Mi hija estaba deseando que llegara este día. Me ha hablado muy bien de ti, Brad —dijo su madre, sonriente.

A Colette le dio un vuelco el corazón al escuchar esas palabras. ¿Se había vuelto loca? Colette la miró, enfadada.

—¿Sí? Su hija es un encanto, señora Larue. No se crea todo lo que le dice. —dijo Brad, zalamero.

«Será falso», pensó Colette mientras todos reían la broma.

—He oído que estás decorando la casa de Helena, Colette. Me ha dicho que está encantada contigo. Tengo en mente remodelar toda la primera planta de nuestra casa porque me gustaría tener espacios más abiertos. Quizá deberíamos quedar algún día para que le echaras un vistazo. —La madre de Brad, Angelina, le sonrió.

—Sí, además de belleza, mi hija tiene mucho talento —comentó su madre, orgullosa.

Colette no dudaba de que realmente lo creyera, pero no podía evitar

pensar que lo hacía para venderla como nuera.

—Me encantaría. La casa de Helena ya era maravillosa, así que espero que la nueva decoración le aporte la fuerza y modernidad que Helena busca —contestó, animada, ignorando el comentario de su madre.

—Bueno, ¿os apetece tomar el té en la terraza? Seguro que los jóvenes están aburridos de nosotros —bromeó su madre, y los Carter rieron. Alfred, por el contrario, la miró y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—La verdad es que tengo trabajo... —comenzó a decir Colette; sabía que aquella era su única oportunidad para huir. No le apetecía nada quedarse a solas con Brad.

—Vaya... Y yo que esperaba que me enseñaras los jardines. Me moría de ganas de charlar contigo —comentó Brad, fingiendo estar triste. No se lo tragaba, era un auténtico manipulador.

—Claro que lo hará. Colette, tómate la tarde libre. Seguro que a Helena no le importará —impuso su madre.

En ese momento, la odió, pero no quería decepcionarla. ¡Joder! Miró a Alfred en busca de ayuda, pero sabía que lo estaba poniendo en un compromiso y que todo aquello era importante para su madre.

—Claro, no hay problema —dijo finalmente, e intentó poner buena cara. Beatrice y Angelina se sonrieron, cómplices, y el gesto no le pasó desapercibido.

Mientras el servicio que su madre había contratado para ese día recogía la mesa y servía el té en la terraza, Brad se acercó a ella y le pidió amablemente que le enseñara los jardines. Colette ni siquiera contestó y se dirigió hacia el jardín, sola. Brad no tardó en llegar a su altura.

—Estás preciosa, por cierto —dijo al cabo de unos segundos.

—¿En serio? Ya no tienes que fingir, no nos oyen —replicó Colette con aspereza.

—Nunca he dicho que no me parecieras atractiva. Es más, creo que he dejado bastante claras mis ganas de echarte un polvo.

—Ah, genial. Qué caballeroso —espetó con ironía.

—No sé qué haces con ese hombre de la montaña, pero yo soy quien más te conviene; créeme, nuestras familias opinan lo mismo. No tienes más opción que aceptarme —dijo sin una pizca de sensibilidad.

—Puede que tú acates todas las órdenes tus padres, pero yo no soy así y nunca saldré con alguien como tú. Y lo que haga con Lachlan no es asunto tuyo.

—Ha estado en la cárcel. ¿Te lo ha dicho? —Colette se detuvo en seco al escuchar esas palabras, que Brad había soltado con malicia—. Ya veo que no te ha contado nada.

—Nada de lo que me digas hará que cambie de opinión sobre Lachlan, así que ahórrate el tiempo —espetó, cabreada.

No sabía si lo que había dicho era realmente cierto; por el momento, tendría que ponerlo en duda.

—Si es por el sexo, estoy seguro de que yo soy mejor que él. —La agarró de la muñeca y la giró hacia él.

—¡Suéltame, ni te atrevas a tocarme! —gritó mientras se revolvía para soltarse de su agarre, pero Brad la cogió de ambas manos y la arrinconó contra un árbol.

—No puedes huir de mí, así que cuanto antes empieces a aceptarlo, mejor para todos. —Sonrió con malicia.

—¡Estás loco! —chilló mientras trataba de librarse de él, pero la apretó más contra el tronco y la besó. O eso intentó, pues Colette giró la cabeza y le dio un rodillazo en el vientre.

Brad la soltó, la fulminó con la mirada y alzó la mano, dispuesto a abofetearla.

—¿Que está pasando aquí? —Alfred apareció y miró a Brad con mala cara. Colette se alejó de Brad, que tenía el rostro pálido, y se puso al lado de Alfred, quien le rodeó los hombros con un brazo—. No vuelvas a acercarte a ella, ¿queda claro?

—A mí nadie me da órdenes, y menos alguien como tú. Además, ella se lo ha buscado —contestó Brad con la arrogancia de siempre y se marchó de allí.

«¿Podría ser más idiota y odioso? ¡Maldito sea!», maldijo Colette para sus adentros, enfadada.

—¿Estás bien, pequeña? ¿Es la primera vez que intenta algo así? —preguntó Alfred, preocupado.

—Sí, estoy bien. Es un idiota. —Cuadró los hombros e intentó aparentar que lo que casi había sucedido no la afectaba.

—Hablaré con tu madre para que no tengas que volver a aguantar a ese energúmeno, no te preocupes —la tranquilizó Alfred, acariciándole la espalda.

—Gracias.

—No me las des. No te separes de nosotros mientras estén aquí, ¿vale? —le dijo mientras la acompañaba de vuelta a la casa.

Colette asintió, pero lo único que quería era de huir de allí y estar lo más lejos posible de ese impresentable. No sabía si sería capaz de hacer como si no hubiera pasado nada.

—No, tengo que irme. —Se detuvo de golpe antes de llegar a la entrada del jardín, donde tomaban el té tranquilamente.

—¿Estás segura?

—Sí. No quiero verle la cara y fingir que todo va bien, no puedo.

—Vale, yo te cubro, pero ten cuidado y, si necesitas cualquier cosa, me llamas, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Alfred. —Y, como si se tratase de un acto reflejo, lo abrazó.

Colette condujo hacia el centro comercial, donde encontraría todo lo que necesitaba para el diseño del nuevo salón de Helena. Se distrajo haciendo encargos y mirando muebles, cojines, cuadros, mesas... todo lo que llevaba apuntado en una lista. Cuando llegó el turno de las mesas de comedor, ninguna le parecía lo bastante buena. Ninguna tenía la calidad y el acabado que poseía la de Lachlan; no podía quitársela de la cabeza. Decidió que estaba saturada y que volvería a mirar modelos en otro momento. Por un instante, volvió a barajar la posibilidad de pedirselo a Lachlan, pero eso conllevaría pasar por lo mismo de siempre. No, definitivamente se olvidaría de él.

Cuando uno de los empleados acabó de ayudarla a cargar las compras que había hecho en el coche, Colette llamó a Helena para ver si podía acercarse a su casa. La mujer le dijo que no había ningún problema. La verdad era que trabajar para ella estaba siendo una auténtica maravilla. Aunque Colette intentaba mantener un horario fijo, eso era algo imposible en unas reformas y

Helena no le había puesto restricciones en ningún momento.

No tardó en llegar a casa de Helena, que la recibió con un gran abrazo.

—Cariño, me voy porque están pintando y me estreso cuando veo la casa así. —Se echó a reír y Colette se unió a ella. Conocía esa sensación, pero ver el resultado era muy gratificante.

—Genial, no te preocupes. No estaré mucho rato, solo voy a comprobar que todo está en orden y a dejar las cosas que he comprado para la decoración —explicó.

—Perfecto. Muchísimas gracias por todo. La vitrina que encargaste llegó el otro día y es preciosa.

—Me alegro de que te guste. Es un placer decorar tu casa. —Sonrió.

—Bien, pues te dejo trabajar. —Le dio un par de besos y se marchó.

Colette guardó los muebles nuevos en una de las habitaciones ya terminadas para que no se mancharan ni estropearan y habló con los pintores y albañiles para ver cómo iban. Le dijeron que en unos días acabarían con la planta de abajo, por lo que en una semana ya podría ponerse con la decoración.

Necesitaba una mesa de comedor para entonces y Colette no podía dejar de pensar en la mesa de Lachlan. Él ya debía de saber que había averiguado quién era el autor de esas piezas, puesto que había estado en su taller y las había visto.

Colette se debatió de nuevo entre presentarse en su casa y pedirle que le hiciera una o no. Aunque aceptara, tardaría al menos un par de meses en hacerla, supuso. Y eso si decía que sí, porque la situación era un poco tensa en esos momentos. Por supuesto, sería algo profesional y le pagaría por el trabajo realizado... Lo hablaría con la almohada.

No quería volver a casa todavía. No creía que los Carter siguieran allí, pero no quería arriesgarse, por lo que decidió ir a dar una vuelta por el pueblo. Pasearía tranquilamente sin pensar en nada o, por lo menos, lo intentaría.

Aparcó el coche cerca del centro cuando empezaba a oscurecer. Parecía una tontería, pero echaba de menos a Lachlan. Su historia había sido muy extraña; apenas se conocían, pero sentía una conexión innegable con él. Suspiró. Quería verlo. Había sido ella quien le dijo que se marchara, pero admitía que había deseado que se bajara del coche y fuera tras ella. Desde el

principio, Colette había sido la que iba tras él, la culpable de todo eso, así que era culpa suya estar así por haber iniciado algo con un hombre tan complicado.

Caminaba sin dejar de darle vueltas a todo y, de repente, se dio cuenta de que había entrado en una calle sin salida. Cuando se giró, chocó contra alguien. Su corazón se aceleró de miedo porque, aunque esta vez no llevaba la cara tapada, reconoció a aquel hombre: era el mismo que la había atacado la otra noche. Su agresor le sonrió de una forma que le causó escalofríos y, luego, le tapó la boca y la golpeó en el estómago antes de que Colette tuviera tiempo de reaccionar. La empujó y cayó al suelo, gimiendo de dolor.

—Esta vez, no cometeré el mismo error y voy a acabar contigo —afirmó el hombre. A pesar de la oscuridad que los rodeaba, Colette se percató de lo demacrado que parecía.

No entendía qué demonios quería de ella, era surrealista. Intentó ponerse en pie, pero el hombre, al ver sus intenciones, le dio una patada en la espalda y le pisó un brazo con toda su fuerza. Colette chilló de dolor; seguramente se lo había roto.

Tratando de mantener la calma, quiso el teléfono en su bolsillo sin que su agresor se diera cuenta, pero él percibió el movimiento y la pisó de nuevo. Colette levantó su mano libre y le arañó los tobillos tan fuerte como pudo. El hombre maldijo mientras se apartaba de ella.

—¡Mala puta!

Colette sintió que era su oportunidad para huir. Se levantó lo más rápido que sus piernas temblorosas le permitieron y empujó al hombre antes de salir corriendo en busca de alguien que pudiera ayudarla.

No llegó muy lejos. Su atacante le lanzó una piedra a la cabeza y sintió un dolor inimaginable en el cráneo. Tropezó y gritó al caer sobre el duro suelo de asfalto.

—Esto se acaba aquí. Pagarás por todo mi sufrimiento.

No lo escuchaba con claridad. El dolor del brazo y de la cabeza eran demasiado intensos y estaba a punto de desmayarse. No, si perdía el conocimiento, estaría perdida.

—Por favor... Ni siquiera le conozco.

—Claro que no, zorra, pero bien que vives a mi costa...

La cogió del pelo para levantarle la cabeza y la estrelló contra el suelo.

Su mundo se volvió negro y no podía respirar. Se desmayaría de un momento a otro y quizá no volvería a abrir los ojos...

Capítulo 20

Lachlan

Se detuvo delante de un bar. Quería beber. La necesidad siempre estaba ahí y, cuando Colette estaba lejos, se intensificaba. Era un capullo; la echaba de menos y no tenía ningún derecho a hacerlo. Se sentía vacío sin ella y lo único que sabía que lo ayudaría a olvidarla era el alcohol. No podía dejar de pensar en el momento en que ella se bajó de su camioneta. Se martirizaba diciéndose que tendría que haber ido tras ella, contarle lo que le sucedía, por qué no la merecía. Así, si ella lo miraba con desprecio, sería más fácil mantenerse alejado. O eso creía.

Dio un paso hacia la puerta, con solo Colette y el alcohol en mente. La tentación era demasiado grande; solo bebiendo conseguiría anestesiarse y no pensar en nada. Sin embargo, sabía que después sería peor. Si empezaba a beber para olvidar, acabaría pasando días y semanas borracho y perdiéndose a sí mismo por el camino.

No quería esa vida otra vez. Ya no era esa persona que lo perdió todo por culpa de la bebida, que provocaba trifulcas y era un puto cabrón. Negó con la cabeza y siguió caminando con la mandíbula apretada. La tentación seguía allí, la sensación del ardor del licor bajando por su garganta y arrastrando sus preocupaciones a cada trago... «¡No, joder!». Sentía la necesidad de golpear algo. Dio un puñetazo a una pared y asustó a una pareja que pasaba por su lado, que se cambiaron de acera mientras lo miraban con miedo.

De camino a casa, tuvo muchas tentaciones, demasiadas: la gasolinera, el

bar de carretera, el supermercado veinticuatro horas... Se pasó el camino maldiciendo y golpeando el volante con fuerza.

Cuando llegó a su casa y Nasha corrió a recibirlo, sintió que el alivio lo invadía. Ese animal se había convertido en su salvación, más incluso que la terapia y las reuniones de alcohólicos. Acarició la cabeza peluda de su perrita y fue directo al taller. Estaba reconstruyendo la mesa que había destruido hacía unos días. Se había vuelto loco; ella lo volvía loco.

Procesar sentimientos tan intensos le resultaba demasiado difícil. No entendía qué le ocurría; siempre había sido así y se odiaba por eso. Se sentía débil por no tener el control de su vida. Sin embargo, desde que murió su padre, no había sido capaz de dominar las emociones que trastocaban su vida y, cuando Alissa lo abandonó, se rindió y se dio a la bebida. Se sentía un auténtico perdedor por haber acabado así, pero, como siempre le decían en las terapias, no podía cambiar el pasado. Lo que nos sucede nos convierte en quienes somos y nos hace aprender de nuestros errores. Teníamos que centrarnos en quiénes podemos ser y no en quienes hemos sido. Aunque, a veces, es complicado no caer en viejos hábitos.

No quiso darle más vueltas, así que se puso a trabajar en sus muebles. Había encontrado la paz en su taller; además de su medio de vida, era una manera de mantener a raya su adicción. Vendía sus piezas a una tienda de muebles de la ciudad. Cada mes le llevaba sillas, mesas y objetos de decoración, todo hecho por él. Tenían mucho éxito y le pagaban muy bien. La gente apreciaba que estuvieran hechos a mano, como se hacía antiguamente, y que los diseños fueran originales.

Se aisló allí durante horas. No se detuvo hasta haber acabado la mesa. Le dolían las manos y los brazos, pero era una sensación algo reconfortante; indicaba que había podido reprimir la necesidad de beber un día más.

Cuando miró el reloj, vio que eran más de las cinco de la mañana; el sol empezaba a salir por el horizonte. Fue a darse una ducha. No pudo evitar pensar de nuevo en Colette; siempre estaba en sus pensamientos. A pesar de que se había acostumbrado a no tener a nadie, a veces era difícil y sentía que esa soledad se convertía en angustia. Luego recordaba todo el daño que le habían hecho y se convencía de que estar solo era lo mejor. Pero, entonces, había aparecido ella, con su cabello rubio y sus ojos de ángel, para llevarlo de vuelta al infierno. Había hecho lo correcto; se merecía a alguien mejor que

él. Ni siquiera podía soportar lo que sentía por Colette. Era un cobarde y lo sabía, pero no iba a cambiar de parecer.

Su mente vagó hacia los momentos que había compartido con ella. Rememoró su cuerpo perfecto, su piel suave, sus labios sobre los suyos, su sexo húmedo y abierto para él. Recordó cómo la había hecho suya, cómo se había entregado a él. Era preciosa. No pudo evitar masturbarse en la ducha mientras imaginaba que eran sus manos las que lo acariciaban. Evocó el sabor de su boca, los gemidos en su oído, su nombre en sus labios. Se corrió y, después, se sintió derrotado.

¿Cómo podía echar de menos a alguien que conocía desde hacía tan poco tiempo? ¿Cómo había conseguido meterse tan dentro de él que incluso le resultaba doloroso respirar cuando ella no estaba cerca? Necesitaba verla, necesitaba saber que estaba bien. «Esta es la última vez», se prometió.

Se vistió, cogió una fruta para el camino y se subió a su camioneta. Cuando llegó a casa de Colette eran las seis de la mañana. Le pareció raro no ver coches aparcados en la entrada y pensó que quizá no había nadie en casa. O puede que fuera demasiado pronto. Se sintió idiota, como un loco que iba detrás de ella, y se odió.

«¡Joder! Pero ¿qué gilipollez estoy haciendo? Doy pena, parezco un puto acosador...», se martirizó todavía más.

Entonces, un coche apareció por la entrada y se detuvo a su lado. Un hombre de unos cincuenta años bajó del vehículo. No conocía muy bien a la familia de Colette; no habían hablado de eso, pero sí había mencionado que su madre deseaba juntarla con el capullo de Carter. ¿Sería ese hombre su padre?

El hombre tenía una expresión seria y desafiante. Lachlan le devolvió a la mirada y bajó de la camioneta algo tenso.

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Quién eres? —preguntó sin aspavientos.

—Soy un amigo de Colette, pero creo que he venido demasiado pronto. Supongo que estará durmiendo. —Se sintió obligado a darle explicaciones. Después de todo, estaba delante de su casa a las seis de la mañana.

—¿Cómo te llamas?

—Perdón. Soy Lachlan Whelan, señor —se presentó mientras le tendía la mano.

—¿Tú eres Lachlan? —Suavizó su gesto y le estrechó la mano. No comprendía nada. ¿Lo conocía?—. Soy Alfred

Johnson, un amigo de la familia. Colette ha preguntado por ti —dijo, inseguro.

—¿Ha preguntado por mí?

No supo por qué, pero se puso tenso y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Sí, está en el hospital. Anoche la atacaron. Ha estado inconsciente hasta hace un par de horas. Ahora que la policía le ha dado un respiro, he venido a buscar ropa para que esté más cómoda —explicó el hombre.

Lachlan sintió que su mundo se derrumbaba. ¿La habían atacado? ¿Cómo? ¿Cuándo? Si él hubiera sido alguien importante en su vida, lo habrían avisado. Lo mataba que no fuera así. Podría haber estado junto a ella y apoyarla, pero le había fallado de nuevo, no la había protegido. Quiso golpear algo. Apretó los puños y su cuerpo tembló de dolor, angustia y rabia. Se sentía como un intruso en su vida y seguramente lo era.

—¿Es... está bien? —Se le quebró la voz.

—Está derrotada y malherida, pero se pondrá bien.

—¡Joder! —Le dio un puñetazo a un árbol que tenía cerca mientras todo a su alrededor se detenía. Si ella hubiera... Dios, no se lo perdonaría nunca—. ¿Cree que querrá verme? Necesito verla.

—No estoy seguro, pero puedes venir conmigo. Voy a coger un par de cosas y nos vamos.

Lachlan se limitó a asentir y el hombre lo dejó solo con sus pensamientos.

Había sufrido otro ataque y, de nuevo, no había llegado a tiempo. ¿Qué demonios hacía la policía? De esta no pasaba. Removería cielo y tierra para ponerla a salvo. No pensaba permitir que nadie más le hiciera daño. En esos momentos, se odiaba mucho.

El señor Johnson no tardó en volver con un par de bolsas y le hizo un gesto para que subiera a su coche. Se lo agradeció en silencio, pues no se veía capaz de conducir en esas circunstancias. No sabía cómo estaba Colette, pero que hubiera estado inconsciente toda la noche no era buena señal. Los nervios lo estaban devorando por dentro. Esperaba que quisiera verlo, que pudiera pedirle perdón.

—Está bien. Los médicos nos han dicho que tiene un brazo roto, pero que las heridas de la cabeza no son graves. Se recuperará —le aseguró el hombre.

Lachlan asintió con la mandíbula apretada. Hasta que no la viera con sus

propios ojos, no podría... No. Aunque la viera, si estaba herida, no dejaría de maldecirse ni preocuparse. Su dulce *aingeal* no se merecía aquello.

El trayecto al hospital se le hizo eterno. Subieron a la segunda planta y se acercaron a una mujer de cabellos blancos y muy elegante. Cuando la tuvo delante y su fría mirada se posó en él, fue plenamente consciente de que Colette y él pertenecían a mundos muy distintos.

—Beatrice, este es Lachlan, el amigo de Colette que ha estado cuidando de ella —lo presentó el hombre—. Ella es Beatrice Larue, la madre de Colette —añadió.

La mujer lo miró de arriba abajo. Lachlan le tendió la mano, pero ella lo ignoró. Se lo esperaba; la gente de su clase jamás permitiría que su hija fuera vista con un don nadie. Nunca había olvidado de dónde venía Colette ni dónde vivía, pero cuando estaba con ella, no sentía que eso los separara. Simplemente eran Lachlan y Colette.

Johnson carraspeó para intentar aliviar la tensión que se había creado.

—No entiendo qué hace este señor aquí ni por qué lo has traído, Alfred —espetó, cabreada, hablando de él como si no estuviera presente.

—Beatrice, el muchacho está preocupado por Colette.

—Señora, con todos mis respetos, estoy aquí porque su hija es muy importante para mí. No quiero ser una molestia, así que me iré en cuanto me asegure de que está bien —dijo con firmeza.

—Sí, ya sé lo que te preocupa. Has engañado bien a mi hija, pero no soy tan tonta. Se ve a leguas que lo que te interesa es el dinero. Hasta puede que la hayas atacado tú —replicó con rabia.

Lachlan sintió que la furia lo invadía. ¿Cómo podía pensar que iba tras su dinero? Le daban asco aquellos ricos egocéntricos. ¿Qué demonios le había contado Colette sobre él? Sin embargo, lo que más le dolía era que esa señora pensara que podría hacerle daño a Colette, la única persona que había conseguido que volviera a sentir.

—No me interesa su dinero y sería incapaz de hacerle daño a Colette. Ella es... —No, no iba a decirlo, y menos a su madre.

El señor Johnson intervino:

—No creo que debáis tener esta discusión aquí —concilió con severidad.

Entonces, una enfermera y la doctora salieron de la habitación de enfrente

y los tres las miraron.

—La señorita Dubois está cansada, pero estable. Los resultados de las pruebas son buenos, por lo que ya pueden pasar a verla. Le daré el alta en un par de días porque prefiero tenerla en observación, pues nunca se sabe con las heridas en la cabeza, pero estén tranquilos. —La doctora les sonrió y, después de algunas indicaciones más, se marcharon.

—Si crees que vas a entrar a ver a mi hija, ni lo sueñes —gruñó Beatrice mientras erguía la espalda. Era un poco más alta que Colette, pero ahora parecía casi tan alta como él.

—Señora...

—Beatrice, no seas así. Deja que el muchacho la vea. Está preocupado.

Ella lo observó, desafiante, y Lachlan aceptó el reto.

—Está bien, pero solo si ella quiere verte —accedió la mujer. Iba a ser un hueso duro de roer.

Asintió con la cabeza. Tras su último encuentro, no sabía si querría verlo.

Beatrice entró en la habitación y la espera se hizo eterna para Lachlan. No dejó de dar vueltas por el pasillo ante la atenta mirada del señor Johnson. No le importaba lo más mínimo qué pensarán de él, solo quería que Colette estuviera a salvo, envolverla entre sus brazos para que no sufriera nunca más. Cada vez que se distanciaban, le sucedía algo. Sabía que no tenía nada que ver con él, pero aun así... No pudo evitar sentirse culpable. Estaba al tanto de que alguien quería hacerle daño y no debió dejarla marchar, o quizá debería haber estado más pendiente de ella.

—Solo está preocupada por su hija —dijo el señor Johnson de repente; se había olvidado completamente de él.

—No me importa su opinión sobre mí —replicó Lachlan con sinceridad.

Nunca se había relacionado con la gente del pueblo que se creían los reyes por tener tanto dinero. Nunca les había prestado atención. Y, aunque siempre había sabido que Colette pertenecía a ese mundo, tenía que admitir que, hasta que no había conocido a su madre, no había sido realmente consciente de lo diferentes que eran. No lo olvidaría.

—Lo sé, pero la de Colette, sí. Incluso me arriesgaría a decir que te importa algo más que su opinión. No dejes que Beatrice sea el motivo que te aleje de ella. Su vida es suya, no de su madre.

Lachlan se quedó pensativo al escuchar esas palabras. Ojalá el único motivo para alejarse de Colette fuera su familia.

Capítulo 21

Colette

Estaba destrozada, cansada, dolorida y muy asustada. La visita de la policía no la había calmado ni un ápice. Tenía sueño, pero temía cerrar los ojos y que ese desalmado volviera para terminar lo que empezó. Su madre le había contado que un hombre había visto cómo le pegaban y había llamado a la policía. En cuanto lo vio, su agresor salió corriendo, pero el hombre vislumbró algunos rasgos y la policía le había asegurado que, con su testimonio y el del hombre, tendrían suficiente para atraparlo. Deseaba con todas sus fuerzas que lo encontraran.

Beatrice entró en la habitación con cara de pocos amigos después de que se fuera la doctora.

—¿Cómo estás, hija? —preguntó su madre mientras suavizaba su expresión.

—Bien, mamá. —Quiso tranquilizarla, aunque se encontraba fatal.

Le dolía todo y tenía heridas y hematomas por todas partes. Sobre todo, notaba un fuerte dolor en la mandíbula y el ojo derecho, el cual no podía abrir bien.

Beatrice no la creyó. Se acercó a su cama, se sentó y le cogió de las manos.

—Lo siento mucho, Colette —susurró de nuevo.

No había dejado de disculparse desde que su hija había despertado.

—No es culpa tuya. No me pidas más perdón.

—Sí que lo es. Me resulta tan difícil estar contigo... —se sinceró con lágrimas en los ojos.

Colette habría abierto los ojos como platos si hubiera podido hacerlo.

—¿Qué?

—Lo siento —sollozó su madre con la voz rota—. Me sentía culpable por sentir algo por Alfred y tú me recuerdas a cada instante que acabo de perder a mi marido y que no está bien. Me duele estar a tu lado. Pero es culpa mía, no debí alejarte de mí. Vinimos aquí para estar juntas y solo he conseguido distanciarnos todavía más. Soy la peor madre del mundo...

Colette se quedó helada al oír las palabras de su madre. En el fondo, sabía que su madre la quería, pero no podía creer que la estuviera apartando por un hombre. Eso no era de buena madre. Retiró sus manos de las de ella y Beatrice la miró, asustada.

—Gracias por sincerarte, pero, si prefieres a un hombre antes que a tu hija, ya me lo has dicho todo —dijo con la voz más calmada y fría que pudo emitir mientras miraba hacia la ventana.

—No, Colette. Por favor no pienses eso. Te quiero muchísimo y a tu padre también, pero hay cosas que tienes que saber y... necesito tiempo.

—Genial. Tómame el tiempo que quieras —replicó con resquemor. Quería a su madre, de verdad que sí, pero a veces se lo ponía muy difícil.

Su madre alzó la mano para acariciarle el pelo, pero ella se apartó sin mirarla.

—Colette...

—No te preocupes, sé cómo eres. No te sientas culpable por lo que me ha pasado. Ahora quiero estar sola. —Esta vez, clavó los ojos en ella para que viera que lo decía en serio.

—Está bien. Entonces le diré que se vaya —comentó Beatrice al tiempo que se levantaba de la cama y se dirigía a la puerta.

Colette alzó la cabeza de golpe y se mareó.

—¿A quién? —preguntó, más desesperada de lo que quería parecer. No podía ser él, pero...

—Lachlan, el chico que dijiste que te había ayudado. Está aquí, Alfred se lo ha encontrado en casa.

De repente, el corazón de Colette empezó a latir con fuerza. ¿Lachlan

estaba allí? ¿Había ido a verla?

—Por tu reacción, veo que te sorprende. A mí también. No creía que caerías tan bajo como para relacionarte con gente como él.

—¿Con gente como él? ¿Lo dices en serio? Es el hombre más bueno y honrado que he conocido en mi vida. Me da igual si tiene dinero o no, o si es de buena familia, y a ti tampoco debería importarte. Tener una familia influyente no implica que seas buena persona y eso es lo único que debería contar —espetó con rabia al pensar en el idiota de Brad.

No permitiría que su madre dijera nada en contra de

Lachlan por el simple hecho de no tener tanto dinero como ellas. Beatrice parecía arrepentida.

—Alfred me contó lo que pasó con el agente Carter después de la comida. Me disculpo también por eso. Está visto que no paro de meter la pata. —Por cómo lo dijo, Colette pensó que se sentía realmente mal.

—Gracias, mamá.

No tenía nada más que decirle. No la culpaba por lo que había sucedido, pero sí por no querer escucharla y por intentar organizar su vida. Esperaba que no volviera a hacerlo después de aquello.

—Le diré que pase —le informó Beatrice, que se había vuelto a poner su máscara de frialdad.

Su madre salió de la habitación y Colette se puso nerviosa. Su estado era estado deplorable, pero necesitaba ver a Lachlan. Quería que la estrechara con fuerza y sentirse segura entre sus brazos; era el único que conseguía tranquilizarla. Aunque no estaba muy segura de cómo comportarse después de la última vez que se habían visto, él estaba allí y eso tenía que significar algo.

Cuando oyó que la puerta se abría, se irguió lo máximo que pudo y miró hacia allí con nerviosismo. Esperaba no parecer demasiado demacrada. Cuando Lachlan entró, decidido, su presencia inundó toda la habitación; estaba guapísimo, como siempre. Llevaba el pelo cobrizo un poco alborotado, como si se hubiera pasado la mano muchas veces, y sus intensos ojos azules con motas verdes la inspeccionaron. La joven intentó sonreír, pero solo le salió una mueca.

—*Aingeal*... Colette... —Se acercó a ella, pero no la tocó. Al ver sus ojos, Colette supo que se culpaba de lo que le había sucedido—. ¡Ese

cabrón...! —Apretó sus grandes manos con fuerza y rabia—. Yo... ¡Joder! ¿Qué puedo hacer, Colette?

—Por el momento, ¿podrías abrazarme? —pidió con una triste sonrisa.

—¡Joder! Siempre —le aseguró antes de sentarse en la cama y, con mucho cuidado, la envolvió entre sus brazos. Colette apoyó la espalda contra su ancho pecho—. ¿Te has roto algo más a parte del brazo? ¿Te duele? No quiero hacerte daño.

—No me haces daño. Estoy bien así, mucho mejor.

Lachlan la besó en la coronilla con ternura y dejó sus labios ahí durante unos largos segundos, como si quisiera transmitirle su fuerza. Colette dejó escapar el aire que había retenido hasta el momento. Su contacto era un bálsamo para ella.

—Colette, siento que...

—No ha sido culpa tuya, no te preocupes. Por favor, no te machaques por esto —lo interrumpió; sabía lo que le iba a decir.

Lachlan se quedó unos instantes en silencio.

—El señor Johnson me ha dicho que hubo un testigo y que no tardarán en encontrar al culpable. —Colette se percató de que no le había contestado y había cambiado de tema. Todavía se culpaba.

Con la mano que no tenía vendada agarró las de él, que descansaban sobre su tripa. Sintió un delicioso hormigueo al acariciárselas.

—Sí, eso han dicho. Tenía tanto miedo... Pensé que no iba a... —sollozó.

No se había permitido llorar delante de su madre ni de la policía, pero con Lachlan era diferente. Se sentía segura y sabía que jamás la juzgaría.

—Tranquila, ya estoy aquí. —La apretó más contra su pecho con delicadeza y una calidez la inundó—. Lamento haberte fallado otra vez.

—No me has fallado. Estás aquí, conmigo. —Se le escapó una lágrima—. ¿Cómo...? ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Quería verte y asegurarme de que estabas a salvo, pero me encontré con Johnson en la puerta de tu casa. Él me trajo.

—Ah. Es un buen hombre. Siempre ha sido como de la familia. Se ocupaba del servicio en la casa que tenemos en la ciudad y ha estado cuidando de nosotras desde que mi padre murió.

—Lo siento, no lo sabía —murmuró.

—No pasa nada. No estábamos muy unidos, pero le quería. Le quiero. Era mi padre... No somos una familia muy cariñosa. Vine aquí con mi madre para arreglar nuestra relación y pensé que, al faltar mi padre, ella pondría más de su parte, pero supongo que hay cosas que no se pueden cambiar.

Hablar de eso con Lachlan era liberador. Además, le servía para distraerse del dolor físico.

—He conocido a tu madre. Asusta —bromeó, y Colette sonrió.

—No me hagas reír que me duele. —Soltó una breve carcajada—. Pero sí, a veces asusta.

—Yo perdí a mi padre cuando tenía once años y no supe gestionarlo muy bien. A raíz de eso, me aterrorizan los sentimientos intensos. Después, mi madre... Bueno, digamos que rehizo su vida y se olvidó de mí; pasaba mucho tiempo solo. Supongo que me abandonó cuando más la necesitaba.

Colette se estremeció al oír su historia. Aunque sus padres no solían mostrar afecto, siempre había sabido que podía contar con ellos. Sin embargo, Lachlan no había tenido eso; los había perdido a ambos.

—Lo siento muchísimo, Lachlan. —Giró el rostro hacia él y le dio un beso en la mandíbula; su barba le hizo cosquillas en los labios. Colette entendió por fin por qué era tan reticente a estar con ella: temía el abandono y los sentimientos más profundos—. Gracias por contármelo.

Tenía la sensación de que le resultaba muy difícil hablar de eso, que no lo compartiría con cualquiera, por lo que se sintió especial.

—Son cosas que pasan. —Se encogió de hombros.

A pesar de que le había contado lo de sus padres, Colette sospechaba que se guardaba algo más.

—¿Sabes que necesito? —dijo para relajar la tensión del ambiente y distraerlo.

—Estoy a tus pies. Pide lo que quieras, *aingeal*. —Sonrió.

—Mmm... Así que no puedes decirme que no —murmuró Colette.

—Vale, quiero echarme atrás —bromeó.

—Ya no puedes. —Se echó a reír—. Ya sabes que estoy decorando la casa de Helena Evans. ¿Me venderías una de tus mesas para su comedor?

Lachlan rio. Sabía que se había quedado prendada de sus piezas desde que le había preguntado por el ebanista que había realizado sus mesas.

—Hecho. Acabo de terminar una con seis sillas. Has tenido suerte. — Cuando hablaba, su potente voz le retumbaba en el pecho y Colette podía sentirla en la espalda. Era muy reconfortante y... excitante.

—Genial. La he tenido en mente desde el principio y casi he reformado esa habitación basándome en la mesa.

—Vaya, que confianza en una misma... —se burló de ella.

—Pues sí. Sabía que te rendirías ante mí. —Rio.

—Sin duda, he caído rendido a tus pies, mi *aingeal*. —Le apartó el pelo y le rozó el cuello con los nudillos con suavidad. Después, depositó allí un tierno beso, que la hizo estremecerse y soltar un gemido.

Ese hombre tenía la capacidad de hacerle sentir mil y una sensaciones a la vez. Desde que Lachlan había entrado en la habitación, su cuerpo había reaccionado ante él y, en cuanto la tocó, se había sentido segura y excitada.

Colette giró la cabeza para encontrarse con su mirada azul verdosa. Advirtió cómo Lachlan posaba los ojos sobre sus labios y, después, los desviaba para mirarla a los ojos. Ella hizo el mismo recorrido por su rostro y se mordió los labios para reprimir un gemido de deseo. Lachlan alzó una mano y le acarició los labios con el pulgar muy suavemente; Colette sintió un cosquilleo en el sexo. Cerró los ojos para disfrutar más de su caricia.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida y me mata verte así de herida —susurró con su habitual voz ronca, que le atravesó el cuerpo.

—Seguro que estoy horrible. —Sonrió.

—Nunca. —La miró con tanta intensidad que Colette pensó que le penetraba el alma.

Entonces, Lachlan se inclinó y le rozó los labios con los suyos. Aquella simple caricia la removió por dentro. El corazón le latía con fuerza, pidiendo más, y se le erizó la piel. Él le lamió los labios y Colette los entreabrió en una clara invitación. Sin embargo, Lachlan pegó sus frentes y le rozó la nariz con la suya con los ojos cerrados.

—Lachlan...

—No puedo. No puedo mantenerme alejado de ti, pero es lo que tengo que hacer —dijo con firmeza mientras le daba un dulce beso en la frente.

—No digas eso. No quiero que te apartes de mí.

—Querías si supieras toda la verdad sobre mí y no estoy preparado para

eso —murmuró al tiempo que enterraba la cara en su cuello e inspiraba, como si quisiera coger fuerzas y grabarse su aroma en la memoria. Después, se levantó de la cama, que Colette sintió completamente vacía y fría.

—Eso no lo sabes. No hay nada que puedas decir o hacer que borre mis sentimientos hacia ti. Por favor, Lachlan, dame una oportunidad. Intentémoslo. —Colette lo miró con la esperanza de transmitirle lo importante que era para ella, que podía confiar en ella. Él pareció dudar, pero negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No estoy preparado.

—Me marcharé. No puedo seguir así. Lo quiero todo de ti, pero no me has ofrecido ni la mitad. No me quedaré para sufrir. Te quiero, Lachlan, y quiero estar contigo, pero si la situación no va a cambiar, si nuestras idas y venidas van a seguir igual, me marcharé y no volveré —lo decía muy en serio.

Después de que la hubieran atacado y de haber tenido aquella conversación con su madre, había decidido volver a la ciudad con Rachelle y Andrew. Si no lo había hecho antes había sido por él, pero estaba harta de sufrir. Si las cosas seguían así, se iría después del evento benéfico en honor a su padre.

—Quizá sea mejor así —convino mientras se frotaba la cara.

¿Cómo? Acababa de declararle su amor. ¿Es que no significaba nada para él? ¿Tan poco creía en sus sentimientos?

—¿Lo dices en serio? —sollozó.

Llorar delante de él era patético, pero sus palabras dolían.

—¡Joder, Colette! No llores. No es por ti, sabes que me importas. Dios, eres la única persona que me importa en esta puta vida.

Se arrodilló al lado de su cama y le cogió la mano que no tenía herida. Se la llevó a los labios y le besó los nudillos con tanta ternura que el corazón de Colette latió de dolor. Ese gesto la rompió por dentro.

—Entonces, deshazte de tus miedos y quédate conmigo... —lloró.

—No puedo, *aingeal*. No soportaría ver la repugnancia en tu preciosa mirada. Soy un desastre de hombre y, hasta que no esté bien conmigo mismo, no podré estar contigo.

Colette sacudió la cabeza sin comprender a qué se refería; se negaba a creer que iba a perderlo para siempre. ¿Qué había hecho que lo hacía pensar que sentiría repugnancia hacia él?

—Entonces, ¿no hay nada que pueda hacer o decir para que cambies de opinión? ¿Dejarás que me marche? —preguntó en un último intento de hacerlo recapacitar.

—No quiero hacerte daño ni arrastrarte conmigo —se limitó a responder mientras se ponía en pie.

—Me haces daño alejándome de mí.

Lachlan le acarició el rostro con tanta delicadeza que le dolió.

—No debí dejar que pasara nada de esto. Lo lamento.

—¿No sientes nada por mí? —preguntó con el corazón roto; sabía que estaba perdiendo la poca dignidad que le quedaba, pero le daba igual. Él lo merecía.

—No, Colette. No siento lo mismo que tú. Solo quería pasarlo bien contigo, pero esto se nos ha ido de las manos. No estamos en el mismo punto, lo siento.

Colette se quedó paralizada al escuchar su respuesta. Su corazón se detuvo y un frío glacial la recorrió entera. Se había estado burlando de ella, nunca había querido nada serio con ella. Solo quería pasárselo bien.

—No te creo, no lo dices en serio... —susurró Colette.

Capítulo 22

Colette

Lachlan soltó una risa amarga.

—Lo digo muy en serio. Ahora que la policía se encarga de tu seguridad, ya puedo dejar de preocuparme. Era lo único por lo que me mantenía cerca de ti, no quería que te mataran —dijo con ese tono frío que tan bien conocía.

—¿No querías que me mataran? ¿Eso he sido para ti? ¿Una carga? Me niego a creerlo, no puedes hablar en serio —insistió, dolida. Era imposible que todo lo que había vivido con él, sus besos, sus caricias, sus palabras, se redujera a que había sentido lástima o alguna especie de responsabilidad.

—No has sido una carga. Me gustas, pero nada más.

Colette odiaba ese tono tan distante. Sentía que no valía nada para él, pero había percibido su preocupación. Lachlan sentía algo por ella, se lo había dicho, ¿o se lo había imaginado todo?

Al principio, fue ella quien lo buscaba, pero después había sido mutuo, ¿no? Ya no sabía qué pensar. Le dolía la cabeza y las heridas, tanto las físicas como las emocionales.

—Entonces, ¿qué demonios haces aquí todavía? ¿Por qué me haces creer que soy importante para ti? Lárgate. —Se tumbó en la cama y cerró los ojos con fuerza para intentar contener las lágrimas.

—Está bien. Espero que te mejores. Adiós, Colette —se despidió antes de salir por la puerta.

El corazón de Colette se hizo añicos. Había llegado a amar a ese hombre

y estaba segura de que él también sentía algo por ella. Quizá aquello que escondía le impedía luchar por ella, no lo sabía. Sin embargo, eso no le daba derecho a tratarla así o a decirle cosas tan crueles.

Todo se le vino encima y empezó a llorar. Por el dolor físico, por sentirse sola, por el miedo que sentía a que volvieran a atacarla y por el dolor que había dejado Lachlan en su interior. Lloró durante horas.

Lachlan

Se sentía el peor hombre de la Tierra cuando salió de la habitación del hospital. Se despreciaba a sí mismo y el dolor lo consumía. Sus sentimientos por Colette eran infinitamente más grandes que todo el miedo que estos le provocaban, pero ella no debía saberlo. No podía decirle la clase de hombre que había sido y que, cuando se veía sobrepasado, volvía a ser. Como cuando ella estaba cerca y le mostraba su afecto, o cuando se alejaba de él.

Escucharla decir que lo quería le había llegado a lo más hondo de su alma podrida, pero también había despertado al monstruo. Tenía miedo; estar con ella era muy intenso y no podía arriesgarse a que lo odiara si le contaba toda su mierda. Entonces, sí que moriría. No quería recaer, pero las ganas de beber siempre estaban ahí y, cuando estaba con ella y después se iba, aumentaban. Tenía que cortar todo aquello de raíz, antes de que Colette lo abandonara y no pudiera levantar cabeza.

No sabía exactamente cuándo se había colado así en su corazón y en su alma. ¿Fue cuando la vio cubierta de barro? ¿O quizá en el momento en que le confesó que moriría si no la besaba? No tenía ni idea, pero ya no importaba: se olvidaría de ella. Colette se marcharía y todo volvería a ser como antes.

Colette

El día del evento benéfico en honor a su padre se acercaba. Le habían dado el alta hacía un par de semanas y, poco a poco, se iba recuperando. Todavía llevaba el brazo vendado, pero ya no tenía que cargar con la pesada escayola. Había dedicado cada segundo de sus días a acabar el proyecto de Helena y a organizar el evento. Se había mantenido ocupada para no pensar en quien no debía. Después de la gala y en cuanto atrapasen al hombre que intentaba matarla, se marcharía de nuevo a la ciudad con Rachelle y Andrew. Abriría su propia empresa de decoración costara lo que costase y se olvidaría de todo aquello.

Se había ido a vivir a la casa de campo para arreglar la relación con su madre, pero había aceptado que algunas cosas eran difíciles de cambiar. Al menos, Beatrice parecía feliz con Alfred. De momento solo eran amigos, o eso le decían, pero Colette no era tonta y veía que se querían. Su madre no había sido cariñosa con ella ni con su padre, pero con Alfred se comportaba de manera diferente. Como había estado convaleciente y tenía que organizar el evento con ella, habían pasado más tiempo juntas y Colette se daba por satisfecha con eso. Beatrice le había preguntado varias veces por Lachlan, pero ella siempre respondía que habían tomado caminos distintos. Parecía que su madre se alegraba.

Lo echaba muchísimo de menos. Él le aportaba seguridad y la había hecho sentirse acompañada, deseada y querida. No obstante, todo había sido una mentira. Por las noches soñaba que estaba con él y que él le decía que la amaba y que quería estar con ella, pero sabía que eso jamás ocurriría. No quería recordar sus conversaciones por miedo a ver cosas que no eran y crearse falsas esperanzas, pero no podía evitar pensar en su masculina voz, en sus manos grandes y duras sobre su piel. Recordaba sus fuertes y venosos brazos alrededor de su cuerpo, su olor a madera, a hierba fresca y a algo que solo era suyo, su forma de llamarla *aingeal*. Se había enamorado irremediabilmente de ese pelirrojo. Durante esos días, había esperado que Lachlan se presentara en su casa, al menos para preguntarle si estaba bien, pero se había llevado una decepción; se había marchado de su vida para siempre.

Estaba de camino al pueblo, donde había quedado con Rachelle y Andrew para guiarlos hasta su casa. Los había invitado a ir días antes del acto

benéfico que tendría lugar ese sábado. Su idea había sido irse con ellos el domingo, pero como todavía no se había resuelto lo de su agresor, no pensaba que fuera seguro para ellos hacerlo.

La policía seguía trabajando en el caso. Le habían dicho que tenían un par de sospechosos y que todo indicaba que los ataques estaban relacionados con los negocios de su padre. Al parecer, lo habían denunciado varias veces por estafa, algo que ni su madre ni ella sabían. A Colette no le sorprendía; su padre rara vez hablaba con ella, y mucho menos compartía asuntos de negocios. No obstante, era extraño que no le contara a su madre que había tenido problemas legales. A no ser que quisieras ocultarlo, esas cosas se comentaban. Nunca habría pensado que su padre estaba metido en asuntos turbios, pero tampoco es que lo conociera muy bien. ¿Habría más secretos entre sus padres?

Aparcó el coche cerca del parque donde habían acordado encontrarse. Se moría por verlos; eran su familia, incluso más que su propia madre. Eran los mejores amigos que jamás había tenido. Siempre había sido una niña solitaria y, cuando se habían acercado a ella, había sido por ser «hija de». Por ese motivo, nunca tuvo amigos de verdad hasta que los conoció a ellos. Rachelle era tan transparente que Colette se quedó maravillada por su personalidad y no le costó nada abrirse a ella.

El móvil le vibró en el bolsillo y lo sacó. Era un mensaje de Rachelle; la informaba de que llegarían unos diez minutos tarde por culpa de un atasco. Suspiró y, después de contestarle, decidió ir a dar una vuelta para hacer tiempo. Aunque seguía asustada por lo que había ocurrido, no iba a dejar que eso la afectara para siempre. No pensaba permitir que un loco le hundiera la vida.

Entró en el parque y se limitó a caminar para intentar que su mente no conjurara imágenes de ella postrada en una cama de hospital o algo peor. Al menos, el parque estaba lleno de gente paseando a sus mascotas, de niños jugando bajo la atenta mirada de sus padres y deportistas haciendo ejercicio. Eso la tranquilizó. Hacía buen tiempo y, aunque el viento era frío, el sol daba un calor muy agradable. Como el parque no era muy grande, enseguida llegó a la salida y decidió volver al coche dando un rodeo.

Sus ojos se desviaron hacia un hombre alto con el cabello cobrizo. Se detuvo de golpe y el corazón le dio un vuelco. Era él, lo reconocería en

cualquier parte. Venía de frente por la otra acera. Llevaba la barba más larga y descuidada; estaba muy guapo, pero, a decir verdad, tenía un aspecto bastante desolador. Sus ojos se clavaron en los suyos y Colette sintió un escalofrío; su mirada le abrasaba el cuerpo y el alma. Se moría por dar un paso hacia él, que la tocara y abrazara como solo él sabía hacerlo. Sin embargo, Lachlan dijo que no. No lo escuchó porque estaba un poco lejos, pero le leyó los labios perfectamente. Esa palabra la dejó completamente helada. Él la había engañado, realmente no sentía nada más por ella que simple deseo.

«No, Colette. No siento lo mismo que tú. Solo quería pasarlo bien contigo, pero esto se nos ha ido de las manos. No estamos en el mismo punto, lo siento».

Esa confesión habían resonado en su cabeza cada maldito segundo de cada día desde la última vez que se vieron en el hospital. Su corazón ya roto se resquebrajó todavía más. Amaba a ese hombre y haber sido una simple diversión para él la mataba. Colette percibió la súplica en su mirada para que no se acercara y eso la destruyó. Tenía que salir de allí. Si lo miraba un segundo más, comenzaría a llorar como una idiota.

Inspiró profundamente y se giró para volver a su coche. «Maldita sea la hora en que he decidido dar un paseo», se lamentó mientras intentaba contener las lágrimas. ¿Por qué dolía tanto? Se sentía estúpida. Nunca había expresado tan claramente sus sentimientos por nadie y prácticamente le había gritado a Lachlan que lo amaba. Había sido una idiota por ir detrás de un hombre que no tenía ningún interés en ella. Sin embargo, sus gestos decían otra cosa. No estaba loca, ¿verdad? ¿O se lo había imaginado porque era lo que ella deseaba? De todas formas, él no la quería en su vida, así que ya estaba todo dicho. Tendría que pasar página y estaba convencida de que todo sería más fácil cuando volviera a la ciudad con Rachelle y Andrew.

Llegó a su coche justo cuando sus amigos acababan de aparcar. Rachelle salió disparada del vehículo para abrazarla y Colette se sintió un poco mejor cuando su amiga la envolvió entre sus brazos. Necesitaba ese abrazo.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien? —preguntó Rachelle mientras se separaba un poco para mirarla a la cara. De repente, Colette comenzó a llorar y abrazó a su amiga de nuevo—. Tranquila, no pasa nada. Todo saldrá bien —intentó consolarla.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? —preguntó Andrew, preocupado. Segundos después, notó su mano en la espalda.

—Andrew, ¿puedes traerle un poco de agua? —pidió Rachelle a su prometido.

—No hace falta —sollozó Colette—. Estoy bien, de verdad. Madre mía, ¡qué vergüenza! Estoy haciendo el ridículo —murmuró con la cara enterrada en las manos.

—No digas tonterías —replicó Andrew, y la abrazó—. Suéltalo todo.

—Iré a por agua de todas formas —comentó Rachelle antes de marcharse.

Colette se dejó abrazar por Andrew: no quería que nadie la viera llorar en medio de la calle.

—Lo siento. No sé qué me pasa —sollozó.

—No te disculpes —contestó Andrew y, después, le dio un beso en la cabeza mientras le acariciaba la espalda.

—Ten, bebe un poco —exigió Rachelle cuando volvió junto a ellos. Colette se separó de Andrew y bebió ante la atenta mirada de sus amigos—. Y, ahora, quiero que nos lo cuentes todo, porque dudo mucho que te hayas puesto a llorar por la alegría de vernos. —Rachelle sonrió.

Colette le devolvió la sonrisa e inspiró.

—No lo sé. Supongo que es por el estrés y porque me alegro mucho de que estéis aquí.

—Oye, ¿por qué tienes el brazo vendado? ¿Y todas esas heridas y hematomas? —Rachelle la miró, inquisitiva.

—¿Podemos ir a mi casa antes de que empieces con la entrevista, señorita periodista? —bromeó Colette para aparentar tranquilidad.

—A mí no me engañas con tus bromitas —la reprendió mientras se apartaba el pelo negro y liso.

Afortunadamente, su madre y Alfred no estaban cuando llegaron a casa; habían ido a ultimar algunas cosas para el evento. Al día siguiente, vendrían los profesionales a montarlo todo y a dejarlo preparado para la fiesta.

Después de que Colette les enseñara la casa y los acompañara a su

habitación, Rachelle no quiso esperar más y salieron a sentarse en la terraza. Entonces, comenzó el interrogatorio.

—¿Y bien? ¿Por qué esa venda? ¿Y las heridas y morados? ¿Ha pasado algo con ese policía? —preguntó, preocupada.

Rachelle ya había puesto al corriente a Andrew de todo lo que ella le había contado; no le importaba. De haber estado con ellos, también se lo habría contado a él. Los quería mucho a ambos y sabía que podía confiar en ellos plenamente.

—Sí, pero no tiene nada que ver. Llevo la venda porque me han atacado o, mejor dicho, intentado matar —susurró.

—¿¡Cómo!?! —exclamaron sus amigos al unísono.

—Pero ¿en qué se ha convertido tu vida? —preguntó Rachelle—. ¿Estás bien?

—Colette... —Andrew la instó a contárselo todo mientras cada uno le apretaba una mano con cariño.

—Sí, lo estaré. Es decir, me curaré físicamente. Al parecer, el hombre que me atacó hizo negocios con mi padre, que resulta que eran un poco fraudulentos, y puede que se trate de una venganza.

—¡Joder! ¿Por qué no nos avisaste? Habríamos venido a por ti —dijo Andrew, y Rachelle asintió.

—Por eso no has vuelto a casa, ¿verdad? —inquirió su amiga con seriedad.

—Aunque me hubiera ido, habría podido encontrarme igual —contestó, obviando la pregunta de la morena.

—¿Y qué ha dicho la policía? —preguntó Andrew.

—De momento, lo están buscando. Hay un par de sospechosos.

—¡O sea, que podría estar en cualquier parte! —Rachelle se asustó.

—Tranquila... No creo que intente nada ahora que la policía le sigue la pista —intentó calmar a su amiga, aunque ella misma no estaba del todo convencida.

Colette había visto sombras que se parecían a ese hombre. El miedo la acompañaba siempre, pero no se permitía pensar mucho en ello.

—Eso no me tranquiliza. —«A mí tampoco...»—. Menos mal que ahora estamos aquí y no te dejaremos ni un minuto sola. —Rachelle la abrazó y

Andrew se levantó para rodearlas a ambas con los brazos.

Colette se sintió mejor al instante. Su madre era quien debía decirle algo así, pero no lo había ocurrido, tampoco lo habría querido. No obstante sabía que Beatrice se preocupaba por ella a su manera.

Capítulo 23

Colette

Colette no podía dejar de pensar que en cualquier momento ese hombre saldría de la nada y la atacaría. Sabía que se estaba volviendo paranoica, pero realmente necesitaba recibir la llamada del comisario que llevaba su caso para informarle de que lo habían atrapado. Puesto que corría peligro, le habían recomendado que no volviera a la ciudad hasta que todo se solucionara. Sin embargo, Colette quería marcharse; allí no le quedaba nada. Su madre estaba bien, pero ella no. Sabía que, si se iba, no se olvidaría de Lachlan por arte de magia, pero estaba segura de que la ayudaría a encauzar su vida y olvidar los meses que había pasado allí. Lo había estado pensando y cada vez tenía más claro que debía marcharse con Rachelle y Andrew el domingo, pero no estaba del todo segura.

Faltaba un día para que tuviera lugar el evento en honor a su padre y esperaban a gente muy importante. La recaudación de artículos para la subasta también había sido muy generosa y su madre estaba muy contenta. La verdad era que no parecía una madre preocupada por que hubieran intentado matar a su hija.

Sus amigos estaban en la terraza disfrutando de un copioso desayuno. Colette bajó para unirse a ellos. Se había levantado tarde porque no había podido dormir mucho pensando en el encuentro del otro día con Lachlan. ¿Por qué no podía olvidarse de ese hombre? De repente, el timbre sonó y Colette fue a abrir la puerta.

—Buenos días. ¿Colette Dubois? —preguntó un repartidor.

—Sí, soy yo —contestó, extrañada. Ella no había pedido nada.

—¿Me firma aquí? —Le tendió un lector y fue a ayudar al otro hombre a buscar su paquete.

No tenía ni la menor idea de qué se trataba, pero entonces vio cómo la sacaban del camión. Estaba envuelta, pero era claramente una mesa. El corazón le dio un vuelco.

—¿Dónde quiere que la dejemos?

—Ah, sí, por aquí. —Los guio hasta el garaje y les indicó dónde podían dejarla. Después de la mesa, vinieron las sillas a juego y Colette no podía estar más asombrada.

Lachlan le había enviado aquello para la casa de Helena, tal y como le había dicho que haría cuando estuvo en el hospital. No se lo podía creer. Era un gesto muy amable por su parte que solo conseguía volver a encender la esperanza de importarle a Lachlan más de lo que él admitía.

—¿Tengo que pagar algo? —preguntó cuando ya lo habían descargado todo en el garaje.

—No, señorita, está todo en orden. Adiós —se despidió el hombre.

—Vale, muchas gracias. Adiós —contestó desde la puerta, todavía sin creerlo.

Hacer esos muebles era su trabajo, su medio de vida, y se los había regalado. No podía aceptarlos.

—¿Qué han traído? —interrogó Rachelle, curiosa, a su espalda.

Colette se giró.

—Unos muebles para la casa en la que estaba trabajando —explicó intentando aparentar que no estaba perpleja ante ese gesto de Lachlan.

—¿Y los han traído dañados o algo? —inquirió su amiga.

—No. ¿Por qué lo dices? —Colette no sabía a qué se refería.

—Por tu cara de «no puede ser». —Soltó una carcajada y se llevó las manos a la cara, como si se tratara del cuadro de Munch.

—Los muebles están bien. Es solo que no los esperaba.

—¿Te habían dicho que no los tenían en la tienda o algo así? —preguntó Rachelle mientras caminaba hacia el garaje, muerta de curiosidad.

Colette la siguió de cerca.

—No, no es eso...

—¡Ostras! ¡Son preciosos, Colette! —exclamó su amiga cuando apartó el plástico que envolvía la mesa.

—Sí que lo son —convino, y apartó más el envoltorio para acariciar la magnífica pieza, como si de alguna manera eso la conectara con Lachlan.

Era una mesa de madera oscura con muchos detalles, muy parecida a la que tenía él en su casa.

—Deben de costar una pasta, ¿no?

—Supongo —contestó, ensimismada con el dibujo de una flor en el centro. Era preciosa, hecha con mucha elegancia y precisión.

—¿Cómo que lo supones? —Se echó a reír—. ¿No los has comprado tú?

—No... Es un regalo.

—Ay, dios. ¿Ha sido él? ¿Esto es suyo? —preguntó Rachelle, asombrada. ¿Cómo lo había adivinado? ¿Lo tenía escrito en la cara o qué?

—No es que sea suyo, es que lo ha hecho él, pero es demasiado. No puedo aceptarlo. Le pagaré.

—No sé qué decirte, Colette. Quizá lo ha hecho porque se siente culpable por lo que te dijo en el hospital.

—No creo. No te lo conté para no preocuparte, pero me lo encontré el día que os fui a buscar al parque —le confesó a su amiga.

—¿Qué? ¿Y qué pasó? ¿Por eso llorabas? —inquirió, angustiada, al tiempo que posaba una mano sobre su hombro.

—Sí, en parte sí. Fue muy claro, no quiso que me acercara. No pasó nada, simplemente me dijo «No» y se marchó. Estoy preocupada, porque parecía muy abatido. No lo sé, quizá son imaginaciones mías... Sé que tengo que pasar página, pero me preocupa —explicó Colette.

Recordó aquella noche que pasó en su casa y se lo encontró en el taller después de haberlo destrozado todo. Jamás olvidaría esa mirada y se parecía mucho a la que le había visto en la calle el otro día. No había querido pensar mucho en ello para no caer en la tentación de ir a verlo, pero ahora las cosas habían cambiado. Él había dado el primer paso, seguía pensando en ella. ¿Significaba algo? ¿O estaba demasiado obsesionada? Seguramente era lo segundo.

—Ay, cariño... Creo que le estás dando demasiadas vueltas—dijo

Rachelle, confirmando sus sospechas.

—Lo sé, pero Lachlan tiene un problema. Me dijo que había algo que no quería contarme, algo que me haría rechazarlo y que por eso me aleja de su lado. Aunque a veces dudo y creo que son cosas mías, que en realidad lo interpreto como quiero y que él realmente no siente nada por mí. Es complicado.

—Ay, dios, tenéis un lío tan grande que ni vosotros mismos os entendéis. —Rachelle la hizo sonreír—. Lo único que puedo decirte es que hagas lo que realmente desees hacer. Si crees que debes luchar por él y todavía quieres intentarlo, hazlo. Pero, si vas a sufrir sin motivo, mejor déjalo marchar. —Le dio un beso en la mejilla y la dejó sola con sus pensamientos.

¿Qué debía hacer? Ya había tratado de acercarse a él varias veces y siempre resultaba herida. Si él no daba su brazo a torcer, ella no podía entrar en su corazón. Sabía que había algo que lo hacía actuar así, pero todo se reducía a si ella era lo bastante importante como para que él lo superara o no.

El día de la gala benéfica había llegado y todos tenían algo que hacer. Su madre era la que más estresada estaba, dando órdenes a la gente que habían contratado. Colette daba las gracias por tener algo que hacer para mantener la cabeza ocupada y no pensar en Lachlan.

Finalmente, se había decidido y se había presentado en su casa el día anterior, pero había sido una cobarde y se había limitado a dejar una carta en la que agradecía su gesto junto a un cheque de cinco mil euros; esperaba que fuera suficiente para pagar unas piezas tan magníficas y de tan alta calidad. También había contratado a una empresa de mudanzas para que le llevaran los muebles a Helena, que le había escrito para decirle lo maravillosos que eran.

Colette no sabía si a esas alturas lo habría visto ni qué habría pensado respecto a su carta. No había puesto gran cosa, se dirigía a él como si fuera un simple empresario al que le había comprado unos productos. No quería que pensara cosas que no eran, aunque, en realidad, sí que eran. Esperaba que al menos la hubiera abierto y no la hubiera tirado directamente a la basura, como había hecho con su corazón.

Decidió que ese día lo iba a dedicar por completo a su padre, incluso

había escogido un poema del libro que le regaló para leerlo durante el discurso. Estaba muy nerviosa, pero ilusionada. Aunque no conocía mucho a su padre, sabía que ese gesto le hubiera hecho sonreír. Después de comer, Rachelle y ella se encerraron en la habitación de Colette para realizar una sesión de maquillaje y peluquería a la altura de las grandes pasarelas.

Beatrice había pensado en todo y la imagen de la familia era siempre lo primero, por lo que se tomaba muy en serio el estilo de ese evento. Seguramente acudiría la prensa para hacerse eco del evento benéfico en nombre del gran bróker Jeff Dubois, al cual acudiría la gente más importante de la zona. Además, algunos periódicos habían hecho pública la noticia de los trapos sucios de Jeff, que amenazaban con destruir la impecable imagen de la familia. Eso era algo que su madre no podía permitir y por eso se estaba esforzando el doble para que todo saliera más que perfecto.

El equipo de vestuario de su madre había elegido un precioso vestido de satén plateado con un escote pronunciado y una abertura en la pierna que iba desde la rodilla hasta el suelo. Los zapatos eran de tacón alto y del mismo color, muy elegantes y finos. Le ondularon el cabello rubio y le aplicaron un maquillaje muy sutil: resaltaron sus ojos azules y, en los labios, un toque rosado con brillo. Tenía que admitir que habían hecho un buen trabajo. Se sentía muy guapa y *sexy*.

—¡Dios mío! Pareces una estrella de cine. Estás guapísima, Colette — exclamó su amiga, que no se quedaba atrás.

Rachelle llevaba un vestido largo y ceñido a la cintura con motivos florales; iba muy elegante y sofisticada. Le habían recogido todo el pelo hacia atrás en una coleta alta que realzaba sus preciosas facciones, sobre todo sus ojos color chocolate y sus labios rojos, que se llevaban toda la atención.

—¿Y tú te has visto? ¡Estás preciosa!

—Lo sé. Espera a que me vea Andrew, no querrá separarse de mí. — Ambas se echaron a reír—. Sois todos maravillosos —felicizó Rachelle al equipo que las había vestido y maquillado. Ellos sonrieron.

Salieron a buscar a Andrew, que se deshizo en halagos para ambas y, sobre todo, se veía incapaz de apartar sus labios de Rachelle. Llevaba un esmoquin negro y se había engominado el pelo moreno hacia atrás; también estaba muy guapo. Colette sonrió mientras los miraba. Eran perfectos el uno para el otro y estaba muy feliz por ellos, pero tenía que admitir que sentía un

poco de envidia. Ella también quería eso con Lachlan. «Basta, Colette, no te atormentes», pensó.

Cuando llegaron a la sala donde Beatrice la esperaba para hacer la gran entrada juntas, sus amigos se marcharon con el resto de invitados, que ya habían llegado. Alfred estaba junto a su madre, cómo no.

—Estás preciosa, Colette —la halagó la mujer.

—Gracias, mamá, tú también.

Ella había elegido un vestido negro, largo y muy elegante. Llevaba el cabello recogido en un moño y su maquillaje era ligero.

—Las dos lo estáis —comentó Alfred con una sonrisa amable.

—Queremos hablar contigo, Colette. Creo que ha llegado el momento de que lo sepas —dijo su madre igual de seria e imperturbable que siempre.

—¿Tiene que ser ahora? Los invitados nos esperan.

—Colette tiene razón, Beatrice. Creo que podemos esperar hasta después del evento —añadió Alfred, y puso las manos sobre los hombros de su madre.

Probablemente querían decirle que estaban juntos. No le sorprendía, aunque sí le dolía que fuera tan pronto. Hacía poco más de un par de meses que su padre había fallecido y, a pesar de que sabía que su madre nunca había estado enamorada de su padre, no le parecía del todo bien. No obstante, tampoco tenía nada en contra de Alfred, porque él había hecho más por ella que su propio padre.

—Está bien, pero hay cosas importantes que queremos contarte. Después tenemos que hablar.

Se preocupó al oír esas palabras.

—Vale, pues ya hablaremos después —les dijo con cierta reticencia.

Su madre asintió.

Capítulo 24

Colette

Colette estaba un poco nerviosa por lo que su madre y Alfred tenían que contarle. Quizá querían irse a vivir juntos o algo por el estilo, pero, por la gravedad en la voz y en la cara de Beatrice, Colette no creía que fuera nada de eso. Por suerte, no tenía mucho tiempo para darle vueltas porque, cada dos segundos, había alguien que la interceptaba y la felicitaba por su trabajo en casa de Helena o le daba el pésame por la pérdida de su padre. Los medios de comunicación también solicitaron su presencia y la de su madre. Les hicieron una breve entrevista, que Colette aceptó por Beatrice y para que la memoria de su padre no se viera manchada, no porque realmente le apeteciera salir en los periódicos.

Era muy abrumador. Había mucha gente que se acercaba a ella y le hablaba, aunque ella no sabía quiénes eran. Por no ser maleducada, no preguntaba. Todos querían estar con ella y su madre para darles el pésame. Sabía que su padre era un hombre influyente. Siempre estaba ocupado viajando, acudiendo a eventos importantes o en el club de campo, pero aquello era demasiado.

Finalmente, pudo deshacerse de la gente y salir a tomar aire fresco. El jardín estaba precioso; el sol brillaba con fuerza y la gente parecía pasarlo en grande. Se escuchaba música de orquesta de fondo y había mesas repletas de comida y bebida deliciosas.

No tardaron en anunciar el comienzo de la subasta, que tendría lugar en el

espacioso salón que habían habilitado para el evento. Eso le daría un respiro de las incesantes charlas. Se sentó en las primeras filas junto a Rachelle, Andrew y Alfred mientras su madre daba su discurso, en el que honraba a su difunto marido y daba las gracias por la gran acogida de la gente. Se ganó muchos aplausos.

Todo aquello le parecía muy frívolo. Se suponía que el evento era un bonito gesto dedicado a la memoria de su padre, pero su madre lo estaba convirtiendo en un medio de granjearse amistades y reputación. A cada minuto que pasaba, Colette se sentía más incómoda. Encima, la familia Carter estaba allí y Brad no le quitaba los ojos de encima, cosa que no ayudaba a calmar su inquietud.

Después, el maestro de ceremonias explicó las normas y el funcionamiento de la subasta y la dio por comenzada. Cada objeto era más valioso que el anterior y todos se vendían a precios desorbitados. Al menos, saldría algo bueno de todo eso: recaudarían mucho dinero para varias ONG.

Tras subastar unos cuantos objetos, le tocó el turno a un reloj de pared del siglo XIX. A Colette le maravillaban esos relojes estilo chalet hecho de madera de la Selva Negra, en Alemania. Con esa forma típica de cabaña que recordaba a la Edad Media, le parecían una auténtica preciosidad. Había pensado pujar no más de mil euros por el reloj, pero alguien se le adelantó con un precio que era exagerado incluso para esa pieza. Todos los invitados se giraron hacia esa profunda voz que Colette conocía tan bien, aunque esa vez contenía algo que no era habitual. Se quedó congelada, con el corazón desbocado y todo el cuerpo en tensión.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el subastador.

—He dicho cinco mil euros —repitió esa voz, que no reflejaba la firmeza de siempre. Lo escuchó acercarse hacia el escenario—. ¿No me oye o qué? —gruñó Lachlan, vacilante.

Todo el mundo comenzó a murmurar y a mirarlo con desaprobación. Lo sabía porque aquella gente era igual que su madre y la cara de Beatrice lo decía todo. Colette observó cómo ella le susurraba algo al subastador y este asentía.

—¡Joder! ¡Que quiero el puto reloj! —gritó, totalmente fuera de sí.

—Dios, ¿de dónde ha salido este loco? —susurró Rachelle a su lado.

Colette se sintió abochornada y se puso rígida. ¿Cómo podía hacerle una

cosa así? ¡Estaba borracho! Sentía su mirada en la nuca, desafiándola a que le reprochara que usara el dinero que ella le había pagado por sus muebles. No tenía ninguna duda de que era eso lo que lo había empujado a presentarse allí.

—Lo siento, señor, pero la subasta es solo para aquellos que se han inscrito previamente. Le agradecería que se marchara.

—Joder... ¡Putos ricos de mierda!

Colette no sabía qué hacer. ¿Levantarse y sacarlo de ahí? No podía hacerlo si no quería ofrecer un nuevo titular que ensuciara la buena imagen de los Dubois. Sin embargo, tampoco podía dejar que Lachlan hiciera el ridículo de esa manera. No comprendía qué le pasaba. ¿Por qué hacía aquello? Se retorció las manos con nerviosismo, totalmente perpleja y avergonzada. Desvió los ojos hacia su madre, que la miraba como si hubiera cometido el peor de los crímenes.

Se giró, dispuesta a sacar a Lachlan de ahí. No le importaba lo que pensaran los demás, esa situación era insostenible. Sus miradas chocaron. Los ojos de Lachlan, de ese color azul con motas verdes tan bonito, estaban inyectados en sangre, y tenía ojeras, como si no hubiera dormido en días. Se tambaleaba y tenía el cheque que le había dado en una mano. Lo alzó en dirección a Colette como si fuera una copa y estuviera haciendo un brindis y, después, lo rasgó por la mitad.

Ella abrió los ojos como platos. ¿Era algún tipo de venganza? Si no quería su dinero, simplemente habría bastado con no cobrar el cheque. No entendía a qué venía todo aquello. Su corazón estaba igual de roto que el papel. La mirada de Lachlan, clavada en ella como si no hubiera nadie más en la sala, pasó del odio al dolor, o eso pensó Colette. Fue entonces cuando la seguridad que su madre había contratado hizo acto de presencia y se lo llevaron de allí sin armar más alboroto.

Colette se quedó inmóvil mientras veía cómo lo sacaban de la sala. Su corazón latía furioso y decepcionado.

Lachlan

«¡Joder, no!», pensó mientras aquellos tipos no más altos que él lo echaban de la casa. Eso no le importaba, lo que lo mataba era la expresión de Colette. Había conseguido precisamente lo que más temía. Había vuelto a caer, se había dejado llevar por el dolor, por el odio, por sus fantasmas. Ver su cara de decepción lo había despertado de golpe de la embriaguez. Era un capullo. Se había comportado como un loco, pero es que, cuando la vio dejar aquel sobre en su puerta y vio el cheque y leyó aquella carta tan fría, tuvo la sensación de que él no valía nada y volvió a sentirse abandonado, como cuando su padre murió y su madre lo dejó tirado en el momento en que más la necesitaba.

Antes de abrir la botella de lo primero que había cogido en la gasolinera, se había recordado a sí mismo que él solito se lo había buscado. Había sido el único culpable por haber hecho creer a Colette que ella no había sido más que un pasatiempo. Lo había hecho intentando no recaer y, al final, ahí estaba, tirado en el suelo como un borracho estúpido, lo que era. Sus sentimientos descontrolados habían ganado la batalla otra vez y, ahora que empezaba a estar más lúcido, se sentía más perdedor que nunca.

No quería que lo viera así, pero ya era demasiado tarde. Si antes la había perdido, después de ese día seguro que jamás la recuperaría. Daba igual. Colette pertenecía a ese mundo perfecto y elegante, lleno de billetes y joyas, y él solo era un alcohólico que había echado a perder todos esos años de rehabilitación por ser un cobarde, por no saber controlar sus sentimientos. Igual que la primera vez. Tenía tanto miedo de que volvieran a abandonarlo, de sentir de nuevo lo que sintió cuando su madre lo dejó tirado, que se dio a la bebida cuando el círculo se repitió con la que se suponía que iba a ser su esposa. No lo soportó y encontró refugio en el alcohol. Lo perdió todo. Y, ahora, estaba cometiendo los mismos errores con Colette, solo que esta vez era él quien causaba el sufrimiento.

No podía más. Necesitaba un respiro de sentir, de sufrir, de intentar convencerse de que estaba mejor sin Colette cuando, en realidad, era ella quien estaba mejor sin él. Así que lo único que se lo ocurrió cuando acabó con todo el alcohol que había comprado en la gasolinera y que ni de lejos había sido suficiente para borrarla de su mente fue entrar en el primer bar que encontró abierto y seguir bebiendo para olvidar todo aquello, para olvidar el

dolor y la vergüenza por haber recurrido de nuevo a su adicción. Solo quería olvidarla a ella, su sonrisa, sus preciosos ojos de ángel, su *aingeal*.

Mientras se levantaba del suelo a duras penas, una puerta se cerró tras él con mucha fuerza y, en unos segundos, Colette estaba a su lado.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo has podido hacerme algo así? —Estaba llorando de impotencia y rabia. Se estaba cumpliendo lo que él más había temido—. Esto era importante para nosotras. ¡Era en honor a mi padre y tú te presentas borracho y gritando como un loco! ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no dejas de hacerme daño? ¿Te divierte? ¡Contesta, joder! —Le dio un golpe en la espalda y, después, otros dos. Dejó que se desahogara; se merecía cada insulto y cada golpe que ella quisiera darle—. ¿No tenías bastante con humillarme en el hospital? —La fuerza de sus golpes fue disminuyendo hasta que dejó de pegarle y cayó de rodillas.

El corazón de Lachlan se rompía con cada lágrima que ella derramaba por su culpa. No merecía ni una de ellas.

—Colette, lo siento. Yo... —Intentó ayudarla a ponerse en pie, pero ella lo fulminó con la mirada y le apartó las manos de un manotazo.

—¡No te atrevas a tocarme! Apesta a alcohol —espetó—. No sabes el daño que me has hecho. ¡Estoy enamorada de ti, joder! Y tú... Dios, todo esto es culpa mía —sollozó mientras se tapaba la boca, arrepentida de haberle dicho que lo amaba.

Lachlan quería morir por causarle tanto dolor. Quería dar marcha atrás y cambiarlo todo, no haber aparecido nunca en su vida y así evitar herirla de ese modo. Era un miserable.

—Te dije que esto saldría mal...

—¿Encima te regodeas? ¡Eres un capullo!

¡Joder! No paraba de cagarla. Cada vez que abría la boca, lo empeoraba y no ayudaba mucho que el alcohol todavía corriera por sus venas. No podía pensar con claridad.

—Colette... —la llamó una chica morena desde la puerta. Se acercó a ellos corriendo y la ayudó a levantarse—. Tenemos que irnos. La prensa...

Colette se secó las lágrimas y se irguió. Estaba preciosa a pesar de que las lágrimas habían emborronado parte de su maquillaje. Le dirigió una mirada que se le clavó en el alma y supo que esa sería la última vez que la vería incluso antes de escuchar sus palabras.

—No vuelvas a acercarte a mí. No quiero verte en mi vida. —Y, después, se marchó con la otra chica.

Sabía que debía dejarla marchar. No quería herirla más y él solo conseguiría hacerla todavía más desgraciada. Un único pensamiento le vino a la mente: volver a beber para olvidar todo el dolor que había causado a la única persona que le había dado más que ninguna otra en su vida. Solo por el hecho de querer estar con él ya lo había hecho sentirse un poco mejor consigo mismo y él la había humillado de tantas formas que se daba asco. No se merecía vivir ni ser feliz. A decir verdad, con ella se iba la poca esperanza que había tenido en la vida de ser alguien que mereciera la pena.

Cuando se giró para marcharse, vio a alguien detrás de un árbol y un destello que lo alertó. La adrenalina le recorrió el cuerpo y el miedo se hizo un hueco en su corazón. No lo pensó dos veces y corrió hacia Colette. Tiró de ella y de su amiga y las protegió con su cuerpo y la fachada de la casa.

—¿Qué coño haces?

Colette se revolvió, pero, entonces, una bala pasó zumbando por su lado y le rozó el brazo a Lachlan. Le quemó, como si lo hubieran marcado con un hierro candente, pero no era nada comparado con el dolor de un corazón roto. Ambas gritaron y Colette se hundió en su pecho. Lachlan se estremeció al volver a sentirla tan cerca.

—Tiene una pistola —susurró.

Entonces, los de seguridad salieron, alertados por el disparo. Primero los miraron a ellos, pero, en cuanto el hombre que había disparado salió corriendo hacia el bosque, lo persiguieron.

—¡Rachelle! —Un hombre salió gritando por la puerta, asustado—. ¡Rachelle!

—Aquí —contestó la morena.

El hombre se acercó rápidamente hacia ellos y Lachlan se apartó.

—¿Estáis bien? —Las abrazó a ambas y Lachlan sintió la imperiosa necesidad de apartarlo de Colette. Todo su cuerpo le pedía a gritos que lo hiciera, pero no podía: ella no le pertenecía.

—Sí, él nos ha protegido —dijo la tal Rachelle.

—Llévatelas dentro. Podría volver —exigió Lachlan al otro hombre. No se atrevió a mirar a Colette.

—Gracias, tío.

Lachlan asintió y, luego, se giró para marcharse. Allí ya no hacía nada.

Colette

Horas después, Colette seguía viendo la espalda grande y ancha de Lachlan mientras se alejaba de su vida para siempre. Se había quedado paralizada al oír el disparo tan cerca de ella. «Podría haber muerto», se repetía para sus adentros. Cuando consiguió calmarse y todo el mundo se hubo ido, se enteró de que habían cogido al hombre que le había disparado. El comisario la había llamado para decirle que se trataba del mismo hombre que la había atacado y que, como ellos sospechaban, buscaba venganza. Por culpa de su padre, ese hombre estaba en la ruina y quería hacérselo pagar a su familia.

Cuando volvió de comisaría bien entrada la noche, su madre, que ni siquiera la había acompañado y ni se había dignado a preguntarle cómo estaba, empezó a reprenderla.

—¿Ves? ¡Esto pasa cuando te relacionas con gente como esa! —le reprochó—. Reza para que sea la obra de caridad que hemos hecho en honor a Jeff lo que salga en las portadas y no ese loco borracho, o peor, lo del intento de asesinato —amenazó.

Colette estaba rota por dentro. El hombre que amaba le había pisoteado el corazón y un loco había intentado matarla el mismo día. Las palabras de su madre solo la hundían más en el pozo oscuro en el que se encontraba en esos momentos. Había estado a punto de morir. ¡Por dios! ¿No tenía sentimientos?

—Espero que hayas aprendido la lección. Está claro que solo se había acercado de ti por la fama —gritó Beatrice, hecha una furia.

Su madre era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella misma y cómo le afectaba todo lo que había sucedido ese día. Colette conocía a Lachlan, o la parte que él le había mostrado, y sabía que él no buscaba eso. Lachlan era un capullo arrogante que se creía con derecho a tratarla como le diera la gana, pero no le gustaba la gente y lo último que quería era ser

conocido. No sabía qué era lo que le había pasado por la cabeza para presentarse allí borracho.

—Y con respecto a lo otro... —continuó hablando su madre—. Sé que no ha sido culpa tuya, pero podrías haber tenido más cuidado. ¿Vas a decir algo o te vas a quedar callada? No me digas que, después de todo, sigues pensando que le importas.

No, claro que no. Ya le había dejado claro antes de ese numerito que ella solo había sido un pasatiempo para él. Pero, entonces, ¿por qué había aparecido allí tan cabreado? ¿Por qué había visto en sus ojos que de verdad se arrepentía de lo que había hecho? ¿Por qué la había protegido? ¡Incluso había resultado herido! Lachlan se había marchado con el brazo ensangrentado.

No podía dejar de pensar en sus ojos azules y verdes cuando le había dicho que no quería verlo en la vida. Parecía devastado... Y eso la mataba por dentro.

—No, madre, no pienso quedarme callada. Eres una insensible y una egoísta. ¡Han intentado matarme! ¿Es que eso no te remueve algo por dentro? Yo también siento mucho que todo se haya estropeado, pero...

—Más te vale sentirlo —replicó su madre, y puso los brazos en jarra—. Y por supuesto que he estado preocupada, pero no te ha pasado nada.

—Eres... Eres... ¡Dios! —gruñó, frustrada.

—¡Colette! Más te vale hablarme con respeto, yo no te he educado como a una cualquiera. Esto me pasa por permitir que vayas con alguien de su clase.

—Beatrice puso cara de asco—. Quiero que te marches lejos y no vuelvas a ver a ese energúmeno.

Colette miró a su madre con los ojos abiertos como platos. Le dolía que lo tratara así, aunque tendría que estar acostumbrada a esas alturas. A pesar de que se merecía cada palabra por todo lo que le había hecho, la joven seguía amando a Lachlan, y que dijera esas cosas de él le hacía pedazos el corazón. La forma en que había aparecido esa tarde, fuera de control y gritando como un loco, había estropeado ese evento tan importante para ella, dedicado a su difunto padre y en el que su madre y ella se habían volcado de lleno. Aunque le había salvado la vida, jamás podría perdonarle que se hubiera presentado borracho en mitad de la subasta. Las lágrimas pugnaban por salir, pero no iba a llorar delante de su madre. Sabía que marcharse y no volver a verlo era lo

mejor, pero necesitaba una explicación, necesitaba saber por qué. Por desgracia, nunca lo sabría.

—Me iré mañana a primera hora, como tenía previsto. Ya no tienes que preocuparte, porque nuestros caminos jamás volverán a cruzarse.

Capítulo 25

Colette

Al día siguiente, Colette se levantó sin ganas, agotada tras haber pasado una de las peores noches de su vida. En los ratos en los que había podido conciliar el sueño, la habían atormentado las pesadillas sobre Lachlan entrando en el evento y destruyéndolo todo, saliendo en los periódicos y su madre volviéndose loca por la imagen de la familia. En otros sueños, simplemente se presentaba ante ella ebrio y le decía que ojalá no la hubiera conocido nunca y que había acabado así por culpa suya. Había sido una noche horrible. Solo quería marcharse y olvidarse de todo.

Se levantó lentamente de la cama y fue al baño a arreglarse. Estaba hecha un desastre; sus ojos, normalmente brillantes y cálidos, estaban apagados e hinchados por haberse pasado la noche llorando, y tenía las ojeras demasiado marcadas por culpa del cansancio. Estaba fatal. Se maquilló para ocultar su deplorable aspecto, pero no fue suficiente: se veían con claridad los signos de un corazón roto.

Dio un respingo sobresaltada cuando alguien llamó a la puerta de su habitación; había estado demasiado inmersa en sus pensamientos. Se miró una última vez en el espejo y se dio por imposible. Luego, fue a abrir.

—Menos mal. Pensé que te habías quedado dormida —dijo Rachelle mientras entraba en su habitación—. ¿Todavía estás en pijama?

—Solo tengo que vestirme y bajo —respondió señalando la ropa que había elegido la noche anterior: unos tejanos ajustados y un jersey fino de

color negro.

—Vale. Andrew ya está desayunando, se ha levantado muy pronto. Si quieres, te espero y desayunamos juntas. Buenos, te espero y punto. —Sonrió y se sentó en la cama sin darle tiempo a contestar.

—Si querías verme desnuda, no hacía falta que te inventaras esa excusa —bromeó Colette, porque sabía que Rachelle había advertido su expresión triste.

—Ja, ja, me parto. —Le sacó la lengua.

Mientras se quitaba el pijama y se cambiaba de ropa, se instauró un silencio en la habitación que Colette sabía que no duraría mucho. La pregunta no tardó en llegar.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Colette...

—Rachelle...

—No seas cría, anda. ¿Vas a contarme qué pasó?

—No pasó más de lo que viste. Se presentó borracho y me abochornó a mí y a mi familia. No pienso volver a verlo, punto. No hay más que contar.

—Pero él te importa. De lo contrario, no habrías estado llorando —afirmó, perspicaz.

—¡Claro que me importa! Ya lo sabes, pero lo que hizo... ¿Tanto me odia?

No quería llorar otra vez. Saber que no volvería a verlo y pensar que él pudiera sentir tanto odio o rencor hacia ella le partía el corazón y tensaba todavía más el nudo que tenía en la garganta desde el día anterior. Lachlan no era quien había creído. Nunca imaginó que haría una cosa así solo por el placer de verla sufrir, era mezquino.

—Sé que no estuvo bien y que es un capullo por haber hecho algo así, pero me fijé en su mirada cuando llorabas en el suelo. Ese hombre estaba arrepentido y te miraba como si fueras lo más precioso del mundo y lo hubiera pisoteado. No me malinterpretes, estoy de tu parte, ya lo sabes, pero solo quería que lo supieras. No creo que lo hiciera para hacerte daño.

Colette observó fijamente a su amiga sin saber qué decir. ¿Era verdad lo que decía Rachelle? Ya daba igual. Por muy arrepentido que estuviera, no

podía cambiar lo que había hecho. Él había elegido actuar así y no lo perdonaría en la vida.

Mientras acababa de recoger sus cosas, vio el libro de poemas. Quería llevárselo. Cuando fue a cogerlo, se le cayó al suelo abierto por una página, Colette no pudo evitar leer:

DERROTADA

*Me siento derrotada de una manera inexplicable,
todo se desmorona a mi alrededor.*

*Mi mundo ya no es imperturbable,
está lleno de dolor.*

*Me siento derrotada por aquel al que amo,
abatida por sus actos.*

Se sentía exactamente así y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Colette? —la llamó su amiga al ver que se había quedado mirando el libro.

Ella se recompuso rápidamente e intentó aparentar serenidad.

—Ya estoy. Me muero de hambre, vamos a desayunar —dijo, sonriendo, pero, a juzgar por su cara, su amiga no se lo había tragado en absoluto.

Mientras ellas acababan de desayunar, Andrew se dedicó a meter todas sus cosas en el coche.

—¿No vas a despedirte de tu madre? —preguntó Rachelle una vez acabaron de recoger la mesa.

Era muy temprano, por lo que Beatrice todavía estaba en su cuarto, cosa que Colette agradecía. No quería verla.

—No quiero molestarla —mintió.

Su amiga conocía sus verdaderos sentimientos y, por eso, no dijo nada.

El viaje que había hecho para mejorar su relación con su madre y hacerla un poco más feliz había acabado en drama. Se iba con el vínculo con su madre

más frío que nunca y, encima, con el corazón roto por un hombre que había despertado sentimientos en ella que jamás creyó que sentiría por nadie y del que no sabía absolutamente nada. Desde el principio, Lachlan había sido esquivo y contradictorio con sus sentimientos y acciones. Aunque tenía sus motivos, no los había querido compartir con ella porque, a la vista estaba, no le había importado nada.

Un total y absoluto desastre de viaje. Lo único bueno era que había conseguido un trabajo que le había dado el empujón que necesitaba para abrir su propio negocio. Al menos tenía algo claro: iba a triunfar como diseñadora de interiores. No cesaría en su empeño hasta conseguirlo.

Mientras se subía al coche, observó la casa de campo por última vez. No volvería allí, al menos en un largo tiempo. Los recuerdos eran demasiado dolorosos y, aunque Lachlan había estado allí en tres ocasiones, todas ellas habían sido muy intensas. La última había sido la peor. Inspiró profundamente para intentar olvidar el gran desastre en que se había convertido todo aquello.

Llegaron a su apartamento sobre las diez de la noche. Habían hecho varias paradas a lo largo del día, algunas más de las necesarias para comer y estirar las piernas. Seguramente sus amigos estaban preocupados por ella y querían distraerla parando para ver sitios y hacer un poco de turismo en algunos pueblos. Colette había intentado animarse, hablar y sonreír, pero solo tenía ganas de encerrarse en su habitación y estar sola. Todos los sentimientos pugnaban por salir de su cuerpo y le estaba costando un mundo retenerlos. Había tratado con todas sus fuerzas de no pensar en Lachlan ni en qué lo había llevado a comportarse así. No quería darle más vueltas, de verdad que no, pero no podía evitarlo.

—¿Seguro que no quieres quedarte con nosotros? —preguntó Rachelle por enésima vez cuando llegaron a la puerta de sus respectivos apartamentos.

—Que no, estoy bien. Dejad de preocuparos. —Sonrió.

—No me creo nada esa sonrisa, pero, bueno, sabes que estamos aquí al lado y que, si no quieres estar sola, solo tienes que llamar, ¿vale? —Rachelle la abrazó.

Colette empezaba a acostumbrarse a sus muestras de afecto y ya no reaccionaba con tanta frialdad, así que le devolvió el abrazo.

—Vamos, cariño, solo quiere descansar —dijo Andrew mientras agarraba a su novia del brazo y la apartaba de Colette.

Se lo agradeció.

—Vale, vale, no quiero ser pesada —replicó la morena, y Colette sonrió con tristeza.

—Buenas noches, chicos —se despidió antes de girarse para abrir la puerta de su casa.

—Buenas noches —contestó al unísono la pareja.

Cuando Colette cerró la puerta, se apoyó en ella y soltó todo el aire que había estado conteniendo. Todo estaba a oscuras, volvía a estar sola. Tampoco se habría sentido más arropada por su madre en la casa de campo, pero sí por Lachlan. «Basta, Colette, se acabó», se reprendió. Tenía que aceptar que jamás volvería a verlo, que no iba a perdonarlo por haber hecho una cosa tan rastrera, por haberle causado tanto dolor con sus desplantes y sus comportamientos dispares. Ese hombre no era para ella, nunca lo había sido y nunca lo sería, por lo que tenía que pasar página.

Dolía igualmente. Se abrazó a sí misma, odiándose por seguir queriendo sentir su abrazo, su protección y sus labios sobre los suyos. Lachlan se había metido en su alma. Recordó su forma de llamarla, su poderosa voz, el tacto de su piel electrizante contra la suya, su manera de mirarla cuando le dijo que ella le gustaba, sus palabras, sus tormentos... Una lágrima traicionera resbaló por su mejilla y Colette se la limpió con rabia. Encendió la luz y fue directa a ducharse. Luego se acostó, aunque no pudo dormir demasiado.

Durante las semanas siguientes, no se permitió pensar ni sentir dolor. Se había puesto manos a la obra con su proyecto, que apenas la dejaba descansar, pero eso le gustaba; la mantenía muy ocupada. Había estado buscando un local por la zona más céntrica de la ciudad. Sabía que eso le saldría un poco más caro, pero valía la pena porque allí estaba la mejor clientela. También había estado trabajando en el diseño de su tienda y había contratado a una diseñadora web, para que sus clientes vieran algunos de sus mejores trabajos, entre los que había incluido la casa de Helena. También había contactado con los medios de comunicación y tenía previsto hacer una gran inauguración el mes siguiente. Se había puesto en contacto con los profesionales de muebles, pinturas y decoración más prestigiosos de la zona para hacer negocios y todo

le estaba saliendo a pedir de boca.

—¿En serio no puedes quedar para comer? —se quejó Rachelle al otro lado de la línea.

—No, ya te lo he dicho. Estoy muy ocupada esbozando los diseños para la tienda y buscando *catering* para la inauguración —contestó por el manos libres mientras seguía haciendo anotaciones sobre la distribución de la tienda.

—No es sano, Colette, apenas comes y duermes. Sé que es importante para ti, pero tienes que tomarte un respiro.

—Si vas a empezar con lo mismo, te cuelgo. Estoy bien.

Pero no lo estaba, y ambas lo sabían. Había adelgazado mucho y cada día se sentía más débil y agotada. Dormía muy poco por las noches y no era porque no estuviera cansada, sino porque, cuando se acostaba, sus pensamientos corrían libres e iban a sitios y personas que ella no quería recordar.

—Haz lo que te dé la gana, pero como no vengas a cenar esta noche a casa, ya te puedes ir olvidando de nosotros. No quiero una amiga que se desvive por el trabajo y no se cuida.

Colette se sintió mal; sabía que no estaba actuando como debía. Se había alejado de todos y se había centrado en lo que la mantenía más ocupada. Había evitado a Rachelle y a Andrew para que no fueran testigos de lo mal que lo estaba gestionando todo, pero tenía que coger el toro por los cuernos y solucionar las cosas. Dejó lo que estaba haciendo y cogió el teléfono.

—Lo siento mucho, Rachelle. No quería preocuparos. Es solo que estoy un poco estresada por todo lo de la inauguración, pero allí estaré. Te lo prometo.

—Bien. Y ya te he dicho muchas veces que si necesitas ayuda, yo puedo ayudarte.

—Ya lo sé, gracias.

—Bueno, hablamos esta noche. Ven a las nueve.

—Genial, nos vemos luego.

Colette se recostó en la silla de su despacho, todavía vacío; solo disponía de su mesa de trabajo, un ordenador y la silla. Abajo se escuchaba el ruido de los trabajadores, que estaban reformando el local. Miró por la ventana y pensó en lo que le había dicho Rachelle. Era cierto que había dejado de

cuidarse. Lo sabía, pero no le había dado mucha importancia. ¿Cómo había permitido eso? Su trabajo era importante, pero, en realidad, se había centrado tanto en él para no pensar. Se había convertido en una adicta al trabajo; no descansaba ni comía y su cuerpo empezaba a protestar. Pues eso iba a cambiar, no podía seguir por ese camino.

Por fin se dio un respiro y comió como debía en la cena que Rachelle había preparado; estaba todo buenísimo. No se había percatado de cuánto había necesitado pasar un rato con sus amigos hasta esa noche. Se alegraba mucho de que Rachelle le hubiera abierto los ojos.

—Prométeme que mañana te tomarás el día libre, que no harás nada a parte de dormir, descansar y venir aquí para pasar una tarde de pelis y helado —insistió Rachelle.

—Que sí. Sé que me he pasado con lo del proyecto y que tengo que descansar, lo he pillado. —Se echó a reír—. Gracias.

Y, por primera vez, fue Colette quien abrazó a Rachelle.

—No hay de qué. Aquí estaré siempre que necesites un golpe de realidad. Ambas rieron.

Capítulo 26

Colette

Por fin había acabado la inauguración. Todos los invitados se habían ido y a Colette solo le quedaba esperar a que los empleados que había contratado para la gran apertura de su negocio recogieran y se marcharan. Al día siguiente, vendría el servicio de limpieza para dejar la tienda como nueva.

Estaba agotada, pero todo había ido sobre ruedas. Ya tenía dos clientes, que se pasarían la próxima semana para que les hiciera un presupuesto para la redecoración de la casa de uno y del restaurante del otro. Había salido mejor de lo que esperaba, y, gracias a su apellido, la prensa había acudido como moscas a la miel. Alfred y su madre habían hecho acto de presencia, aunque Colette sabía que su madre lo había hecho más por la imagen que por apoyarla. No hablaron en casi toda la noche, solamente se dirigieron las palabras de rigor. Todavía estaba enfadada con su madre por su falta de tacto y su frialdad. En realidad, sabía que Beatrice no iba a cambiar, por lo que debería de empezar a aceptar que las cosas entre ellas siempre serían así.

La prensa había comenzado a especular sobre la relación entre su madre y Alfred, aunque Beatrice quería mantenerlo en secreto por respeto a Jeff. Colette no hacía mucho caso a ese tipo de noticias, pero le estaban dando demasiada importancia. Supuso que era porque Alfred no pertenecía a su clase social, sin contar con que había servido a la familia durante mucho tiempo. También estaba el hecho de que sus padres jamás habían estado enamorados y a veces Colette dudaba de que su madre fuera capaz de amar a

otra persona que no fuera a ella misma. No obstante, si su madre había aceptado a Alfred en su vida era porque realmente sentía aprecio por ese hombre. De lo contrario, Beatrice Larue jamás se habría relacionado con alguien como él.

Rachelle y Andrew se habían ido pronto porque al día siguiente trabajaban, así que, cuando todo el mundo se fue, ella hizo lo mismo. Antes de salir, observó aquel pequeño gran logro con ilusión y miedo. Esperaba que todo saliera bien y que su sueño se hiciera realidad. Se esforzaría al máximo, crecería y aprendería todo lo que le fuera posible.

Colette sonrió, orgullosa de todo lo que había conseguido, mientras cerraba la puerta del local y se dirigía a su coche. Era bien entrada la noche y, aunque sabía que el hombre que había intentado matarla ya estaba entre rejas, todavía temía que alguien la asaltara en cualquier momento. Oyó pasos a su espalda y se sobresaltó, por lo que empezó a caminar más deprisa. El corazón le latía a un ritmo frenético y agarró su bolso con fuerza. Pero, entonces, una mujer rio tras ella y Colette se giró: era una pareja que estaba tonteando. Soltó el aire. Nadie la seguía.

Llegó hasta su coche y se marchó a casa, sintiéndose como una idiota. No podía estar siempre asustada, pero la situación que había vivido la había cambiado. También él la había cambiado. «No, Colette, no pienses en él otra vez. Se acabó», se reprendió. Desde que había vuelto, no se había permitido pensar en él, en cómo estaría y qué sería de su vida, si sabría que había abierto su propio negocio de decoración. Lachlan no parecía un hombre de los que leían revistas del cotilleo, pero quizá se había enterado por otros medios. ¿Querría volver a verla? ¿Y ella? ¿Quería volver a verlo?

Esa noche permitió que su mente vagara por los recuerdos que tenía con él. Lo anhelaba, lo echaba de menos, pero su corazón seguía demasiado roto. Pensó en su olor a madera y a hierba fresca con un toque de fuerza que solo poseía él, y no pudo evitar que un par de lágrimas cayeran sobre la almohada. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cicatrizaría su corazón algún día? Por el momento, no lo creía.

Un mes después de abrir oficialmente su negocio, Colette estaba pletórica

porque tenía muchos clientes. A pesar de que al principio había sido gracias a la prensa y al nombre de su familia, ahora la gente se quedaba maravillada con su trabajo y la recomendaban. Su fama estaba subiendo como la espuma y ya había hecho varias entrevistas para importantes revistas de moda y diseño de interiores. Había tenido que contratar a un pequeño equipo, pues ella sola no daba abasto con todos los encargos. Mike y Loretta eran increíbles; tenían mucho talento y la ayudaban en todo lo que podían y más. Se habían convertido en buenos amigos y, gracias a ellos, estaba levantando su negocio.

Ese día iba con mucha prisa. Tenía que reunirse con dos clientes que vivían muy lejos el uno del otro. Normalmente citaba un mismo día a clientes de la misma zona, pero estas dos viviendas eran de personas demasiado importantes y, si no quería perderlos, tenía que ir ella misma ese día. Entró muy temprano en la oficina, como todos los días, y se puso con el papeleo pendiente antes de irse. Loretta y Mike llegaron una hora después. Como era costumbre, entraron en su despacho para organizar las agendas y repasar qué tenían previsto para esa semana.

—Buenos días —saludaron al unísono sus empleados tras llamar a la puerta.

—Buenos días, chicos. —Colette les sonrió—. Esta semana va a ser movidita. En nada tengo que ir a visitar a un par de clientes importantes, así que ya sabéis lo que os toca —explicó antes de instarles a que se sentaran frente a ella.

—Sí, no te preocupes. Estaremos al tanto y, en cuanto nos envíes los planos y las indicaciones, nos pondremos a ello —dijo Loretta, confiada. Tenía un par de años más que ella y era alta y pelirroja, muy mona.

—Tú confía en nosotros. —Mike, más despreocupado, sonrió.

Colette sabía que podía confiar plenamente en ellos.

—Bien. ¿Qué tenéis vosotros? —preguntó. Parecía que ellos también tendrían mucho trabajo, porque tenían que supervisar las reformas de un par de clientes—. Bien, perfecto. Pues manos a la obra.

Se levantó y recogió las cosas que necesitaba.

—Sí, jefa —bromeó Mike. Acababa de salir de la facultad y Colette había decidido darle una oportunidad. Sus ideas innovadoras y frescas lo hacían único.

Después de despedirse de su equipo, se dirigió a la casa de su primer

cliente, que había solicitado que fuera ella quien acudiera a la reunión. Colette no se extrañó por eso; la gente famosa era muy reservada y, si contrataban a alguien, querían a ese alguien, no a su ayudante, socio o lo que fuera. Por lo que le había dicho su secretaria, era un actor muy aclamado que no quería revelar su identidad hasta la reunión. Colette no sabía a qué venía tanto misterio, pero estaba acostumbrada.

Una hora después, llegó a una de esas urbanizaciones tan caras y vigiladas en las que solo vivían famosos y hasta tuvo que dar su nombre en la entrada. Cuando pasó el control, se dirigió a donde le habían indicado. Aparcó delante de una mansión y bajó del coche mirando a su alrededor. Las casas eran enormes y tenían jardines muy bien cuidados; incluso habían algunos jardineros podando los árboles y las plantas.

Colette se moría por saber quién vivía allí, así que no perdió más tiempo y, a las diez de la mañana, tal y como habían quedado, llamó al timbre. La puerta era de madera maciza e, inevitablemente, pensó en quien no debía. Negó con la cabeza para quitarse esas ideas y una voz sonó por el interfono, preguntando quién era. Colette contestó y enseguida se oyó el clic que indicaba que alguien estaba abriendo la puerta. Una mujer de unos cincuenta años salió; le recordaba a su madre por la frialdad en su mirada y su actitud altiva. Era muy elegante y vestía un traje de chaqueta y falda negra, muy parecido al suyo. Era más alta que ella a pesar de que Colette llevaba tacones.

—Buenos días, señorita Dubois. Soy Ronda Whise. —Le tendió la mano.

—Encantada —contestó Colette, sin saber si era su clienta o no. No le sonaba su nombre, por lo que, si era una actriz famosa, no la conocía.

—Sígueme —la instó, y Colette la siguió hasta una sala de estar decorada con muy buen gusto. Si esta era la habitación que querían reformar, no sabía qué demonios hacía allí.

Predominaban los colores crema y caramelo. Estaba un poco pasado de moda, pero casaban con la elegancia de la casa y su personalidad. Detrás de ellas, apareció una chica que, a juzgar por su forma de vestir, era del servicio.

—Puede esperar aquí. El señor Mclean bajará enseguida. ¿Quiere tomar algo? ¿Un té, un café o algún refresco? —preguntó la mujer.

—No, nada. Muchas gracias. —Sonrió mientras tomaba asiento. Ese apellido sí que le sonaba y mucho.

—Bien. —La mujer hizo un gesto con la mano y la chica del servicio se retiró—. No tardará en llegar. Ha sido un placer, señorita Dubois.

Y, sin darle tiempo a contestar, ella también desapareció.

Colette estaba nerviosa. No era tímida, pero no saber con quién se había citado la inquietaba. Sacó el móvil y buscó «Mclean» en Google. La pantalla se llenó de entradas a páginas web, redes sociales e imágenes de Aiden Mclean, un famoso actor de acción y el hombre más *sexy* del planeta, según las revistas. Colette sí que lo conocía. ¿Esa era su casa? Era guapísimo: pelo negro, ojos azul claro, alto y fuerte.

—¿Está espiándome, señorita Dubois? —preguntó una voz masculina a su espalda en tono jocoso.

Era Aiden Mclean, que miraba su móvil por encima de su hombro. Colette dio un respingo y se le cayó el teléfono sobre la mullida alfombra blanca. Se puso nerviosa.

—Yo... Lo siento mucho, no era mi intención. Es que...

—No se preocupe. Yo también la espí a usted. —Esbozó una sonrisa perfecta y blanca.

Colette se ruborizó mientras él se agachaba, cogía el teléfono del suelo y se lo tendía. Era un hombre muy atractivo, de eso no cabía duda. Iba vestido con un jersey negro y unos tejanos que parecían más caros que todo el traje de Colette.

—Gracias.

—No hay de qué. —Le guiñó un ojo.

—¿Le importa si vamos al grano? Tengo un poco de prisa —dijo Colette, directa.

—Claro —convino antes de sentarse frente a ella.

—¿Qué le gustaría hacer? —preguntó Colette mientras sacaba su tableta para apuntar las indicaciones del cliente y pasárselas directamente a su equipo.

—Me gustaría cenar con usted —respondió, sonriendo.

—¿Cómo dice? —inquirió con las cejas arqueadas—. Señor Mclean, he venido aquí por trabajo.

—Y yo se lo agradezco. Está contratada.

—¿Qué? ¿No quiere ver el presupuesto primero ni decirme qué es lo que

voy a tener que hacer?

—Quiero que rediseñe la casa entera. La he comprado hace poco y no parece mi hogar. Necesito que la adapte a mí y, para eso, tiene que conocerme, razón por la cual la invito a cenar esta noche.

—Señor Mclean, yo...

—Aiden, por favor. Me hace sentir viejo y solo tengo unos pocos años más que usted. —Sonrió.

—No creo que sea apropiado, Aiden —murmuró Colette.

—Es una cena de negocios.

—No tengo por costumbre hacer cenas de negocios.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Señor Mclean... —Él arqueó una ceja—. Aiden, no me parece correcto que salgamos a cenar.

—¿Tiene novio, Colette? —interrogó entonces.

—No creo que debamos hablar de eso.

Era su cliente y no quería que se enfadara, pero esa conversación la estaba poniendo muy incómoda.

—Está bien. ¿Quiere ver la casa? —se rindió al fin, o eso esperaba Colette.

—Claro, así me haré una idea de lo que quiere y lo que no.

El *tour* fue de lo más normal y divertido. Aiden era gracioso; comentaba las cosas que odiaba de la casa y daba su opinión sobre los antiguos dueños. Colette cogió algunas ideas y descartó otras.

—¿Ya estamos? ¡La casa es enorme! —exclamó Colette.

—Lo es. El dinero no es problema, pero tampoco quiero que sea muy recargado. Quiero algo sencillo, que parezca un hogar, como te he dicho.

—Perfecto, no te preocupes. Pues me marcho ya. Ha sido un placer, Aiden.

—Lo mismo digo. Y, Colette, sigue en pie lo de la cena de esta noche. ¿Te lo pensarás? —insistió, serio.

Parecía realmente interesado en ella y eso la asustaba un poco. Era un cliente y, además, ella no quería más líos amorosos.

—Me ha encantado conocerte, pero por ahora tengo que declinar tu oferta —lo rechazó con educación.

—Bueno, seguiré intentándolo. —Sonrió, socarrón.

—¿Me has contratado porque te gusto físicamente? —se atrevió a preguntar.

—No solo eres preciosa, también he seguido tu trabajo. Era cliente de Matilda Swartz y algunos de mis conocidos me hablaron muy bien de ti, pero cuando le pregunté a Matilda me dijo que ya no trabajabas para ella y decidí buscarte. Me enamoré de ti en cuanto vi tu foto. —Le guiñó el ojo con picardía. Se notaba que estaba acostumbrado a regalar los oídos a las chicas.

—Se te da bien esto de embaucar a las chicas, ¿no? —dijo medio en broma.

—No lo creo. De lo contrario, habría conseguido que cenaras conmigo. —Soltó una carcajada.

Colette suspiró y supo que más tarde se arrepentiría, pero...

—Está bien, una cena, pero tienes que prometerme que tendremos una relación estrictamente profesional durante el tiempo que trabaje para ti.

—¿Y después?

—Bueno, tú, con tu vida, puedes hacer lo que quieras —dijo ella riendo.

—Hecho. Luego le pediré a Ronda que se ponga en contacto contigo para ir a recogerte. —Le tendió la mano, como si quisiera sellar su promesa.

—Adiós, señor Mclean.

—Adiós, señorita Dubois —dijo tras ella mientras se marchaba.

Capítulo 27

Colette

¿Qué demonios había hecho? A ver, solo era una cena para tenerlo contento y trabajar a gusto. Si le hubiera dicho que no, habría ido tras ella todo el tiempo que durara la reforma. No obstante, también había aceptado porque le apetecía salir con alguien que la ayudara a olvidar a Lachlan. ¿Y qué mejor para curar un corazón roto que un actor guapo y famoso? Aunque no acabara en nada, saldría y se lo pasaría bien esa noche.

Después de visitar a la otra cliente, se dirigió a la oficina para acabar de anotar las ideas que tenía para ambos y hacer el papeleo. No tardó en llegarle un mensaje de Ronda en el que le decía que pasarían a buscarla a las nueve a la dirección que ella indicara. Colette le dio la dirección de la tienda; no quería revelarle dónde vivía, por si acaso.

Cuando acabó algunas tareas, Colette pidió a Loretta y Mike que cerraran la tienda por ella. Ambos accedieron, sorprendidos, pues Colette nunca acostumbraba a irse antes que ellos.

Tenía que admitir que estaba un poco nerviosa. Era su primera cita desde hacía mucho tiempo y, aunque sabía que no iba a pasar nada con Aiden, que fuera su cliente lo complicaba todo. No tendría que haber aceptado, pero ya estaba hecho. Sería como salir con un nuevo amigo. Inconscientemente, pensó en Lachlan y se preguntó qué pensaría él de su cita con Aiden. Probablemente nada, porque no le importaba.

Las lágrimas pugnaron por salir de nuevo. Él seguía en su cabeza, en su

alma y en su corazón. Nunca antes se había sentido así por un hombre y sabía que no volvería a hacerlo. Lo suyo había sido amor a primera vista. Jamás había creído en esas cosas, pero con él había sido diferente, aunque, al final, había resultado ser igual que los demás.

Llegó a su casa con ganas de meterse en la cama y comer helado de chocolate como si no hubiera un mañana, pero tenía una cita. Se duchó y se preparó rápidamente. Colette se preguntó por qué Aiden se había fijado en ella; estaba segura de que habría estado con modelos y actrices que la superaban en belleza y elegancia, por lo que no entendía su insistencia. Además, por lo que había visto en internet, ligues no le faltaban. Se puso el vestido largo más elegante que tenía, de color blanco roto con un cinturón plateado ancho, y se recogió el cabello rubio en un moño alto. Se esmeró un poco con el maquillaje, aunque no se le daba muy bien. Aun así, quedó satisfecha con el resultado.

Cuando estuvo lista, volvió a la tienda para esperar a que la recogieran. No sabía si Aiden vendría a buscarla o la estaría esperando en el restaurante donde iban a cenar. Estaba un poco inquieta por si no sabían de qué hablar o por si metía la pata y perdía ese trabajo tan importante. Un coche enorme de color negro, de esos que seguían al presidente de turno en las películas, paró delante de la tienda. Por un instante, a Colette le aterrorizó ver los cristales tintados. ¿Y si era otro cliente de su padre que buscaba venganza? Se había convertido en un personaje público, no tardarían en encontrarla y no había nadie cerca. Se le aceleró el corazón. Estaba paranoica. Lo de aquel hombre que la había querido matar había sido un caso aislado. No debía preocuparse tanto... ¿verdad?

Un hombre trajeado salió del vehículo y Colette quiso echar a correr, pero respiró hondo, alzó la cabeza y caminó con decisión.

—¿Señorita Dubois? —preguntó el hombre.

—S... sí —vaciló un poco al responder.

—Soy Liam Montgomery, uno de los guardaespaldas del señor Mclean. ¿Me acompaña? La llevaré con él —explicó con voz amable y autoritaria a la vez, y Colette se relajó.

Rio para sus adentros por ser tan paranoica.

—Encantada, muchas gracias —contestó ella mientras el hombre le abría la puerta trasera.

El trayecto no fue muy largo, pero, en cuanto Liam aparcó, Colette se quedó paralizada. Estaba frente al restaurante más exclusivo y caro de la ciudad; tenía una larga lista de espera y siempre estaba lleno de gente importante. De repente, se sintió como una intrusa. Ese no era su mundo; quizá era el de su madre, pero no el suyo. Cuando Aiden fue en su busca, lo vio más claro todavía.

—Colette, estaba impaciente por verte. Estás preciosa. —Le dio un dulce beso en la mejilla.

Entonces, Colette escuchó el *flash* de una cámara y miró hacia el lugar de donde provenía el ruido.

—¿Acaban de hacernos una foto? —preguntó, preocupada.

No quería salir en los medios, y mucho menos en revistas de cotilleos. No había caído en que se arriesgaba a eso si salía con Aiden.

—Mierda. Debería haberte esperado dentro, pero tenía tantas ganas de verte... Lo siento. Será mejor que entremos.

Colette asintió mientras él le rodeaba la cintura con el brazo y la guiaba hacia el interior.

—No te preocupes, seguro que sales preciosa —le susurró al oído mientras esperaban al metre.

—¿Qué? —preguntó Colette, desconcertada.

—En la foto. —Sonrió con su dentadura perfecta.

—Ah, no lo había pensado. Me preocupa más lo que vayan a decir. Que nos hayan hecho una foto no quiere decir que la vayan a publicar, ¿no?

—¿Quién sabe? —Se encogió de hombros.

—Ay, dios. ¡Qué vergüenza! —exclamó ella, realmente inquieta por eso, y él se rio.

—No te preocupes. —Le dio un beso en la sien y la acercó más a él.

La cena fue entretenida; era como salir con un amigo de toda la vida para ponerse al día después de años sin verse. Aiden le caía muy bien, pero no creía que pudiera haber nada entre ellos. No era como cuando estaba con... «No, Colette. No los compares. Dios, pero ¿qué me pasa?».

—¿Estás bien? Te has puesto seria de repente —preguntó Aiden mientras le ponía su chaqueta sobre los hombros cuando se disponían a salir del restaurante.

—Sí, sí. —Sonrió—. Solo estaba pensando...

—¿Eso es bueno o malo? —Aiden se echó a reír.

—Ni una cosa ni la otra. —Colette se unió a él.

Aiden la cogió del brazo y la llevó hacia un rincón del vestíbulo.

—Me gustas mucho, Colette. Por favor, deja que te conquiste. Sé que no nos conocemos mucho y soy consciente de lo que se dice de mí en internet, pero no soy así, de verdad.

—Aiden, no es... —Colette se sintió fatal; tenía que ser sincera con ese hombre—. Lo siento, pero estoy enamorada de otro hombre. No será así siempre, pero todavía es muy reciente y no quiero herirte.

Aiden suspiró y dio un paso atrás.

—Lo entiendo. Una chica tan real como tú no podía ser para mí. —Colette entendió que aquellas palabras escondían mucho.

—Estoy segura de que hay una mujer real para ti. —Le dedicó una sonrisa dulce mientras le acariciaba el brazo.

—¿No tengo ninguna posibilidad? —preguntó él, haciendo una mueca.

—Prefiero que seamos amigos —contestó con sinceridad.

—Muy bien, pues un amigo es lo que tendrás. —Le tendió la mano y Colette se la estrecho con una sonrisa.

—Muchas gracias. Si no quieres seguir con lo de tu casa, no te preocupes. Lo entiendo perfectamente.

—¿Crees que solo te he contratado para ligar contigo? —Soltó una carcajada y Colette arqueó una ceja—. Bueno, vale, un poco sí, pero también me encanta tu trabajo. Ya te dije que te seguía la pista antes de saber que eras tan preciosa.

—Eres un zalamero. —Colette se echó a reír—. Pero gracias.

—No tienes que darme las gracias, lo digo en serio.

Cuando salieron del restaurante, una jauría de reporteros los estaba esperando. Les hicieron un montón de fotos y les preguntaron por su relación. Aiden se limitó a sonreír y la acompañó al coche. Liam los siguió.

—Madre mía, ¿siempre es así? —preguntó Colette cuando entraron en el vehículo.

—Desgraciadamente, sí. Uno aprende a vivir con ello. Lamento todo esto, mañana habrá un montón de chismes circulando sobre nosotros.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Bueno, un poco sí, por insistir tanto en salir conmigo y escoger un lugar tan público —bromeó, y ambos rieron.

—Soy un poco idiota a veces, pero no puedes culparme. Quería impresionarte. —Le guiñó un ojo.

—Pues lo has conseguido.

—No lo suficiente, al parecer.

Colette se limitó a sonreír con tristeza. Poco después, llegaron a su tienda.

—¿No prefieres que te dejemos en tu casa? Porque no me creo que vivas en tu oficina —ofreció Aiden.

—He dejado el coche en la calle de al lado, no te preocupes. —Bajó del vehículo y, para su sorpresa, Aiden la siguió.

No había nadie en la calle.

—Te acompaño.

—Gracias —dijo antes de empezar a caminar.

—Entonces, ¿nos vemos cuando vuelva del rodaje? —preguntó Aiden.

—Por supuesto. Me pondré en contacto con Ronda e iremos trabajando en tu casa. Te enviaré correos y fotos de todo lo que vaya diseñando, no haré nada sin tu consentimiento.

—No me preocupa, puedes hacer lo que quieras. Confío en ti —afirmó mientras rozaba su mano con la de ella.

Nada, no sentía nada. Aiden era genial, muy guapo, pero no se sentía atraída por él.

—Tu confianza en mí es halagadora. —Ambos rieron—. Este es mi coche —le informó y se detuvo delante del vehículo.

—Genial. Me lo he pasado muy bien, Colette. —Le acarició la mejilla y, después, le dio un suave beso en la otra.

—Igualmente. Espero que el rodaje vaya bien y prometo que veré tus pelis. —Le había confesado que no había visto ninguna.

—Buenas noches, Colette.

—Buenas noches, Aiden.

Se despidieron mientras ella subía al coche. Después, puso rumbo a su casa.

—Colette Dubois, ¿se puede saber por qué no me has dicho que estabas saliendo en secreto con Aiden Mclean? —preguntó Rachelle, eufórica, en cuanto descolgó el teléfono.

Estaba en su oficina. Ni siquiera había vuelto a pensar en la cita que había tenido con Aiden la noche anterior.

—¿Qué? Yo no estoy saliendo con nadie, y mucho menos en secreto. ¿Cómo sabes que cené con él? —exigió Colette, alterada. El corazón le latía con fuerza.

—Cariño, sales en todas las noticias. Búscalo en Google, ya verás.

—Dios mío... ¡Qué vergüenza! —exclamó, escandalizada, cuando buscó su nombre—. Hay un montón de fotos nuestras de ayer. «La diseñadora de interiores de moda y el aclamado actor salen en secreto», «Aiden Mclean, enamorado» —leyó—. ¡También hay uno sobre mi familia! —gritó.

—Por cierto, hacéis muy buena pareja. Me alegro de que por fin hayas pasado página —comentó Rachelle, pero Colette no la escuchaba.

Entró en un artículo que se titulaba «Escándalo en la familia Dubois». Colette esperó encontrar algo relacionado con el evento benéfico, pero la noticia no iba sobre eso. Se le heló la sangre. No podía ser, seguro que eran simples rumores, noticias para llamar la atención del público. Entonces, recordó que su madre y Alfred le habían dicho que tenían que hablar con ella de algo muy importante. ¿Era eso lo que querían contarle?

—¿Colette, estás bien? —oyó que la llamaba su amiga.

—Eh... Te llamo más tarde, ¿vale?

—Vale, ¡pero tienes que contármelo todo!

—Luego quedamos —dijo con urgencia, y colgó.

Se desplomó en la silla, con el artículo todavía abierto en la pantalla. La noticia informaba de que Alfred había pasado de ser un simple mayordomo a acompañar a la señora Larue porque él era el verdadero padre de Colette. No podía ser verdad... Pero, entonces, todo encajó. ¿Era la frialdad entre sus padres el fruto de un engaño y una hija no deseada? ¿Le habían estado mintiendo durante toda su vida? ¿Por qué? No entendía nada. Aquello no podía ser cierto.

Capítulo 28

Colette

Le temblaba la mano cuando intentó llamar a su madre; tenía que hablar con ella. Necesitaba saber si era verdad, aunque se riera de ella. Si era cierto, todo tendría sentido. Alfred había actuado más como un padre que Jeff. Desde pequeña, él era quien la vigilaba para que hiciera los deberes, quien la animaba cuando sacaba malas notas después de haber estudiado un montón, quien la cuidaba. De Jeff solo tenía algunos recuerdos, como el libro que le había regalado y alguna frase cariñosa muy escueta. Pero todo eso podía no significar nada, las personas expresaban sus sentimientos de formas distintas. Estaba segura de que su padre la quería.

—¿Diga? —respondió su madre cuando estaba a punto de colgar.

—Hola, mamá —dijo con la voz quebrada.

—Colette, ya he visto lo bien que te va en la vida. Aiden parece estupendo, me alegro mucho. —Claro que se alegraba. Así podría fardar con sus amigas del novio famoso y guapo de su hija.

—Solo somos amigos. Quería preguntarte una cosa. ¿Jeff era mi padre? —soltó a bocajarro.

Solo obtuvo silencio.

—¿Cómo te has enterado? —inquirió Beatrice finalmente.

Todo su mundo se derrumbó.

—Acabas de confirmármelo —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué?

Nunca había estado muy unida a su familia, pero creía que era cosa de la personalidad de sus padres. En ese instante, supo que todo había sido una gran mentira.

—Colette, no... Quisimos decírtelo muchas veces, pero no encontrábamos el momento. ¿Por qué no vienes y hablamos? No quiero hacerlo por teléfono. —Su madre parecía realmente afectada.

—¿Eres mi madre biológica? —preguntó, dudando de todo y con lágrimas cayendo por sus mejillas sin control.

—¡Por supuesto! Colette, ven el fin de semana y lo hablamos, ¿vale? —dijo en un tono dulce; jamás le había hablado así.

—Ya te diré algo. —Y colgó.

Sabía que su madre no insistiría. Colette no sabía qué hacer. Estaba cabreada, triste y se sentía engañada. En ese momento, no sabía ni quién era en realidad.

Después de meditarlo mucho y comentarlo con Rachelle y Andrew, decidió que lo mejor era hablar con su madre y aclarar las cosas. Además, Colette se moría por saber quién era su padre y si se trataba de Alfred como decía la noticia. Todavía no podía creerse que toda su vida se hubiera basado en una mentira tan grande.

Cuando se fue a dormir, no pudo dejar de pensar en ello. No sabía quién era y eso la estaba matando por dentro. Todo lo que creía hasta el momento de su familia se había desintegrado en un segundo y, encima, se había enterado por un estúpido artículo de internet. Ni siquiera su propia madre se lo había dicho. Estaba cabreada con ella; si las cosas ya estaban tensas entre las dos antes, eso era la gota que colmaba el vaso. Al día siguiente, le escribiría para decirle que iría el fin de semana. A pesar de que no tenía ganas, tenía que hablar con ella.

Cuando su madre le dijo que no habían vuelto a la ciudad, que seguían en la casa de campo, el corazón de Colette dio un vuelco. No quería volver allí, había pensado que no lo haría jamás. Intentó convencerla de quedar en la ciudad, pero Beatrice le confesó que, de momento, no se sentía a gusto allí. Colette pensó que quizá era difícil para ella estar en esa casa, que tanto le recordaba a Jeff, el hombre que siempre había creído su padre. Se le hizo un nudo en el estómago. Sabía que Beatrice no era un monstruo sin sentimientos, aunque a veces lo pareciera.

Rachelle se ofreció a acompañarla, pero no quería estropearle el fin de semana, así que se negó y le dijo que prefería ir sola, cosa que tampoco era mentira. Si iba con ella, estaba segura de que la obligaría a confesar sus sentimientos y no quería decirle a su mejor amiga que seguía enamorada de Lachlan y que se sentía una intrusa en su propia familia. Así que, con una canción triste de despedidas y amor sonando en la radio, Colette llegó al cruce que la llevaba a casa de Lachlan o a la suya. Detuvo el coche unos segundos más de la cuenta y cogió aire, mirando hacia el final del camino, donde no había más que árboles y asfalto.

«No voy a verlo. Hablaré con mi madre, pasaré el fin de semana y el domingo por la tarde volveré a mi vida», se dijo, y reanudó la marcha hacia su casa.

No tardó mucho en aparcar en la entrada de la gran casa de campo. Tenía todos los sentimientos a flor de piel. Quería saber la verdad, pero, a la vez, le aterrizzaba.

—Peor que antes no puede ir, así que... —susurró.

Bajó del coche con determinación y giró la cabeza cuando escuchó el ladrido de un perro a lo lejos. Se moría de ganas de ir corriendo a un lugar donde sabía que no iba a ser bienvenida, un lugar que le paralizaba el corazón y le creaba un nudo en la garganta. Quería saber de él y preguntarle si había pensado en ella. No debería desear esas cosas, pero no podía evitarlo. Caminó hacia la entrada y sacó las llaves. Dudó entre llamar y entrar directamente. Aquella era su casa, pero no estaba muy segura de nada en esos momentos, así que optó por tocar el timbre. Un señor que a veces trabajaba allí la recibió.

—Bienvenida a casa, señorita. Su madre la está esperando. —Sonrió con amabilidad.

—Muchas gracias —dijo Colette antes de entrar, y el hombre le tendió la mano para que le diera su pequeña maleta y el bolso—. ¿Dónde está?

—En la terraza. Si le parece bien, le llevaré la maleta a su dormitorio.

—Claro, adelante. Muchas gracias. —El hombre le sonrió y desapareció escaleras arriba.

Colette recorrió el gran salón, atravesó la cocina y salió a la terraza. Estaba decidida a aclarar las cosas en ese mismo instante. Se había preparado mentalmente durante todo el camino y no iba a permitir que su madre se anduviera por las ramas. Quería la verdad, ya.

La vio sentada en las sillas de madera de jardín, de espaldas a ella, mirando al infinito. Colette carraspeó para hacer notar su presencia, Beatrice se giró e, inmediatamente, se puso en pie. Caminó hacia ella con una mueca que Colette supuso que era un intento de sonrisa amable, pero, antes de que su madre se acercara más, dio un paso atrás para dejar clara su postura.

—Me alegro de verte, Colette. Me he enterado de que tu negocio va muy bien. Estoy orgullosa de ti —dijo su madre para suavizar un poco la situación.

No sabía si lo decía porque de verdad lo sentía o porque sabía que era lo que le gustaría oír. En esos momentos, no se fiaba de su madre.

—Gracias —contestó con aspereza.

—¿Nos sentamos? —preguntó Beatrice, y Colette asintió.

—Aiden parece un chico genial —intentó ser amable de nuevo, y Colette reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Ya te dije que solo somos amigos. Bueno, en realidad es un cliente.

—Ah, genial.

—Mamá... Necesito saberlo —dijo finalmente, y su madre dejó escapar el aire despacio.

—Lo siento muchísimo, Colette. Yo... Nosotros pensamos que sería mejor que no lo supieras, pero, al morir tu padre... No sé por dónde empezar —suspiró.

—¿Qué tal por el principio?

—Claro... Bueno, ya te conté cómo conocí a tu padre. —Colette asintió—. Pero lo que no te dije fue que el chico con el que había quedado era uno de los hijos de los sirvientes de la casa de mis padres. Por aquel entonces era

mucho más complicado. La sociedad en la que estábamos era muy crítica con algunos temas y, bueno, mis padres eran muy estrictos.

Colette no recordaba mucho a sus abuelos, que murieron cuando ella tenía apenas cinco años, pero podía imaginar cómo eran.

—Continúa.

—Fue una de las pocas citas que tuvimos e íbamos a planear cómo escapar juntos. —Colette no se imaginaba a su madre huyendo de esa sociedad en la que parecía tan feliz y en la que se movía como pez en el agua, y mucho menos por un sirviente, pero no dijo nada—. Pero no se presentó porque se enteró de que mis padres me estaban buscando un marido y decidió que la vida que él podía ofrecerme no era la que merecía. Yo iba a decirle que estaba embarazada, que quería marcharme y formar nuestra propia familia, lejos de todas esas absurdas normas. Pero no se presentó —repitió su madre—. A las pocas semanas, perdí al bebé —dijo con la cabeza gacha y las manos en la barriga, como queriendo proteger a ese bebé que había perdido.

Colette se dio cuenta de que, en realidad, no sabía nada de ella. Era su madre pero, a la vez, una completa desconocida. Verla tan afectada le rompió el corazón y sintió una tristeza enorme por la pérdida de ese bebé, que podría haber sido su hermana o hermano mayor.

—Lo siento mucho, mamá —dijo con sinceridad, y le agarró las manos.

Beatrice la miró y le sonrió con tristeza. Al cabo de unos segundos, continuó hablando:

—Estaba muy deprimida, no solo por la pérdida de mi hijo, sino también porque el hombre del que estaba enamorada se había alejado de mí. No obstante, Jeff no me dejó tirada. Era el único que sabía qué había sucedido, nadie más sabía que estaba embarazada. Me cuidó, me animó y yo... le pedí que se casara conmigo. Éramos amigos, nunca hubo nada romántico entre nosotros, pero no podía soportar la idea de casarme con un hombre que quisiera acostarse conmigo. No podría hacerlo. Y él accedió.

—¿Y el chico del servicio? —preguntó Colette.

—No supo que me había dejado embarazada hasta mucho después, cuando ya estaba casada con Jeff. Se había mantenido alejado de mí porque creía que así me hacía un favor.

—¿Y entonces? —la instó Colette, impaciente por saber qué había sucedido entre sus padres y qué había causado su nacimiento.

—Todo aquello me afectó mucho y ha repercutido en nuestra relación, pero tienes que saber que te quiero mucho, Colette.

—Lo sé, mamá. Yo también te quiero. Aunque tengo que confesarte que a veces me siento muy sola.

—Y es culpa mía...

Colette no quería ser cruel, pero no lo negó. En cambio, cogió la mano de su madre y la estrechó con cariño. Beatrice se la llevó a los labios y le depositó un suave beso.

—¿Cómo sigue la historia?

—Tu padre y yo no tuvimos hijos y... Bueno, el chico del que estaba enamorada vino a trabajar a nuestra casa. Él tenía otros sueños, pero decidió seguir siendo parte del personal de la familia para estar cerca de mí, aunque no hablábamos ni nos veíamos a escondidas. Respetaba mucho a tu padre. Se hicieron muy buenos amigos, pero Jeff jamás supo que él había sido quien me había dejado embarazada. Un día, no aguanté más y fui a verlo. Hablamos largo y tendido y le conté que había estado embarazada y por qué me había casado con Jeff. Esa misma noche, hicimos el amor. Cuando volvió tu padre, se lo confesé y decidimos que era el momento de separarnos, pero me quedé embarazada de ti y, una vez más, tu padre nos salvó. Te dio su apellido y nos cuidó porque sabía que, si la gente se enteraba de lo mío con el sirviente, mis padres y la sociedad me repudiarían y tú pagarías las consecuencias. Decidimos que serías su hija.

Ambas tenían lágrimas en los ojos. Al parecer, Jeff era una persona bondadosa y con un corazón enorme y, en ese instante, Colette entendió la actitud distante de sus padres. Todo lo que habían vivido, todo lo que habían hecho por ella, los había hecho infelices.

—Lo siento mucho, mamá —lloró Colette.

—No, mi vida, tú no tienes culpa de nada.

Se abrazaron y Colette supo que perdonaría a su madre; se sentía más cerca de ella y la comprendía. Eso le llenó el corazón de felicidad, pero todavía había algo que necesitaba saber.

—Entonces, ¿mi padre es ese sirviente? —preguntó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Sí —contestó su madre, haciendo lo mismo y mirándola a los ojos.

—¿Y todavía lo amas? —inquirió Colette para intentar averiguar si se

trataba de quien ella pensaba.

—Muchísimo.

—¿Vas a decirme su nombre o tengo que adivinarlo también? —No pretendía ser borde, pero la impaciencia la devoraba por dentro.

—Es Alfred. Tu padre es Alfred —confirmó su madre, muy atenta a su reacción.

Aunque ya lo había intuido, Colette se quedó impresionada. Todo su mundo estaba patas arriba, todo lo que había creído de su vida era mentira. Sentía muchas emociones, demasiadas. Ni siquiera sabía cómo debía sentirse. Estaba feliz por saber quién era, por entender qué había llevado a sus padres a actuar de aquella manera, pero, a la vez, se sentía decepcionada y defraudada por no haberlo sabido hasta ese momento. No tenía ni idea de todo por lo que habían pasado sus padres y la cabeza le daba vueltas.

—Alfred quería decírtelo. Todos queríamos hacerlo, pero pensamos que era mejor para ti que nunca lo supieras. Sin embargo, con la muerte repentina de tu... de Jeff, las cosas cambiaron. Sé que es difícil de digerir, pero...

—Un momento —la interrumpió Colette bruscamente, con el ceño fruncido—. ¿No ibais a decírmelo nunca? —preguntó, molesta.

—Bueno... Creíamos que era lo mejor —se excusó vagamente su madre.

—¿De verdad? —Se levantó de la silla, enfadada.

Una cosa era que no hubieran encontrado el momento para decírselo y, aunque esa excusa tampoco le servía, comprendía que era una situación difícil de explicar. Pero otra muy distinta era que quisieran privarle de una verdad que la concernía tan directamente. Su madre la miró con una expresión de culpabilidad; quizá era la primera vez que la miraba así, pero no dijo nada.

—¡Merecía saber algo así! —gritó, llorando, sin saber muy bien cómo reaccionar o sentirse.

Optó por el enfado, era lo más fácil.

—Colette, pensábamos que era lo mejor para ti —insistió su madre.

—Necesito tiempo. Necesito... aire —murmuró Colette.

Tenía que salir de ahí para coger aire y calmarse.

—Colette...

—Nos vemos más tarde —se limitó a decir, y se marchó.

Capítulo 29

Colette

La cabeza le iba a explotar, todo le daba vueltas y sentía que le faltaba el aire. No podía soportar más mentiras. Pensar que quizá nunca hubiera conocido la verdad la alteraba. Encima se había enterado de la peor manera posible: por la maldita prensa. Después, su madre le había hablado de todo lo que habían sufrido por su bienestar, algo que los había convertido en unos padres distantes. El hombre que había creído que era simplemente un empleado y un buen amigo de la familia, era en realidad el padre cariñoso y protector que nunca había tenido.

Todo su mundo se desmoronaba y miles de pensamientos rondaban por su mente. Se detuvo en seco porque le entraron ganas de vomitar. Cogió aire y, cuando se dio cuenta de hacia dónde había ido, su angustia se intensificó. Estaba delante de la casa del único hombre que le había roto el corazón en mil pedazos. Había caminado inconscientemente, ni siquiera quería ir allí. No podía estar allí.

Se giró rápidamente con la intención de volver por donde había venido, pero Nasha salió corriendo de algún lado hacia ella y Colette fue incapaz de ignorarla. La perra se le lanzó encima y empezó a darle lametazos, moviendo la cola sin parar. Colette sonrió. Por un instante, se sintió mejor; le tenía mucho aprecio a ese animal y la había echado mucho de menos.

—¿Cómo estás, pequeña? —la saludó mientras se arrodillaba para estar a su altura y le acariciaba la cabecita. Nasha le lamió la cara—. Yo también te

he echado de menos.

Durante unos minutos, se olvidó del caos que se había formado en su cabeza por lo que acababa de descubrir. Ya tenía bastante intentando no pensar dónde estaba o a quién podría ver si se quedaba más tiempo.

—¿Hola? —preguntó una voz femenina que salía de la casa.

Colette se sobresaltó y se levantó enseguida, lo que asustó a Nasha. Quiso salir corriendo, pero la chica ya se estaba acercando.

—Ho... hola. Siento molestar, ya me iba... —dijo, nerviosa por que la hubieran pillado allí.

—¿Eres Colette? —preguntó.

Al principio no la había reconocido por los nervios y el agobio, pero era la misma mujer que vio junto a Lachlan aquella vez en un portal, la que creyó que era su novia.

Asintió, sin comprender muy bien cómo la conocía. ¿Le habría hablado Lachlan de ella? «Imposible».

—Perdón por estar aquí...

—No, al contrario. Es una alegría que hayas decidido volver. Sé que Lachlan se portó mal contigo, pero te necesita. Uy, estoy hablando demasiado —dijo mientras se llevaba las manos a la frente—. Soy Adela, por cierto. —Sonrió.

La chica tendría la edad de Lachlan o un par de años más. Tenía el pelo castaño, rizado y corto, y unos ojos casi del mismo color. Era más alta y corpulenta que ella, con una belleza muy natural.

—Yo... Bueno, ya lo sabes. —Soltó una risita nerviosa. No entendía qué estaba pasando. Para empezar, no debería estar allí y, ¿qué le había dicho? ¿Que Lachlan la necesitaba? ¿Por qué?—. Me voy, no debería de haber venido.

—No, por favor. Quiero decir... Sé que no me conoces y que no tendría que meterme, pero Lachlan es más un amigo que un paciente y necesita que alguien le demuestre que puede sentir sin miedo. Si no vas a ser esa persona, entonces será mejor que te marches, pero me gustaría que no fuera así —le dijo Adela, realmente preocupada por Lachlan.

Colette no entendía nada. No sabía qué creer. ¿Lachlan la había alejado porque no estaba interesado en ella o había algo que le impedía estar a su

lado?

—No lo comprendo. Él no quiere saber nada de mí, lo que dices no tiene sentido —contestó con sinceridad.

—Para nada. Desde que te marchaste, ha estado mal. Sé que no te ha contado nada y no voy a ser yo quien lo haga, pero creo que, si entras en casa y lo ves en ese estado, lo harás recapacitar. —Colette no la vio muy convencida—. Una especie de terapia de choque —murmuró más para sí misma.

—¿En ese estado? —preguntó sin comprender.

—Si de verdad te importa, deberías entrar —dijo Adela, enigmática. Estaba totalmente perdida, pero su preocupación por Lachlan era tal que Colette no fue capaz de marcharse de allí como debería haber hecho.

Miró fijamente a esa mujer que no conocía, pero que, al parecer, lo sabía todo de Lachlan, así como el motivo por el que se había portado así con ella. Le decía que él estaba mal y que ella podía ayudarlo a recapacitar, pero ¿cómo?

—Lachlan me importa. Si, como dices, está mal, lo siento mucho, pero yo no puedo hacer nada. No nos vemos desde hace meses y tampoco es que fuera alguien muy importante en su vida, así que mejor me marchó.

En realidad, no quería irse, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo iba a presentarse en su casa después de todo ese tiempo? No tenían nada que decirse. Le agradecería eternamente que la salvara la última vez que se vieron, pero no había nada más que hablar.

—Colette, por favor, hazlo por él. Necesita una terapia de choque, que alguien le haga reaccionar, y tienes que ser tú —suplicó Adela. ¿De verdad creía esa mujer que ella había sido tan importante para Lachlan? ¿En serio pensaba que podía ayudarlo? ¿Qué hablaría tan siquiera con ella?—. Se merece ser feliz y no pierdes nada por hacerle una visita.

No, no perdía nada...

—Está bien. No sé a qué viene todo esto ni si yo podré hacer algo, pero supongo que se lo debo después de haberme salvado la vida.

—Gracias, muchísimas gracias. Espero que funcione —exclamó la mujer, muy agradecida—. Yo ya he probado todos los métodos que conozco, solo le quedas tú.

—¿Puedo hacerte una pregunta primero? —preguntó Colette,

desconcertada y asustada.

—Claro.

—¿Qué relación tienes con él? Es decir, antes has dicho que era tu paciente...

La mujer asintió y Colette se puso más nerviosa todavía. Apretó los puños y aguantó la respiración.

—No debería ser yo quien te lo contara, pero... Lachlan tiene un problema que se trata desde hace años. Últimamente estaba mejor, pero ahora ha recaído. Yo soy su psicóloga y también doy charlas en centros de alcohólicos anónimos.

Colette se quedó paralizada. No había dicho que ese fuera el problema de Lachlan, pero todo apuntaba a que así era. Entonces, no pudo evitar recordar el último día que se vieron y cómo lo trató por presentarse así. Había sido una auténtica idiota. Él tenía un problema y ella lo había despreciado por ello. De repente, recordó también lo que le dijo en el hospital. Había rememorado esa conversación en su cabeza millones de veces y ahí estaba la clave de todo.

«No puedo, *aingeal*. No soportaría ver la repugnancia en tu preciosa mirada. Soy un desastre de hombre y, hasta que no esté bien conmigo mismo, no podré estar contigo».

Esa frase encerraba muchísimos secretos. Desde que lo había conocido, se había mostrado contradictorio y la había vuelto loca, decidido a mantenerse alejado de ella, pero sin ser capaz de hacerlo. Estaba tan obcecado en alejarla de su lado para que no descubriera su problema que le había hecho daño para que fuera ella quien se distanciara. Por eso le dijo que solo había sido un pasatiempo.

Se sintió muy culpable por haberlo tratado así en el evento. Eso era lo que Lachlan quería evitar, que sintiera lástima o rechazo por él, nada más lejos de la realidad. Si se lo hubiera contado... Pero no lo había hecho y eso le dolía. Aunque fuera importante para él, no lo había sido bastante como para confiar en ella. Quería ayudarlo y jamás lo habría rechazado por tener ese problema. Además, no había sido él quien se lo había contado, así que no sabía cómo iba a reaccionar cuando se lo dijera. Estaba muy confusa.

—Será mejor que os deje solos. De todas formas, tengo que irme. Si te pregunta, yo no he dicho nada —intentó animarla Adela, aunque no sirvió de mucho; estaba muy nerviosa—. He conseguido convencerle para que se

duchara, así que todavía estará en el baño. Mañana me pasaré a ver cómo está, así que no te preocupes si las cosas se complican —siguió hablando al ver que Colette no podía articular palabra.

Colette asintió mientras Adela se dirigía a su coche.

—Gracias —murmuró, y la mujer le sonrió.

—No tienes por qué darlas. Estoy segura de que se alegrará mucho de verte —comentó antes de meterse en el coche—. Nos vemos. Suerte.

—Adiós —se despidió Colette.

Tras observar cómo se alejaba el vehículo, cogió aire y miró a Nasha, que no se había separado de ella en todo el rato.

—Allá vamos. Deséame suerte tú también —dijo, acariciándole la cabecita.

La perra movió la cola.

Capítulo 30

Colette

Caminó con nerviosismo hacia la puerta que Adela había dejado abierta; le temblaba todo el cuerpo. Quería ver a Lachlan, pero, a la vez, temía su reacción. Su corazón latía desbocado mientras agarraba el pomo de la puerta. Estar allí le hacía recordar todo lo que habían vivido en aquella casa, como la vez que hicieron el amor o cuando lo encontró tan afectado y sobrepasado después de destrozar su taller. ¿Había sido por las ganas de beber? ¿Ella le provocaba esa necesidad? ¿Sería más perjudicial que ella volviera a su vida? Al menos su terapeuta y amiga no opinaba así.

De repente, le vino a la mente uno de los poemas del libro que le había regalado Jeff. Se le había clavado en el corazón y lo había leído varias veces desde la última vez que estuvo allí:

¿AMOR INALCANZABLE?

Estabas allí, amor,

pero no podías verme

aunque una luz brillante te guiara hacia mí.

¿Es este nuestro destino? ¿Algo que jamás pudo ser?

Me niego a creerlo, esperaré hasta que el tiempo se agote.

Por ti, siempre esperaré...

Ese poema reflejaba muy bien las preguntas que ella se había hecho. ¿Ese

había sido el destino de su relación? ¿Algo que no podía ser? Por fin iba a descubrirlo.

Tras coger una gran bocanada de aire, abrió la puerta. En cuanto entró, el olor a alcohol y a Lachlan la invadió. Adela le había dicho que últimamente había estado mejor, pero que había recaído. ¿Qué le había sucedido para que eso pasara? Llegó a la sala de estar y a la cocina, donde había algunas latas de cerveza y varias botellas de alcohol vacías. Se le rompió el corazón y esperaba que estuviera lo bastante sobrio como para tener una conversación, aunque no supiera qué iba a decirle.

Oyó cómo corría el agua de la ducha y se sentó a esperar en una de las sillas del salón. Aquello era muy raro. Después de tantos meses sin hablar, saldría de la ducha y se la encontraría allí. Esperaba que al menos no la echara de su casa. Se retorció las manos con nerviosismo y decidió hacer algo para no darle más vueltas y acabar huyendo. Fue a la cocina y buscó una bolsa de basura lo bastante grande como para que cupieran todas esas botellas y latas. Se centró en esa tarea y no se dio cuenta de que el agua había dejado de correr hasta que se abrió una puerta. Se sobresaltó y se tensó, dejando caer la bolsa y haciendo un estrepitoso ruido.

—¿Todavía sigues ahí? Te he dicho que estoy bien, no hace falta que... —dijo a su espalda mientras se acercaba al salón. Oír su voz después de tanto tiempo le puso la piel de gallina—. No, joder... Aún estoy borracho.

Colette se giró lentamente y se quedó sin aliento. No llevaba nada más que una simple toalla de color azul oscuro atada a la cintura. Su pelo cobrizo le caía por la frente ondulado y mojado; Colette se moría por tocarlo. Llevaba la barba más corta que la última vez que se habían visto y estaba increíblemente atractivo, aunque su aspecto denotaba algo de cansancio.

—Lo siento —dijo Colette; no sabía ni por qué se disculpaba—. Me encontré con Adela y me dijo... muchas cosas y yo... estaba preocupada.

—Lárgate —gruñó, cortante.

Ella no era de las que se achantaban ante nada ni nadie, pero tenía que admitir que Lachlan daba mucho miedo cuando la miraba así, como si fuera la causante de todos sus males. Pero ella no pensaba rendirse. Si se había quedado, insistiría hasta llegar al final de aquel asunto.

—Todavía no —replicó con firmeza. Necesitaba saberlo todo.

—No puedes ser real... ¡Joder! —Se llevó las manos a la cara y se sentó

en el sofá. La toalla no se movió de milagro.

A Colette se le partía el alma al contemplar al hombre que quería de ese modo. Verlo de nuevo y en ese estado le había servido para saber que ahora lo amaba incluso más. Se sentó en el suelo delante de él, sin tocarlo.

—Lachlan, mírame. Estoy aquí de verdad. Sé que soy la última persona a la que quieres ver, pero... estoy preocupada. Adela me ha dicho que tienes un problema. ¿Podemos hablar de ello? —le pidió con dulzura

—No hay nada que hablar. Soy un puto borracho que no sabe sobrellevar los sentimientos más intensos —confesó sin mirarla.

—Eso no es cierto. Estuviste sobrio mucho tiempo. ¿Qué ha pasado? —preguntó Colette con muchas ganas de tocarlo, de reconfortarlo. Pero no lo hizo.

—Necesito estar vestido para esto... —dijo al tiempo que se recostaba en el sofá, suspirando.

—Estoy de acuerdo. —Sonrió Colette mientras se levantaba.

Él la imitó.

—¿De verdad estás aquí? —Colette alzó el rostro para mirarlo a los ojos. Estaban muy cerca. Su mirada reflejaba su alma rota, y Colette notó un profundo dolor en el pecho.

—Estoy aquí —respondió sin apartar los ojos de los suyos y entrelazando sus dedos.

Lachlan soltó un profundo suspiro y Colette sintió una descarga por todo el cuerpo. Lo había echado muchísimo de menos.

—Te he echado de menos, *aingeal*, a ti y a tu mirada de ángel que es capaz de curar mi alma atormentada. Haces que desee ser el hombre que mereces.

—Lo eres —le aseguró ella.

Sabía que Lachlan era perfecto para ella desde el principio y había luchado por hacerse un hueco en su corazón. Ahora, esperaba que le permitiera quedarse, porque ya no le quedaban fuerzas para insistir más. Si estaba allí era porque Adela le había asegurado que era importante para Lachlan. Además, Colette seguía enamorada de él y quería ayudarlo, pero esta era la última vez. Si la rechazaba de nuevo, no volvería.

Lachlan soltó una risotada amarga.

—Creo que eso no le hará mucha gracia a tu novio —dijo antes de irse a su habitación sin darle tiempo a reaccionar.

¿Novio? ¿Por qué pensaba que...? A menos que hubiera visto las revistas. Colette se quedó allí de pie, esperando a que Lachlan regresara al salón; se tomó su tiempo. Cuando volvió, llevaba unos tejanos desgastados y una camiseta negra de manga corta que le quedaba como un guante, con sus poderosos brazos al descubierto y los músculos marcados.

Colette lo observó con detenimiento. Aunque su cara tenía un aspecto demacrado por el cansancio y estaba más delgado, seguía siendo el hombre más atractivo del planeta. El corazón le latía a mil por hora y sintió unas irrefrenables ganas de que la estrechara entre sus brazos y quedarse allí para siempre.

Lachlan también la contemplaba y Colette se sonrojó. Lo había echado de menos y su mirada le gritaba que él también la había echado de menos. Entonces, empezó a pensar que todo lo que había sucedido antes de marcharse había sido un intento desesperado por parte de Lachlan para alejarla de él y su problema, pero no iba a permitir que continuara escondiéndose, no después de ver aquel desastre.

—Sigues aquí. Estás preciosa. —Lachlan rompió el silencio.

Colette carraspeó.

—Sí, sigo aquí. ¿Nos sentamos? —preguntó sin saber muy bien qué hacer.

—Claro —convino, y ambos se sentaron en el sofá—. No sé muy bien qué haces aquí, Colette... —confesó. No era ningún reproche, simplemente quería saber algo que ni ella misma entendía.

—Yo tampoco. —Sonrió con tristeza. Cogió aire y cerró los ojos para ordenar sus ideas; no sabía por dónde empezar ni qué preguntar. Supuso que debería explicarle por qué había vuelto—. No quería volver. Todo esto me recordaba a ti y a todo lo que pasé. —Vio arrepentimiento y culpa en su mirada, pero eso no era lo que quería, así que prosiguió—: Sin embargo, tuve que volver para hablar con mi madre. Resulta que el que siempre había creído que era mi padre, no lo es —le contó, conteniendo las lágrimas.

—Joder... ¿De verdad? ¿Estás bien? —Se preocupó.

—Bueno, es complicado. No sé muy bien cómo sentirme... —se sinceró.

—¿Sabes quién es tu verdadero padre? —interrogó, muy atento a lo que ella decía.

—Sí, es Alfred. —Sonrió con lágrimas en los ojos—. Todo es muy extraño. Me derrumbé cuando mi madre me lo explicó. Me sentía perdida y no sabía quién era realmente, así que necesitaba espacio para pensar. Entonces, vine aquí inconscientemente. —Soltó una risita nerviosa, porque, en el fondo, sabía que a su lado era donde se sentía más segura—. Me encontré con Adela y... me dijo que no estabas bien. Ha sido una conversación un tanto confusa.

—Lo siento. No sé qué te habrá dicho, pero no tienes que preocuparte por mí. Te hice daño y no merezco siquiera que me hables.

—Eso no es cierto. Bueno, la parte de hacerme daño sí, pero sé que... —Cogió aire—. El incidente del día de la subasta no fue culpa tuya.

—Colette... tengo problemas. Soy consciente de ello, de mi adicción y de por qué soy adicto. No quiero que te sientas obligada a ayudarme ni que te formes ideas raras en la cabeza.

—No me he formado ninguna idea en la cabeza. Solo quiero que sepas que no pienso permitir que vuelvas a huir de mí. Sé que me alejaste porque temías que pasara algo como lo que sucedió, la situación te superó y recurriste a la bebida de nuevo, ¿no es así? Por favor, cuéntamelo. No me apartes.

—Ahora tienes una nueva vida. No deberías haber vuelto —gruñó mientras se levantaba y ponía distancia entre ellos.

—Mi vida está en la ciudad, sí, pero mi corazón se quedó aquí, contigo —confesó, sin darse por vencida.

Se levantó del sofá y se puso tras él.

—Colette, joder... —Observó cómo se pasaba una mano por el pelo, un gesto que también había echado de menos—. No puedes decir algo así.

—Lo digo porque lo siento así. Confía en mí, Lachlan. Cuéntame lo que te pasó. No voy a irme a ningún lado.

Lachlan

Sin darse cuenta, Colette había pronunciado las palabras que Lachlan más necesitaba oír. Tenerla allí de vuelta era como un sueño. Había pensado en

ella cada maldito día, hora, minuto y segundo, emborrachándose para sacarla de su cabeza. Había caído de nuevo y se sentía un puto perdedor. Había visto cómo ella seguía su camino, cómo conseguía todo lo que se proponía. Estaba claro que Colette era una mujer luchadora e insistente. Y allí estaba, peleando por alguien como él, alguien que no se merecía a una mujer tan perfecta.

Respiró hondo y decidió no pensar y, por fin, sentir. Tenía que dejarla atravesar su coraza; era ella o nadie.

—Nunca se me ha dado bien afrontar los sentimientos intensos. Es un defecto que tengo, supongo. Ya te conté que mi padre murió cuando tenía once años y yo... Bueno, me volví insoportable, por decirlo de alguna manera. Mi madre no pudo con la situación, así que, meses después, me abandonó.

—Sí, me acuerdo. Lo siento muchísimo, Lachlan.

No la miró, pero sabía que en sus ojos vería lástima por aquel niño que no sabía cómo superar la muerte de su padre y el abandono de su madre, la persona que debería haberlo ayudado. Eso ya lo tenía superado. En realidad, vivir con su tío fue mucho mejor, ahora lo sabía. Su madre no era muy estable y, después de la muerte de su padre, se volvió más paranoica y distante por culpa de las drogas.

—Ella no podía hacerse cargo de mí por el estado en que se encontraba y, con el tiempo, lo entendí —dijo, encogiéndose de hombros.

—Pero eras un niño... Tuviste que pasarlo fatal —susurró ella, y Lachlan se giró para confirmar sus sospechas: estaba llorando por él.

—Vamos, no llores, *aingeal*. Está superado.

Pero era evidente que no lo estaba. Cogió su precioso rostro entre las manos y le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Lo siento. Sé que no quieres mi lástima, pero eras un niño y necesitabas a tu madre. Te comprendo perfectamente. Yo también me he sentido abandonada a veces, aunque siempre estaban ahí... —Sollozó. Estaba tan bonita que no pudo evitar darle un dulce beso en la frente mientras la envolvía en un abrazo protector.

No quería que Colette se sintiera así. No se lo deseaba a nadie, y mucho menos a ella. Deseaba decirle que jamás volvería a sentirse sola, que él se ocuparía de ello porque iba a quedarse a su lado y la haría feliz, pero lo cierto era que no podía hacerlo. Él no podía ser esa persona, no de momento.

—Debería ser yo quien te consolara a ti —dijo Colette mientras alzaba la

cabeza, con una sonrisa que iluminaba sus ojos de ángel y le calentaba el corazón.

Lachlan se quedó mirando su precioso rostro y levantó una mano para ponerle un mechón de cabello rubio detrás de la oreja. Vio cómo se sonrojaba. Le encantaba ver esas reacciones, saber que sentía algo por él sin necesidad de decirlo en voz alta. No obstante, se obligó a soltarla; no había acabado de contárselo todo y estaba seguro de que ella se marcharía para siempre después de escucharlo.

Capítulo 31

Lachlan

Se dirigió hacia una de las sillas que él mismo había fabricado y se sentó, suspirando e intentando que las ganas de besar a Colette no lo consumieran.

—Me quedé con mi tío, que me quiso y me cuidó. Me llevó a los mejores psicólogos, consciente de que el trauma por el que había pasado me dejaría huella. Lo hizo lo mejor que supo, pero no fui por el buen camino. Me saltaba las terapias y, al final, dejó de pagarlas. Cuando cumplí los dieciséis, empecé a juntarme con gente mayor que yo, gente que no era buena. Comencé a beber y... Bueno, me di cuenta de que eso me ayudaba a olvidar.

Colette se acercó a él de nuevo, se sentó en la silla de al lado y asintió con la cabeza para que siguiera.

—Ya te imaginas cómo fueron las cosas... Sin embargo, cuando tenía veinte años conocí a una chica que no era de ese círculo. Me enamoré de ella e intenté dejar todo aquello. Lo conseguí con su ayuda y la de mi tío, y volví a encauzar mi vida, pero me dejó seis años después. Se fue con otro sin mirar atrás, igual que mi madre, y recaí de una forma espantosa. Apenas recuerdo nada de esa época, me pasaba los días borracho de trifulca en trifulca.

»Mi tío murió de cáncer poco después y le prometí que encarrilaría mi vida. Y eso es lo que he intentado hasta ahora. Ser alcohólico es una enfermedad contra la que nunca dejas de luchar, pero hay veces que crees superarla o poder mantenerla a raya. Sin embargo, solo hace falta una pequeña situación que haga que tu vida se tuerza y resurge como un monstruo

que acecha en la oscuridad. —Rio con amargura, negando con la cabeza.

—¿Y ahora? —preguntó ella con cautela.

—Soy un esclavo de mi enfermedad, Colette. Cuando apareciste en mi vida, había decidido no relacionarme con nadie que pudiera herirme y hacer que recayera, pero fracasé estrepitosamente. Todos los sentimientos que me provocas me dan miedo y eso me vuelve loco. Aun así, cuando estoy contigo, cuando me miras así, me transmites paz, algo que no he sentido en toda mi vida.

—Entonces, ¿por qué me alejabas de ti?

—Porque me daba miedo y vergüenza. No quería que me vieras así. Me aterroriza lo mucho que me importas —confesó con un nudo en la garganta. Se estaba abriendo a ella más de lo que lo había hecho con nadie. Y lo cierto era que le sentaba bien.

—No tienes que avergonzarte de nada, Lachlan, y mucho menos conmigo —prometió mientras posaba una de sus pequeñas manos sobre la suya. En contraste, su piel era muy blanca y delicada.

—Es complicado cuando siempre te han juzgado.

—Lo sé. Siempre es complicado, pero quiero que sepas que yo jamás lo haría. Conoces mis sentimientos por ti, siempre he sido sincera contigo y no importa que tengas un problema. Te apoyaré—. Sonrió con tanta dulzura que Lachlan creyó que se le pararía el corazón.

No pudo evitar acariciarle el rostro. Colette cerró los ojos y soltó un suspiro.

—No puedes ser real, *aingeal*... —susurró.

A pesar de todo lo que había dicho, no podía condenarla a vivir así, con la incertidumbre de si volvería a recaer. ¡Joder! No hacía ni seis horas que Adela lo había encontrado borracho.

—Lo soy. Y créeme, quiero estar contigo, pase lo que pase. —Aquello no podía ser cierto, tenía que ser un puto sueño. Pero no iba a cambiar de parecer.

—No puedes estar conmigo, Colette. Mi prioridad tienes que ser tú y no mantenerme sobrio. Por mucho que lo desee, eso no va a cambiar. Estarás mejor sin mí. —«Pero yo sin ti, no», se lamentó.

—Pues será nuestra prioridad, la de los dos. —Le suplicó con la mirada.

No podía verla así. No soportaba verla y sabía que, si la apartaba de su lado otra vez, ella no regresaría. Eso debería aliviarlo, pero no era así. La quería a su lado, pero no así, no con su enfermedad tan latente.

—Dame tiempo, unos meses, hasta que pueda encontrarme a mí mismo de nuevo. —Era consciente de que eso era egoísta, pero, si realmente no iba a abandonarlo, lo haría por él. Necesitaba ese tiempo.

—Lo que me pidas. Estaré aquí cuando estés listo, te esperaré.

—No, no me esperes. Sigue tu vida, pero no me olvides.

—No lo haré, no podría —sollozó.

Era tan preciosa, tan bonita, tan... Era su salvación. No pudo evitarlo y le dio un beso en la frente mientras la atraía hacia sí. La abrazó para darse fuerzas e inspiró su aroma a algodón de azúcar. Ella se había convertido en su todo, en su última esperanza. Si esto no salía bien...

—Lachlan, bésame, por favor. No lo soporto más —susurró Colette.

Su cálido aliento le rozó la piel del cuello y le provocó un estremecimiento en todo su cuerpo. La deseaba tanto...

—¿Estás segura?

—Joder, pues claro. —Colette soltó una carcajada y alivió la tensión del momento. Él le sonrió y le acarició los labios con el pulgar. Eran tan perfectos...

—Te he echado de menos, a ti y a tu sinceridad con respecto a lo que sientes —bromeó.

—Qué tonto. —Sonrió—. Yo también te he echado de menos... —Gimió cuando la besó muy cerca de los labios.

—Ven aquí.

No esperó a que ella contestara; la alzó por las caderas y la sentó en su regazo. La necesitaba lo más cerca posible. Colette se acomodó y le dio un dulce beso en el cuello que lo volvió loco. Su olor y su calor, tenerla como tantas noches en vela había deseado, lo excitaron sobremanera. La envolvió entre sus brazos y sus ojos se encontraron. Le encantaba mirarla. Sus ojos azul claro eran como dos pozos de agua cálida y veraniega, un soplo de aire fresco.

Colette le acarició la mejilla y acercó los labios a los suyos, como si fuera una ofrenda. De su garganta salió un gruñido que hizo que Colette se

lamiera los labios y no lo pudo soportar más. La besó. Empezó con una leve caricia para probarla, le lamió los labios y Colette gimió. Fue ella quien los presionó contra los suyos y avivó su fuego. Se devoraban ansiosos el uno del otro. Había echado mucho de menos su sabor, su piel contra la suya. Necesitaba más de ella; nunca tendría suficiente y no quería perderla.

Sus bocas se abrieron para dar la bienvenida a la lengua del otro, saboreándose, lamiéndose... Lachlan le acarició la espalda con una mano mientras la agarraba por la nuca con la otra. Colette le rodeó el cuello y le acarició el cabello. Sintió un placentero hormigueo por todo el cuerpo. Se detuvieron para coger aire, con las frentes pegadas.

—Si seguimos así, no podré parar —susurró cerca de sus labios.

—Ya sabes mi respuesta a eso, ¿no? —bromeó Colette.

Sí, la sabía: no quería que parase. No obstante, Lachlan necesitaba hacerlo porque, si le hacía el amor, ya no querría soltarla nunca más y necesitaba unos meses de reflexión para tener la seguridad de que podría mantenerse sobrio.

—Me matas, Colette. Ojalá fuera más fuerte para merecerte. —La besó en la frente, en las mejillas, en la barbilla y, finalmente, depositó un suave beso en sus labios. Ella se estremeció en sus brazos.

—No digas eso. No soy mejor que tú. Me mereces porque eres un hombre maravilloso, bueno, considerado, protector, con talento y, además, estás cañón. —Se echó a reír.

—Ya veo, vuelves una y otra vez por este cuerpo, porque te vuelve loca— le siguió la broma.

—Al principio sí, pero supongo que tu actitud de loco me ha convencido del todo. —Le sacó la lengua y ambos se echaron a reír.

—Eres mi cura Colette, mi *aingeal*. —La besó de nuevo.

Colette

No supo muy bien cómo acabaron en el sofá, con ella a horcajadas sobre

Lachlan. La entristecía tener que separarse de él durante algunos meses, hasta que él volviera a encontrarse a sí mismo, pero lo haría porque lo amaba y lo necesitaba en su vida. No podía pensar en el momento de la despedida, no quería hacerlo. Ahora, mientras lo besaba, lo acariciaba y notaba sus brazos alrededor de la cadera, se sentía en el cielo. Le metió las manos por debajo de la camiseta, ávida de sentir su piel contra la suya. Sentía su erección contra su sexo y ardía por él, como él por ella. Subió las manos por su torso mientras le repartía dulces besos en el cuello. Le levantó la camiseta hasta que él mismo se deshizo de ella.

Colette admiró su cuerpo. Era un hombre realmente impresionante; sus facciones duras, cuadradas y marcadas, su musculoso torso y su tacto la mareaban. Todo en él exudaba fuerza y virilidad. Besó cada centímetro de su cuerpo, sintiéndose acalorada por momentos, mientras él le acariciaba la espalda y observaba cómo recorría su cuerpo con los dedos con libertad.

—¿Es una especie de tortura? —bromeó Lachlan.

—Sí, por haber sido tan cabezota y alejarme de ti.

—Así que las cosas van a ir así... Está bien saberlo. —Soltó una carcajada.

Su risa era el sonido más *sexy* que jamás había escuchado. No reía demasiado y, cuando lo hacía con ella, el corazón se le ensanchaba. Nada la alegraba más que saber que hacía feliz a ese hombre que había sufrido tanto.

Colette lo besó en los labios y él metió las manos por debajo de su camisa para acariciarle las caderas y subir hasta sus pechos. Ella gimió y Lachlan intensificó el beso para encenderla toda vía más.

—Me encantaría pasarme la vida entera besándote y acariciándote —susurró sobre sus labios.

—Yo no veo impedimento alguno... —Rio ella.

—Te adoro, *aingeal*. —Su corazón latía frenético cada vez que la llamaba de esa forma.

—Te quiero —declaró mientras le acariciaba los mechones cobrizos que le caían sobre la frente—. Sé que no puedes devolverme las palabras, pero me da igual decírtelo. Es lo que siento y no me avergüenzo de ello. Te quiero Lachlan —confesó, mirándolo a los ojos.

Él gruñó mientras la tumbaba en el sofá y se ponía sobre ella. La besó con tanto fervor que Colette creyó que iba a morir por la falta de oxígeno. Aquel

hombre era implacable.

Sonrió porque, a pesar de que sabía que a él le iba a costar más pronunciar esas palabras, tenía la certeza de que las sentía. Lo demostraba cada vez que estaba con ella, con sus gestos, su mirada, su manera de protegerla desde el principio. Solo tenía que conseguir que abandonara el miedo que tenía a sentir.

Comenzó a besarle el cuello y rápidamente se quitó la camisa, dejando a la vista un sujetador negro. Sus miradas se encontraron y Colette supo que jamás sentiría por nadie lo que sentía por ese hombre.

—Gracias —susurró ella, y se incorporó un poco para darle un dulce beso en los labios.

—No tienes que agradecerme nada. Gracias a ti por aparecer en mi vida cubierta de barro —bromeó, y ambos rieron.

—Era una táctica, estaba todo estudiado. —Le guiñó un ojo—. Pero, en serio, gracias por confiar en mí y dejarme entrar en tu corazón.

—Entraste por la puerta grande y sin pedir permiso. —Le dedicó una sonrisa de medio lado que la hizo suspirar.

—Ven aquí —exigió Colette, agarrándolo de la nuca y atrayéndolo para que volviera a besarla.

Sus manos acariciaron todos los recovecos. Lachlan se deshizo del sujetador y no perdió tiempo: llevó la boca a uno de sus pezones erizados. Colette se arqueó de placer, gimiendo y agarrándose a sus poderosos antebrazos.

—Me encanta cuando te ofreces a mí... —susurró Lachlan en su pezón, creando una vibración que explotó en su sexo.

—Lachlan... —Lo agarró del cabello para apretarlo más contra sí.

—Estoy aquí, *aingeal*. No me voy a ninguna parte —le aseguró mientras le besaba el otro pezón y la torturaba con su lengua.

Después, besó la piel entre sus pechos y fue descendiendo hasta la cinturilla de los pantalones. Colette lo vio dudar.

—No pares, por favor —le suplicó.

—No quiero hacerte daño. Hacer esto y después marcharme no está bien.

—No vas a marcharte. Volverás —dijo ella, convencida. En esos momentos, Lachlan necesitaba que ella fuera fuerte por los dos—. Mírame —

instó mientras se incorporaba un poco y le cogía la cara entre las manos; la barba le hizo cosquillas—. Volverás junto a mí porque, de lo contrario, vendré a buscarte y te mataré, ¿me has entendido? No permitiré que huyas de mí otra vez.

Él la miró, decidido; creía cada una de sus palabras.

—Yo tampoco te dejaré marchar.

—Así me gusta. Y, ahora, me vas a hacer el amor porque si no me va a dar algo.

—A sus órdenes. —Rieron.

Lachlan la cogió en brazos y la llevó a su cuarto mientras se besaban; se habían echado mucho de menos. La depositó con mucha ternura sobre el colchón y se deshizo de los pantalones de ambos mientras esparcía besos por sus piernas. El sexo de Colette se humedeció al instante.

—Me encantan los ruiditos que haces. —Sonrió de medio lado.

—Calla, no hago ruiditos —refunfuñó Colette.

La besó en los labios y se acomodó entre sus piernas. Llevó una mano hasta su cadera y, después, la introdujo en sus braguitas. Colette gimió al notar su mano y se sintió morir de placer cuando comenzó a acariciarla muy suavemente.

—Te deseo tanto, Colette. ¡Dios, me vuelves loco!

Intensificó su caricia y rozó su clítoris con el pulgar. Colette sintió que iba a explotar si seguía frotándolo así. De repente, paró y se puso de rodillas entre sus piernas. Se deshizo de la ropa interior y la observó abierta delante de él, húmeda y deseosa de su calor.

—Lachlan...

—Eres preciosa. No me creo que pueda tenerte.

—Me tienes —prometió al mismo tiempo que él le abría los labios húmedos y le acariciaba con un par de dedos.

Todo su cuerpo se estremeció. Usó la palma de la mano para abarcar toda la zona, haciendo más presión en el clítoris. Se sentía como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. Gimió y se arqueó, deseando más.

—Necesito saborearte —gruñó y, sin esperar ni un segundo más, se inclinó y la devoró.

Colette emitió un grito de puro placer al notar la lengua de Lachlan

lamerla de arriba abajo y, después, al sentir cómo succionaba su clítoris, que palpitaba. Su cuerpo estaba ardiendo y sentía que no tardaría en dejarse llevar por aquel inmenso placer.

—No te corras todavía —susurró con su potente voz, y Colette sintió un escalofrío.

—No puedo...

—Sí puedes —afirmó Lachlan.

Y, de repente, detuvo sus movimientos. Colette gimió, frustrada. Estaba muy cerca.

—¡Joder! Lachlan...

—Tus orgasmos me pertenecen y yo elijo cómo te corres. —La besó en los labios. Fue un beso un duro y apasionado que la dejó anhelante de más.

Colette intentó encontrar alivio, pero Lachlan la detuvo con una mirada penetrante. Ella iba a partirle la cara si la hacía esperar mucho más. Lachlan se separó para deshacerse de su ropa interior, y Colette se quedó sin respiración durante unos segundos mientras contemplaba al hombre que tenía delante. Todo él era grande y fuerte. Suyo. Era impresionante lo miraras por donde lo miraras y lo quería todo de él, incluidos sus defectos y sus miedos.

Cuando se irguió a los pies de la cama, Lachlan le tiró de las piernas y las apoyó sobre sus hombros con una sonrisa traviesa; por poco no se corre al ver esa sonrisa. Gimió por la anticipación y Lachlan rozó su miembro erecto contra su sexo húmedo y excitado, robándole el aliento. Colette agarró las sábanas con tanta fuerza que pensó que las rasgaría, pero no le importaba. Movié las caderas al ritmo que marcaba Lachlan y solo sentía el calor de su enorme erección frotándose por su sexo, arriba y abajo, sin darle tregua. Iba a perder el control.

—¡Joder! Estás tan húmeda... Me matas. Córrete, Colette

No tuvo que repetirlo dos veces. Colette se dejó llevar de tal forma que creyó que iba a desmayarse. El placer que le daba era indescriptible y solo deseaba sentirlo dentro mientras su cuerpo se rendía al goce.

Gritó y gimió de satisfacción cuando Lachlan la penetró y la llevó al cielo de nuevo cuando el primer orgasmo aún estaba latente. Fue duro y no le dio tregua, pero ella no lo quería de otra manera. Lachlan se inclinó sobre ella y la fricción fue todavía mayor. Colette se estaba quedando sin voz. Se agarró fuertemente a su espalda, hincándole las uñas, y se aferró a él y al placer que

sentía con cada envite de sus poderosas caderas.

—Dios, me moría por estar dentro de ti, ¡Joder, *Aingeal!* Eres el puto paraíso —gruñó con voz ronca en su cuello y, después, le dio un suave beso y un leve mordisco que la llevaron a otro orgasmo. Esta vez, ambos llegaron juntos.

—Lachlan... —gritó mientras notaba cómo su miembro palpitaba en su interior.

El hombre le dio un beso ardiente y frenético que la dejó sin aliento. Cuando el orgasmo remitió, Lachlan juntó sus frentes para recobrar el aire y le dio un dulce beso en la mejilla, todavía dentro de ella.

—Me muero por hacer esto cada día de mi vida. —Le dio un beso en la punta de la nariz, que Colette sintió en lo más hondo de su alma.

Sonrió, feliz.

—Yo también. —Abrió los ojos y sus miradas se encontraron; se dijeron aquello que no eran capaces de expresar con palabras.

Lachlan salió de su interior y la acomodó en la cama. Después, se marchó al baño y volvió con una toalla húmeda para limpiarla con infinita ternura. Sintió cómo miles de mariposas se revolvían como locas en su estómago, explotando de amor por ese hombre.

—Mierda, no he usado condón. Lo siento... —se disculpó Lachlan.

—No pasa nada, tomo la píldora —susurró Colette.

Lachlan se sentó a un lado de la cama y le apartó unos mechones de la cara

—Me pasaría la vida entera observándote así, desnuda sobre mi cama.

Su corazón dio un vuelco y, de repente, se sintió un poco avergonzada, pero también se sentía *sexy* y deseada, amada por ese hombre que no se permitía ser feliz.

—¿Me abrazas? —preguntó Colette, intentando contener las lágrimas. El momento de la despedida estaba cerca. Ambos lo sentían.

—Siempre, mi *aingeal*.

Lachlan se tumbó en la cama, la atrajo hacia él y los tapó a ambos con las sábanas. Así se quedaron hasta que el sueño venció a Colette. Él se quedó despierto, no quería que ese momento acabara.

Capítulo 32

Colette

Despertó unas horas más tarde y no había ni rastro de Lachlan; la cama estaba fría. Le había dicho que lo esperaría, pero necesitaba verlo una última vez para confirmar que lo que se habían dicho hacía unas horas iba muy en serio y que jamás renunciaría a ella, para asegurarse de que se tomaría unos meses para rehabilitarse y encontrarse a sí mismo y que, cuando se sintiera un poco más fuerte, regresaría junto a ella. No pensaba abandonarlo; lo amaba y quería estar junto a él, apoyarlo y hacerle ver que era más fuerte de lo que en realidad se creía.

Comprobó que ya estaba anocheciendo cuando miró por la ventana. Tenía que volver al día siguiente para hablar con Alfred. Estaba decidida a darles una oportunidad a él y a su madre. No quería renunciar a la posibilidad de tener un padre cariñoso que la tratara como a una hija y no como a una persona por la que había renunciado a todo. Estaba segura de que Jeff la quiso a su manera, pero, ahora que sabía la verdad, Colette no podía evitar pensar que quizá ella había sido el motivo de la infelicidad de sus padres y sus comportamientos distantes.

Jeff seguiría siendo su padre y estaría en su corazón para siempre. No fue un mal padre y sacrificó mucho para que ella y su madre tuvieran un hogar, algo por lo que le estaría agradecida toda la vida.

Se levantó de la cama y buscó su ropa; Lachlan la había doblado y dejado sobre la silla. También había dejado una sudadera suya. Lo cogió todo y fue al

baño para adecentarse y vestirse. Luego, salió al comedor. Estaba casi a oscuras por la poca luz que entraba desde fuera. No sabía cómo tomarse que Lachlan no estuviera allí, pero entonces vio que había una nota encima de la mesa.

Hay comida en la nevera, coge lo que quieras. Estoy en el taller.

Colette sonrió y la leyó un par de veces más. Era una simple nota, pero era una señal de que le importaba a Lachlan. Se la guardó en el bolsillo, cogió una manzana y se dirigió hacia el taller. Nasha estaba tumbada frente a la puerta y se levantó en cuanto la vio, moviendo la cola.

Acarició al animal y, después, entró. Lachlan estaba tan concentrado en su trabajo que no sintió su presencia, por lo que aprovechó y se apoyó en el marco de la puerta para observarlo trabajar. Estaba sentado, puliendo un magnífico taburete digno de una galería de arte con sus grandes manos. Se entretuvo pensando en cómo se habían movido esos músculos para darle placer hacía solo unas horas y se le escapó una sonrisita tonta. Contemplarlo era adictivo.

—¿Vas a acercarte o te quedarás un rato más mirándome como una acosadora? —la sobresaltó Lachlan mientras se giraba y la miraba con una sonrisa traviesa.

—No te estaba mirando a ti, sino a tus piezas. —Le sacó la lengua al mismo tiempo que se acercaba.

Él soltó una risotada, dejó lo que estaba haciendo y le tendió la mano; Colette no dudó en cogerla. Lachlan la atrajo hacia sí y la colocó entre sus piernas para darle un beso apasionado que Colette le devolvió.

—¿Estas bien? —preguntó ella, preocupada por si había sentido ganas de beber después de lo que se habían dicho.

—Genial. —Le dio un beso corto.

—Cuéntamelo... —No quería presionarlo, pero necesitaba saberlo.

—Siento como una presión en el pecho. Mi cabeza me dice que no te merezco y que me abandonarás cuando te des cuenta, pero estoy haciendo frente a mis miedos. Las ganas de beber han aparecido en cuanto te has dormido y he empezado a darle vueltas a todo. —Colette lo abrazó y Lachlan se aferró a ella como si fuera un pedazo de tierra en medio del océano.

—Sabes que soy feliz cuando estoy contigo, no voy a abandonarte. Te quiero, te quiero y mil veces te quiero. Lo superaremos juntos —susurró ella con el corazón en un puño y las lágrimas pugnando por salir.

—Solo necesito tiempo para aclararme y asegurarme de que puedo mantener a raya mi adicción antes de estar contigo —suspiró.

—Lo sé. Sé que lo conseguirás y, cuando eso ocurra, me harás la mujer más feliz del mundo quedándote a mi lado. Querrá decir que te importo lo suficiente como para ignorar tus miedos y tus fantasmas por nosotros. —Se le escaparon un par de lágrimas.

—Es lo que más deseo. Eres la persona más importante de mi vida y quiero hacerlo bien contigo. Quiero dejar de vivir con miedo y sentir sin restricciones, y tú lo estás haciendo posible —dijo mientras le limpiaba las lágrimas s besos.

—Entonces, nos vemos pronto —se despidió Colette, sonriendo con tristeza.

—Pronto, *aingeal*, te lo prometo.

La besó y se obligó a soltarla, pero no por mucho tiempo. Cuando Colette había dado unos cuantos pasos hacia la puerta, se levantó y la abrazó por detrás.

—Estaremos bien —susurró Colette, sollozando, y posó sus pequeñas y blancas manos sobre las suyas, que descansaban bajo su pecho.

—Será una agonía, pero te juro que valdrá la pena. —Le besó la coronilla y, después de inspirar su dulce olor, la dejó ir.

Colette casi perdió el equilibrio en cuanto dejó de sentir el contacto de Lachlan. Su calor, sus fuertes brazos alrededor de ella... Lo iba a echar tanto de menos que se le partía el alma. Deseaba tener el poder de avanzar el tiempo para tenerlo a su lado para siempre.

No se atrevió a mirarlo de nuevo por si su corazón no volvía a latir de lo roto que estaba.

Capítulo 33

Ocho meses después

Colette no podía creer que Alfred fuera pedirle matrimonio a su madre. Por supuesto, ella no sabía nada, pero entre los dos habían organizado aquella cena para que se convirtiera en una gran celebración. Conocía muy bien a su madre y sabía que eso era lo que querría para su pedida, pero estaba segura de que no se lo esperaba para nada.

Durante esos meses, había pasado mucho tiempo con sus padres, porque ya consideraba a Alfred su padre. De hecho, tardó muy poco en sentirse cómoda llamándolo «papá»; era un gran hombre y las quería mucho. Gracias a él, la relación con su madre había mejorado mucho y, poco a poco, habían formado una familia de verdad, de esas que se ven a menudo y se llaman para pedir consejo o simplemente para preguntar qué tal va todo.

Después de despedirse de Lachlan, no había vuelto a tener noticias suyas, pero tampoco había día en que no pensara en él. Se preguntaba cómo le irían las cosas, cuánto tiempo quedaba para reencontrarse y empezar una vida juntos, si estaría pensando en ella o si habría vuelto a beber. Ese era su mayor miedo, que no pudiera luchar contra su adicción y ella no estuviera a su lado para apoyarle. Sin embargo, había sido decisión suya y tenía que respetarla.

Volver a la casa de campo siempre le recordaba a él. Había ido mucho por allí últimamente, ya que sus padres habían decidido mudarse a esa casa. Cada vez que pasaba por el cruce que la llevaba a su casa, se le encogía el corazón y las ganas de ir a verlo la consumían. Aun así, intentaba no pensar

mucho en ello. Como ahora. Al menos esta vez iba acompañada de sus amigos y se sentía un poco más fuerte.

La cena tendría lugar esa misma noche y habían organizado una gran celebración con los amigos más cercanos, aunque también acudirían algunos medios de comunicación, ya que Alfred estaba harto de que se inventaran rumores y quería que, por una vez, la noticia que publicaran fuera cierta. Además, a Beatrice le gustaría anunciarlo a lo grande. Y eso iban a hacer. Alfred se la había llevado a pasar el día fuera mientras Colette se encargaba de organizar la casa y recibir a los invitados.

—Si yo fuera tu madre, me moriría de la vergüenza —comentó Rachelle desde el asiento del copiloto.

Colette sonrió.

—Por suerte para mí. — Andrew rio en el asiento trasero.

—Sí, aunque podrías habértelo currado un poco más.

—¡Pero si fue súper romántico! —se quejó su amigo.

—¡Si prácticamente tuve que suplicártelo con un cartel luminoso!

—Quería hacerte sufrir, pero, al final, te lo pedí en el lugar donde nos dimos nuestro primer beso, en el puerto al atardecer. Eso es de profesional — dijo, orgulloso, y ambas chicas rieron.

—Ay, que bonitos recuerdos... —comentó Rachelle con aire soñador.

Se habían casado hacía un mes y medio. Había sido una ceremonia sencilla con poca gente y de lo más bonita, muy romántica. Le hubiera gustado ir acompañada de Lachlan en ese momento tan especial para ella, porque Andrew y Rachelle eran como de la familia y se sentía pletórica por verlos tan felices. Sin embargo, se consolaba pensando en todo lo que les esperaba cuando estuvieran juntos.

Llegó a su casa y se puso manos a la obra con la ayuda de Rachelle, Andrew y Helena, que también se había pasado para echar una mano. Gracias al equipo que habían contratado, la casa estuvo lista a tiempo para arreglarse y recibir a los invitados antes de que empezara la fiesta. Los camareros del *catering* iban de un lado a otro preparándolo todo. La orquesta también estaba preparada y todo estaba saliendo a pedir de boca.

Para esa noche, Colette había escogido un vestido negro con corpiño de encaje y falda larga llena de brillo con una abertura que le llegaba hasta la rodilla. Por su parte, Rachelle llevaba un vestido blanco de tirantes con una

falda de varias capas. Ambas se habían maquillado con tonos marrones y morados que les resaltaban los rasgos.

—¡Somos dos tías buenas! —Rieron tras el comentario de Rachelle—. Me encanta venir a tu casa para celebrar las fiestas de tus padres. Siempre estoy espectacular —dijo mirándose de cerca en el espejo.

—Algo bueno tienen que tener. —Sonrió mientras se sentaba en la cama.

—¿Estás bien? —preguntó Rachelle, que sabía qué se le estaba pasando por la cabeza.

Se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—Sí, es lo de siempre. Cada vez que vengo aquí... —suspiró.

—Lo sé, pero también piensas en él cuando no vienes aquí. No creas que no me doy cuenta de las caras que pones. —Le dio un golpecito con el hombro.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—No lo sientas, no pasa nada. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. —La abrazó—. Seguro que falta muy poco para que venga a buscarte.

Se lo había contado todo a Rachelle; no podía esconderle nada y sabía todo lo que había pasado. Era un gran apoyo y, cuando se lo explicó, sintió un gran alivio, aunque eso no hacía que la espera fuese más llevadera.

—Venga, anima esa cara, que estamos de celebración y no pueden verte triste o la prensa lo malinterpretará. —Tiró de ella y la levantó de la cama—. Dame tu mejor sonrisa.

Y ambas se echaron a reír.

Todo estaba saliendo a la perfección. Su madre se había llevado una gran sorpresa y, cuando Alfred le pidió matrimonio delante de todos, se le escaparon algunas lágrimas. Por fin, después de tanto tiempo, ambos podrían disfrutar de su amor y ser felices. La fiesta estaba en su apogeo: los invitados conversaban animados, comían y se divertían, y la música sonaba por toda la casa. Sin embargo, Colette sintió la necesidad de salir un rato a tomar el aire; estaba harta de tantas charlas y felicitaciones.

Iba a salir por la puerta cuando chocó con alguien.

—¿Ya estás huyendo? —dijo una voz burlona que conocía muy bien.

—¡Aiden! —Lo abrazó, feliz de verlo. Le había dicho que no podría asistir porque estaba de rodaje fuera del país, por lo que era una gran sorpresa que estuviera allí—. ¡Eres un mentiroso! Me dijiste que no podías venir. —Sonrió.

—Acabo de llegar en mi avión privado. Me he escapado del rodaje y solo puedo quedarme unas cuantas horas. —Rio con malicia, como un niño que acababa de hacer una travesura.

—¿De verdad? ¡Muchas gracias!

—No hay de qué, ya sabes que adoro a tu madre —dijo antes de darle un beso en la mejilla—. ¿Ya se lo ha pedido?

—Sí, están muy felices y mi madre está deseando organizar la boda. —Colette soltó una carcajada.

—Los felicito y bailamos. Por cierto, estás preciosa. —Le guiñó un ojo y la cogió de la mano para que lo guiara.

Era un gesto cariñoso. Durante esos meses, se habían convertido en muy buenos amigos e incluso le había contado algunas partes de su historia con Lachlan.

—¡Aiden! —lo saludó su madre en cuanto los vio. Le dio un par de besos.

—Beatrice, estás hermosa. —Aiden esbozó esa sonrisa que derretía corazones—. Alfred, enhorabuena a los dos. —Saludó también a su padre con un apretón de manos.

—Muchas gracias —dijeron los dos, abrazados.

Después de una corta charla con sus padres, Aiden la arrastró hasta la zona de baile y la llevó por toda la pista con gran maestría.

—¿Al final te has reconciliado con esa actriz principal?

—Uf, no me hables de esa. Es exasperante... —Puso mala cara.

—Pues yo creo que te gusta.

—Está buena, pero es una arpía. La última escena que rodamos juntos fue la del beso y me puso de perverso para arriba. No sé quién se cree —Puso los ojos en blanco.

—Bueno, algo habrás hecho. Conociéndote como te conozco... —dijo medio en broma.

—¡Sí, hombre! Es ella, que es una reprimida. Yo intento hacer bien mi trabajo y punto. Es igual, no quiero hablar del tema. Cuéntame, ¿está él aquí? Porque no sé a qué demonios espera. Si yo fuera él, no te dejaría tanto tiempo sola.

—No, no está aquí, pero ya sabes lo complicado que es. Yo tampoco quiero hablar de eso —murmuró, algo triste.

—Perdona, Colette, no quería...

—No, no pasa nada. —Esbozó una sonrisa nada sincera y él la abrazó y le dio un beso en la coronilla.

—Lo echo mucho de menos —sollozó.

Aiden los llevó a un lugar más apartado mientras la reconfortaba. Después, Rachelle y Andrew se unieron a ellos y la conversación se animó. Sobre la una de la madrugada, Aiden tuvo que marcharse y algunos de los invitados también comenzaron a irse. No tardaron en dar por acabada la gran fiesta de pedida de mano de sus padres; había sido un éxito rotundo. Aun así, Colette se sentía un poco desanimada.

Capítulo 34

Colette

A la mañana siguiente, la noticia salía en todos los periódicos locales y revistas de moda. Había centenares de fotografías de los novios, de los invitados destacados e incluso más rumores sobre una posible relación entre ella y Aiden. Nunca lo habían acabado de desmentir ni de confirmar, porque era bueno para la carrera de ambos. Le daban uso a esa publicidad gratuita y, como eran amigos y había confianza, no les importaba.

—¿Has visto esta fotografía, cariño? Salimos ideales —comentó su madre enseñándole el móvil a Alfred mientras desayunaban juntos. Seguramente estaban por todas las redes sociales.

—Me encanta, estás preciosa. — Alfred le sonrió y le dio un beso en la mejilla y su madre le devolvió la sonrisa, orgullosa y feliz.

—Me sorprendió mucho, no me lo esperaba. Muchas gracias a los dos. Y el anillo es precioso, muchas gracias, Colette. —Su madre soltó una carcajada.

—¿Tan evidente es que me ayudó a elegirlo? —preguntó Alfred, y Colette escondió su sonrisa detrás de la taza mientras bebía un sorbo de café.

—Todos conocemos tu mal gusto, papá. — Colette sonrió.

—Es precioso, Beatrice —dijo Rachelle, refiriéndose al anillo.

—Gracias, querida.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —preguntó su padre.

—Mmm... Rachelle y Andrew tienen que volver esta tarde, así que el

plan era irnos.

—Oh, vaya... ¿Y no puedes quedarte el fin de semana entero? —inquirió su madre —. Últimamente estás muy ocupada.

—Es que hemos venido juntos y...

—Por nosotros no te preocupes, podemos irnos en tren —ofreció Andrew.

—No estoy segura de querer quedarme.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más ganas tenía de ir a ver a Lachlan, pero no podía hacerlo. A cada momento se decía que le debía ese tiempo y que no podía interferir en sus deseos.

—Tenemos una cena con unos amigos y están deseando verte —comentó Beatrice.

—Quédate con ellos, seguro que lo pasarás bien —la animó Rachelle. Seguramente ella era la única en esa estancia que sabía qué se le pasaba por la cabeza.

—Está bien, pero no sé si iré a la cena esa.

—Como quieras.

Antes, habría sido impensable que Beatrice le dejara tanta libertad, pero a raíz de su relación con Alfred se había relajado y su carácter de aristócrata altiva se había suavizado.

Después de desayunar y de recoger sus maletas, Colette llevó a Rachelle y Andrew a la estación de tren. Le sabía mal dejar a sus amigos así, pero una parte de ella quería quedarse por si acaso Lachlan decidía que ya había esperado suficiente. Cada vez que pensaba en el día de su despedida, se le encogía el corazón de dolor. Ansiaba volver a estar entre sus brazos, escuchar el sonido de su voz, sentir sus cálidos besos, su olor a madera, a hierba fresca y a algo que solo era de él, dulce pero fuerte a la vez. Echaba de menos que la llamara *aingeal* y la hiciera sentir la persona más especial y valiosa de su mundo. Lo quería.

Suspiró con fuerza y arrancó el coche para volver de la estación a casa. Rachelle le había dicho que quizá era el momento y que debería quedarse allí porque era la única forma de que él pudiera localizarla, ya que ni siquiera se habían dado el número de teléfono.

Se detuvo de nuevo en el cruce que la conducía a su casa. No podía hacerlo, no debía presentarse allí...

—¡Maldita sea! —gruñó, frustrada y harta de esperar.

Al final, su madre la convenció para ir a cenar con sus amigos. No quería ir, pero quedarse en casa lamentándose no era un gran plan; por lo menos se distraería. Se puso otro de sus vestidos de gala, esta vez uno de color verde esmeralda ajustado en la cintura y con la espalda al descubierto. Se dejó el cabello suelto y ondulado, y se maquilló con tonos *nude*.

—Mis dos flores preciosas —dijo Alfred, orgulloso.

Ellas le sonrieron. Su madre llevaba un elegante conjunto de chaqueta y pantalón de color rojo y el cabello blanco recogido en un moño sujeto con una gran horquilla con diamantes. Alfred iba muy elegante también, con un tradicional esmoquin negro, muy parecido al de la noche anterior.

—¿Estáis listas?

Ambas asintieron.

—Espera, Alfred. ¿Nos dejas a solas un momento? —le pidió su madre y él asintió.

—Os espero en el coche.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó cuando oyó la puerta cerrarse tras Alfred.

—Ven. —La condujo hasta el sofá y ambas se sentaron—. Solo quería decirte que siento haber sido tan dura con aquel chico que te gustaba. Sé que todavía sientes algo por él, porque cada vez que vienes aquí te pones melancólica. No he sacado el tema hasta ahora, pero, aunque nunca olvidaré lo que hizo ese día, también tengo que admitir que te salvó la vida y... No quiero ser un impedimento para tu felicidad.

—Mamá... Muchas gracias —sollozó Colette.

Que Beatrice aceptara a Lachlan era un gran alivio, aunque no necesitaba su permiso para estar con él. Si su madre estaba de acuerdo, era mucho mejor y más ahora que su relación era tan sólida. Así que, por primera vez en su vida, se abrió a su madre y le contó una versión resumida de todo lo que había pasado con Lachlan.

—Mi niña... Entiendo perfectamente por lo que estás pasando. Sé que no

siempre he sido la mejor de las madres, pero quiero apoyarte en todos los aspectos de tu vida y deseo de todo corazón que Lachlan supere su adicción y vuelva a por ti. Sé que lo hará. —Se abrazaron.

—Estoy cansada de esperar, mamá. Lo necesito.

—Lo sé, mi vida, pero si de algo estoy convencida es de que vuestro momento llegará y seguro que será pronto. Míranos a tu padre y a mí. Ahora somos más felices que nunca, a pesar de haber vivido un tormento durante tanto tiempo por estar separados. —Colette sonrió y las palabras de su madre le dieron esperanza.

—Gracias.

—Gracias a ti por contármelo. —Le dio un beso en la mejilla—. Y, ahora, vamos, que tu padre nos está esperando. —Beatrice sonrió y le tendió la mano.

La cena no estuvo tan mal, después de todo. Seguía sintiéndose fuera de lugar cuando acudían a ese tipo de fiestas en las que abundaba gente tan estirada, pero esa noche había sido distinta. Había compartido miradas de complicidad con Alfred y Beatrice e incluso había participado en las conversaciones más de lo habitual. Quizá la relación con sus padres tenía mucho que ver en cómo se sentía en esos encuentros sociales.

—Ha sido un placer, la cena estaba deliciosa —dijo su madre, despidiéndose de su amiga Anne Marie.

—El placer ha sido nuestro. Y, Colette, ten por seguro que te llamaré a la oficina para que me hagas un nuevo diseño para la cocina.

—Será un placer. —Le dirigió una sonrisa amable.

—Hasta pronto, queridos —dijo Anne Marie. Era muy alta y tenía el cabello negro, a pesar de que tendría la misma edad de su madre.

También se despidieron de su marido, un hombre que había hecho muy buenas migas con Alfred.

De camino a casa, Colette se sintió cansada. Se lo había pasado realmente bien. Eso no significaba que de golpe se hubiera aficionado a acudir a las cenas o comidas de sus padres, pero tenía que admitir que no había sido tan terrible. Sentada en la parte de atrás del coche de Alfred, observó el paisaje boscoso que los rodeaba. Otra vez el maldito cruce... Era como si su vida también se dividiera.

Quería bajar del coche y correr hacia Lachlan, estar con él para siempre.

Ansiaba que llegara ese momento y no sabía cuánto tiempo más podría soportarlo. No quería volver a su vida en la ciudad, al trabajo y a su apartamento, sola. Le gustaba su vida, pero sin él se sentía vacía, le faltaba algo. No pudo evitar cerrar los ojos e imaginar cómo sería despertar a su lado. Es lo que más deseaba.

A medida que se alejaban del cruce y llegaban a su casa, Colette se sentía más sola y desesperada. Miró hacia atrás con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho; tenía la sensación de que no iba a aguantar ni un segundo más sin él. Cogió aire y cerró los ojos con fuerza mientras atravesaban la verja de la casa.

—Colette... — Su madre la llamó y Colette abrió los ojos de golpe.

Y, como si se tratase de un sueño, lo primero que vio fue la camioneta aparcada en la entrada. Su corazón empezó a latir desbocado, más y más deprisa a medida que se acercaban. ¿Lo deseaba tanto que tenía visiones?

—Mamá... Es... estoy... —farfulló, se quitó el cinturón de seguridad y se incorporó en el asiento.

—¿Es Lachlan? —preguntó Beatrice, sonriendo también sin dar crédito.

Era bastante tarde, por lo que quizá llevaba esperándola toda la noche. Se llevó las manos al pecho y las lágrimas empezaron a descender por sus mejillas.

En cuanto Alfred detuvo el coche, Colette salió disparada hacia la camioneta de Lachlan con un nudo en la garganta. No veía bien por culpa de las lágrimas y se tropezó cerca de la puerta del conductor. La puerta se abrió de repente y Lachlan salió a su encuentro, ayudándola a estabilizarse.

—*Aingeal*... —dijo mientras le secaba las lágrimas en vano, porque volvían a surgir nuevas.

Se le erizó la piel y le temblaba el cuerpo. Se hundió en su pecho y aspiró su olor a madera y a hierba fresca. Creyó que había muerto y había ido al cielo. Realmente Lachlan estaba allí, lo estaba abrazando.

—Yo... Tú... ¿Eres real? —logró decir al fin.

Él soltó una carcajada que le llegó a lo más hondo de su ser.

—Sí, te estaba esperando. Ya me marchaba, pero he visto vuestro coche —explicó—. Me alegro de haberme quedado.

—Lachlan... —Lloró sin poder remediarlo y él la apretó contra su pecho

—. ¿Has venido a por mí? —preguntó de repente, llena de dudas. Si ahora le decía que no, que había venido para despedirse, la mataría.

—Para siempre. No pienso irme a ningún sitio, *aingeal* —susurró antes de darle un beso en la frente—. A ningún sitio —repitió, y Colette suspiró aliviada.

—Te he echado tanto de menos... Pensaba que me moriría si tenía que pasar un día más sin ti.

—Yo también. Cada minuto alejado de ti se me hacía eterno, pero tenía que hacerlo por nosotros, para que esto funcione, por ti. Te... Te quiero Colette. —Ella se quedó paralizada al instante. Lachlan le había dicho que la amaba. No se lo esperaba. Estaba dispuesta a esforzarse para que algún día él se atreviera a decir esas palabras, pero acababa de pronunciarlas. El corazón le iba a estallar—. Di algo, por favor. No te quedes mirándome como si fuera un extraterrestre —bromeó Lachlan.

Colette sonrió, eufórica, y lo besó en los labios. Era incapaz de hablar; era tan feliz que las palabras no podían explicar lo que sentía en esos momentos.

Lachlan le devolvió el beso, acariciándole las mejillas y provocándole dulces escalofríos por el cuerpo. Anhelaba su contacto, su piel. Se devoraron sin contemplaciones, saciándose del otro y recuperando los besos que se habían perdido durante ese tiempo separados. Colette no podía dejar de llorar y sonreír mientras se besaban. Era el mejor momento de su vida.

—Te amo y no podría ser más feliz de lo que soy en este momento, Lachlan. —Volvió a abrazarlo y se quedaron unos segundos en silencio.

—Tú me haces feliz, Colette, y no sabes las ganas que tenía de volver a verte, tocarte, sentirte cerca... —Volvió a abrazarla con fuerza—. Has sido mi roca para superar mis miedos.

—Vas a tener que aguantarme mucho tiempo, lo sabes, ¿verdad? —Colette se echó a reír y contempló esos ojos azules y verdes tan profundos como el fondo del océano.

—Lo estoy deseando. —La besó de nuevo.

—Te has quitado la barba —señaló ella.

—No del todo, pero sí.

—Así me dejas espacio para hacer esto... —dijo ella mientras se ponía de puntillas y, acto seguido, le mordía la fuerte mandíbula, cubierta por la

barba de unos días—. Eso por tardar tanto. Y esto por ser tan maravilloso. —
Le dio un dulce beso donde antes le había mordido.

—Y esto por ser mi ángel y traer algo de sentido a mi vida. —La besó en
los labios, un beso tierno y dulce que le deshizo el corazón.

Después, la cogió en brazos y la llevó hacia su camioneta.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, aferrándose a su cuello.

—A casa.

Capítulo 35

Colette

El viaje hasta su casa no duraba más de unos minutos, pero a Colette se le hizo eterno. No podía dejar de sonreír y mirar a Lachlan cada dos por tres para asegurarse de que era verdad que estaba subida en su coche y la estaba llevando a su casa, a su hogar. Mantuvieron las manos entrelazadas durante todo el camino, excepto cuando tenía que hacer un cambio de marchas. Estaba deseando llegar y ver qué les depararía el futuro.

Cuando llegaron sobre la una de la madrugada, ninguno de los dos tenía sueño. Necesitaban saber qué había sido de la vida del otro durante todo ese tiempo. Colette se lo contó todo: su nueva relación con sus padres, lo de su compromiso, la amistad que tenía con Aiden, la boda de Andrew y Rachelle, lo bien que iba su negocio... Vio en su mirada cómo se arrepentía por no haber estado con ella en esos momentos y se le partió el corazón porque ella también había deseado que estuviera allí con ella.

—Vi las fotos en internet. Estabas preciosa, siempre lo estás —dijo acariciándole la mano con el pulgar.

Colette no pudo evitar sonrojarse. Que un hombre tan atractivo como Lachlan le dijera esas cosas le parecía increíble.

—Siempre, no... —bromeó ella—. Estás cambiado. Te veo más sereno que antes. La última vez, no tenías muy buen aspecto, pero ahora estás radiante. —Incluso había ganado musculatura y ahora le parecía más alto y grande.

—Estoy mejor y totalmente sobrio. No he probado ni una gota y mira que motivos no me han faltado, pero no podía defraudarte otra vez, ni a ti ni a mí mismo. Estar contigo es lo más importante en mi vida. Tú lo eres.

Colette suspiró, enamorada. Su corazón no podía soportar tanto amor.

—Tú también lo eres. Te quiero tanto... No sé qué habría hecho si no aparecías pronto. Pero ya estás aquí, conmigo. —Sonrió.

Lachlan la alzó y la puso sobre su regazo.

—Te prometí que valdría la pena la espera y estoy decidido a cumplir mi promesa. No te digo que vaya a ser fácil, pero te prometo que lo intentaré con todas mis fuerzas y que no voy a rendirme.

—Yo también te prometo que voy a estar a tu lado cada día, te apoyaré y no dejaré que te hundas en los días malos, somos un equipo. Te quiero. —Lo besó con pasión y acabaron tumbados en el sofá, acariciándose y besándose.

La ropa no tardó en desaparecer y Lachlan la llevó al dormitorio entre besos y caricias; ambos estaban deseando enterrarse en el cuerpo del otro. Colette lo instó a que se tumbara y ella lo hizo sobre él, moviéndose a sus anchas sobre su poderoso cuerpo. Besó cada centímetro de su piel, rozó sus pechos contra su torso y sintió su poderosa erección contra su sexo. Sus manos grandes y fuertes la acariciaban la espalda mientras ella ponía especial atención en sus pezones y movía las caderas. Todo su cuerpo ardía por ese hombre. Lo necesitaba como el oxígeno y, en esos momentos, no podía pensar en otra cosa que no fuera unirse a él de todas las maneras posibles.

Las manos de Lachlan fueron a parar a su trasero y la agarraron con fuerza, presionándola contra su duro miembro. Ambos gimieron.

—Colette... ¡Joder! Ha pasado mucho tiempo, no creo que aguante mucho más —gimió con voz ronca.

—Espérame —susurró ella.

Descendió hasta ponerse de rodillas entre sus piernas y empezó a jugar con su miembro. Su corazón le golpeaba el pecho y su sexo estaba más húmedo que nunca. Tener a ese hombre a su merced la excitaba muchísimo.

Acarició su caliente erección con los dedos y sintió cómo Lachlan se estremecía. Sin perder más tiempo, se lo introdujo en la boca y lo lamió, haciendo presión en la punta. Lachlan la agarró del pelo con fuerza, gesto que la hizo gemir de placer.

—¡Joder, Colette! Ven aquí, necesito saborearte —gruñó, excitado, y ella

se acomodó sobre él de manera que ambos podían darse placer.

Lachlan no fue suave. Lamió con fuerza todo su sexo, apoderándose de él y de su deseo. Colette se estremeció y gritó al sentir los lametazos de su poderosa lengua contra su clítoris y, cuando añadió un par de dedos, creyó que iba a morir de placer en ese mismo instante. Sin embargo, no quiso ser menos, así que usó la misma fuerza para devorar su miembro, que palpitaba en sus manos, duro y grande. Ambos se perdieron en el otro.

—Lachlan, yo... —gritó Colette, a punto de sucumbir al orgasmo.

—Yo también, *aingeal*. Hagámoslo juntos —instó con una voz profunda que se clavó directamente en su sexo.

No necesitó más que un simple movimiento de sus dedos y de su boca para caer en el mayor abismo al que había caído en su vida. Todo se intensificó al sentir que él también llegaba al orgasmo en su boca.

Todavía con las respiraciones agitadas, Lachlan la movió para ponerla sobre él y que su cabeza descansara sobre su hombro.

—¿Estás bien, *aingeal*? —preguntó, acariciándole el cabello.

—Mejor que bien. —Colette rio.

—¿Quieres descansar?

—No —susurró en voz baja y se sentó a horcajadas sobre él—. ¿Y tú? —inquirió, sonrojada.

Para su alivio, él negó con la cabeza y comenzó a acariciarle las caderas. Fue subiendo hacia sus pechos, los acarició y le pellizcó los pezones, que se pusieron duros. Sin poder evitarlo, Colette comenzó a mover sus caderas en busca de alivio; era consciente de lo mojada y excitada que estaba, y no pudo privarse del roce de su piel sensible contra la suya. Al parecer, él sentía lo mismo. Colette notó cómo su erección volvía y hacía presión contra sus nalgas.

—Eres tan hermosa... —Se incorporó y le mordió uno de los pezones. Después lo lamió con tanta intensidad que Colette estuvo a punto de correrse, pero Lachlan se detuvo—. Hazme tuyo —susurró, cogiéndola de la nuca y dándole un ardiente beso en los labios que la hizo perder el sentido durante unos segundos.

No tuvo que repetírselo, Colette introdujo el miembro en su sexo y comenzó a mover las caderas; lo sintió tan profundamente que pensó que no sería capaz de dejarlo salir. Lachlan la rozaba donde ella lo necesitaba y la

hacía estremecerse de puro placer. Tenía las emociones a flor de piel. Él la agarraba con firmeza de las caderas mientras ella se aferraba a sus duros hombros. No podía dejar de mirarlo; era el hombre más atractivo que jamás había visto y la hacía sentirse excitada y adorada. Lo besó y Lachlan le devolvió el beso con pasión.

Se dejó llevar por completo mientras él intensificaba sus estocadas y atraía sus caderas hacia él con las manos. El movimiento frenético hizo que ambos sucumbieran al más intenso de los placeres.

—¡Oh, joder! ¡Sí! —gruñó él, con la mandíbula apretada y agarrando sus nalgas con fuerza.

—Lachlan... —gimió ella, abrazándose a él al tiempo que su cuerpo temblaba.

—Estoy aquí, *aingeal* —susurró con la cara enterrada en su cuello, donde depositó un suave beso—. Te quiero, Colette.

—Yo también te quiero, mucho.

Lachlan se dejó caer hacia atrás y arrastró a Colette con él. Se quedaron unos minutos así, tumbados en la cama, recuperando el aliento y sintiéndose el uno al otro. Lachlan le acariciaba suavemente la espalda y no pudo evitar quedarse dormida. Por fin estaba en casa, en los brazos del hombre que estaría a su lado para siempre. Un hombre que había superado un infierno para estar con ella.

Colette estaba convencida de que su felicidad solo acababa de empezar.

Epílogo

Tres años después

Lachlan no podía dejar de mirar a Colette; estaba preciosa con aquella barriguita. No paraba de trabajar aunque fuera fin de semana. Sus ayudantes eran un gran apoyo, pero era tan cabezota que lo quería llevar todo ella. Todavía le quedaban tres meses para salir de cuentas, pero no quería que se esforzara tanto. Trabajaba demasiado.

Se le acercó por detrás, la abrazó y le dio un beso en el cuello, acariciando su preciosa barriga.

—¿No habíamos venido a desconectar? —susurró. Notó cómo Colette se estremecía; le encantaba hacerla sentir.

—Sí. Solo me queda elegir una alfombra a juego con el salón que estamos decorando, pero estoy entre estas dos. —Le enseñó cuáles eran en un catálogo que había en la mesa.

—Personalmente, me gusta la oscura, pero tú eres la profesional —dijo riendo.

—Sí, la oscura es mejor cuando tienes animales. —Sonrió—. Pues decidido. Ahora le enviaré la referencia a Loretta—. Ay —se quejó, llevándose la mano a la barriga.

Lachlan se alarmó.

—¿Estás bien? —preguntó, arrodillándose de inmediato frente a ella.

—Sí, sí, solo ha sido una patada. —Sonrió mientras le acariciaba el rostro—. Mira. —Le cogió la mano y la colocó sobre su barriga.

—Mi princesa guerrera... —susurró, acariciándola, y le dio un beso en el ombligo.

—Siempre que oye tu voz, lo hace. Creo que le gustas. —Se echó a reír y añadió—: Va a ser la niña de papá.

Ambos se sonrieron y se miraron con los ojos llenos de amor. Hacía casi un año que se habían casado y habían decidido que lo mejor era mudarse a la ciudad para estar cerca del trabajo de Colette. Lachlan había alquilado un local donde seguía haciendo sus muebles, que vendía cada vez más rápido. Además, Colette también los introducía en sus diseños. La venta de sus creaciones se había disparado gracias a Aiden, que había ofrecido un reportaje en exclusiva de su casa.

Lachlan era muy feliz. Se sentía pletórico por la vida que tenía y la familia que había formado con su preciosa esposa. Sin ella, no podría haber salido de aquel círculo vicioso cuyo protagonista siempre era el alcohol. Eso había quedado atrás y estaba sobrio desde hacía más de tres años. Poco a poco y con la ayuda de Adela y de su esposa, la necesidad de emborracharse había desaparecido. Ya no quería huir de nada y, cuando se había sentido débil e inseguro, Colette había estado allí para subirlo a flote. No fue fácil y por eso habían esperado tanto para decidirse a tener un hijo.

Al principio, había sido complicado. Lachlan era reticente a mudarse a la ciudad porque se había acostumbrado a vivir en la soledad del campo. No obstante, Colette le había dado la fuerza suficiente para hacerlo. La amaba más que a su vida y ella había hecho mucho por él, así que no tardaron en trasladarse y empezar una nueva vida juntos. Nasha se quedaba durante la semana en casa de los padres de Colette e iba con ellos los fines de semana, cuando regresaban a casa de Lachlan, a su verdadero hogar.

—Cada día estás más preciosa —dijo antes de darle un beso en la frente.

—Y tú, más pelota —bromeó Colette—. Te quiero mucho.

—Yo también a ti. Sois mi mundo entero y os quiero más que a mi vida.

—Se incorporó y le alzó el mentón para besarla en los labios.

—Lachlan, tenemos que irnos... —se quejó Colette cuando el beso se volvió más intenso.

—Lo sé, pero te prefiero a ti antes que a la deliciosa comida que prepara tu padre. —Sonrió en los labios de su esposa. No podía evitarlo, Colette era irresistible y sabía que a ella le pasaba lo mismo con él.

—Y yo también a ti, pero ya sabes cómo es mi madre con la puntualidad, así que...

Lo separó de ella con una mano, le guiñó un ojo y se fue a la habitación para cambiarse de ropa mientras movía las caderas con sensualidad.

Lachlan no dejó de mirarla hasta que desapareció por la puerta.

—¡Nasha! —gritó Colette, feliz, en cuanto bajaron del coche.

La perra vino a saludarlos, como siempre.

—Ay, cariño, pero qué barriguita... ¡Estás preciosa! —exclamó Beatrice desde la puerta.

Ambas se fundieron en un abrazo y, detrás de ellas, Alfred sonreía feliz. Después, su padre abrazó a Colette.

—¿Cómo estáis? —preguntó Lachlan con una sonrisa.

Al principio, su relación con Beatrice no había sido la mejor. Ambos sabían qué opinaban el uno del otro y Lachlan se avergonzaba del numerito que había montado el día del evento, pero, poco a poco, habían limado asperezas y se llevaban bien.

—Muy bien. —Beatrice lo abrazó.

Según Colette, su madre había cambiado mucho de actitud; él también lo había notado. No había vuelto a ver a aquella señora fría y seca que se encontró en el hospital. Tampoco había tratado mucho con ella antes, pero le agradecía que hubiera aceptado su relación con Colette, a pesar de no pertenecer a su círculo de amistades influyentes y acaudaladas.

Después le estrechó la mano a Alfred. El padre de Colette siempre había sentido simpatía por él. Desde el día en que lo llevó al hospital, Alfred lo había tratado como a uno más y, después de esos años, se había convertido en parte de su familia.

Había estado solo durante mucho tiempo, sin más compañía que la de su perra, y esa gente lo había acogido y lo habían convertido en parte de algo maravilloso. Jamás se había sentido tan querido como se sentía en ese momento, y todo había sido gracias a la mujer que tenía al lado, que sonreía feliz y llevaba en el vientre a su primera hija, algo que nunca se había

atrevido a soñar. Sentir algo, por pequeño que fuera, le había dado pavor, pero ahora sentía más amor que en toda su vida. De hecho, tendría que estar terriblemente asustado de que todo se fuera al traste, pero no lo estaba, y eso se lo debía a Colette, que le había dado la seguridad y el amor propio que necesitaba para enfrentarse a sus fantasmas. Todavía le parecía un sueño. No se creía que algo tan maravilloso le sucediera a alguien como él.

Después de la comida con los padres de Colette, se llevaron a Nasha con ellos; eso siempre la hacía feliz. Cuando llegaron, empezó a dar vueltas alrededor de la casa.

—Pobrecita. Me encanta verla tan feliz. Me da una pena cada vez que la dejamos en casa de mis padres... —comentó Colette mientras bajaba del coche con su ayuda.

Caminaron hacia su casa cogidos de la mano. Colette siempre había sentido que aquel era su hogar.

—Sí, a mí también, pero no podemos tenerla encerrada en el piso después de haber vivido en el campo.

—Ya lo sé. Quizá cuando nazca la niña podemos quedarnos aquí una temporada, los tres solos —sugirió cuando llegaron a la puerta, mientras observaba cómo Nasha jugaba con un palo que había encontrado.

—Eso sería perfecto, *aingeal*. —Le besó la frente.

—Te quiero —contestó ella, sonriendo, y lo abrazó.

Esos momentos con ella eran lo mejor que tenía. Colette era su mundo; estaba completamente enamorado de esa mujer y de su manera de decir lo que sentía en cada momento. La admiraba muchísimo.

—Yo también te quiero. A las dos —susurró, con la cara enterrada en su cabello. La estrechó con fuerza entre sus brazos; encajaba a la perfección.

—¿Quién iba a decir que acabaríamos así? —bromeó ella.

—Gracias por no rendirte conmigo. —Le dio un dulce beso en los labios.

—Jamás.

Le dedicó esa sonrisa tan preciosa y lo miró con esos ojos tan azules que se habían ganado su mote cariñoso. Parecía un ángel caído del mismísimo paraíso, tan bonita y decidida a sacarlo del infierno.

Había sido su salvación, su *aingeal*.

AMOR Y DESAMOR BAJO LA PIEL

Bajo mi piel estás tú,

tu voz, tus promesas, tus ojos de ángel.

Bajo tu piel estoy yo,

mi alma, mis defectos, mis sentimientos.

Amor y lucha contra el desamor,

eso es lo que hay bajo la piel.

Agradecimientos

Cuando tienes que escribir los agradecimientos de una novela, te das cuenta de que realmente has conseguido algo importante y de que has llegado hasta allí gracias a mucha gente.

Muchísimas gracias a la Editorial Chic por haber organizado la Primera edición del Premio Chic de novela romántica adulta y por haber hecho de esta novela la finalista.

También quiero dar las gracias a mi familia, sois los mejores. Gracias por apoyarme y emocionaros por mis triunfos, os quiero muchísimo. En especial, a mis padres y a mi hermana, que son quienes más me soportan.

A mis amigos, porque siempre estáis ahí cuando os necesito. En concreto, quiero agradecer esta novela a Jana G., porque ha sido la primera en leerla y enamorarse de Lachlan tanto como yo. Muchas gracias por todo.

A Paty, Noe, Carmen, Noemí, Vero y Natalia, por hacerme reír con vuestras locuras en Twitter y por vuestro apoyo. También a mi grupo «Somos Únicas», me alegro muchísimo de haberos conocido. A las chicas de Bookstagram, que me apoyáis con vuestros comentarios y «me gusta», sois todas maravillosas. En especial, agradecer a Lis, Luce y Aitana, que le habéis dado una oportunidad a mis historias. Muchísimas gracias, chicas.

Y, para acabar, agradecer a todos los nuevos lectores que se animan a leer mi historia. Escribo porque es lo que me gusta, pero vosotros hacéis posible que yo siga cumpliendo mi sueño. Gracias, gracias y más gracias.

Sobre la autora



Lorena Concepción es graduada en Historia del Arte por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y tiene un máster en Análisis y Gestión del

Patrimonio Artístico por la misma universidad. Siempre ha sentido una gran admiración por las letras y el arte, por lo que pronto comenzó a escribir.

Actualmente compagina su amor por la escritura, la fotografía y la lectura en su cuenta de Instagram Lorena's Books y estudia marketing y publicidad.

Cuando te salve es su último trabajo, obra finalista de la primera edición del Premio Chic de novela romántica.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

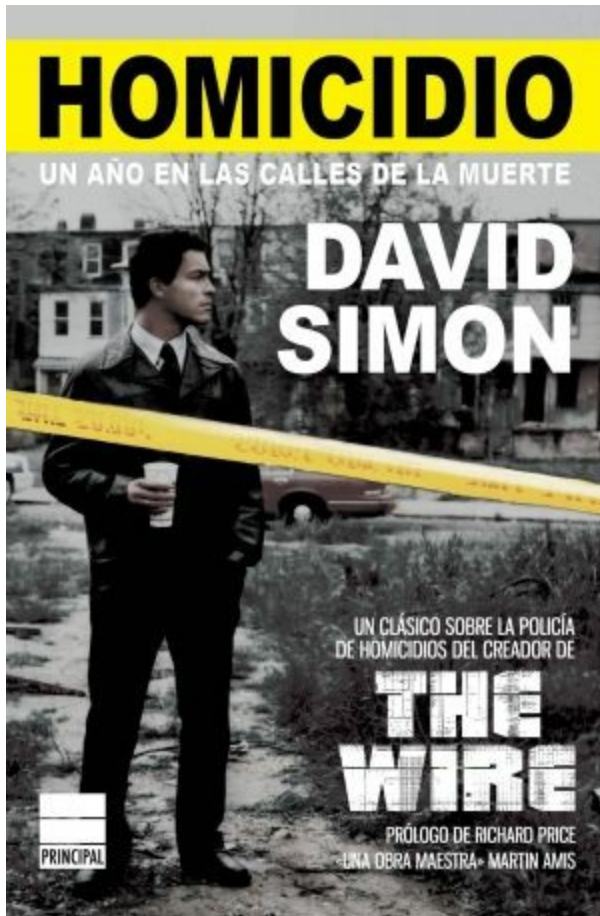
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?


[Cómpralo y empieza a leer](#)

K. BROMBERG

DRIVEN

GUIADOS POR EL DESEO

SERIE DRIVEN 1

CHIC 

Driven

Bromberg, K.

9788416223763

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Llega la trilogía que ha vendido un millón de ejemplares en Estados Unidos!Premio a Mejor Novela Extranjera en el Festival New Romance de FranciaColton Donavan es un piloto de carreras rebelde y un empresario millonario.Rylee trabaja ayudando a niños huérfanos.Cuando se conocen en un acto benéfico, Colton llega a la vida de Rylee como un huracán.Entre ellos hay mucha química, pero ¿basta para dejar atrás el dolor del pasado?"Irresistiblemente sexy."Jennifer L. Armentrout, autora best seller"Bromberg es una maestra en hacer subir la temperatura."Katy Evans, autora best seller

[Cómpralo y empieza a leer](#)